

LA INDEPENDENCIA NACIONAL

CONFERENCIAS DICTADAS POR ENCARGO DE LA COMISION
NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA
DEL PERU

SEGUNDO CICLO

LIMA — 1971

LA IND
NAL

COMMISSIONER OF THE
NATIONAL BUREAU OF

INDUSTRIES

LA INDEPENDENCIA NACIONAL

CONFERENCIAS DICTADAS POR ENCARGO DE LA COMISION
NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA
DEL PERU

SEGUNDO CICLO

LIMA-1971

LA INDEPENDENCIA
NACIONAL

CONFERENCIAS DICTADAS POR ENCARGO DE LA COMISION
NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA
DEL PERU

*Comisión Nacional
del Sesquicentenario
de la Independencia
del Perú*

Av. Arequipa 410
Telf. 319331 y 248815

609733 (I 2000)



LIMA-1971

21275

MAC. DEL SESQUICENTENARIO

COMISION

1947

Presentación

La Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia llevó a cabo, en febrero de 1970, el Primer Ciclo de Conferencias para Profesores de Historia, en los niveles Secundaria y Normal, y para Maestros Primarios. Para ello se logró una muy amplia inscripción, que reveló el interés despertado en el magisterio nacional.

Propósito de dicho ciclo ha sido no sólo exaltar las efemérides nacionales, sino también revelar la magnitud del esfuerzo peruano en los siglos XVIII y XIX, a través del largo proceso de la emancipación, desde la insurrección de Túpac Amaru, pasando por las conspiraciones y rebeliones que precedieron a la llegada de la Expedición Libertadora, como igualmente el tiempo que abarca el gobierno del general San Martín.

Finalidad de este Segundo Ciclo de Conferencias ha sido tanto afirmar el esfuerzo precursor y destacar el desarrollo de la conciencia cívica por la emancipación, como conocer a fondo la obra gubernativa de San Martín, la campaña de la escuadra libertadora, la importante acción de la universidad y del clero, así como dar a conocer la literatura y el pensamiento, tanto del claustro como del hombre común; todo ello con el objeto de presentar la imagen integral que evidencia el sentir y la actitud de los patriotas en esta etapa decisiva de la Independencia.

Se da también el debido crédito al esfuerzo libertario que se realizaba, paralelamente, en otras regiones del continente americano, muy en particular en Venezuela y Nueva Granada, así como las causas y trascendencia de la entrevista de Guayaquil, y la decisiva participación que tuvieron las fuerzas peruanas en la batalla de Pichincha.

En esta forma, a través de la difusión de diversas fuentes documentales, se prepara una adecuada visión del ambiente de la época, que permite conocer y comprender mejor los gobiernos anteriores a la llegada de Bolívar, y explicar el esfuerzo del Libertador, quien, luego de reunir, en apretado haz, las hasta entonces dispersas fuerzas peruanas y aliadas, pone punto final a la lucha americana con las esplendorosas victorias de Junín y Ayacucho.

Para esta importante tarea se ha contado con la eficiencia y brillante colaboración de destacados miembros de la Comisión Nacional del Sesquicentenario e historiadores asesores, a quienes presento nuestras más fervorosa felicitación.

Lima, febrero de 1971

JUAN MENDOZA RODRIGUEZ
General de División

Palabras de Inauguración del Ciclo

Señoras y señoritas maestras, señores maestros y señores miembros de la Comisión Nacional del Sesquicentenario.

Me es honroso dar la más cordial bienvenida a tan distinguido número de maestros en el momento de inaugurar, en nombre de esta Comisión, el Segundo Ciclo de Perfeccionamiento para profesores de Historia del Perú, de enseñanza primaria y secundaria, con el propósito de brindar una oportunidad a los maestros para ampliar sus conocimientos, mostrar el ambiente social y cultural de la época, aquilatar serenamente la participación de las figuras directivas, evitar exageraciones y, asimismo, sacar conclusiones veraces a tono con el proceso histórico de la época, con el fin de lograr un conocimiento cabal de la activa participación peruana por la independencia.

Se trata de enfocar el conocimiento histórico, a la luz de las fuentes documentales, que emanan de la investigación.

Queremos destacar el esfuerzo de los peruanos que actuaron en la Emancipación. En otras épocas, al celebrar las Fiestas Patrias se ha puesto énfasis, únicamente en el desembarco de San Martín en Paracas, la llegada a Huaura, la victoria de Cerro de Pasco y la proclamación de la Independencia en la Plaza de Armas de Lima. Nosotros mantenemos nuestra lealtad y reconocimiento a la obra del Libertador don José de San Martín, que, inquebrantablemente todos los años conmemoramos, destacando la concepción estratégica, el sentido de solidaridad y su empeño vigoroso y visionario por lograr la libertad de nuestro país, que tenía incidencia directa y trascendente sobre la independencia de los demás países de este hemisferio.

En esta oportunidad, no sólo haremos eso, sino además, pondremos en evidencia el esfuerzo profundo a lo largo de media centuria, intensificándose más en el final del siglo XVIII, con la rebelión de Túpac Amaru, destacándose el esfuerzo de los precursores peruanos en diferentes campos de acción en la rebelión, en su ideología, en el esfuerzo do-

cente desde el Convictorio de San Carlos para tener conciencia plena del anhelo de libertad en los diferentes pueblos, insistiendo en que había llegado la hora de la responsabilidad, para constituir una nación libre e independiente. Este esfuerzo de divulgación cívica lo realizan desde este curso, distinguidos catedráticos, miembros de la Comisión Nacional del Sesquicentenario.

Tienen a su cargo este Curso el doctor José Agustín de la Puente Candamo, el doctor Guillermo Durand Flórez, el doctor Carlos Daniel Valcárcel, el doctor Augusto Tamayo Vargas, el doctor Gustavo Pons Muzzo, el doctor Alberto Tauro del Pino, el doctor Aurelio Miró Quesada, el Capitán de Navío Julio J. Elías, Rvdo. Padre Armando Nieto Vélez, el Teniente Coronel Abel Carrera Naranjo, quienes demostrando su amplia versación, fruto de su infatigable espíritu de investigación y de su afán de descubrir nuevos aportes que ensanchan el panorama político, social y humano de la época, van a presentar exposiciones de invalorable interés histórico para el conocimiento cabal de los variados matices que componen los diferentes campos del proceso de la emancipación peruana.

No quiero ocupar más vuestra atención, pero estoy seguro que vuestra atención recibirá la recompensa de la valiosa contribución de tan selecto elenco de maestros.

Lima, 19 de febrero de 1971

El Tiempo Precursor

Por el Dr. José Agustín de la Puente Candamo

En la variedad de tipos humanos que participan en la lucha ideológica, social, política y militar de la Emancipación del Perú, entre el libertador militar o político, entre el creador del Estado, entre el ideólogo de los días de la guerra grande contra España, está presente el hombre precursor, en el silencio de un patriotismo que no se puede expresar en voz alta, en la vida que se sacrifica por un ideal de justicia, en la incertidumbre frente al futuro del Perú, en el valor inédito de quienes —sin decirlo el documento solemne— confiesan en contradictorio esfuerzo su ilusión en la afirmación separatista, sus temores y sus riesgos ante la gran “aventura”, convocatoria de los siglos, exigencia de las cosas nuestras, esperanza en una vida mejor.

No es desdeñable la importancia de la batalla de Ayacucho, ni de las grandes acciones militares; tampoco podemos omitir o postergar la significación irrevocable de los grandes políticos, o de los grandes textos que en el orden del pensamiento organizan el Estado independiente; tampoco podemos desdeñar la interrelación con la vida del mundo de la época que perfecciona la tarea histórica nuestra; en fin; no debemos desconocer en esta urdimbre variada de hombres de diversas vocaciones y en este entrecruzamiento de diversas ideas, la vigencia del hombre precursor.

Hace unos treinta años se pensaba en la Independencia en relación con los grandes temas ideológicos. Se hacía una historia un poco con “mayúsculas” y un poco del hecho extraordinario, solamente. Hoy día toda una línea no sólo peruana sino hispanoamérica, concede atención dedicada y morosa al tiempo que prepara la guerra y que prepara también la transformación política, es decir al tiempo precursor.

Reivindicación de una época.

Es a Jorge Guillermo Leguía a quien debemos en este siglo una más detenida inquietud por el tiempo precursor. Sus trabajos sobre Ro-

dríguez de Mendoza, Vidaurre, el siglo XVIII, su fecunda dedicación al Boletín del Museo Bolivariano, pueden ocasionar discrepancias desde diversos ángulos, pero es evidente la existencia de una preocupación por descubrir los precedentes, el origen de la Independencia Nacional. Hay un afán —y esto importa mucho— por no quedarse en la expresión externa del fenómeno separatista, y que acude a la intimidad del origen de nuestra actitud de ruptura con España.

No se puede entender la Independencia sin rastrear en la vida peruana desde fines del XVIII, las primeras manifestaciones borrosas pero ciertas que buscan la autonomía del Perú. La obra de San Martín y de Bolívar, de Montegudo y de Sucre, sólo puede entenderse en nuestro país si antes se entiende y se estudia a Viscardo y a Riva Agüero, a Túpac Amaru y a Baquíjano, a Vidaurre y a Pumacahua, a los hermanos Silva, a Zela y a Mariano Alejo Alvarez. Hay que insistir en la larga continuidad del fenómeno de la Independencia. Hay que insistir en el hecho peruano de la Independencia. Hay que insistir en la afirmación que la Independencia no se nos importa desde fuera sino que viene de la misma vida del Perú.

En los grandes textos precursores, en los periódicos de fin del XVIII, o del tiempo de las Cortes de Cádiz, en las conspiraciones y en las grandes revoluciones, en los textos de las mismas autoridades españolas, en todo ese variado conjunto de diversos y contrarios testimonios se encuentra la expresión más clara del "nacimiento" de la Independencia.

Validez del testimonio.

El testimonio precursor tiene, si se puede hablar así, una limpieza original que redobra su valor. Es un testimonio que florece en un ambiente adverso, de oposición. Es un testimonio crítico y no de acatamiento rutinario o complaciente; carece pues de toda superficialidad frecuente en los textos coincidentes con la época o coincidente con el tono de la autoridad.

De otro lado, a la limpieza moral de los textos hay que añadir la variedad cronológica, humana, y regional de las diversas pruebas. El testimonio del hombre precursor viene de profesores universitarios y de soldados, de periodistas y de sacerdotes, de gente sencilla y de hombres de la aristocracia, y viene ese testimonio de todos los extremos del Perú, de Tarapacá a Tumbes, del Cuzco a Huánuco y Lima. Y esto importa decirlo con énfasis muy nítido. No existe ni un retrato clasista, ni tampoco un retrato regional de la Independencia del Perú; la época precursora es un tiempo ancho geográficamente y ancho socialmente, en una prolongación cronológica que le concede el valor de las cosas que se asientan en la vida y que no son fruto de la explosión de un instante de fervor o de violencia.

El testimonio de hombres universitarios, que es el testimonio dirigente del tiempo precursor, no es una prueba aislada del ambiente peruano o contradicción con él, es sí, una expresión del mismo ambiente peruano.

no dicha por los hombres de pensamiento y por aquellos que expresan sus ideas con sistema o relativa coherencia.

Epoca de cambios y de transformaciones.

No se puede entender al hombre precursor y a su tiempo, del mismo modo no se puede entender a la Independencia, sino se atiende primero a la circunstancia de incertidumbre, de vacilación, de grandes transformaciones y cambios que se opera en el mundo occidental y en el Perú concretamente entre finales del XVIII y el advenimiento del siglo XX.

Es una edad claramente perpleja en muchos niveles. Es una edad de tremendas disputas filosóficas, es una edad de transformaciones sociales, políticas y económicas. Como lo dice un texto valioso, todo en esos años está sujeto al examen, al cambio, a la crítica.

Y esto vale para los diversos órdenes de la vida y no sólo para un campo concreto. Pensemos un momento en el hombre cuyo retrato queremos ofrecer y que vive la disputa entre la tradición filosófica cristiana y la presencia del racionalismo; que es testigo al mismo tiempo de la fuerza política que adquiere la burguesía y de la prestancia aún vigente de la aristocracia titulada; que reconoce una clarísima participación del pueblo de manera directa en las guerras de España contra Napoleón y observa la afirmación "juntista" en América; que escucha críticas a una autoridad arbitraria u omnipotente como las que dibuja Baquíjano en la Universidad de San Marcos; y que, en fin, reconoce con alegría o temor que su sistema de vida asume transformaciones radicales, o encara un irrevocable crepúsculo.

Y desde otros ángulos es un tiempo también de transformaciones en el orden científico y en el técnico. La química, la botánica, las ciencias físicas, viven unos años de febril creación. En el Perú llega la vacuna, se instaura el Anfiteatro Anatómico, la Escuela de Medicina de San Fernando, el Jardín Botánico el Cementerio, y se advierte en el contorno peruano una preocupación evidente por los adelantos materiales, típica de las postrimerías del XVIII y del despotismo ilustrado.

Interesa pensar como este marco de transformaciones y de cambios se va a enriquecer más íntimamente con ese otro fenómeno que viene de la íntima actitud que frente al sometimiento a España ya se advierte en la secreta intimidad del hombre peruano. A la congoja vacilante de la época, se añade esa otra personalísima congoja —ilusión o rechazo que inquieta el espíritu— frente al tiempo que se acerca a la ruptura, de la antigua fidelidad.

Hay que verlo así al hombre precursor; incierto por el tema que tiene entre las manos, e incierto también por la época en que vive. No es un hombre "dogmático", ni de años de certidumbre. Es un hombre que vacila frente a la cuestión política que está ante su rostro, es un hombre que vive una época vacilante. Hay que estudiarlo, pues, con tremenda delica-

deza, con cautela para no llegar a una apreciación que pueda resultar injusta, por exigente.

Vale aquí con plenitud el estudio del fenómeno histórico con la mentalidad y las circunstancias de su tiempo, y no con la mentalidad y las circunstancias del tiempo que vive quien considera el hecho histórico.

Diversidad de rumbos.

El hombre que en la perspectiva de la historia y de los estudios históricos entendemos hoy como precursor de la Independencia del Perú, vive, en el ámbito cronológico suyo, 1780-1820, la actitud frente al tema de la Emancipación de muy diverso modo.

Hay un supuesto que es básico. El gran tema de la época desde fines del siglo XVIII, es el futuro del virreinato. Inclusive en España en el caso nuestro, Hispanoamérica en el caso general, son en sí mismos un problema y el futuro de la región no aparece quieto, sosegado. No hay exageración alguna al sostener que es el gran tema de la época.

Es la Emancipación de un modo expreso o implícito, de un modo remoto o inmediato, la gran cuestión de esa edad. Si no quiere hablarse de Emancipación puede decirse que desde la época de finales del XVIII la gran disputa es el futuro de América.

Es precursor, para nosotros, inclusive el hombre que directamente no lucha con conciencia por la Emancipación e inclusive se opone a ella, mas, hoy advertimos que ese hombre en sus tareas sirve de verdad al objetivo último, a la Independencia. Baquíjano y Carrillo es la figura ejemplar en este caso. El muere antes de la Independencia del Perú, él ante Abascal manifiesta su desdeñosa opinión frente a conspiradores de Lima, mas, con su actitud de gallardía intelectual, sirve en su actitud crítica y en su ejemplaridad personal a una postura que lentamente madura en contorno a la afirmación de la singularidad social primero, política después, del Perú.

Otro matiz en estos precursores distantes es el que encarna Hipólito Unanue. El, sin duda alguna, es el gran peruanista de la época, es el hombre que conoce mejor nuestro país y que mejor lo estudia. Es amigo de conspiradores y vive en un ambiente en el cual el tema de la Independencia es directa ocasión de diálogos, angustias y tertulias; no obstante, Hipólito Unanue a la llegada de San Martín aún está con el virrey y sólo se acerca a la forma de la Independencia ya al advenimiento de 1821. ¿Cómo entender, pues, la actitud de Unanue? Es el caso del hombre que sintiéndose peruano y amando al Perú con entusiasmo y con cariño ve de manera distante de otros peruanos el tema de la Independencia y se acerca a ella sólo más tarde cuando dentro de su personalidad la considera oportuna.

El gran servicio de Unanue como precursor está en su peruanismo, en la difusión de los temas nuestros, en el estudio de las cosas peruanas,

en el cariño entrañable dedicado a lo vernáculo, esa es su gran tarea precursora; él es un precursor en el orden peruanista, como Baquíjano lo es en el orden de la existencia de justicia.

Más grato para nosotros, más inmediatos a la Independencia, son los precursores que podríamos entender, dentro de una clasificación pedagógica, como hombres separatistas. Los que directamente quieren la Independencia, y luchan por realizarla.

Mas, entre los mismos separatistas puede verse distintas filiaciones. Unos, que podríamos ejemplificar en Viscardo, son los que encuentran para la ruptura con España una razón llamemos teórica o doctrinaria, a más, naturalmente, de otras razones de orden práctico. Es la separación de España porque somos distintos de ella, porque la geografía nos separa, porque nuestros intereses son opuestos, etc. Riva Agüero en su acción política y en sus "28 causas" encarna la otra línea de los separatistas políticos, los que llegan a la conclusión y necesidad de la ruptura por una variada red de razones que vienen de diversos datos concretos. No puede desconocerse que las "28 causas" son en el fondo un alegato de errores, de injusticias y hay en ellas una genérica postura de resentimiento.

De otro lado, es indudable que el separatismo total, el mismo separatismo que los hombres que presentamos como ejemplos viven, es un separatismo ideológico y práctico, un separatismo que conjuga la singularidad americana y peruana con las deficiencias y los errores y las injusticias que se vive en el virreinato.

Podría pensarse, en fin, en lo que alguna vez he considerado que sería lo más profundo en el tema del hombre precursor; el caso de ese hombre anónimo que nosotros encarnamos en Viscardo, en Túpac Amaru, en Riva Agüero, en Vidaurre, en Baquíjano y en tantos y tantos hombres, mas, que en verdad vive en una actitud desconocida y reiterada de una familia anónima a otra familia anónima, de una actitud desconocida a otra actitud desconocida para nosotros en la búsqueda del testimonio erudito. El gran precursor de nuestra Independencia es el hombre peruano desconocido, o en otras palabras, el gran precursor de la Independencia es la misma comunidad peruana en conjunto, corporativamente, que en las acciones personales se acerca al descubrimiento de la necesidad de la Emancipación.

No hay duda que encierra gran belleza esta variedad en el modo de ser precursor, en el modo de preparar el curso, el camino, el derrotero de la Independencia. El hombre precursor en esta pluralidad de actitudes, que demuestra una vez más la libertad del hombre, nos ofrece un reiterado testimonio de como la Independencia no es un hecho violento, sino un proceso de larga madurez en la vida de cada peruano y de cada familia peruana.

El problema de conciencia.

Siempre he creído y creo que es éste uno de los lados más interesan-

tes del fenómeno del mundo precursor. El hombre precursor se acerca al tema separatista, o a la postura de reforma, o a la simple imagen de la relación con España, dentro de su propio estilo personal, dentro de su propio carácter, dentro de sus propias circunstancias.

Es distinto el caso del hecho histórico en el cual la figura de un genio, o una hazaña portentosa en el orden político o militar, convoca a las multitudes, y sin advertirlo, los hombres actúan con una libertad mediaticada por la gloria o la hazaña que los seduce. El caso de precursor peruano es muy distinto. Ilustres caudillos en diversas épocas hablan en nombre de la libertad e invitan a luchar por ella, sin embargo, la gran lucha no la va a decidir un hombre, ni una batalla, ni un gran texto ideológico o político; la gran lucha está en la decisión de cada persona, en el seno de cada familia. No es como habitualmente se sostenía, la división entre padres e hijos; los padres con el rey, los hijos con la patria. Entre hombres de la misma generación hay diferencias y el bellissimo texto tan conocido de Miller, el más explícito de López, enaltecen esa personalísima variedad que se vive en la Emancipación.

No olvidemos el caso más notorio del peruano realista que sin duda alguna encarna Goyeneche, arequipeño, que llega a las más altas posiciones militares del rey en América y que manda con banderas realistas lo que prácticamente es en el Alto Perú un ejército nuestro, que lucha contra las fuerzas que vienen de Buenos Aires y del Norte del Plata. Goyeneche, desde nuestro punto de vista, es un hombre equivocado, pero merece nuestra comprensión en tanto que sin desconocer su filiación peruana, no cree en la Independencia, y sirve a la antigua fidelidad. Más grata, sin duda alguna, para nosotros, la postura de Viscardo, de Túpac Amaru, o de Riva Agüero, pero la postura de Goyeneche tiene para nosotros el mérito de la afirmación de ese carácter de respeto a la libertad personal que debemos enaltecer.

La justicia.

La idea de justicia, la exigencia de justicia, la afirmación de justicia en la vida peruana, es uno de los grandes temas en el retrato ideológico del hombre precursor. Puede decirse que está en los grandes textos doctrinarios, en las proclamas, en los manifiestos, es la gran idea común denominador a todas las posturas precursoras.

No obstante, la justicia se ve desde distintas facetas. Es la justicia que se exige al funcionario, es la justicia que se pide en la norma legal, es la justicia que se reclama en un tratamiento de mayor autonomía a lo americano, es la justicia que exige preferencia a los americanos en el gobierno de las cosas nuestras, es la justicia, en fin, que rechaza el uso de la fuerza e invita a una postura de concordia de voluntades y conciliación de espíritus.

Túpac Amaru, que exige justicia y que agota los medios pacíficos para obtenerla, se levanta precisamente en armas cuando agota todos los caminos normales de la administración y del diálogo; Viscardo, subraya

la injusticia de la administración virreinal y vive en su espíritu el resentimiento de jesuita desterrado; Riva Agüero, hace un análisis encendido de los sufrimientos que impone el "chapelón"; Mariano Alejo Alvarez, exige preferencia para el americano en la concesión de los puestos públicos; y Vidaurre, en fin, en su famosa Memoria sobre la pacificación de la América Meridional, subraya que la justicia indica un cambio de actitud en el gobierno de España dado que el medio mismo que se gobierna es otro si se le compara con el medio del siglo XVI.

Baquiáno en bellísimo texto sostiene que la opresión nunca es camino de gobierno, y que el sometimiento por medio de las armas no es fuente de paz duradera y sí de transitorio dominio en espera del levantamiento en hora propicia.

Hay otro ángulo. La imagen de una época de injusticia que se expresa en contorno de las reformas de las Cortes de Cádiz. Se habla de un tiempo de dolor, de una época de aflicción, de sufrimientos opresivos, que termina.

Lo económico.

Los temas económicos están presentes de diverso modo en el hombre precursor. Para usar un lenguaje de nuestra época, la preocupación por la libertad económica está presente de manera inequívoca. Lo dicen para ofrecer la muestra más segura y más clara, los pedidos de nuestros diputados en las Cortes de Cádiz con relación al comercio, a la industria y a la agricultura. Se persigue que nuestra economía se desligue de la metrópoli y juega con libertad.

Vive, igualmente, en ese tiempo la preocupación porque la riqueza producida en el virreinato sirva a sus mismos pobladores y no se exporte necesariamente.

Esta misma idea ya se dibuja en tiempo antiguo en el famoso "voto consultivo" de Bravo de Lagunas, cuando el oidor subraya la importancia del autoabastecimiento de trigo.

Así como sería erróneo el querer explicar el fenómeno de la Independencia como un asunto determinado por la economía, es erróneo afirmar que lo económico no está presente de algún modo, como lo muestran —a manera de ejemplo— los testimonios dichos, en el caso de nuestra Emancipación.

Visión nacional

Sería error gravísimo entender el tiempo precursor desde Lima, o como asunto limeño. El fenómeno, que tiene notables manifestaciones en Lima, vive asimismo en las más diversas regiones y ciudades del Perú. Hay que rechazar por absolutamente errónea y por lo tanto desfiguradora de la realidad, esa imagen centralista del tiempo precursor.

No olvidemos que las grandes revoluciones como la de Túpac Amaru y Pumacahua son de la Sierra del Sur; no olvidemos que en los años mismos en que ya Lima vive conspiraciones se levanta Tacna, es la sublevación de Huánuco, y se vive el movimiento de Tarapacá, y hay inquietudes en Arequipa y Huamanga, sin mencionar la valiosísima participación del norte peruano, de Nepeña a Chancay, en los días precursores ya inmediatos a la llegada de San Martín. Y la "visión nacional" de esos años próceres se refuerza en el concepto de hombre peruano, de "gente peruana", en palabras de Túpac Amaru, fruto del nacimiento en nuestro país, sin distingo de raza o ubicación social, en la amplia gama de lecturas peruanistas, y en el recuerdo de una vieja vida común. Y no hay que olvidar como la Independencia Nacional es la "suma" de las "independencias" de las diversas provincias.

De otro lado, sería deformante y sin apoyo documental, entender la Independencia como efecto de una egoísta afirmación personal o de clase, o como resultado de una esperanza de dominio de grupo.

El contenido de la Emancipación en la mentalidad precursora es la actualización de la singularidad peruana.

No sólo por las injusticias que se viven, por el hecho sustantivo del "ser peruano", proclámesese el derecho a que la dirección del Perú pase a manos peruanas. Es la tesis de Alvarez, de Viscardo y de tantos más.

Es cierto que en la República los grupos criollos y mestizos altos conducen al país, por múltiples razones —efecto de una situación directora en lo profesional, social, económico—, mas no como fruto de una revolución "hecha para ellos".

De otro lado, no pueden desconocerse las preocupaciones de orden social que viven en los precursores libertadores —libertad en lo "económico", ya comentada, los problemas de la esclavitud y del tributo, el caso de las labores manuales, sin mencionar el pensamiento americanista de Abad y Queipo— que alimentan la esperanza en una "vida mejor" en todos los niveles, que la República recibe entre sus manos con las responsabilidades y los objetivos que cada época propone.

Y se refuerza la imagen peruanista total de nuestra Emancipación en la conciencia histórica del territorio que vive en nuestros abuelos remotos, quienes reclaman la reincorporación de Mainas y Puno al señorío peruano. Para ellos —para los peruanos de la edad precursora— el mapa del Perú —del virreinato de esos años— no es una simple demarcación administrativa indiferente, hay un vínculo serio entre el hombre y su país, su tierra, en ese vivir continuo de generaciones seculares, y en esa bella lucha por la unidad integradora de nuestra geografía recibida del Incario, que perfecciona el virreinato, y asume la República como una de las más entrañables tareas siempre en rumbo de perfección. El territorio es —de algún modo— obra de la historia.

Bien se dice, y lo ha estudiado Víctor Andrés Belaunde con detalle

y con amplia visión histórica y jurídica, que la Independencia de las naciones hispanoamericanas es la suma de las "Independencias" de las diversas provincias nuestras en una feliz adición de voluntades separatistas. Y esta manifestación de voluntad en cada provincia no es fruto violento de una hazaña militar, y si es el resultado de grupos que ya viven en reprimido silencio en unos casos, y en la heroica combatividad en otros, la preocupación por la patria. Podría mencionarse a Ica, a Tarma, a toda la ruta de la primera expedición de Arenales, al norte del Perú que se incorporan progresivamente al fenómeno que más tarde asume Lima en los días memorables de Julio de 1821.

La vida en común desde los primeros años de la colonización española crea una realidad nueva que no es más España ni es tampoco el Tahuantinsuyo. Se inicia la historia de la población, de la colonización (16) en su sentido técnico y humano profundísimo. Principia al mismo tiempo la historia de esa convivencia, de esa vida en común entre españoles, criollos, mestizos e indios, unidos todos por la calidad americana y peruana. Se integra pues una historia, un recuerdo colectivo, que implica solidaridad frente al pasado y sugiere una actitud en el presente. Este vínculo poderosísimo agrupa a los peruanos entre sí y los distingue al mismo tiempo de todo lo que no pertenece a esa comunidad. Hay un proceso afirmativo y otro de negación.

El argumento de la historia peruana es de un valor incomparable para el fundamento de la hipótesis. La historia como recuerdo aglutinante y como actitud vital. Así, la tradición peruana que se forma —tradición, estilo propio de vida— orienta una vocación.

Esta historia común, muestra los más varios elementos de la vida que ya se realizan en el medio nuestro en forma original. Sin entrar en prueba, que sería reiterativa, puede hablarse de lo mestizo en un sentido superior y no estrictamente racial; se verifica en la nueva visión del paisaje, en la lengua, en la inspiración artística en la expresión de determinados aspectos de la vida religiosa, en la sensibilidad para reaccionar ante lo extremo, en suma, puede hablarse con propiedad de una idiosincrasia, de una manera peruana de vivir.

Esta manera peruana de vivir, que es mestiza, fruto de la Historia del Perú, es la que se halla en la profundidad humana impenetrable al análisis histórico, y es al mismo tiempo la que va a crear la exigencia de la separación.

Es urgente reiterar la amplitud del mestizaje como elemento creador de nuestro país. El español mismo en muchos casos vive aquí con criterio americano y todos aun los blancos puros tienen mentalidad mestiza en nuestro país. Un testimonio de Ortega es útil para esclarecer el sentido de la actitud americana en el peninsular (1). El mestizaje está, pues, en

(1) "Se trata de una idea que invertiría por completo la perspectiva usada en la consideración de la historia de las relaciones entre España y América. Es un error —a mi juicio— pensar, como siempre por inercia mental se ha pensado, que

la médula de la patria y sin él no halla explicación racional nuestra nacionalidad (2).

Aun antes de la difusión del anhelo separatista hay pruebas múltiples y valiosísimas que hablan de la existencia de una actitud peruana. La demarcación política, la distancia de la metrópoli, los pedidos de autonomía económica e industrial, la vieja exigencia, justísima, para el ingreso de los americanos a los puestos de gobierno, la sensibilidad que distingue al americano del español, la versión de los viajeros que insiste en este punto, el deseo por conocer y estudiar al Perú, confirman la evidencia de nuestra realidad social.

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII, se mantienen esos antiguos planteamientos y la circunstancia de la época les concede una distinta presentación y vigencia. Se conoce y se sabe que existe el Perú; hay un lógico vínculo intelectual entre el hombre peruano y su medio; existe la conciencia de ser peruano, de pertenecer al Perú. El nexo con España aún no se rompe, pero sí ya es más distante; el hombre de aquí se sabe español porque primero se siente peruano.

A la conciencia y al vínculo peruanos, se añade la conciencia de integrar un género mayor, el género americano. La idea de América como

estos pueblos nuevos creados en América por España, fueron sin más España, es decir homogéneos a la metrópoli y homogéneos entre sí, hasta un día en que se libertaron políticamente de la madre Patria e iniciaron destinos divergentes entre sí. Pues bien; mi idea —fundada en el sentido del hecho colonial en toda su amplitud; por tanto, no sólo en la colonización española, sino en la de los otros pueblos de Oriente y Occidente, ahora y en otros tiempos— es totalmente inversa. Bajo tal nueva perspectiva lo que yo veo es que la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente, crece y subsiste en la etapa colonial. El hombre americano, desde luego deja de ser sin más el hombre español, y es desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos. La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto, que precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección. Desde entonces —cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales— la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanza hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harto más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad. (José Ortega y Gasset. Discurso en la Institución cultural española de Buenos Aires, 1939. En sus Obras completas. Madrid, 1947. t. VI, p. 243-244).

(2) Cf. José de la Riva Agüero. Aclaración sobre el Mariscal José de la Riva Agüero. Opúsculos. Lima, 1937, t. I, 69-74; Víctor Andrés Belaunde. La realidad nacional. Lima, 1910, Peruanidad. Lima, 1946; Síntesis viviente. Madrid, 1950; Jorge Basadre, art. cit. en Revista Histórica.

patria grande es elemento muy útil para concluir en el raciocinio nacional. Aquí puede pensarse en la afirmación de Viscardo, "el nuevo mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra". Esta conciencia americana va a adquirir mayor contenido político en los días inquietantes del fideísmo, y desde el siglo XVIII la Independencia de Norteamérica es en cierta manera un auxilio para la singularidad americana frente a lo europeo (3).

La preocupación por el tema peruano es una consecuencia muy clara del afecto a la propia casta. La geografía, la historia, las costumbres, aparecen frecuentes en diversas exposiciones. Existe un afán muy claro por defender la verdadera realidad de lo peruano frente a errores antes repetidos.

La Corona dedica desde el siglo XVI particular atención al tema de las Indias y a la edición de libros para ellas. En un primer momento la razón de estas limitaciones reside en la defensa de la unidad de la conquista y en el peligro de prácticas o de ideas que reactualicen hábitos o tradiciones prehispánicas (4). Este problema, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII, adquiere una connotación distinta; el estudio de lo americano ofrece peligros, a juicio de la metrópoli, para la perdurabilidad del sometimiento.

José Torre Revello en un utilísimo estudio "Prohibiciones y licencias para imprimir libros referentes a América 1737-1807", formula interesantes consideraciones y transcribe fichas de diversos expedientes de "concesión de licencias" (5). En primer lugar Torre Revello considera que en el segundo tercio del XVIII hay mayor vigor en las cédulas restrictivas. Hay varias menciones a temas peruanos y es la más útil la que corresponde a las Memorias de Llano Zapata (6).

La ubicación de **José Eusebio de Llano Zapata** frente al tema del Perú es fruto claro del ánimo de estudio, del espíritu de observación y del afecto por lo propio. No puede decirse que es Llano Zapata un precursor inmediato y beligerante de nuestra Independencia, mas sí está en la línea

(3) Hay aquí un fenómeno doble, interesante: la afirmación en los americanos del vínculo que los une al Nuevo Mundo y al mismo tiempo, como lógico efecto, el distingo frente a Europa y frente a lo europeo. Otro aspecto curioso es el de la visión europea de lo americano.

(4) Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias. Madrid, 1943, 3 vols.

(5) José Torre Revello. Prohibiciones y licencias para imprimir libros referentes a América, 1737-1807. En: Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires, enero-junio 1932. N° 51-52.

(6) José Eusebio de Llano Zapata. Memorias histórico-físicas-apologéticas de la América Meridional. Lima, 1904. José de la Riva-Agüero. Don José Eusebio de Llano Zapata. En: Revista Histórica. Lima, 1909, t. IV; Federico Schwalb Las "Obras Varias" de José Eusebio de Llano Zapata. En: Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, diciembre 1946; Félix Alvarez Brun. Vida y obra de José Eusebio Llano Zapata. En: Mar del Sur, Lima, 1951, N° 18.

de los hombres que en el XVIII trabajan de manera indirecta por la autonomía que no advierten. Ya el Padre Vargas Ugarte considera las Memorias no sólo de mérito científico sino también como testimonio valioso al observar los errores del gobierno (7). Medina transcribe documentos de Llano Zapata que esclarecen su preocupación por lo peruano. Hay una carta que él envía a Escandón: "Quisiera que Vmd. se dedicase a componer una obra que en la América hace falta y en la Europa se desea. Es ella la historia de nuestros escritores, que con menoscabo de las ciencias y deshonor de la literatura, yacen olvidados. En tal cual libro se leen algunas noticias, que sobre poco fieles, son diminutas y pasajeras. Las fuentes donde se ha de beber una verdad que nos interesa son las memorias que en sus archivos guardan los cuerpos literarios de Lima, y las que, como un riquísimo tesoro, conservan algunas familias del Perú. De éstas, bien examinadas se sacarán la profesión y progresos de cada uno, sus escritos, impresos o manuscritos, sus peregrinaciones o viajes, sus descubrimientos o hallazgos, y la edad en que existieron, sin perder de vista los autores regnicolas o extraños que les critican o elogian" (8).

Es distinto el caso de **Baquijano y Carrillo**. En el "elogio" de Jáuregui ya son notorios sus méritos en tanto que afirmación del espíritu crítico, de la independencia personal y de la preocupación por la justicia del gobernante; empero, hay en todo el "elogio" la presencia profunda del Perú. Baquijano habla sobre un gobernante del Perú y habla en cierta manera como representante de un estado de opinión y de un viejo anhelo. Su testimonio no tiene la calidad erudita que se advierte en Llano Zapata, o en el "Mercurio Peruano", pero el Perú, repetimos, está presente en su raciocinio, en la razón de su alegato y fundamentalmente en su ilusión por un gobierno que realice el bien común (9).

(7) El Padre Vargas utiliza testimonios de Medina de su Biblioteca Hispanoamericana y alude a las censuras que en España merece la obra de Llano Zapata.

(8) José Toribio Medina. La imprenta en Lima. Santiago de Chile, 1904-5, t. III, p. 17-18.

(9) Luego del estudio clásico sobre Baquijano que prepara José de la Riva-Agüero (Boletín del Museo Bolivariano, N° 12, agosto 1929, p. 453-502) debe citarse: Miguel Maticorena Estrada: La proscripción del "elogio" de Baquijano y Carrillo. En: Mar del Sur, Lima, 1951, N° 18; César Pacheco Vélez. Las conspiraciones del conde de la Vega del Ren. En: Revista Histórica. Lima, 1954, t. XXI. También es útil la referencia documental que aparece en el Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, julio de 1949. En las compilaciones de Luis Antonio Eguiguren, sobre la Universidad de San Marcos, hay necesarias referencias. César Pacheco en su estudio citado publica documentos sumamente valiosos que es indispensable consultar para obtener una cabal visión del pensamiento político de Baquijano; las pruebas confirman no sólo que Baquijano no es separatista, sino que inclusive llega a ofrecer al virrey datos interesantes contra los conspiradores limeños. Parece pues ya inalterable la imagen de Baquijano como precursor liberal y reformista, dentro de los cánones de la fidelidad al monarca. José Toribio Medina. La Imprenta en Lima, t. III, p. 106-115, al transcribir la ficha del elogio de Jáuregui, registra documentos utilísimos para conocer la resonancia oficial que merece el discurso de Baquijano y el peligro político que la Corona advierte al Virrey. Del Archi-

Hipólito Unanue en la profunda vocación que mantiene por el Perú y frente a la vida peruana, es referencia valiosísima en el conjunto de pruebas sobre el estudio de nuestro país. Es también peculiar la ubicación del ilustre ariqueño. En primer término, su obra y su espíritu permanecen íntimamente vinculados con el "Mercurio Peruano". Es tarea ociosa separar a Hipólito Unanue de la preocupación peruanista de nuestro gran periódico del XVIII y puede afirmarse que es de los que más trabajan por el buen éxito del empeño intelectual y nacionalista del Mercurio (10). Pero luego hay otra faceta en la preocupación de Unanue por el Perú. El persigue la realización de la felicidad de los peruanos, y como médico que es, busca en los estudios profesionales y en la educación del pueblo los medios necesarios para el hallazgo de una vida sana y de una convivencia tranquila. Su discurso en la inauguración del Anfiteatro Anatómico es de valor singular; allí está la esperanza en el resurgimiento del país y la lucha por la salud de sus pobladores; está palmario, igualmente, el pensamiento de la ilustración en su optimismo por una vida mejor a través del estudio de las ciencias naturales y de la vida del organismo humano. A las deficiencias en el cuidado de la salud atribuye Unanue la despoblación de América, y demuestra su fe en las realizaciones concretas y en el afán de progreso de los monarcas del despotismo ilustrado (11).

Es hasta impertinente hablar del tema peruano en nuestro Mercurio del XVIII. El Perú es para el Mercurio no sólo la razón del trabajo sino que representa dedicación constante y ánimo para defender todo lo nuestro. Hay en el Mercurio inquietud por lo que antes ha sido nuestro país para así saber mejor lo que es en el momento. Este periódico representa con gran propiedad el sentido mestizo de nuestra historia y la visión unitaria del Perú; en los varios artículos está el tema incaico al lado del

vo General de Indias, Francisco Blanco Caro, Juicio imparcial sobre un manuscrito en que se pretende impugnar la disertación publicada por el Dr. Don Josef Baquijano y Carrillo. Lima, Imp. de la Casa Real de Niños Expósitos, 1788. Alegato que en la oposición a la cátedra de Prima de Leyes de la Real Universidad de San Marcos de Lima dixo el doctor don Josef de Baquijano y Carrillo.

(10) No es el caso de registrar aquí la bibliografía de Unanue. Nos remitimos a la compilación de Odriozola en Documentos literarios del Perú, Lima 1874, t. VI. Igualmente es útil la reedición de Fuentes del antiguo "Mercurio Peruano" y la edición de las obras de Hipólito Unanue, Barcelona, 1914, 3 ts.

(11) Aparte de los varios estudios de Luis Alayza Paz Soldán y Carlos Enrique Paz Soldán que reiteran constante afecto a la figura y a la obra de Unanue, debemos citar: Luis Felipe Alarco. Hipólito Unanue. En: Historia Lima, 1944. N° 6; Luis Alayza Paz Soldán. Unanue geógrafo, médico y estadista. Lima, 1954; Juan B. Lastres. La cultura peruana y la obra de los médicos en la Emancipación. Lima, 1954. José de la Riva-Agüero. Hipólito Unanue. En su Por la verdad, la tradición y la patria, 1937, t. I: Augusto Salazar Bondy. La Filosofía en el Perú durante la Ilustración. En: Letras Peruanas, Lima 1952, N° 5; Hipólito Unanue en la polémica sobre América. En: Documenta. Lima, 1949-50, N° 1. A estas menciones debe añadirse la referencia específica en la bibliografía médica, artículos conmemorativos e historias generales. Entre estas últimas es útil el testimonio de Benjamín Vicuña Mackenna. La revolución de la Independencia del Perú, 1809-1819, Lima, 1924.

español, y aparece siempre una visión ancha, que es la mestiza, del país (12).

Ya es habitual la mención al primer artículo del número primero del Mercurio: "Idea general del Perú". "El principal objeto de este papel periódico, según el anuncio que se anticipó en el prospecto, es hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos" (13).

Es interesante la posición de **Rodríguez de Mendoza** frente al Perú como sujeto de estudio. Quiere don Toribio, y ya es prueba sugerente, que se enseñe la historia profana para mejor conocimiento del país, y además, su espíritu de maestro procura que el Colegio despierte en sus alumnos la preocupación por servir al Perú. Advierte la responsabilidad que le corresponde al tener entre sus alumnos a los hijos de la nobleza y procura inculcarles la obligación de servicio y de trabajo para bien de la comunidad (14).

(12) Aún no contamos con un estudio monográfico que aborde al Mercurio Peruano. El aparece, como es lógico, en todos los testimonios sobre el desarrollo de nuestra cultura, virreinato del XVIII e influencia de la Ilustración. Aparte de las referencias bibliográficas en los repertorios conocidos puede consultarse con provecho el citado trabajo de José de la Riva-Agüero "Los veinticinco años de nuestro Mercurio", y también el ya mencionado de Augusto Salazar Bondy, *La filosofía en el Perú durante la Ilustración*.

(13) Mercurio Peruano de historia, literatura y noticias públicas que da a la luz la Sociedad Amantes del País, N° 1.

(14) Para la verificación de la reforma de San Carlos es necesaria la consulta de Raúl Porras Barrenechea. La visita al Colegio de San Carlos por don Manuel Pardo (1815-1817) y su clausura por orden del virrey Pezuela (1817). En: *Revista Histórica*, Lima, 1948, t. XVIII. La transcripción del expediente de la visita permite investigar aspectos íntimos de la vida escolar y de la reforma pedagógica. Además de los ya clásicos estudios sobre Toribio Rodríguez de Mendoza, de José Toribio Polo y de Jorge Guillermo Leguía debe citarse: Don Toribio Rodríguez de Mendoza (expediente universitario). En: *Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*. Lima, 1949; Alejandro Hernández Robledo. Un expediente inédito de Rodríguez de Mendoza. En: *Letras*. Lima 1950, N° 44; *Hacia una Iconografía del Procurador*; Federico Schwalb. Un manuscrito inédito de Toribio Rodríguez de Mendoza. En: *Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional de San Marcos*. Lima, junio 1949; Jorge Zevallos Quiñones. La ascendencia de don Toribio Rodríguez de Mendoza, Rector de la Universidad. La ascendencia de don Toribio Rodríguez de Mendoza. En: *Revista del Instituto de Investigaciones Genealógicas*. Lima, nov. 1951, N° 5; *Sobre don Toribio Rodríguez de Mendoza*. En: *Rev. del Archivo Nac. del Perú*. Lima, 1943, t. XVI; José de la Riva Agüero, *La nacionalización del clero*. En *El Comercio*. Lima, 8 de sep. de 1941. Aparte de los varios testimonios que Luis Antonio Eguiguren registra en sus colecciones documentales sobre San Marcos, publica el valiosísimo "Lugares teológicos", por Toribio Rodríguez de Mendoza y Mariano de Rivero... Lima, 1951". Pedro Gutiérrez Ferreira, ex alumno de la Facultad de Letras de la Universidad Católica, que se halla actualmente en España, prepara su tesis doctoral sobre el pensamiento de Toribio

El separatismo y el testimonio de los precursores

Aquí reside la esencia del problema (15). En páginas anteriores probamos que existe una comunidad peruana, un estilo peruano de vida, y luego analizamos cómo el Perú es motivo de estudio. Ahora ya el asunto es estrictamente político, en hechos y en ideas. Lo que se trata de probar es lo siguiente: cómo aparece el Perú en el testimonio de los precursores; cómo todos, de una u otra manera, afirman la existencia del Perú —explícita o implícitamente— legítima razón de la autonomía política.

Hay desde antiguo en el mismo criterio y opinión de los virreyes dos ideas simultáneas y contradictorias (16). La necesidad de una mayor autonomía económica en las posesiones españolas, y de otro lado el peligro que para la fidelidad puede sobrevenir si se concede esa autonomía económica. El testimonio es útil pues tácitamente proclama que existe algo que necesita la presión económica o política para que no se separe de España. El virrey Gil en varias oportunidades denuncia esta preocupación (17).

El pensamiento de los precursores y el estudio de época tan olvidada es fuente de un valor incomparable (18). Importa además el mérito de

Rodríguez de Mendoza. Del Archivo General de Indias consignamos las siguientes referencias: Lima, 22 de diciembre de 1809, Copia certificada del expediente en que Rodríguez de Mendoza pide su confirmación en el cargo de Rector en el Colegio de San Carlos. Audiencia de Lima, 798. Lima, enero de 1810. El virrey Abascal al Consejo elogia los méritos de Rodríguez de Mendoza, para el Rectorado de San Carlos, mas considera que no se otorgue el cargo a perpetuidad pues es mejor que esté sujeto a las circunstancias. Audiencia de Lima, 798. Lima, 31 de Marzo de 1813, el virrey Abascal al secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, incluye los autos de la oposición a la canongía teologal de Lima, que se halla vacante. Ha obtenido la preferencia Toribio Rodríguez de Mendoza. Audiencia de Lima, 745.

(15) En este punto de nuestro trabajo estudiamos, simplemente, los fundamentales documentos de algunos de nuestros precursores y a través de los mismos tratamos de verificar la idea del Perú y cómo vincularon ellos esta idea con la Independencia.

(16) Confirma el punto de vista: Virreinato peruano. Documentos para su historia. Colección de cartas de virreyes. Conde de la Monclova. Dirección, prólogos y notas de Manuel Moreyra y Paz Soldán y Guillermo Céspedes del Castillo. Lima, 1954-55, 2 t.

(17) El citado trabajo de Carlos Deustua sobre el virreinato del Perú entre 1777 y 1786 presenta, entre otras, esta cita de una carta del virrey Gil a Antonio Valdez, Lima, 24 de julio de 1790, "es positivo que la seguridad de las Américas se ha de medir por la dependencia en que se hallen de la metrópoli; y esta dependencia está fundada en los consumos. El día que contengan en sí todo lo necesario, su dependencia será voluntaria y ni las fuerzas que en ella tengamos, ni la suavidad del gobierno ni la más bien administrada justicia, será suficiente a asegurar su posesión" A.G.I. Audiencia de Lima, 691.

(18) Es útil estudiar cómo ingresa a la sistemática de la Independencia esta época de los precursores.

este período preterido, pues desde el punto de vista nacional es el que demuestra cómo el ánimo separatista es fruto de la misma vida del Perú y no imposición forastera de la época de los libertadores (19). Hay que olvidar esa historia de la Independencia escrita en función de los grandes caudillos y restaurar en cambio la presencia de esta otra historia de la conspiración y de la revolución de grandes proporciones, de la inquietud intelectual, en suma reiterar cómo en el Perú antes que llegue San Martín recibe el llamado de los peruanos, a información minuciosa, que él más tarde reconoce con justicia (20).

En el siglo XVIII la mención fundamental corresponde a Viscardo (21). Entre Baquíjano, Rodríguez de Mendoza y el Mercurio Peruano, la situación de **Juan Pablo Viscardo y Guzmán** es directa y enfática al proclamar sin titubeos el derecho al separatismo.

Afortunadamente existe hoy día mayor entusiasmo e interés frente a la figura y el pensamiento de Viscardo (22). A la obra fundamental de

(19) En diversos aspectos aún mantiene vigencia la obra de Benjamín Vicuña Mackenna. La revolución de la Independencia del Perú, 1809-1819. Lima, 1960. Más cercano de nosotros, Jorge Guillermo Leguía es quien ha dedicado más ánimo y estudio a esta época de los precursores; el Boletín del Museo Bolivariano, fruto del aliento peruano de Leguía, es siempre fuente de valor singular para todo tema de la Independencia y en especial para la época precursora.

(20) Esto es materia de otro estudio, mas, puede señalarse el conocido testimonio del Archivo de San Martín en el cual aparecen múltiples pruebas en abono de la iniciativa y presencia peruana que reconoce el Protector. Igualmente, es útil la declaración del espía José García que publicamos en el N° 12 de la revista *Mar del Sur*.

(21) Por ventura ya pasa la época en que, como anota el Padre Vargas, es Viscardo una cita accidental en la historia peruana e hispanoamericana. Cada día es mayor la difusión de la "Carta" y de su pensamiento.

(22) Rubén Vargas Ugarte, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, 1747-1798. En: *Revista Histórica*, Lima, 1925, t. VIII. En: *Boletín del Museo Bolivariano*. Magdalena Vieja, diciembre 1928, N° 4.—Bibliografía de la "Carta a los españoles americanos" de D. Juan Pablo Viscardo y Guzmán. En: *Boletín del Museo Bolivariano*. Magdalena Vieja, ul. 1920, N° 11. Santiago Martínez, Juan Pablo Viscardo y Guzmán. En: *Boletín del Museo Bolivariano*. Magdalena Vieja, sun-ago. 1930, N° 16. Félix Alvarez Brun. Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la Independencia americana. En *Mercurio Peruano*, Lima, junio 1947, Vol. XIX, N° 255. Las dos últimas aportaciones bibliográficas: Miguel Batllori, S. J. *El Abate Viscardo, historia y mito en la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica*. Caracas, 1953. Rubén Vargas Ugarte S. J. *La Carta a los españoles americanos de don Juan Pablo Viscardo y Guzmán*. (Lima, 1954). La obra de Batllori, reduce en algunos aspectos la personalidad de Viscardo, mas el aporte documental es valiosísimo especialmente para verificar el origen de la Carta y el antiguo pensamiento de su autor; las principales piezas son las siguientes: Massa di Carrara, 23 de setiembre de 1781, Juan Pablo Viscardo al Cónsul británico en Liorna, John Udny, ob. cit. p. 204-211. Udny transcribe los informes de Viscardo al Secretario de Estado británico.

exhumación biográfica que realiza el Padre Vargas se añade últimamente el útil estudio del Padre Batllori y la constante resonancia de la Carta a los españoles americanos en la bibliografía continental. Viscardo es precursor de la Independencia hispanoamericana; sus argumentos valen no solamente para el Perú.

El espíritu del que estudia la Carta a los españoles americanos no puede ser análogo al ánimo de quien maneja una obra erudita. Es pueril censurar a Viscardo porque no advierte la amplitud de la obra colonizadora. La Carta hay que estudiarla con el criterio propio de quien investiga un documento revolucionario, por consiguiente apasionado y polémico; la Carta es una proclama y no un testimonio erudito. Además hay que reconocer la situación personal de Viscardo, su legítimo resentimiento, su vida errante, la desconexión de su patria. Hay que buscar en cambio el entusiasmo de Viscardo frente a América, frente al país que es, que tiene una realidad social. Para Viscardo la Independencia no viene del error de España, ni de las influencias forasteras, ni de otros problemas adjetivos; para él, la Independencia es legítima porque América ya existe, y sin desconocer la importancia de los errores y de la mala situación del virreinato, lo esencial está en la realidad americana.

“Hermanos y compatriotas: La inmediatez al cuarto siglo del establecimiento de nuestros antepasados en el nuevo mundo, es una ocurrencia sumamente notable, para que deje de interesar a nuestra atención. El descubrimiento de una parte tan grande de la tierra, es y será siempre para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales. Más para nosotros que somos sus habitantes, y para nuestros descendientes, es un objeto de la más grande importancia. El nuevo mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios, y de nuestros sucesores” (23).

Su gran aporte se halla en esa justificación doctrinal de la Independencia. La patria del americano está en el nuevo mundo y no en España.

Puede objetarse que Viscardo no habla de la nacionalidad peruana en particular; mas, al proclamar la realidad social americana implícitamente afirma lo peruano, y lo que es más importante, subraya el distingo entre España y América, y el nexo de conocimiento y de afecto entre el hombre americano y el nuevo mundo. No obstante la visión que Viscardo tiene del Perú se halla más ligada con los conquistadores y con la actitud más propiamente criolla y mestiza. La imagen de los indios en realidad la omite. También insiste en la distancia que separa América de España y ve así otro elemento de disparidad; afirma, inclusive, que los intereses de América y España son contrapuestos y que el bien de una, precisa la destrucción de la otra.

(23) Juan Pablo Viscardo y Guzmán. Carta a los españoles americanos. En: Boletín del Museo Bolivariano. Magdalena Vieja, setiembre-octubre, 1928.

“La naturaleza nos ha separado de la España con mares inmensos. Un hijo que se hallaría a semejante distancia de su padre sería sin duda un insensato, si en la conducta de sus más pequeños intereses esperase siempre la resolución de su padre. El hijo está emancipado por el derecho natural; y en igual caso, un pueblo numeroso, que en nada depende de otro pueblo, de quien no tiene la menor necesidad, deberá estar sujeto como un vil esclavo?”.

“Tenemos esencialmente necesidad de un gobierno que esté en medio de nosotros para la distribución de sus beneficios objeto de la unión social” (24).

Para Viscardo, pues, la Independencia adquiere su legitimidad porque América es distinta de España. Se puede continuar el desarrollo: porque tiene una propia manera de vivir. El no ve la complejidad de las nacionalidades hispanoamericanas, pero ya su planteamiento general representa, al afirmar lo americano, un anuncio de las ideas nacionales.

Separatista y precursor como **Viscardo, José de la Riva-Agüero** y **Sánchez Boquete** (25) es además conspirador y hombre dedicado a la lucha por la patria. Ambos, Riva-Agüero y Viscardo, encarnan la mejor línea en la actitud precursora. El primero, como político y como conspirador ve la causa más en los hechos y errores de España, y el segundo, más teórico que revolucionario, admite la razón de la existencia de América como causa profunda y fundamental (26).

Para juzgar a Riva-Agüero (27) como precursor es indispensable

(24) Ibid.

(25) Es muy útil la comparación entre los argumentos de Viscardo y de Riva-Agüero y la coordinación entre las pruebas de doctrina y las confrontaciones prácticas.

(26) Riva-Agüero menciona al monopolio, a la hipocresía, a la superstición y al fanatismo como aspectos “deplorables” de la organización virreinal. Afirma que en Europa se desconoce la realidad de la guerra en América, cita el testimonio de la Independencia de Norte América, menciona las conspiraciones en la Lima de la época, afirma que en la injusticia reside la causa de la guerra. “Que el origen de la discordia en estos países es tan antiguo como la conquista misma”, y que se espera “el principio de la felicidad común”. Cita a Garcilaso, Las Casas, Saavedra Fajardo, y aparece también la referencia a Beccaria, al Abate Pradt, a Raynal, Machiavello, Rousseau, Montesquieu. Es curiosa la mención que hace del testamento de Mancio Sierra de Leguizamo.

(27) La biografía de Riva-Agüero sólo la conocemos en función de algunos datos cronológicos simples y aun falta el estudio biográfico semejante al de Baquíjano o a los de Viscardo. Su bisnieto, José de la Riva Agüero y Osma, escribe una pequeña síntesis biográfica que envía a Julio Cejador, y la reproduce Jorge Guillermo Leguía en el Boletín del Museo Bolivariano, N° 14, enero de 1930. En el mismo número del Boletín del Museo Bolivariano aparece transcrito un folleto que se imprime en 1851: Documento relativo al plan presentado por mí al gobierno británico en el año 1808 para independizar la América Española; por José de la Riva Agüero. Para conocer su pensamiento la pieza fundamental es el folleto que se re-

comparar constantemente su obra revolucionaria con sus testimonios documentales. El escribe "las 28 causas" cuando ya tiene varios años de dedicación en la lucha por la autonomía del Perú. Si bien no habla palmariamente de la existencia del Perú como comunidad nacional, en muchos de sus raciocinios sí se descubre la vivencia que tiene de la patria. En la primera de las causas que él señala hay algo de los razonamientos de Viscardo; el resumen dice así: "que los intereses de la península están diametralmente opuestos con los de la América: que para que aquella prospere es preciso que ésta permanezca en cadenas" (28). También insiste en la realidad de los criollos y en la difícil situación frente a los "chapeltones", y señala así un reflejo de lo que no es simplemente un asunto concreto, sino auténtica consecuencia de una peculiar realidad social. El criollo lucha con el chapetón no solamente por el puesto público o por el privilegio económico, hay algo más profundo que reside en la idiosincracia propia de uno y otro grupo social.

La situación de Baquijano y Carrillo es diferente (29). Ya anotamos

cuerda en la historia como: "Las veintiocho causas", "Manifestación histórica y política de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de La Plata". Obra escrita en Lima, centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816. E impresa en Buenos Aires, Imp. de los Expósitos, 1818. Esta obra, sumamente rara, la transcribe Jorge Guillermo Leguía en el N° 14 del Boletín del Museo Bolivariano.

(28) El espíritu de las otras veintisiete causas conviene coordinarlo con textos del mismo Riva-Agüero: "Que la América permanece gobernada despóticamente"; que el monopolio de la península les impide del todo el comercio libre; "que habiendo llegado al extremo el aborrecimiento y odio entre españoles y americanos"; "que casi todos los empleos... están ocupados y servidos por españoles"; "que los enjambres de empleados que envían de España a América, particularmente en estos últimos tiempos, son las gentes más idiotas, inmorales, corrompidos y sobre todo venales"; "la dilapidación de la real hacienda"; "el desorden y la falta de métodos... en la dirección y administración de las rentas"; "el gobierno arbitrariamente prende a toda clase de personas"; "la nobleza está igualmente estropeada"; "el mérito, instrucción, buena conducta, y luces son castigados"; "toda ilustración pública es prohibida"; "toda opinión en política... es graduada de delito"; "las mismas cosas que hechas en España o por españoles, se dicen buenas y muy santas; hechas o dichas por americanos, son unos crímenes"; "es prohibido a los americanos hasta el visitarse"; "para amedrentar a los americanos se hacen por el gobierno ciertas escenas trágicas"; "se desatienden las quejas y clamores repetidos de los americanos"; "contra lo establecido han conservado los virreyes y gobernadores militares diez o más años en sus gobiernos"; "encienden la guerra entre unos pueblos con otros"; "es doloroso a los americanos el ser gobernados por unos déspotas"; "en el tiempo que regía la Constitución... los gobernadores hacían lo que querían"; "abusando de la buena fe de los habitantes los virreyes... abren las cartas"; "La colocación de tal o cual americano a empleos y honores, se verifica en las gentes sin mérito"; "los generales, comandantes, y gobernadores, se convierten en unos ladrones públicos"; "la inobservancia del derecho de gentes"; "echan contribuciones enormes y violentas"; "insultan públicamente a todo americano"; "a las quejas y asuntos de los americanos no se les da substanciación legal en la Corte".

(29) En la nota 25 aparece la referencia bibliográfica correspondiente.

en otra parte de este trabajo la angustia peruana que revela el elogio de Jáuregui; más tarde, está con el grupo del Mercurio y trabaja en la difusión de nuestra historia; es representante del Cabildo limeño y en la vida de la ciudad se le considera el personero de una nueva actitud. Empero, Baquíjano no es separatista. Ya en los días del fidelismo aumenta aun su influencia en Lima y como lo señala Riva-Agüero es Baquíjano el jefe del partido peruano liberal y sobre todo es el caudillo del criollismo. Este es el argumento más interesante que se desprende de la vida de Baquíjano; representa una actitud que no es española ni tampoco separatista, pero que sí está más cerca de la afirmación de la autonomía (30).

Es arduo el empeño de rastrear el proceso de **Manuel Lorenzo Vidaurre** y **Encalada** (31) desde la época fidelista hasta el separatismo. Sin penetrar en las dudas vinculadas con la revolución de Pumacahua y en los

(30) Es indudable la resonancia que tiene en Lima el nombramiento de Baquíjano como consejero de Estado; los testimonios de público alborozo son prueba evidente de la autoridad de Baquíjano en el medio limeño. Como lo afirma Riva-Agüero, en tanto que no haya argumento documental que rectifique, no puede hablarse de una vinculación subversiva entre Baquíjano y el grupo que conspira en esos días. Para conocer el sentido de las fiestas el mejor medio nos lo ofrece el folleto de Miralla: Breve descripción de las fiestas celebradas en la capital de los reyes del Perú con motivo de la promoción del Excmo. Sr. S. D. José Baquíjano y Carrillo, Conde de Vista-Florida, Caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, oidor de la Real Audiencia de Lima, juez de alzadas de los tribunales de Consulado, y Minería del Perú, auditor de guerra del regimiento de la Concordia española del Perú, juez director de estudios de la Real Universidad de San Marcos, juez protector del Real Colegio Carolino. Al Supremo Consejo de Estado. Con una regular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto por D. Antonio Miralla Ruiz. También es interesante el elogio de Baquíjano que le dedica el Colegio de San Pedro Nolasco y que pronuncia el Rector del Colegio de San Ildefonso, mro. fray José Salia, lo imprime en Lima en 1813, Bernardino Ruiz. Igualmente es útil el elogio de Baquíjano, que pronuncia Francisco Valdivieso y Prada, en un acto de teología en la Universidad de San Marcos; igual que el anterior lo publica éste fr. Gerónimo de Calatayud y Borda.

(31) El Padre Vargas publica en el Boletín del Museo Bolivariano documentos fundamentales para conocer el pensamiento de Vidaurre; Rubén Vargas Ugarte. Escritos inéditos de Vidaurre. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 16; Manuel Lorenzo Vidaurre. Memoria sobre la pacificación de la América Meridional. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 13. Además de los ensayos de Jorge Guillermo Leguía, que tuvo gran afecto por Vidaurre, son valiosas las siguientes referencias: Relación de los méritos y servicios de don Manuel Lorenzo Vidaurre y Encalada. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 6; Guillermo Lohmann Villena. Manuel Lorenzo Vidaurre y la Inquisición de Lima (notas para la historia de las ideas en el Perú). En: Mar del Sur, 1951, N° 18. Raúl Porras Barrenechea. Semblanza de Manuel Lorenzo Vidaurre. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 6, Semblanza de los plenipotenciarios peruanos al Congreso de Panamá de 1826. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1930, N° 15. Pedro Vidaurre. Biografía de Manuel Lorenzo Vidaurre por su hijo Pedro Vidaurre. En: Boletín del Museo Bolivariano, N° 6.

posteriores alegatos de Vidaurre en abono de su fidelidad, importa analizar su raciocinio en la "Memoria sobre la pacificación de la América meridional". Aquí está su pensamiento claro frente a los problemas en torno del fidelismo. En primer lugar Vidaurre proclama que el hombre peruano del XIX no es el mismo de la época de la conquista; que es igual al europeo, que tiene los mismos medios, y que puede luchar de igual a igual con él.

"Un error político que nota muy bien el Secretario de Florencia, es la fuente de más desgracias y desastres. Dice: que los hombres, y los gobiernos difícilmente renuncian aquellas sendas por donde prosperaron y consiguieron sus desgracias en otras ocasiones. No saben acomodarse a las circunstancias, ni advierten que la variedad de los tiempos, ilustración de los Pueblos, el conocimiento de sus fuerzas, sus nuevas relaciones les constituyen en una posición muy diferente de aquella, en que hallaban en anteriores siglos. Los reyes católicos, y el Sr. Carlos V dominaron con cuatro españoles, más reynos, que los que gozó Augusto cuando la paz universal y Alejandro cuando lloraba por conquistar los Planetas. Con las armas se adquirió la posesión, y se quiere que sólo ellas decidan de su eterna permanencia. Política destructora que obra por ejemplos mal acomodados, y en la que no se percibe que no es hoy el Americano, lo que era en tiempo de Huayna-Capac y Montezuma. No es el indio tímido, ignorante, supersticioso al que hoy se va a sujetar. No es aquel que creía al hombre, y al caballo un solo sujeto, rayo al Arcabuz, y al Artillero el árbitro del trueno. No es el imbécil que proponía una mal dirigida flecha a la lanza á la espada á la bala. El Americano hoy es el Español mismo, sabe que si sus fuerzas naturales son algo menores que las de Europa, las armas de fuego igualan la robustez y a la debilidad cuando no es ésta absoluta. Tiene Artillería la más excelente y puede fundir cuanto quiera en pocos meses. Nuestros cañones son tan buenos, o mejores que los de Europa. Ya se hacen fusiles, se funden morteros, las Américas son perdidas para nosotros. Así debió racionar siguiendo los principios de los defensores de la guerra. No es posible que la Europa domine en la América, si se quiere usar la fuerza, en el momento que ella se penetre de lo que puede, y lo que vale. Es muy fácil dominarla, si se le dirige y gobierna de modo, que halle su mayor felicidad en la administración Europea. Este ha sido mi sistema" (32).

(32) Manuel Lorenzo Vidaurre. Memoria sobre la pacificación de la América Meridional. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 13.

Luego explica que si la política continúa en la misma forma no puede mantenerse la fidelidad de América; que España tiene que variar su posición. Dice que hay tres caminos entre las posibilidades que encara España: la Emancipación, la destrucción de los americanos, las reformas. Cree lo primero prematuro, lo segundo absurdo en un rey católico, lo tercero es la gran ilusión de Vidaurre. El no es reformista frente a una institución o frente a un problema concreto, su actitud es más violenta y general, quiere que se reforme la actitud de España frente a América.

“Espero que V. M. ha de oír por mi órgano los sentimientos de muchos Americanos, con la ternura de un Padre, con la justicia de un Monarca, con el interés que le dicta el amor a la Península. Por más que la política se agite por desenrollar la Escena en el estado en que se halla, no hay sino tres medios. Destruir a todos los americanos, y poblar de nuevo; renunciar el dominio de las Américas, dejándolas en entera libertad; o mejorar de modo el Gobierno, que todos tomen parte en su permanencia, trabajen por ella y la deseen” (33).

¿Por qué quiere Vidaurre que se reforme esa política? Primero y esencialmente, porque el Perú no es el del XVI ni son sus hombres los mismos; en el fondo, porque ya es un país con sus peculiaridades y sus exigencias naturales. Lo segundo, porque él cree prematura la Independencia y en la angustia por buscar un remedio no ve otro que éste de la reforma general.

La preocupación por las reformas la demuestra Vidaurre desde 1810 cuando redacta el Plan del Perú y al mismo espíritu se agrega el separatismo de 1823, año de la publicación (34). Evidentemente, el Plan puede objetarse, y debe objetarse, por inorgánico, desproporcionado, hiperbólico, muchas veces sin orientación clara; pero hay en el espíritu que lo anima la misma amable ilusión reformista que ya le concede a Vidaurre una posición natural entre los precursores de la Independencia.

(33) Ibid.

(34) Plan del Perú, defectos del gobierno español antiguo, necesarias reformas, obra escrita por el ciudadano Manuel Vidaurre, a principios del año de 10 en Cádiz, y hoy aumentada con interesantes notas. Se dedica al Excmo. Sr. D. Simón Bolívar, es de Philadelphia, año de 1823. Contiene al fin la renuncia que hace el autor de la plaza de oidor de Galicia, y en ella los motivos políticos que obligan a la isla de Cuba a declarar inmediatamente su Independencia. Philadelphia, Impresa por Juan Francisco Hurter, al volver la Calle Segunda y la de Dock. 1823. Es conocido el estudio de Bernardo González Arrili: El Magistrado Manuel Lorenzo de Vidaurre y su “Plan del Perú”. En: Boletín del Museo Bolivariano, 1929, N° 5 Como se señala en el texto, se agrega al tono autobiográfico, violento e ilimitado habitual en las obras de Vidaurre, la ausencia de todo sistema en el Plan del Perú. Más que el dato o el testimonio concreto, lo que importa es el espíritu que anhela la reforma. Si bien a Vidaurre se le recuerda con la Emancipación fundamentalmente por su Plan, es la Memoria de 1817, documento más original y enfático ante los problemas de la hora frente a la Independencia.

Del panorama complejo y original de nuestros precursores y entre las variedades de reformistas y separatistas, o de políticos y doctrinarios, se puede desentrañar algunas clarísimas orientaciones unitarias. Hay problemas de la época que reducen a una semejante posición espiritual a hombres de temperamentos distintos, de muy diversas actitudes humanas. Desde la preocupación normativa y docente de Toribio Rodríguez de Mendoza hasta la inquietud revolucionaria de Riva-Agüero, y desde la independencia personal y la autoridad de Baquíjano hasta las hipótesis de Vidaurre y las afirmaciones doctrinarias de Viscardo, aparece un conjunto de problemas que asocia también al espíritu de Arce y al afán patriótico de Sánchez Carrión. Este común denominador se halla, en primer lugar, en la confesión de la existencia del Perú. Esta vivencia del Perú es técnicamente irrefutable en el pensamiento de nuestros precursores. Ellos se sienten del Perú, pertenecen al Perú; como lógico corolario advierten la unión entre todos los que admiten pertenecer al Perú; ven la unión entre los peruanos; cada uno en su esfera propia trabaja por el Perú, hay en ellos preocupación por realizar el bien común de los peruanos; ven por otro lado que el nuevo país no puede permanecer unido a España dentro de los cánones antiguos, se manifiestan descontentos por el estado de cosas y persiguen un remedio. Aquí viene la separación, los que creen en las reformas, como virtud salvadora general, y los que ven en la Independencia la única solución definitiva a los problemas del Perú.

Este es el testimonio de los precursores. El Perú es para ellos una comunidad social que requiere un nuevo tratamiento. La comunidad social, el Perú, es anterior al problema y es su causa. En el espíritu de los precursores las rivalidades sociales, los problemas económicos, los errores políticos, no son los creadores del Perú sino que muy al contrario el Perú no puede continuar en ese estado de cosas porque ya su realidad humana y social es otra, porque es singular, distinto, y con una orientación propia que realizar (35).

Frente a este problema de la vivencia del Perú y de lo peruano y ante la necesidad de procurar una modificación, o una revolución del estado político, es donde se halla precisamente el signo incomparable de la época de los precursores. Ellos viven un momento substancialmente distinto de la época beligerante, 1820-1827 (36). El de los precursores es un lapso que no sólo está aparte de la historiografía durante muchos años sino que inclusive hoy algunos no descubren cómo ese momento es el más valioso en tanto que entraña honda congoja personal frente a la creencia en la patria e igualmente porque es el lapso —en apariencia con sólo

(35) Jorge Basadre insiste en varios trabajos en la idea de la esperanza en la patria, la ilusión frente a ella. Este fenómeno es interesante estudiarlo en analogía con el proceso separatista de otros países hispanoamericanos.

(36) Importa insistir en un estudio integral de la Independencia, que no recorre ni la de los grandes caudillos y que sí vea cómo ambas se perfeccionan y coordinan. Además insistimos en este trabajo en el valor nacionalista de la etapa de los precursores.

breves estallidos revolucionarios— que manifiesta una constante inquietud conspiradora y separatista (37). Y se conspira y se sufre por la patria

(37) No debemos ignorar las apresuradas y erróneas generalizaciones que sobre los precursores presenta Salvador de Madariaga en su obra: Cuadro histórico y de las Indias. Introducción a Bolívar. Buenos Aires, 1950. Para Madariaga, precursor es sinónimo de hombre impreciso, desleal, utópico, que circula por Europa sin un norte seguro en busca del apoyo inglés. En el desafortunado capítulo "La granada madura" pinta a los precursores como ignorantes de su realidad americana y asombrados ante la visión de Europa; aparecen frívolos y desarraigados. "Eran sumamente ingenuos y cándidos". "No se dieron cuenta suficiente de la parte que les tocaba en los defectos del sistema que combatían parte que hoy sabemos fue considerable. Muy leídos sobre generalidades, lo eran mucho menos en cuanto a los hechos concretos de su patria y continente. Pocos conocían bien la historia de su propia América; menos quizá la vida y hombres de sus ciudades y campos. Ni vale decir que España los tenía sumidos en la ignorancia, porque no eran ignorantes. Fueron por el contrario una de las generaciones más ilustradas, más cultas, mejor formadas que la América Española y aún España han dado hasta ya bien entrado el siglo XX. Y además fracasaron también porque en vez de buscar el remedio a los males del sistema en la reforma lo buscaron en su destrucción. No hay español que tenga derecho a reprochárselo, puesto que este rasgo típicamente español de su carácter. Aquellos criollos, con razón deseosos de cambio, no intentaron estudiar un programa en común con los españoles progresivos de su día, para reforzar las corrientes valiosas que entonces fluían en la madre patria hacia mejores días, y laborar de conjunto para salvar al todo con métodos nacidos de su seno. Se fueron a Londres, por el atajo hacia la satisfacción más pronta de su pasión política, que sentían hambre de libertad nacional pero que era también hambre de poder personal". Como es palmario, para Madariaga no aparece ni desdibujada siquiera la conciencia de algo propio; la americana o peruana en nuestro caso. Además con desconocimiento curioso de los hechos históricos, en persona tan enterada como Madariaga, imputa a los americanos la responsabilidad de no intentar un diálogo con los españoles para obtener las reformas sociales y políticas; aquí podemos simplemente preguntarnos ¿cuál es la resonancia que tienen en Cádiz la severa advertencia de nuestros diputados? ¿Es propicio el clima de la corona, tanto en los momentos liberales cuanto en los absolutistas, para discutir la situación americana? ¿No es cierto que en el mismo gobierno español el rey se opone a que se discutan modificaciones sustanciales en América? Y qué mejor testimonio que la ausencia de toda actitud concreta frente a los "vaticinios sobre la pérdida de América" que bien estudia Madariaga. Por último, considera fracasados a los precursores porque buscan la destrucción y no la reforma del sistema. Aquí, es donde demuestra Madariaga mayor desconocimiento de lo que es un precursor; todos pasan por el reformismo, y precisamente la vida de ellos es prueba del fracaso del reformismo, no del fracaso de los precursores, sino de la falta de visión del gobierno de España frente al necesario cambio de actitud ante América; además el problema no es sólo de "males" o búsqueda de corrección, sino que muy al contrario, los precursores descubren —es claro que ésto hay que aplicarlo a cada caso personal— que el único camino está en la ruptura con España, pues el Perú se separa de España, no por uno u otro error concreto del gobierno español, sino porque el Perú, como se explica en este trabajo, es una realidad social que precisa vida autónoma y tiene derecho para ellos. Esto es lo que no ve ni intuye Madariaga.

no solamente en Lima —como puede indicarlo una absurda visión centralista de nuestra historia de la Independencia— sino que en multitud de pueblos y ciudades peruanas aparece el testimonio de la familia que protege al agente patriota, o del pasquín que representa la inquietud revolucionaria o de la voz ya más pública de la conspiración o la revuelta (38). Es urgente pues, que abandonemos el culto exclusivo de los años de la guerra y dediquemos también preferente atención a los días precursores, que nos prueban, mejor que ningún otro testimonio, cómo es antiguo el conocimiento de la comunidad peruana, cómo es intenso también el afán de estudio y el afecto frente a ella, y cómo el espíritu crítico y el afán reformista de esos años se actualizan en el descontento, en la protesta, en la angustiada necesidad de un cambio esencial en la vida del Perú, y en la voluntad que quiere la vida singular de la comunidad peruana (39). Y éste es el objeto de las notas que presentamos. Cómo del testimonio de los precursores y dentro de las propias características de cada uno de ellos, hay en rigor un solo elemento común, el señalado: convencimiento de la realidad del Perú, conciencia de formar parte, de pertenecer al Perú (40) inquietud por la reforma en unos, por la ruptura con España en otros. Mas la causa es siempre la misma: existencia del Perú. Porque el Perú existe, España no puede actuar frente a él como en la época antigua. España debe modificar su lenguaje y el tono de su gobierno.

Aquí, precisamente, nos hallamos frente al aspecto de mayor interés. No desconocemos los resentimientos, los errores en el gobierno, las incomprendiones, los múltiples problemas humanos que espiritualmente disponen a la lucha. más, sí afirmamos que todas estas realidades no explican a nuestro país y ninguna aislada ni todas en conjunto pueden

(38) Para confirmar la visión nacional de la Independencia está no solamente el hecho de las conspiraciones y revoluciones en distintos lugares del país, sino que también debemos manejar la prueba de los subdelegados, intendentes y virreyes; las opiniones y exortaciones de los curas párrocos y de los obispos; las noticias sobre desertiones, indiferencia de los pobladores, ánimo subversivo, que aparecen en las pruebas de Abascal y de Pezuela; las versiones que recogen los agentes de San Martín y sobre todo la antes citada declaración de José García; igualmente, el mencionado Archivo de San Martín donde se halla frecuente una visión total del Perú; la actitud de los pueblos y ciudades en los días de la expedición libertadora, y el mismo original tono —tan mal entendido por muchos— de la posición guerrera de San Martín. Prueba valiosísima, que sólo hoy conocemos en parte, se halla en la actitud de los pueblos cuando la jura de la Constitución de 1812 y al momento de la elección de los diputados a Cortes y en el reflejo de todos estos hechos y análogos en la vida de nuestros Cabildos.

(39) No debemos olvidar la calidad del "acto volitivo", como lo subraya Hans Khan. Historia del nacionalismo, Méjico-Buenos Aires, 1949, realidad fundamental dentro del fenómeno del nacionalismo.

(40) Como indicamos en la primera nota de este trabajo no hemos tenido en él intención exhaustiva —pueril en el estado actual de nuestras investigaciones— sino que hemos buscado las pruebas más interesantes entre las de los precursores, que no hablan de la razón de la guerra.

explicarnos el origen nacional. En cambio si las consideraciones como factores muy apreciables vemos que el único común denominador está en la tantas veces repetida existencia del Perú. Y precisamente las rivalidades y resentimientos y los erros, se sienten con mayor hondura porque el hombre peruano sabe que no es español sino que primero es peruano y que por consiguiente debe lealtad a su país. Y esta lealtad que lleva a conocer más lo peruano y a luchar por la justicia del Perú, convierte en más agudas las diferencias políticas y en vibrantes e intolerables los errores de gobierno. El sistema que antes no se discute ahora no se tolera simplemente por un hecho esencial, porque existe una manera de vivir que es de los peruanos, un recuerdo que es de los peruanos, un convencimiento de "algo" que los une entre ellos y los distingue al mismo tiempo de lo que no es peruano (41). Puede hablarse en rigor de una nación (42). Es decir, una semejante posición ante la vida, una forma de conducta, una manera de ser (43).

(41) Cf. mis trabajos: Reflexiones sobre la Emancipación del Perú. En: Gleba Lima, octubre, 1950, N° 2; San Martín y Pezuela frente a la Emancipación del Perú. En: Mar del Sur, Lima, agosto 1950, N° 12; José de la Riva-Agüero y la historiografía de la Independencia del Perú. En: Anuario de Estudios Americanos. Sevilla, 1954, t. X.

(42) Aquí no entramos en la compleja polémica sobre comunidad, región, nación. Tampoco hablamos de la nación, ni del fenómeno nacional en su connotación política, relaciones con la soberanía popular, ni intentamos penetrar en el desarrollo del nacionalismo en la vida histórica europea y americana; simplemente, afirmamos lo nacional como semejante actitud ante la vida, como recuerdo solidario, nexos aglutinante, y sobre todo: vocación.

(43) Entre los más recientes estudios nuestros sobre la época de los precursores, puede citarse: Carlos Neuhaus Rizo Patrón. Reflexiones sobre la Independencia del Perú. En: Letras, N° 50-53, Lima, 1954. Carlos Daniel Valcárcel. Fidelismo y separatismo del Perú. En: Revista de Historia de América, N° 37-38, México, 1954.

Viscardo y Guzmán, Precursor Ideológico

Por el Dr. Guillermo Durand Flórez

Señoras y Señores:

Me toca exponer el tema: Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Precursor Ideológico de nuestra Independencia y la Independencia Americana.

La importancia de Viscardo y Guzmán radica fundamentalmente en su célebre "Carta a los Españoles Americanos", que si no la hubiera escrito, seguramente su nombre no hubiera trascendido a la historia. El estudio de esta Carta y de otros escritos del Prócer, nos revelan su ideología, demostrando que dicha carta no fue sólo una proclama, sino un documento vivo, producto de un estudio meditado y detenido de la realidad americana, que merece un análisis por la resonancia que tuvo en la independencia.

La brevedad del tiempo nos obliga a entrar en materia.

Juan Pablo Viscardo y Guzmán nació en Pampacolca, hoy Provincia de Castilla, Arequipa, el 26 de junio de 1748, dato verificado por el hallazgo de la partida de bautismo en la Parroquia del lugar por el historiador, el Canónigo Santiago Martínez. Fueron sus padres el Maestre de Campo, don Gaspar Viscardo y Guzmán y doña Manuela de Zea y Andía.

Junto con su hermano José Anselmo, cursa sus estudios en el Colegio de San Bernardo del Cuzco y en 1761 ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús de esa misma ciudad, a donde el año anterior también había ingresado su hermano. El 7 de setiembre de 1767, se da cumplimiento a la Pragmática Sanción de Carlos III, que expulsa a los Jesuitas de todos los territorios de España. Este acontecimiento sería determinante en su vida.

Después de haber permanecido junto con sus hermanos de religión, en Cádiz, son extrañados a Italia. En 1771 los dos Viscardo se encontra-

ban en Massacarrara, aunque habían pedido dispensa de los votos, sólo se les concedió después de un tiempo, quedando en condición seglar, pero prohibidos de retornar a América. Los Viscardo solicitan en diversos recursos la entrega de la herencia paterna, cuentas de la misma y reclaman también otra herencia de su tío Silvestre Viscardo. Todos estos recursos no prosperan dentro del lento trámite burocrático de la administración española.

En 1781 Juan Pablo tiene conocimiento de la revolución de Túpac Amaru y con fecha 23 y 30 de setiembre, se dirige al Cónsul Inglés en Livorno, John Udny, presentándole un plan para independizar América con la ayuda de Inglaterra, participando él mismo "como intérprete digno de toda confianza", pues "su conocimiento de las costumbres, usos y prejuicios de esos pueblos me hacen por demás recomendable". La propuesta tuvo éxito, pues ambos hermanos logran viajar a Inglaterra y llegan a Londres, pero el cambio del Gabinete Inglés y la posterior paz con España, determinan que no se llevara adelante el plan. En 1784 los Viscardo están de vuelta en Massacarrara.

Viscardo permanece en Liguria, luego vive en Florencia y probablemente en Nápoles, sin que se conozca la fecha con precisión. El único dato cierto es que el 5 de mayo de 1792 había huído de Italia. Vargas Ugarte opina, que pasó a Francia, lo que es probable pero no está comprobado. Para ocultar su personalidad Viscardo utiliza el seudónimo de Paolo Rossi, aunque también se firmó como Ettiene Grobetti.

Un tiempo después se radica en Londres, sin que sepamos en qué fecha. Recibiendo una pensión del Ministro Inglés Pitt, muere solitario a fines de febrero de 1798. Pedro José Caro, uno de los colaboradores de Miranda, nos dice, que Viscardo disgustado por la dudosa política del Gabinete Inglés, deja al morir sus papeles, libros y dinero al Embajador Norteamericano Mr. King, quien posteriormente se los entrega a Miranda. El Precursor venezolano hizo imprimir "La Carta" en 1799, en francés en la primera edición y luego de haberla hecho traducir al castellano, en el año 1801 es editada por P. Bayle, en Londres.

Viscardo y Guzmán es uno de esos personajes que la historia ha olvidado. Recién en las últimas décadas, los historiadores se han preocupado por su vida, pero es poco lo que de él conocemos. Los jesuitas Vargas Ugarte y Batllori en los últimos años nos han dado biografías suyas a las que se une la de Vergara Arias. Alvarado Sánchez ha escrito un dilecto libro sobre su pensamiento filosófico político. Además han aparecido interesantes ensayos y artículos de Pacheco Vélez, Grisanti, Mostajo, Alvarez Brun, entre otros, lo cual demuestra la mayor preocupación que existe por conocer a este Precursor, aunque es mucho lo que falta por saber de su vida y por profundizar en su obra.

La carencia de noticias hace que desconozcamos su aspecto físico. Sólo sabemos que era criollo. En cambio podemos deducir su temperamento y su carácter por los escritos que se conservan y por las ligeras referencias que de él tenemos. Sin embargo se presentan discrepancias.

Para Batllori es un tipo paranoide. El Padre Vargas Ugarte opina, que su "sed de libertad" le hace concebir "la idea de libertar América, con un tesón que nos revela su viril entereza". Son dos opiniones opuestas. Sin embargo la tesis de Batllori, no resiste un análisis serio.

Que Viscardo tuviera un carácter misantrópico al fin de sus días, no debe extrañarnos; que fuera amargado es muy comprensible. Recordemos la verdadera persecución a que estuvo sometido, las injusticias que con él se sometieron, además su odioso extrañamiento. Todo ello explica su reacción mas no puede tildársele de paranoico, sin exageración preconcebida, con tan pocos elementos que apoyen tan grave juicio.

La lectura de sus cartas nos permite penetrar en su pensamiento y nos revelan la trascendencia que tuvo para la revolución americana. El estudio cada vez más detenido de los escritos de Viscardo, nos permite afirmar que era dueño de una cultura extensa, producto de la formación como jesuita, que recibió en su juventud a lo que se debe añadir la paciente y continuada lectura de libros, como se desprende de los escritos que nos han llegado.

En setiembre de 1781 ya afirma y preconiza, la necesidad que tiene hispanoamérica de independizarse. Con una tenacidad asombrosa persigue su objetivo y cuando muere permanece fiel a ese ideal. Con Viscardo la patria peruana tenía una deuda de gratitud, que viene a saldarla ahora, en que con ocasión del Sesquicentenario de la Independencia, la Comisión Nacional ha acordado se coloque su efigie en el "Monumento a los Próceres", como paradigma de los ideólogos.

Una de las ideas centrales que encontramos en los escritos de Viscardo es su concepción de la libertad. Esto nos permite afirmar que para Viscardo y Guzmán, "la conciencia de sí" ha tomado cuerpo en los hispano americanos tanto individualmente, como en América como colectividad.

Por esto invita repetidamente a los americanos a conseguir su libertad en el plano personal, para la persona humana y "sacudirse del yugo por todos aborrecido" y también en el campo político, para que la patria sea libre. Por esto increpa a sus compatriotas americanos diciéndoles: "Siendo tanta nuestra simpleza que nos hemos dejado encadenar con unos hierros, que si no rompemos a tiempo, no nos queda otro recurso que soportar pacientemente esta ignominiosa esclavitud".

Esta invitación viene fundamentada con argumentos de orden filosófico, sociológico y jurídico. Así dice: "la conservación de los derechos naturales y, sobre todo, de la libertad y seguridad de las personas y haciendas, es incontestablemente la piedra fundamental de toda sociedad humana" y añade que es una obligación indispensable de toda sociedad, no solamente respetar sino aún proteger eficazmente los derechos de cada individuo. Sostiene "que esos derechos preciosos que no somos dueños de enagenar" y que "el libre uso de estos mismos derechos es la herencia inestimable que debemos dejar a nuestra prioridad".

Viscardo afirma que la libertad es un don que tiene el hombre y que le pertenece en el mismo grado de la razón, tanto, que forma con ella la esencia de la humanidad.

Ya Espinoza en su célebre Tratado Político, había sostenido que el fin último del Estado no consiste en dominar al hombre sino en proteger realmente la libertad. Tesis que coincide con la afirmación de Viscardo cuando dice: "un pueblo a quien se le despojase de la libertad personal... se hallaría en estado de esclavitud".

Viscardo escribe que el absolutismo de la Corte Española, que pretende "una ciega obediencia a sus leyes arbitrarias" es una doctrina que califica de funesta y que se ha implantado contra "toda la historia de España" cuyos usos y costumbres fueron el ser una población esencialmente libre. Con pruebas que extrae de la misma vida española demuestra la ilegitimidad del régimen absolutista, que sólo puede mantenerse en la ignorancia de los derechos naturales que el hombre posee.

Es interesante observar, que José Baquijano y Carrillo en su Elogio del Virrey Jáuregui, se había atrevido a decir, que "el bien mismo deja de serlo si se establece y funda contra el voto de la opinión pública".

Viscardo llega a sostener con su capacidad dialéctica, que "el noble espíritu de libertad" de los españoles "debieron la energía que les hizo acabar grandes empresas", por eso pudo ser una Nación próspera y de conquistadores; añade, como "se observa hoy en Inglaterra y Holanda". Cuando España abandonó este camino, el de la libertad, su decadencia se hizo rápida. "Esto prueba bastante que el poder absoluto, al que se junta siempre el arbitrario, es la ruina de los estados". Su conclusión es que ha llegado el momento de "la sabia libertad" a la que califica como "don precioso del cielo".

Los fundamentos filosóficos de Viscardo y Guzmán provienen de múltiples fuentes, que es de interés analizar, aunque con brevedad.

Para el Padre Rubén Vargas Ugarte, se basan en la soberanía popular y en el sano y legítimo amor por la justicia y la libertad. En las notas números 7 y 20 de su edición de "La Carta" realiza cotejo de mucho interés con la doctrina de Santo Tomás.

Manuel Jiménez Fernández, que ha estudiado detenidamente el origen de las doctrinas populistas en la independencia americana, sostiene que Viscardo se halla influenciado por la doctrina escolástica de matices populistas.

Jerónimo Alvarado adopta una posición divergente. Cree que Viscardo no pudo formar su ideología en "la grisácea filosofía escolástica", sino en los enciclopedistas y se detiene en demostrar la influencia de Jefferson, comparando textos de ambos; anotando la presencia del pensamiento político de la filosofía republicana de Locke.

Vergara Arias hace un interesante estudio de la influencia de las doctrinas sociales del siglo XVIII, de las ideas de la ilustración y las teorías libre cambistas además de la concepción ecolástica unida a un conocimiento de la realidad americana.

Pacheco Vélez, piensa que Viscardo fue un hombre de su tiempo influenciado por las doctrinas de la Revolución Francesa, pero que la filosofía tradicional de Santo Tomás y de los tratadistas del populismo influyeron en él.

La atenta lectura de La Carta a los Españoles Americanos y de los otros escritos que poseemos de Viscardo y Guzmán, nos permite indagar el origen de la ideología en que basaba su filosofía política. Indudablemente empapado de manera principal en el enciclopedismo francés, cuya influencia es muy clara y que en más de un caso, cita específicamente. La inspiración de Locke, como tratadista del gobierno representativo repercutió en él. Sin embargo no podemos olvidar que su formación jesuita brota en sus escritos políticos, su argumentación silogística certifica esta afirmación. Varios de sus argumentos dejan ver la clara huella tomista, como cuando escribe "toda ley que se opone al bien universal de aquellos para quienes está hecha, es un acto de tiranía". Las doctrinas populistas de Mariana y de Suárez, se encuentran evidente en sus comentarios sobre la participación de las Cortes en la primitiva Monarquía Española.

Si bien nuestro ideólogo vivió apenas los primeros veinte años en la patria, su preocupación por ella fue constante, su inquietud por sus problemas continuó; por ello decía: "puedo ufanarme de poseer conocimientos no despreciables sobre la América Meridional". La ausencia, larga y prolongada, no fue óbice para tener con ella un contacto espiritual, seguramente enardecido por la distancia.

Todo esto hizo que Juan Pablo Viscardo y Guzmán, sintiera la necesidad de coadyuvar a la Independencia Americana y de aquí, que la carta a los españoles-americanos sea el documento mejor fundamentado para obtener esta independencia.

Otra de las notas que puede advertirse claramente en el pensamiento de Viscardo es su patriotismo. Ama y siente el suelo en que nació, por eso reclama su libertad con insistencia. Desde las primeras líneas de la Carta a los Españoles Americanos podemos advertir estos sentimientos: "el nuevo mundo es nuestra patria". Más adelante dice: "la América, aunque no conozcamos otra patria que esta en la cual está fundada nuestra subsistencia". En otro lugar dice del nuevo mundo "para nosotros que somos sus habitantes y para nuestros descendientes, es un objeto de la más grande importancia".

Puede observarse su sentido claramente americanista, más bien de la patria hispano-americana; no aparece todavía la distinción de las nacionalidades que vendría con posterioridad. Esta idea de la patria americana, no es exclusiva de Viscardo, sino también de Bolívar, Miranda, Espe-

jo, Nariño y otros. En cambio la idea emancipadora, es decir la independencia de hispanoamérica respecto de España, es definitiva. Podemos afirmar que es el primero de los Precursores que la sustenta y la proclama de manera tan tajante. Observemos en distintos escritos suyos, como es de terminante: "...un país (España) que nos es extranjero, a quien nada debemos y del que nada debemos esperar".

En este aspecto su ideología política se adelanta en años a otros ideólogos. Los de la "Sociedad de Amantes del País", como máxima aspiración política pedían, una aplicación equitativa de las leyes para los americanos y para los españoles. En 1812, los Diputados Americanos a las Cortes de Cádiz, y eran los liberales de esa época, reclamaban una igualdad de derechos, tanto que en el artículo 1º de la Constitución del año doce, se establecía: "La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios". Esta idea que propendía a formar una sola patria de americanos y españoles, ya había sido superada por Viscardo en su ideología política, que de manera meridiana declaraba que, España y América formaban dos países distintos y constituían dos patrias diferentes, llegando a decir con dura ironía: "renunciemos al ridículo sistema de unión de igualdad con nuestros amos y tiranos".

Esta idea de patria americana independiente, no impide el entrañable cariño que siente por el país en que nació, como lo expresa textualmente "no habiendo perdido nunca de vista el país natal" y refiriéndose al Cuzco dice: "único lugar donde se puede adquirir una verdadera idea del Perú".

El forzado ostracismo de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, no le impidió sentir profundamente a la patria. Probablemente la nostalgia y la lejanía incrementó esos sentimientos de patria y de libertad, que él unía en su concepción ideológica de manera indisoluble, y que deseaba contagiar a sus hermanos de América en la carta que les escribió y que es motivo de su grandeza histórica; uno de cuyos párrafos es un verdadero lema que constituye una divisa: "para ser libres no era menester sino quererlo".

Túpac Amaru, Revolucionario

Por el Dr. Carlos Daniel Valcárcel

Túpac Amaru es nuestro revolucionario por antonomasia, con una personalidad que brota dentro de su circunstancia histórica y se va consolidando a través de su maduración personal, de su más íntimo contacto con el medio social de su época y de sus relaciones con los hombres renovadores de su tiempo en la gran capital sudamericana que fue Lima, centro de una Corte virreinal adocenada y también de un minoritario pero vigoroso grupo influenciado por las nuevas corrientes del pensamiento europeo de la época que modificó la mentalidad de sus criollos más notables.

En el proceso espiritual del prócer Túpac Amaru hay una característica línea evolutiva que va desde un fidelismo inicial hasta su separatismo revolucionario, a través de una etapa intermedia en donde se trata predominantemente de obtener la justicia social en forma pacífica, argumentando vanamente ante autoridades y tribunales injustos del Cusco y Lima y conspirando en sordina con nobles "ilustrados" criollos. De esta manera, José Gabriel Túpac Amaru representa un proceso concienical que remata en una plenitud revolucionaria, rara actitud en la historia de nuestros caudillos de todos los tiempos.

La interpretación separatista del movimiento que encabezó el apóstol Cacique es, paradójicamente, una tesis sostenida agudamente ya desde el siglo XVIII por el grupo español. Su principal vocero fue el visitador José Antonio de Areche, opinión verificable en los momentos finales del levantamiento de 1780. Documentos diversos del cruel Visitador expresan que el Cacique de Pampamarca, Tungasuca y Surimana pretendía coronarse Rey del Perú, es decir erigirse en soberano independiente. Sostiene Areche cómo, aprovechando el hecho de ser un auténtico descendiente de la antigua nobleza imperial autóctona, se daba el "falso título de Inga" y hacía creer que libraría al Perú "de lo que llamaba tyrana dominación".

El grupo peninsular vio, con penetración temerosa, desde el primer momento un larvado pero claro propósito en Túpac Amaru de "sacudir el yugo de la dominación española proclamándose su legítimo soberano como único descendiente de los Yngas Dueños de la Gentilidades estos países". Esto está repetido por Areche en su Carta al Ministro de Indias, José de Gálvez, recalcando que Túpac Amaru aspiraba "á erigirse Rey de estos dominios, y aniquilar á los que se llaman aquí indistintamente españoles, y á europeos". En concordancia con dichas afirmaciones, un testigo contemporáneo de los sucesos declara: "Ya Tupamaaro se ha coronado por Rey y anda con corona con su gente". Y el mariscal de campo José del Valle, jefe del ejército que derrotó al caudillo de Tinta, cuanto escribe al ministro Gálvez, cuenta que Túpac Amaru, ya proclamado nuevo Inca, predicaba entre sus partidarios cómo "todos los que mueran bajo sus órdenes en esta guerra, tiene seguridad de que resucitarán después que se haia finalizado y que disfrutarán las felicidades, y las riquezas de que están indevidamente despojados". Sin embargo, quizá si la típica actitud antipeninsular de la rebelión está mejor sintetizada por el canónigo español Simón Ximenez de Villalba, al afirmar que la insurrección de Tinta "ratificó más, mi antiguo dictamen de que el corazón de toda la sierra se halla en Armas contra nosotros en aquel modo cruel propio del indio". Sin embargo, es necesario aclarar que Túpac Amaru no quiere retornar al incario ni a sus formas de vida política. El es un hombre moderno del siglo XVIII y si toma la bandera del Inca es por circunstancias de su campaña revolucionaria apoyada en la vigorosa tradición incásica.

El fidelismo tradicional de Túpac Amaru permanece más o menos claro hasta 1776, cuando litigaba estérilmente con los Corregidores de Tinta y del Cusco. Es la etapa de sus alegatos sobre intolerables inobservancias respecto a lo ordenado en la "Recopilación de Leyes de las Indias", supremo código virreinal, justo en sus mandatos aunque diariamente burlado. Los principales tópicos de Túpac Amaru están representados por la defensa de las condiciones de trabajo del indio y el reconocimiento de sus legítimos derechos por ser descendientes de la antigua nobleza imperial incaica. Aunque tales reparos no debilitaban aún su fidelidad al Rey, aspecto este que es casi general entre los hispanoamericanos de la época virreinal. En una de sus declaraciones judiciales hecha en Cusco (20-IV-1781), doña Micaela Bastidas confesó haber escuchado a su esposo que "le llevarían a España y el Rey le haría Capitán General". Y si sus reclamos hubieran sido plenamente satisfechos, es posible que la tensión espiritual del caudillo hubiera permanecido por un tiempo latente entre su raleado monarquismo, su férvida adhesión a la vida nueva que vislumbraba, visión alimentada por su conocimiento del pasado incaico, el influjo de su experiencia cotidiana y sus lecturas de los "Comentarios Reales" de Garcilaso Chimuoclo. Túpac Amaru irá descubriendo progresivamente que la injusticia era general, tanto en Tinta como en Cusco y en Lima. Le faltó verificarla en la lejana Madrid.

La segunda etapa está caracterizada por el esforzado viaje de Túpac Amaru, su lucha judicial y su activa permanencia en la capital virreinal (1777-1778). Es breve pero decisiva. Representa un contacto del prócer

con las ideas de la Ilustración a través del grupo limeño renovador. Su aspiración de obtener justicia social lo llevó a criticar aquellos planteamientos impropios y formas de gobierno que conspiran contra el mejoramiento social del Virreinato. El progresista doctor limeño y catedrático de la real y pontificia Universidad de San Marcos José Baquíjano y Carrillo, definiendo la idea de un gobernante criollo bajo la férula del monarca peninsular. Preciso es recordar que su retorno de España coincide con la etapa en que Túpac Amaru residió en Lima. Una casa de la calle de Concepción fue el domicilio del célebre noble incaico, calle que ostenta una placa recordatoria. Hay indicios de la influencia que pudo tener el doctor limeño sobre el combativo Cacique. Sin embargo, vuelto al Cusco, Túpac Amaru modificará la tesis de los criollos limeños al enunciar la justicia y legitimidad de que el Virrey que gobernaría el Perú debía ser un noble cusqueño. Por eso, con penetración de inquisidor dogmático, consideró el visitador Areche que en Lima el caudillo rebelde trató acerca de la rebelión con gente de elevada alcurnia y tuvo otros cómplices de menor importancia, recalcando al Virrey que si quería tener la sierra en paz debía previamente poner orden en Lima. La opinión del Visitador concuerda con las declaraciones de doña Micaela Bastidas durante el proceso seguido contra los rebeldes, al decir que en Lima "le abrieron los ojos a su esposo".

Esta posición subsiste en los momentos iniciales de la tercera etapa, e irá gradualmente debilitándose. El caudillo la expone en sus cartas y, de manera especial, en la que escribió desde Chuquibamba al canónigo de la Paz, José Paredes (26-I-1781) a poco de levantar el sitio del Cusco. Aquí, mostrando su metódica adhesión a la iglesia, critica los excesivos impuestos, se burla del pretendido valor de las tropas enviadas desde Lima y recalca la incalificable parcialidad de los tribunales reales en la administración de justicia. Casi parece una pieza actual. Muy importante es recordar su audaz propuesta de llegar a un mutuo acuerdo con el monarca español para gobernar el Perú a cambio de una retribución económica que entregaría igual en su monto a la que podía obtenerse de los Corregidores, propuesta que literalmente dice: "Tengo hecho Informe a su Magestad representando mi designio y prometiéndole adelantar otro tanto de lo que deben los ladrones del Reyno; y Vucencia crea que así me mantendría en paz y quietud, y que repararán en cosas de Dios con la adoración debida, sin tener muchos Dioses Corregidores ni Ministros que con capa de Su Magestad hostilizan más a los miserables. Todo esto se ha procurado por mi parte, ser mi obligación hacerlo por último Descendiente del Rey último del Perú, y sus herederos", alusión a su antepasado el último Inca Túpac Amaru, ajusticiado por el Virrey Francisco de Toledo dos siglos antes, en la misma plaza que sería teatro de su cruento sacrificio. Tan característica finalidad persiste en la carta que el Cacique, desde Tinta, escribió al visitador Areche (5-III-1781). Esta es un documento táctico, donde Túpac Amaru trata de ganar tiempo para vigorizar sus tropas ante el ataque que comenzaba a desencadenar, con la ayuda de un poderoso ejército de Lima y de los más importantes Caciques, el mariscal de campo José del Valle y Torres. La carta fue contestada en forma sofisticada y prepotente por ese funcionario real siete días más tarde. En su texto, Areche increpa al caudillo, expresando que lo consideraba



“manchado para todos los siglos” (la historia lo considerará el más firme pedestal de su gloria), calificándolo de sujeto sumiso (él, que fue rebelde por temperamento y convicción), manejado por un desconocido “vil consejero que juzgo lo arrastra con palabras y expresiones dulces a su precipicio” (él que acaudilló y ascendió a las cimas). El astuto y simplista reproche del Visitador, lleva la intención de restarle méritos personales y ponerlo en una condición de simple instrumento, con oculto sarcasmo. Como conclusión le aconsejó rendirse de manera incondicional (él aumentará su rebeldía) y en algo amortiguar su inevitable desastre (él tendrá aquí un futuro de gloria).

La posición táctica del caudillo está ratificada mediante comunicaciones a las autoridades civiles y eclesiásticas. En todas ellas el jefe rebelde enuncia su respeto a la monarquía y a la iglesia, aunque paralelamente critica el mal gobierno que combate en forma violenta, ayudado por su esposa doña Micaela Bastidas, por su lugarteniente Diego Cristobal y un distinguido grupo de capitanes, habiendo desencadenado una de las más grandes rebeliones populares que hayan sacudido el continente americano en todos los tiempos. Esta diferencia entre sus escritos y sus acciones, exasperaba a las autoridades virreinales hasta lo increíble. Es característica desde el comienzo de su levantamiento, afirmar que tenía real cédula para ejecutar al corregidor Arriaga. En los bandos a los pobladores del Cusco y sus provincias, de Puno y Arequipa, adopta una línea imprecisa para evitar la unificación de sus enemigos. Al compás de una adhesión tibia al Monarca y a la Iglesia, enuncia un repudio vigoroso a las autoridades que cumplen con los mandatos reales. Cuando decreta la libertad de los esclavos, desde el anexo llamado “Santuario del Señor de Tungasuca” (16-XI-1780) se descubre su esencia revolucionaria con esta “socialización de los medios de producción” de nuestro país que el esclavo representó. Su victoria contra el ejército de los Corregidores en Lampa y Azángaro, la obtuvo de manera psicológica, gracias al pánico que despertaban sus cartas, enviadas con precisión indirecta, a personas particulares que las difundían. Asimismo durante el sitio del Cusco, la correspondencia de Túpac Amaru tiene la intención de ablandar la resistencia de sus defensores y crear el desconcierto.

Desde marzo de 1781 se incrementa su encubierto separatismo. Su tendencia revolucionaria se va patentizando progresivamente. Una proclama, reconocida por doña Micaela Bastidas como proveniente de un indio de Marcapata (cuyo texto en inglés encontré en el Public Record Office de Londres), fue negada por el caudillo, quien sin embargo confiesa saber que le fue leída a su esposa. En ella sólo expresa ya una débil y simbólica relación con la Corona española a través de la religión y del pago de los tributos. Su texto constituye un argumento reivindicatorio de su derecho a gobernar el antiguo territorio del Imperio de los Incas, legítimos antepasados suyos. En este Bando se autotitula “José I”. (Repárese en que no se autotitula Túpac Amaru II). Aquí sostiene enfático ser el supremo gobernante de territorios suramericanos que representan la primitiva extensión del virreinato peruano antes de las secciones de Nueva Granada (1739) y de Buenos Aires (1776). Eso descubre su clara intención reivindicatoria territorial frente a las recientes amputaciones

de nuestro Virreinato y alude a la mayor extensión que tuvo el Perú incaico antes de la llegada de los invasores peninsulares. Por otra parte, denuncia en forma tajante la usurpación de los monarcas españoles durante "cerca de tres siglos", la tiranía de los funcionarios, sus exagerados impuestos, protestando del trato de "bestias a los naturales del Reyno" dado por los invasores hispánicos. Apoyado en tan contundentes razones, predica la lógica inobediencia a las autoridades reales, es decir la rebelión justa y necesaria. Tan radical pronunciamiento apenas queda mitigado y fuera sarcasmo cuando añade circunstanciales promesas de pagar el Diezmo y la Primicia a la Iglesia y el Tributo y el Quinto al Rey. La reivindicación de su derecho a gobernar estaba ya tajantemente representada en la iconografía suya. El retrato en su caballo blanco —desgraciadamente perdido— con vestiduras reales, pintado por el zambo libre cuzqueño Antonio Oblitas*, trae una nueva prueba más de la tesis sostenida por Areche sobre el deseo de Túpac Amaru de separar al Perú de España y proclamarse Rey independiente. Se confirma esto con otro testimonio, el del esforzado jefe tupacamarista Tomás Parvina cuando manifiesta haber remitido un "informe a su Magestad el Inga Don José Gabriel Túpac Amaru".

El separatismo del caudillo florece plenamente en los decisivos días del mes de abril, durante la etapa de sus combates entre Checacupe y Combapata contra el poderosísimo ejército realista al mando del mariscal de campo José del Valle, principiando a descubrir su plan de tomar como nuevos centros de lucha a las poblaciones de Azángaro y Puno y continuar de manera indefinida la guerra libertaria. Su indesmayable fe en el triunfo final se ratifica aún en los momentos de mayor abatimiento. Por ejemplo, cuando Túpac Amaru intenta sobornar al centinela de su prisión, afirmando que si salía de la celda dominaría la ciudad del Cusco gracias a la decidida ayuda de sus partidarios, que sólo esperaban la presencia suya para contraatacar y obtener una indudable victoria.

La búsqueda de justicia social, dentro de una férrea estructura político-absolutista, dominada plenamente por el principio de autoridad, lo lleva a la lógica consecuencia de buscar la independencia total del Perú. Porque sólo un país políticamente dueño de sus decisiones haría posible que esa justicia social pudiera ser alcanzada. Y esta visión del prócer y precursor de nuestra independencia plena, José Gabriel Túpac Amaru, que fue planteada en el Perú del siglo XVIII, se vio sólo en parte cumplida con la promesa histórica del 28 de julio de 1821 y el concreto triunfo de Ayacucho 9 el de diciembre de 1824 y tiende recién a realizarse plenamente, incluyendo la vigencia triunfal de la justicia social en el Perú de hoy. Túpac Amaru no es pues un simple recuerdo histórico, sino un hecho presente del cual somos partícipes. Por esto, recordar al precursor por antonomasia de la libertad es ayudar al Perú que estamos viendo, a su engrandecimiento y modernización. El pasado, el presente y

* El indio Simón Yainacancha pintó otro retrato, ya desaparecido en 1781, que debía ser llevado al Alto Perú. (Véase "El retrato de Túpac Amaru" por C. D. Valcárcel.)

el futuro se refunden en la actitud y acción renovadora de Túpac Amaru, terror de los colonialistas y esperanza del pueblo.

Por último cabe abordar el punto de vista tupacamarista, su perspectiva ideológica, su actitud frente a otros líderes hispanoamericanos. Porque en documentos de Túpac Amaru yace un rico contenido inexplorado por la historiografía tradicional.

Gracias a la presencia de un rarísimo líder social como Túpac Amaru, principiamos a sacudirnos de un historicismo colonialista tradicional. Su impacto diluye viejas actitudes e incentiva de modo inefable. Porque estábamos dejando de ser virreinales, pero persistíamos en nuestro colonialismo. Esta actitud se proyecta claramente en una porfiada miopía para las cosas y hombres nuestros en el caso de la Emancipación y en muchísimos otros análogos. En la vida histórica hay sucesos que constituyen derrotas externas. Sin embargo, representan victorias en lo esencial por su carga de futuro. El tiempo en lugar de avejentarlas, las mantiene con juventud de promesa. En cambio hay otros que, a pesar de su espléndido aspecto externo, tipifican fracasos porque se agotan en su momento. La historia está cuajada de ambos géneros de tales acontecimientos. Desde éste punto de vista, Túpac Amaru aparece como el precursor de una libertad plena que ha quedado como un mensaje hacia el futuro. Si recordamos que la Emancipación es la libertad mirada desde el ángulo de la casta criolla, Túpac Amaru pone mucho más. Porque él aparece entre nosotros como un precursor de la Independencia, es decir de la libertad contemplada desde el punto de vista de los indios y de las castas no privilegiadas. Es una ancha base no de las minorías sino de las mayorías, que comprende a priori a los propios criollos. En consecuencia, es un precursor de hoy, de los anhelos y perspectivas del Perú contemporáneo. Si comparamos a Túpac Amaru con San Martín y con Bolívar, él encarna al héroe social cuyo mensaje no se ha marchitado. En su tiempo conmovió Sudamérica y hoy florece en todo el Continente. Frente a esto, ambos libertadores, socialmente, se quedaron en el grito emancipador a nivel hispanoamericano. Cumplieron la gran hazaña desde el punto de vista externo. San Martín fue más querido por los hombres de su tiempo en el Perú, porque estuvo más cerca de la visión emancipadora criolla. Caerá en cuanto se sacude de esta. Bolívar será aquí combatido, porque su planteamiento fue más radical ya desde la "guerra a muerte" contra el régimen monárquico. Después se le considerará utópico por su idea de la Confederación de los Andes. Precisamente este proyecto cargado de futuro, irrealizado entonces, lo actualiza hoy. Es justo decir que San Martín, olvidado en este aspecto, también pensó en una Confederación del Sur. Ambos son los más altos exponentes de la visión emancipadora criolla. Su problema estriba en que habiendo trascendido el localismo audiencial (Audiencia de Lima, de Charcas, de Buenos Aires, de Bogotá etc.), chocarían después con los criollos que deseaban gobernar oligárquicamente cada sector transformado en un nuevo Estado. San Martín y Bolívar son triunfantes libertadores sin ser en lo esencial revolucionarios. Túpac Amaru es fundamentalmente revolucionario, a pesar de ser un derrotado libertador.

*Planteamientos generales y trascendencia de los movimientos precursores de la Independencia en el siglo XIX **

Por el Dr. César Pacheco Vélez

Debo iniciar mi disertación agradeciendo a la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, y en especial a la Dra. Ella Dunbar Temple quien propuso que fuera yo el que la sustituyera en este grato compromiso, por la nueva oportunidad que me brinda de ponerme en contacto con los colegas en la enseñanza de la Historia del Perú para tratar un tema que debe ser objeto de revisión constante. Hace tres años, en junio de 1968, decía en una conferencia que pronuncié en el Centro de Estudios Histórico-Militares sobre **El Perú ante el Sesquicentenario de su Independencia**, que una de las tareas que tenemos por delante para la más cabal conmemoración de una fecha de tan gran significado y trascendencia, era, precisamente, la de formar una lúcida conciencia histórica en fecha tan propicia para la confrontación y el balance. Pues bien, somos los profesores de historia quienes asumimos la responsabilidad más delicada en tal empeño. No podemos transmitir una visión coherente de nuestra historia; no podemos colaborar en una verdadera comprensión de nuestro pasado, que es requisito para la comprensión de nuestro presente, si antes nosotros mismos no poseemos una visión y una vivencia integral del tema. Por eso diálogos como los de esta tarde tienen una verdadera utilidad. Me alegra poder colaborar en él ante un auditorio tan numeroso de colegas. Por lo demás es una colaboración especialmente grata: soy también profesor de historia y he trabajado desde los inicios en este movimiento de condigna celebración del Sesquicentenario. Con el Dr. Javier Belaúnde elaboré el proyecto de ley que ha servido de base, casi textual, al decreto-ley de la materia y soy asesor de los Comités de Documentos y de Congreso Internacional y delegado de la Comisión Nacional ante el Comité Departamental de Piura.

El tema señalado es el de los **Planteamientos generales y trascendencia de los movimientos precursores de la Independencia en el siglo**

* Versión taquigráfica de la conferencia.

XIX. Es imprescindible hacer previamente un esclarecimiento de términos y plantear el cuadro general, el esquema dentro del cual ordenaremos un conjunto bastante nutrido de hechos, de acontecimientos dispersos, complejos, algunos al parecer inconexos y casi todos ellos no suficientemente esclarecidos por la investigación documental.

Sobre el fenómeno "precursor"

En cuanto a los términos, lo primero que debemos aclarar es el significado que conferimos a la palabra **precursor**, recientemente impugnado en un artículo periodístico. Generalmente la historiografía peruana aplica el término de precursor, al tratar de nuestra Independencia, a toda persona, institución, acontecimiento o circunstancia que **prepara** la Emancipación, que la anuncia, que repercute en ella con signo positivo, a todo factor coadyuvante. Mas estrictamente se aplica, sin embargo, a las personas, a las figuras próceres, a las personalidades que con su pensamiento o con su acción se **adelantan** los acontecimientos, los precipitan, los propician, luchan por el advenimiento de las nuevas metas. Pero hay acuerdo, por ejemplo, en considerar precursor de nuestra Independencia a don Toribio Rodríguez de Mendoza, el eficaz educador del Convictorio de San Carlos, maestro de dos generaciones de peruanos que luchan por la Emancipación, y lo hay también en considerar precursor al **Mercurio Peruano**, un periódico que predica el americanismo y el peruanismo, el retorno a las cosas vernáculas, que es una forma de propiciar la **conciencia de sí**, estación fundamental en el proceso emancipador. Una persona y una institución pueden ser, pues, por distintas formas y maneras, precursores. Pero la acción precursora muchas veces escapa al deliberado designio de sus autores. Siempre se dice que los ideólogos son rebasados por los revolucionarios; y muchas veces no solamente rebasados sino también superados, corregidos, ampliados, desfigurados, completados, etc. La acción precursora puede ser en veces involuntaria, inconsciente; puede tener una dirección y un sentido distintos a los de la voluntad o el deseo de sus autores. Cuando José Baquíjano y Carrillo pronuncia su célebre **Elogio** del Virrey Jáuregui, parece proponer un cambio en la mentalidad política y administrativa del Perú, parece propiciar un conjunto de **reformas**; es decir, de nuevas formas, pero dentro de la misma realidad política. Pero sin embargo ese texto pudo tener, y de hecho aventuramos que tuvo, otras resonancias, otras suscitaciones en algunos de los que lo escucharon o leyeron en la valiosa y hoy rarísima primera edición, requisada en tiempos del Virrey Croix. Para algunos el **alegato reformista** motivó una nueva inquietud, un nuevo ideal **autonomista** o más aun, **separatista**, porque puso al descubierto con sutileza pero lúcidamente, aspectos negativos de la realidad que incitaban a un cambio, más o menos profundo según la mentalidad, la conciencia personal, la circunstancia histórica de cada uno. Es el mismo caso de la rebelión de Túpac Amaru: aun puede debatirse la exacta intención inicial del levantamiento —reivindicación social indígena y reformas administrativas o intento separatista—, el hecho es que Túpac Amaru gana sus batallas después de muerto, pues se crea la Audiencia del Cuzco y se suprimen los corregimientos, e incluso promueve a su alrededor y aún más allá de las fronteras del virreinato peruano y aún más allá del continente, en la mis-

ma Europa, acciones revolucionarias, proyectos subversivos, entusiasmos americanistas e incanistas y hasta es, mucho más tarde, bandera de causas completamente distintas a las que conoció y por las que luchó en su propia peripecia vital. En fin, la acción precursora puede ser positiva y puede también ser negativa; más precisamente, puede ser directa o indirecta, coadyuvante o reactiva. Es el caso de la expulsión de los jesuitas en 1767. La expulsión crea una crisis en la Iglesia hispanoamericana: la clase dirigente educada por los jesuitas en una cierta mentalidad, los grupos campesinos que trabajan en las propiedades jesuíticas de nuestra costa, las más prósperas explotaciones agrícolas, sufren un cambio de dirección; los jesuitas son improvisadamente reemplazados y más tarde, por ejemplo, se da la posibilidad del acceso de un clérigo con la mentalidad de Rodríguez de Mendoza al flamante Convictorio de San Carlos desde el cual realiza una amplia y trascendente reforma pedagógica, cuyo contenido habría que confrontar con los planes pedagógicos de nuestro Pablo de Olavide en Sevilla, algo anteriores. Por otro lado, la expulsión reúne en Europa, sobre todo en el norte de Italia, a un numeroso contingente de exjesuitas americanos, desterrados que viven en condiciones difíciles, que alimentan su nostalgia con afanes subversivos, que tienen un explicable espíritu de revancha frente a la corona española, que descubren, por las condiciones mismas de su trasterramiento, un nuevo panorama ideológico. Se explica así el caso de los jesuitas revolucionarios como Juan Pablo Viscardo y Guzmán y Juan José Godoy y el hecho innegable, aunque aún discutido, de la acción revolucionaria de los jesuitas en los últimos decenios del XVIII y en los primeros años del XIX en Europa y esa literatura jesuítica americanista del XVIII, que rezuma el humanismo europeo y especialmente italiano (estudiado por Miguel Batllori S.J.), que hace alarde de su espíritu criollo.

El fenómeno precursor es, pues, polivalente y multifacético. Existe, es evidente, no cabe negarlo. Cabría, claro, determinar los hitos cronológicos dentro de los cuales podemos considerar a un personaje o a un planteamiento ideológico o a una acción política concreta como fenómenos precursores de la Independencia. Si aplicamos la definición etimológica de la palabra **precursor**, del latín **praecursor**, que precede, que está delante, que profesa o enseña doctrinas o acomete empresas que no tendrán razón ni hallarán acogida sino en tiempo venidero; si recordamos que el precursor por antonomasia es Juan Bautista, el que nació antes de Cristo y **anunció** su venida, entonces tendremos una comprensión cabal del término y lo podremos aplicar correctamente a este tiempo de nuestra historia. ¿A qué se adelantan los precursores en nuestro caso? Al hecho mismo de la Independencia, de la separación política de España. Aunque cabrían muchas precisiones y matices, puede decirse que ella se alcanza, simbólicamente, con la proclamación de San Martín en la plaza principal de Lima el 28 de julio de 1821; o, mejor aún, el 15 de julio del mismo año en que el Cabildo abierto, expresión de la soberanía, jura la Independencia y suscribe la célebre Acta. Aunque, desde luego, antes de esas fechas y después de ellas, se ha proclamado ya la Independencia y se seguirá proclamando en otros territorios del Perú. En fin, la Independencia tendría dos estaciones fundamentales: a) una etapa preparatoria o precursora y b) una etapa guerrera, militar, que precipita los aconteci-

mientos y antecede inmediatamente a la proclamación de la Independencia. Podríamos, pues considerar que en este período de nuestra historia el tiempo precursor es el que antecede a la guerra y que ella se inicia, formalmente, con el desembarco del Ejército Libertador en Paracas, en septiembre de 1820. Esquemmatizando un poco, con todo el artificio didáctico de los esquemas, que es inevitable y hasta conveniente, podemos decir que la etapa precursora es la anterior a 1820. Es una hipótesis de trabajo; caben discrepancias y rectificaciones. Pero ordenaremos la materia que nos toca desarrollar dentro de ese esquema muy sucinto. Todo lo anterior a 1820 podrá ser, pues, precursor, en la medida en que sea, no solamente previo sino también preparatorio.

La Independencia como proceso vital

Cabe otra reflexión general antes de introducirnos en nuestro tema concreto de los movimientos y conspiraciones del siglo XIX. La Emancipación es un proceso, la biografía de un ideal, de una causa, de un sentimiento. Esta biografía está íntima e indiscerniblemente trenzada con otras biografías: las concretas y personales biografías de los hombres que realizan ese ideal, que lo viven, que lo alcanzan. Por debajo de todos los esquemas, de todas las ordenaciones más o menos arbitrarias de los hechos históricos, está esa realidad permanente que constituye lo realmente histórico: un hilo continuo, un proceso, una secuencia cuyas estaciones, hiatos, involuciones y saltos podrán descubrirse al nivel de los sucesos externos pero sólo se comprenden penetrando en la conciencia misma de los hombres que viven ese proceso, en su biografías, en los testimonios de sus vidas, con todo lo que ellas pueden tener de impenetrables, misteriosas, enigmáticas y hasta absurdas. Es este un factor que el historiador y el profesor de historia no deben olvidar para no caer en el recurso fácil y engañoso del esquematismo, que confiere a los procesos históricos una secuencia ideal, una progresión inalterable, una lógica aplastante, que desde luego no existen en los vericuetos del real acontecer humano.

Con estas explicaciones de carácter general podemos iniciar ya el desarrollo de nuestro tema: la trascendencia de los movimientos precursores del siglo XIX, su significado en el proceso emancipador.

Afinidades y diferencias entre los movimientos del XVIII y del XIX

Lo primero que cabría establecer es la afinidad y la diferencia de estos movimientos del XIX con los anteriores, los de la segunda mitad del XVIII. Es también una convención que señalemos la rebelión de Túpac Amaru como el inicio, simbólico si se quiere, de la Emancipación; hecho en el cual revierten y confluyen todas las tendencias, todas las fuerzas e inquietudes de cambio y transformación hasta ese momento más o menos dispersas y difusas y que a partir de entonces comenzarán a adquirir cohesión y consistencia hasta llegar a los estadios más nítida e inequívocamente emancipadores. ¿Cuál es la semejanza o la diferencia sustancial entre los movimientos del XVIII y los del XIX? Recordando lo que dijimos hace un momento, no sería propio señalar una diferencia abismática entre unos y otros. Por lo pronto la línea de separación no es

precisamente el tránsito exacto de un siglo a otro: entre 1799 y 1800 no hay nada definitivo que haga que unos movimientos se diferencien de los otros. La línea divisoria podría más bien establecerse en 1808: la gran crisis del imperio español que repercute en toda América, la invasión napoleónica en España y la guerra llamada de independencia, el establecimiento del régimen liberal, las luchas de los sectores fidelistas, afrancesados, de los llamados carlotistas o partidarios de Carlota Joaquina, y los varios matices de liberalismo, que pugnan por cubrir el vacío de poder dejado por Fernando VII y mantener la unidad del imperio español. Este podría ser el momento diferencial porque introduce nuevos factores de todo tipo, nuevos elementos de juicio; porque en verdad crea toda una **nueva situación**, radicalmente distinta de la anterior.

En tal caso habría que incorporar el movimiento de Aguilar y Ubalde, de 1805 en el Cuzco, a los movimientos del XVIII y considerar que los del XIX arrancan con las primeras repercusiones americanas y peruanas de los sucesos peninsulares de 1808. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre los movimientos que van desde Túpac Amaru hasta Aguilar y Ubalde, en el XVIII y el primer lustro del XIX, y los movimientos que van desde 1808, digamos de las primeras conspiraciones limeñas, hasta la conspiración de Riva-Agüero en 1819 y 1820, la inmediatamente anterior a la llegada del Ejército Libertador?

Una primera diferencia estaría en el carácter vago, esporádico, mas difuso e impreciso, de los primeros, frente al carácter concreto, preciso, circunscrito, sistemático y secuente, de los movimientos del XIX. Los movimientos del XVIII —excepción hecha de los testimonios de Viscardo (en cierto modo excéntricos) y el levantamiento de Túpac Amaru (aun en proceso de esclarecimiento documental o de legítimo debate interpretativo)— se mueven todos en un marco general **fidelista**, son de índole más bien doctrinaria e ideológica o de reivindicación social, y no de acción política precisa, tienen un común designio **reformista**. Los del XIX, en cambio, son predominantemente políticos y amplían la anterior dicotomía **fidelismo-reformismo** con dos nuevas instancias que se suceden, precipitan y superponen, indistintamente: **autonomismo** y **separatismo**. El marco histórico general de las postrimerías del XVIII en que la **élite** española intenta una forma de **ilustración cristiana**, explica perfectamente los planteamientos de Baquíjano sobre las prerrogativas políticas de la autoridad y de la comunidad, los ensayos pedagógicos experimentalistas de Rodríguez de Mendoza o la introspección histórico-literaria del **Mercurio Peruano**. La nueva situación creada a partir de 1808 explica los planteamientos políticos de libertad y autonomía que desarrolla el periodismo liberal limeño entre 1811 y 1814, las rebeliones de Zela y de los Angulo y Pumacahua. Acaso una distinción terminológica facilitaría la diferenciación, muy escueta por cierto, que acabo de enunciar: los del XVIII serían **movimientos**, con todo el carácter vago que la palabra sugiere; los del XIX, según cada caso, **conspiraciones, rebeliones, levantamientos, revoluciones**. Pero no lo olvidemos nuevamente: las cosas no son así, tan claras y distintas. Se producen entremezcladas, con saltos, retrocesos, detenimientos, etc.

En el XVIII, en fin, la perspectiva de la Independencia es más o me-

nos lejana; las mentalidades más avanzadas podían verla como una conquista a la que podía llegarse en un proceso natural de reformas paulatinas, por **evolución**. En el siglo XIX, sobre todo después de 1808 o, mejor aún, a partir de 1810, la Independencia se presenta como una meta cercana, asequible con el recurso, también ya en sazón, de un **proceso revolucionario**. La crisis de la legitimidad monárquica española, la acefalía del imperio, el nuevo régimen napoleónico, las sucesivas formas que se implementan rápidamente —llámense Juntas provinciales, Junta Central, Regencia— para contener y rechazar ese nuevo régimen, la obra legislativa de las Cortes de Cádiz, las diversas expresiones del régimen liberal, todo, en fin, configura esa tesis revolucionaria que va aflorar precipitadamente.

Podríamos decir que el proceso reformista del XVIII continúa su curso dentro de los parámetros señalados. A partir de 1808, por las indicadas razones, a ese proceso se viene a sobreponer otro mucho más acelerado, que tiene ya la perspectiva más cercana y factible de la Independencia. Se trata ya, no sólo de movimientos doctrinarios, cuya entraña subversiva hay que descubrir en la entrelínea de los documentos que nos han dejado, sino de planteamientos precisos, hechos concretos, intentos y logros tangibles, resonancias que podemos apreciar, repercusiones que podemos comprobar con toda objetividad.

En otras palabras, diríamos que 1808 es en nuestro esquema del proceso emancipador, una **ocasión** en la cual se precipitan los acontecimientos y las tendencias propicias para la Independencia. Como más tarde será también otra **ocasión**, el año 1820, la vuelta al régimen liberal en cuyo ambiente culmina la emancipación hispanoamericana. Entre los movimientos del XVIII, además de las semejanzas y diferencias señaladas, media una ocasión, una coyuntura decisivamente favorable a la causa revolucionaria.

Como hemos dicho, uno solo de los movimientos del XIX, el de Aguilár y Ubalde en el Cuzco, se separa del resto y podría ser adscrito a los del XVIII, ya que es anterior a la señalada ocasión. Sin embargo, por muchos otros motivos puede decirse que tiene un carácter singular, aislado e inconexo. Por el momento impropicio en que se produce y por la imprecisión de sus objetivos un tanto fantásticos, podríamos considerarlo de segundo orden. Tiene, sin embargo, la significación que le confiere su desproporcionada y sangrienta represión y su sede cuzqueña, teatro del entonces no olvidado movimiento de Túpac Amaru y de las más constantes y sugestivas reminiscencias incaicas. Sería interesante conocer en su detalle el voluminoso expediente de esta original conspiración que se guarda, íntegro, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Tal vez la Comisión Nacional del Sesquicentenario se plantee la edición de ese testimonio en la gran **Colección Documental sobre la Independencia del Perú**, que prepara.

Continuidad y extensión de los movimientos del XIX

Una característica esencial, que también distingue a los movimientos del XIX, respecto a los del XVIII, es su **continuidad y extensión**.

El elenco clásico de los movimientos del XIX lo trazó en 1860 don Benjamín Vicuña Mackenna un historiador chileno que vivió entre nosotros en días de ostracismo político y que supo recompensar la hospitalidad peruana con una justiciera preocupación por la acción peruana en la gesta emancipadora, aunque más tarde adoptara una beligerancia increíble en la guerra del Pacífico. Vicuña recogió la tradición viva sobre los decisivos años de Abascal y de Pezuela en el Perú, y sobre todo en Lima, en su célebre opúsculo titulado **La Revolución de la Independencia del Perú**, aparecido inicialmente por entregas en **El Comercio**, de Lima, el indicado año de 1860 y reeditado luego en Lima, por la Ed. Garcilaso, en 1924, y del cual acaba de hacer una tercera edición el Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú al incorporar el valioso prontuario de Vicuña en el primer tomo de su serie antológica titulada **El Perú y su Independencia** (Lima, 1970, pp. 137 a 238). En ese libro, cuyos editores han tenido a bien reproducir un trabajo mío sobre Viscardo, se reedita también un texto de Sebastián Lorente sobre el mismo tema. Vicuña tomó datos directamente de los sobrevivientes y actores de los acontecimientos. Sus versiones se complementan casi siempre con las del **Diccionario de Mendiburu** y, lo que es más importante, con la posterior investigación documental. Es librito de consulta indispensable frente al tema.

Pues bien, el esquema esencial de Vicuña es el siguiente:

1805: Conspiración de Aguilar y Ubalde en el Cuzco.

1808: Y años siguientes: Conspiraciones y síntomas de inquietud en Lima.

1811: Levantamiento de Zela, en Tacna.

1812: Levantamiento de Crespo y Castillo y otros en Huánuco.

1813: Levantamiento de Paillardelle en Tacna.

1814-1815: Rebelión de los hermanos Angulo y Pumacahua en Cuzco, con repercusiones en Ayacucho, Arequipa y el Alto Perú.

1817: Conspiración de Gómez, Alcázar y Espejo en el Callao.

Frente a ese elenco, que como repito es el clásico, cabe afirmar que los movimientos peruanos tienen una cierta continuidad, abarcan todo el sur, parte de la sierra central y, en el norte, sólo las zonas de Huánuco y Lima.

La investigación posterior a Vicuña permite ampliar considerablemente este esquema. Así, por ejemplo, hay que señalar en:

1812: **La sedición de Huamanga**, estudiada por Luis Antonio Eguiguren en un folleto del mismo nombre (Lima, Imp. Gil, 1935, 89 pp.). Los patriotas huamanguinos se proponían deponer al Intendente Demetrio O'Higgins y colocar en ese puesto al doctor Miguel Ruiz de la Vega, que

acababa de ser elegido diputado a Cortes. Era un criollo distinguido; su elección había promovido fiestas y celebraciones análogas a las que se celebrarían en Lima con motivo del nombramiento de otro criollo, José Baquíjano y Carrillo, como miembro del Consejo de Estado, en la metrópoli. Se trata de una sedición casi anónima y fracasada, pero tanto el Alcalde José Matías Cabrera, cuanto el propio Ruiz de la Vega son tachados por las autoridades españolas de "renuentes". A la sedición de abril se sigue otra, en mayo, llamada la sedición de los pasquines. Se produce un movimiento de tropas y el Virrey Abascal, escuchando al Subdelegado Francisco de Paula Pruna, toma provisiones militares. Precisamente en un documento de Paula Pruna, de este momento, hay un testimonio que se ha convertido en cita obligada para comprender la tesitura del espíritu criollo: Pruna dice a Abascal que él percibe en los peruanos no ya sólo un rechazo a las autoridades sino un rechazo a todo lo español. Del viaje posible de Ruiz Vega a las Cortes nada sabemos. Vargas Ugarte recoge los datos de Eguiguren sobre este movimiento, sin embargo aún los textos escolares no se refieren con precisión a este conato subversivo de Huamanga en 1812.

1813 y 1814: hay en Lima varias y sucesivas conspiraciones del grupo patriota de Riva-Agüero y Vega del Ren. Al tratarse de las conspiraciones limeñas de la época de Abascal y Pezuela, siguiendo a Vicuña y las fuentes consabidas, se habla del movimiento de los hermanos Silva, del de Anchoris y los porteños, la muy imprecisa de los oratorianos (que recoge Palma en una tradición) y se hace una vaga referencia a una del Regimiento **El Número**. En 1954, perdónese la inelegancia de la autocita, publiqué un trabajo titulado **Las conspiraciones del Conde de la Vega del Ren** (*Revista Histórica*, Lima, 1954, t. XXI) en base a documentos inéditos del Archivo General de Indias de Sevilla. En ese trabajo se da cuenta de otras dos conspiraciones limeñas: una en 1813, con motivo de las elecciones para el Cabildo constitucional (comicio que produce una polarización de fuerzas claramente políticas entre peninsulares y criollos); y una conspiración en el Callao, del mismo grupo patriota, en octubre de 1814, aprovechando la procesión del Señor del Mar en el puerto, que es distinta a la conspiración de **El Número**, en abril de 1814. La base de mi trabajo fue el expediente seguido a Vega del Ren (don José Matías Vásquez de Acuña) por sospechoso, en el cual constan declaraciones de 14 personalidades destacadísimas del Virreinato, sobre la situación política y la actuación de este grupo patriota, entre ellas una muy reveladora de don José Baquíjano y Carrillo en las vísperas de su último viaje a España.

1818 y 1820: Conspiración dirigida por Riva-Agüero desde Lima y que abarca toda la costa central y norte hasta el Callejón de Huaylas. Sobre ella sólo se hacían vagas referencias. La publicación del *Diario* del Virrey Pezuela (Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947) comienza a dar mayor luz sobre este movimiento. En los documentos indicados hace un momento hay también referencias, pero sobre todo son los testimonios de los enviados sanmartinianos García y Paredes, apresados por los realistas, los que permiten tener una imagen precisa y amplia de esta conspiración, de sus jefes, de la extensión del movimiento pa-

triotas antes de que llegara la Expedición Libertadora, de los grupos formados en pueblos diversos a todo lo largo de la costa de Lima y Ancash y en la sierra de Huaylas. Estos documentos los publica por vez primera José Agustín de la Puente Candamo (en **Mar del Sur**, N° 12, Lima, julio-agosto de 1950). La famosa **delación del espía García**, como llaman los realistas a ese testimonio, es de gran importancia y permite incorporar una conspiración más al elenco tradicional. Todavía no hablan de ella los textos escolares. ¿Habrá en esto una influencia de la leyenda negra contra Riva-Agüero, originada más tarde, del lado bolivariano y, desde luego, por la equivocada actitud del prócer en 1823? El tomo, o los tomos, que la Comisión Nacional del Sesquicentenario dedique a Riva-Agüero en su citada **Colección**, con documentos del archivo de su bisnieto, el gran historiador Riva-Agüero y Osma, tal vez permita aclarar muchos pormenores de esta biografía tan interesante.

En fin, por el trato de los papeles y fuentes de la época, puedo decir que mi impresión es que en Lima de 1809 a 1820 hay **una sola y continuada conspiración**, obra de un mismo grupo patriota que con los años va creciendo, que tiene una formación verdaderamente nacional por la procedencia de los elementos que lo integran (aristócratas, burgueses, artesanos, militares, funcionarios, catedráticos, frailes y clérigos, librerías, periodistas, etc.) y que intenta dar sucesivos golpes, en cada coyuntura favorable, "con ánimo invicto, pero con sino adverso" como dice Riva-Agüero y Osma. Ese grupo aparece dirigido por Riva-Agüero, sospechoso de patriota para las autoridades españolas desde que retorna de España hacia 1810 imbuido de la ideología liberal. Es procesado y arrestado por un folleto panfletario sobre el Tribunal de Cuentas. Escribe luego su célebre impugnación del régimen español, que se publica en Buenos Aires, que se conoce como **Las 28 causas**. Interviene en sucesivos conatos revolucionarios, hasta el último indicado de 1819. No es pues inexplicable, ni mucho menos, que San Martín busque la conexión con Riva-Agüero y su grupo en cuanto concibe su genial plan libertario que cambia sustancialmente la ruta de los patriotas del Río de la Plata para llegar al corazón del poder español. Podría concluirse, pues, que el principal conspirador limeño de este largo período es Riva-Agüero y Sánchez Boquete. Otra conclusión legítima es la de que Lima conspira, y mucho, en este tiempo precursor. No se puede sostener ya más la tesis de una Lima indolente o indiferente frente a la causa patriota, tesis que ha servido para demasiadas generalizaciones. Incluso aparece ya claro el nexo de los levantamientos del interior con los intentos limeños; sobre todo el movimiento arequipeño de la revolución de los Angulo que intenta entrar en conexión con el cabildo constitucional de Lima.

Ante estos aportes recientes de la investigación documental sobre el tema es justo, pues, ampliar el mapa de los movimientos precursores del XIX. Podemos decir que ellos se producen en todo el sur alto y bajo peruano, en la sierra central, en parte de la sierra norte, en Lima, en la costa norte de Lima hasta el Callejón de Huaylas.

¿Y el norte del Perú?

La historiografía nuestra, sean Paz Soldán, Rebaza, Leguía y Martínez, etc., incorpora al norte peruano en el tema de la Independencia a partir del arribo de San Martín a nuestras costas, con ligeras alusiones a acontecimientos anteriores. Falta en verdad investigación del tema en los archivos locales. Por ejemplo, don Luis Antonio Eguiguren, benemérito de la exhumación documental, da noticias de primera mano en los dos gruesos volúmenes suyos titulados **Hojas para la Historia de la Emancipación del Perú** (Lima, 1959) y en base al Archivo de la Audiencia de Lima sobre juicios seguidos a sospechosos de "infidencia", como entonces se decía. Se refiere concretamente a tumultos en Lambayeque y Otuzco en 1804. Asimismo el nutrido **Epistolario de Paz Soldán**, que se guarda en la Biblioteca Nacional y sirvió a don Mariano Felipe en la elaboración de su **Historia del Perú Independiente**, proporciona datos sobre actividades patriotas en todo el norte del Perú, complementarios de los **Anales** de Nicolás Rebaza (que acaba de reimprimirse) o la aún inédita **Historia** de Leguía y Martínez. Esas fuentes permiten hablar de movimientos patriotas en todo el norte peruano, antes de 1820. Pero sin embargo lo que se conoce claramente, lo que ha pasado a los textos de difusión y se enseña en nuestras aulas es que, a diferencia del centro y del sur, en el norte la causa patriota no tiene antecedentes muy notorios en la etapa precursora pero en cambio se adelanta al resto del país a partir de ese año en el hecho de la jura y proclamación de la Independencia; como si en esta región se hubiera intentado recuperar el tiempo perdido. Sea la influencia de los cruceros de Cochrane; sea la repercusión y resonancia del movimiento de Guayaquil, de octubre de ese año; sea la actividad de los enviados de San Martín o la conexión eficaz de los grupos patriotas del norte con el ejército libertador, el hecho es que todo el norte jura la independencia antes que Lima y el resto del país: Lambayeque y Trujillo en diciembre de 1820, Piura en enero de 1821, Cajamarca, Tumbes, toda la región, antes de julio de ese año.

En síntesis, pues, podemos decir que los movimientos peruanos del XIX son constantes y abarcan todo el territorio del Virreinato.

Hay una excepción, un hecho concreto que hace distinto el proceso peruano al del resto del continente; un hecho que ha contribuido pesadamente a formar una cierta leyenda negra peruana de la Independencia y que determina esa especie de complejo de inferioridad que aún padecemos frente al tema: en Lima, en la capital del Virreinato, ningún movimiento triunfa, ni siquiera episódicamente, como ocurre en el Cuzco. En Lima no se forma y casi no se intenta formar una Junta autónoma, como en el resto de las capitales hispanoamericanas (en otra ocasión habría que reseñar la actitud y la mentalidad jurídica de los miembros del Cabildo limeño de entonces, cuyas actas he revisado). No hay en Lima, en fin, un intento serio de deponer al Virrey Abascal. Las razones de este cuadro son muchas y no se ignoran: Lima tenía razones económicas, políticas y sociales para que en ella asumiera un papel preponderante el bando o partido fidelista. En Lima está lo mejor del poder militar español, o estaba en zonas que rápidamente podían controlar Lima. Por eso en el momento de la crisis política en Lima se forman dos bandos muy nítidos: uno **patriota**, inicialmente minoritario, el de Riva Agüero, Vega del Ren, Diego

de Aliaga, Sánchez Carrión y ese conjunto vario y representativo de clérigos, frailes, "pendolistas", carpinteros, panaderos, libreros, funcionarios, escribanos, amanuenses, militares, colegiales de San Carlos, extranjeros, etc., al que ya me he referido; el otro bando o partido es el **liberal, autonomista y fidelista**, también llamado, por Riva Agüero y Osma sobre todo, **partido peruano-español**, que era más importante por la fuerza e influencia de sus componentes: Unanue, Baquijano y Carrillo, Villalta, Cisneros, Calatayud, etc. Es decir, los hombres del **Mercurio** que quince años atrás han predicado las reformas, el americanismo y el peruanismo cultural y ahora propician las libertades de Cádiz dentro de la unidad del imperio. Con el avance de los acontecimientos esa situación va a variar. A partir de 1814 y de la increíble reacción absolutista de Fernando VII luego que termina su destierro en Valencay y de que plantea su "pacificación" de América por la fuerza de las armas, pues ese bando autonomista y fidelista irá decreciendo violentamente y, en cambio, el bando patriota y separatista irá acreciendo sus fuerzas porque muy pocos mantendrán la idea de unas conquistas políticas, de unas reivindicaciones americanas, dentro del régimen de Fernando VII. Pero debe quedar muy claro que el bando **patriota o separatista** (habría que precisar que no eran **antipatriotas**, sin más, los del otro partido) existió desde el comienzo y que actuó incansablemente aunque no obtuviera éxitos muy ostensibles.

Por ejemplo, es muy interesante resaltar el hecho, al que me he referido, de que los patriotas del interior del país siempre o casi siempre intentan conectarse con los de Lima. Para este tema el estudio del Archivo y de las Actas del Cabildo de Lima, es esencial. Esperemos que estos testimonios, realmente fundamentales, se incorporen al **corpus** que prepara la Comisión Nacional del Sesquicentenario. En la documentación que publiqué sobre Vega del Ren, a la que ya he aludido, hay piezas que tratan de los intentos de Angulo, Pumacahua y el cura Arce, cuando el movimiento toma Arequipa, de conectarse con el Cabildo constitucional de Lima, cuyo alcalde es precisamente Vega del Ren. Los casos similares se repiten, aunque no están suficientemente estudiados.

En fin, la leyenda antilimeña en la Independencia no puede sostenerse fácilmente. El partido fidelista tuvo aquí proporciones mayores que en otros sitios (sobre el tema es muy útil la consulta del trabajo de Armando Nieto Vélez S.J., **Contribución a la historia del fidelismo en el Perú. 1808-1810**, Lima, Publicaciones del Instituto Riva Agüero, 1960) pero la actuación del grupo patriota fue también importante y no ha sido exhaustivamente estudiada.

En síntesis, podemos concluir que los movimientos del XIX tuvieron una extensión y continuidad mayores a las que corrientemente plantea la historiografía, a tal punto afectada por la ausencia peruana de una Junta autónoma en Lima o de una figura prócer comparable a las de los países vecinos que incluso Paz Soldán arranca su **Historia del Perú Independiente** con la llegada del Ejército Libertador.

En cuanto a extensión, repetimos, los movimientos abarcan casi todo el territorio del Virreinato. En cuanto a continuidad, las fechas de los

movimientos la expresan claramente. Parecería, sin embargo, que se produce un receso en 1815 y 1816. Pero eso se explica por circunstancias generales del imperio español y de la metrópoli que repercuten no sólo en el Perú sino en toda Hispanoamérica.

El receso aparente se explica por la crudeza de la represión militar española, por el arribo de refuerzos bélicos, por la reacción absolutista, la concepción pacificadora de Fernando VII, la eficacia de la arremetida contrarrevolucionaria de Abascal, precisamente desde nuestro territorio y con importantes contingentes de tropas peruanas, especialmente del Cuzco, de tal modo que en esos años apenas quedan los focos revolucionarios en Buenos Aires y Caracas y en cambio concluye el periodo llamado de "la patria vieja" en Quito, Santiago, el Alto Perú. Son los triunfos realistas del peruano Goyeneche —expresión máxima del fidelismo en nuestro Virreinato—, de Pezuela, Ramírez, Valdés, La Serna, Canterac, Osorio, etc.

A pesar de todo ello la causa patriota sigue su camino arduo, a veces incierto, heroico y benemérito. Llegan a las prisiones limeñas y a las casas-matas del Callao los patriotas derrotados en el Alto Perú, pero siguen las conspiraciones, las rebeldías, los juicios por "infidencia". Hay en ese periodo de 1814 a 1820, bajo la aparente paz impuesta a sangre y fuego, una creciente movilización subterránea, un crecimiento de la causa patriota. Mucho queda aún por investigar sobre el tema. ¿Qué se sabía, por ejemplo, de conatos sediciosos en Arequipa en 1817, en los cuales aparecen envueltos el capitán de milicias Manuel Rivero, D. Mariano Moscoso y D. Mariano Rodríguez, presentes cuando se les juzga, y Alejandro Odriozola, Urbano Gamio, Pedro Delgado, Ignacio Escobedo y otros varios, ausentes?

En verdad el clima de conspiración es cotidiano, subterráneo, pero constante. Hubo explicable interés español en disminuirlo en los documentos oficiales y públicos. No es precisamente la **Memoria** del Virrey Abascal (Sevilla, 1944, 2 tt.) la que nos va a dar la pista para conocer conspiraciones frustradas. Pero en cambio el **Diario** del Virrey Pezuela (Sevilla, 1947) escrito con intención muy distinta de las memorias, ese sí nos trasmite la íntima preocupación del Virrey, nos comunica el "clima" verdadero que viven las autoridades españolas ante una situación cada día más grave. Para este tema del ambiente limeño y en general peruano en los días de Abascal y Pezuela, interesa mucho, por su posible objetividad, el testimonio de los viajeros. Hace poco he publicado uno de un viajero ruso (**Un testimonio sobre el Perú en 1818** en la Revista Histórica, Lima, XXX, 1967); es el de un distinguido marino, el capitán Vasilii Galovnin que viene al mando de la **Kamtchaka**. No sólo proporciona datos que nos permiten reconstruir el ambiente, sino que adelanta juicios y vaticinios sobre la legitimidad, inminencia e inexorabilidad de la emancipación de nuestros países.

En fin, diremos concluyendo con el tema de los movimientos precursores de la Independencia en el siglo XIX, que queda aún mucho por investigar; mucha documentación publicada que debe sustanciarse e incorporarse a los textos y a las explicaciones en el aula escolar.

Lo más importante, no obstante, sigue siendo el cuadro general, la interpretación, el enfoque, el planteamiento integral que se haga del tema. A eso dedicaremos las reflexiones finales.

El Perú y la Independencia hispanoamericana

La revolución de la independencia hispanoamericana es un fenómeno continental, unitario, porque a pesar de la deliberada desarticulación de las jurisdicciones virreinales y audienciales, celosamente mantenida por la corona española, ellas siguen un común proceso de transculturación y un proceso de formación nacional, simultáneo, con conexiones espontáneas e inevitables y con leves diferencias locales y regionales. Los factores externos inciden con más o menos énfasis, con mayor o menor rapidez, en uno u otro punto del continente, pero las grandes coyunturas favorables repercuten en todos los Virreinos, Audiencias y Gobernaciones, remecan todo el continente americano con leves variaciones de matices.

Hay, sin embargo, una innegable peculiaridad peruana dentro de este proceso americano. Su desconocimiento o incomprensión ha determinado una historiografía diríamos, acaso exagerando, antiperuana, de enfática exaltación de los pequeños nacionalismos nacientes y de una incompleta y adversa comprensión del papel que entonces nos cupo.

El aporte peruano fue importante, heroico, constante. Pero, además fue de los primeros en el tiempo, de los más hondos en trascendencia, de los más vastos en resonancia. La convergencia de las corrientes libertadoras del norte y del sur en el territorio peruano no disminuye en absoluto la importancia de ese aporte; tal convergencia estaba exigida por la naturaleza misma de las cosas, por las peculiaridades geográficas, por el verdadero interés de todos; era una imperiosa necesidad. Como tampoco lo disminuye, ni nuestro caso excepcional de no haber formado, en su momento, una Junta autónoma, ni la ausencia, entre nosotros, de una figura prócer de indiscutida primacía. Frente a esos hechos hay otros que completan el panorama y la verdadera posición del Perú en la Independencia:

A) Los primeros levantamientos y rebeliones de dimensión continental son peruanos: es el caso de la rebelión de Túpac Amaru, cuya verdadera importancia americana ahora se exalta justicieramente;

B) El primer planteamiento hispanoamericano nítidamente separatista es el de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, otro peruano. En este tema la tarea reivindicadora no ha concluido. No se conocen aún todos los papeles que Viscardo dejó y que pasaron a Miranda a través del Ministro de los EE. UU. en Londres, Rufus King. Poco y disperso es lo publicado como propiamente de Viscardo en el conjunto de los 23 o más tomos que hasta ahora comprende la colección llamada "Archivo de Miranda"; pero entre los manuscritos aún no impresos, sin duda debe de quedar mucho que procede del archivo de Viscardo. A partir de 1953 sabemos, además, que el planteamiento separatista de Viscardo no arranca de 1791, fecha

en que parece redacta su célebre **Carta a los españoles americanos**. Ahora sabemos que diez años antes, en 1781, varios años antes del estallido de la Revolución Francesa, Viscardo, en la coyuntura de la rebelión de Túpac Amaru, escribe al cónsul inglés en Liorna, John Udny, formulando un claro planteamiento separatista basado en la realidad de América y en la ocasión del levantamiento cuzqueño y pide la ayuda del gobierno inglés para la ejecución de un plan que esboza en esas mismas cartas del 23 y del 30 de setiembre de 1781. Estos testimonios, fundamentales, tampoco han pasado ya a los textos escolares y no se comentan en su innegable trascendencia en las explicaciones escolares. Ni la historiografía hispanoamericana ni concretamente la peruana han dado aún a Viscardo la importancia que merece, aunque hay varios estudios sobre el personaje. Los más importantes siguen siendo los de Rubén Vargas Ugarte S.J. y Miguel Batllori S.J.;

C) Todo el período precursor de planteamientos doctrinarios tiene su foco de irradiación y de maduración cultural en el Perú y en Lima. ¿Qué testimonios pueden aducir otros territorios hispanoamericanos, contemporáneos y comparables al planteamiento político de Baquíjano en su **Elogio** de 1781, a los planes de reforma pedagógica de Rodríguez de Mendoza en el Convictorio de San Carlos, desde 1786, a toda la literatura americanista del **Mercurio Peruano**, de 1791 a 1795?

Además de esos tres puntos anteriores que precisan la posición peruana en el proceso emancipador del continente, podemos señalar, a manera de conclusiones de esta charla, los puntos siguientes:

D) En todo el Perú se desarrollan a lo largo de las dos primeras décadas del XIX diversos movimientos, que hemos visto panorámicamente, unos dentro del marco fidelista y otros, la mayoría, con propósitos autonomistas o de inequívoca determinación separatista;

E) Nuestro principal movimiento del XIX es el del Cuzco de los hermanos Angulo y Pumacahua y el cura Muñecas, que tiene en Arequipa el apoyo doctrinario del clérigo Mariano José de Arce, más tarde uno de los más conspicuos tribunos antimonárquicos, y el apoyo literario y romántico de Mariano Melgar, acaso el primer poeta romántico de América, cronológicamente. Este movimiento tiene enorme importancia por su carácter, su desarrollo, su extensión, su fin trágico, sus consecuencias. Ante este movimiento ni Abascal puede ocultar en su **Memoria** la preocupación, la honda inquietud del bando realista. Es un movimiento verdaderamente nacional porque sale del Cuzco, llega a Arequipa, Huamanga, el Alto Perú e intenta conexiones limeñas. Debemos destacarlo justicieramente;

F) En esta etapa precursora, antes de la llegada del Ejército Libertador, la figura prócer del revolucionario es seguramente José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete: une las condiciones de conspirador y activista y las del hombre de pensamiento, como lo revela su folleto de **Las 28 causas**; es el jefe visible del partido patriota limeño y el **leader** de la conspiración durante los diez últimos años del Virreinato, el primer co-

laborador peruano de San Martín, etc. También ante la figura de Riva Agüero cabe una justa reivindicación, como ya lo hemos dicho;

G) El Perú fue el escenario inicial y final del proceso, pero además sus hombres estuvieron presentes, en posiciones decisivas, en todos o casi todos los movimientos revolucionarios de Hispanoamérica, desde 1810. Es el caso de Fray Melchor de Talamantes en México, de Egaña en Chile, de Luzuriaga y Alvarez Thomas en Buenos Aires, etc.

H) El Perú, como escenario del largo momento final de la guerra, fue quien sufrió la contienda con más rigor; aquí fue la guerra más sangrienta; aquí tuvo mayores características de guerra civil. El caso del Cuzco es muy significativo: produjo los más importantes movimientos patriotas y dio las más bravas tropas realistas que contuvieron el avance patriota en el Alto Perú. Es también significativo de este carácter el señorío de los contendores, por ejemplo, antes del inicio de la batalla de Ayacucho, y la misma relación de combatientes, que nos dan a conocer los partes de batalla;

I) En el Perú adquiere el movimiento emancipador hispanoamericano su mayor grandeza y unidad continentales; a la sombra de nuestra historia se inspiran San Martín y Bolívar en sus ideales de una creación política que unificara las antiguas dependencias españolas. Nuestro papel es, pues, central, protagónico, crucial, con su designio de rectoría moral sin imperialismos ni injustas prerrogativas. Nada justifica, pues una actitud opacada, un cierto complejo de inferioridad al estudiar esta etapa de nuestra historia.

Reflexiones finales

Aquí debiera concluir, amigos y colegas, esta charla que ha desbordado un tanto el tema propuesto. No quisiera hacerlo sin una reflexión final sobre tres puntos.

El primero se refiere al aspecto historiográfico. La historiografía peruana está en deuda con el período de la Independencia. No contamos aún con una visión histórica general de esa época, a la altura de los tiempos. Los trabajos de Mariano Felipe Paz Soldán o de Nemesio Vargas, beneméritos en su momento y siempre, no responden ya a los actuales planteamientos. La única síntesis erudita reciente, valiosa pero incompleta y sin suficientes andamiajes ideológicos, sociales y económicos la constituyen los tt. V y VI de la llamada **Historia General del Perú**, del P. Rubén Vargas Ugarte S.J. (Barcelona, 1966). Hay muchos aportes eruditos y de interpretación, mucha exhumación documentada, mucho planteamiento interpretativo, muchas hipótesis de trabajo, pero todo eso no ha sido sustanciado en una visión de conjunto. Luego de que la Comisión Nacional del Sesquicentenario entregue los 70 volúmenes de su colección de documentos sobre la época, tal tarea será posible en las mejores condiciones. Hasta tanto no ocurra eso, sin embargo, es conveniente que la clase escolar se enriquezca con esos aportes dispersos, muchos de ellos sustantivos, y que esa clase se despoje de envejecidos prejuicios o de visiones excluyentes, unilaterales, incompletas.

En segundo lugar, quisiera decirles que caben muchos enfoques del tema, muchas explicaciones, porque el fenómeno es complejo. Hay intentos de encerrar todos los hechos, tan variados y dispersos, en un esquema rígido; de verlo todo a través de un prisma excluyente. Creo que es un error. La historia es la **comprensión** del pasado; de todo el pasado, con sus aparentes o reales contradicciones y enigmas, sus conflictos de conciencia, sus avances y sus involuciones, sus luces y sus sombras. La historia, no lo olvidemos nunca, es el hombre mismo que se realiza en el tiempo. No simplifiquemos las cosas por rígidos ideologismos que conducen, insensiblemente, a posiciones sectarias.

La última reflexión es acerca del carácter nacional y revolucionario de nuestra Independencia.

Fue nacional porque en ese movimiento, en esa causa, estuvieron involucrados y comprometidos todos los peruanos, cualquiera fuera el bando que tomaran; no fue un fenómeno ni marginal ni secundario; conmovió a todo el país, a toda la comunidad nacional, con grados de intensidad y matices, cualesquiera fueran las circunstancias diferenciales.

Se dice que son sobre todo criollos y criollos de la alta burguesía los que asumen el movimiento y los que más directamente se benefician de él. Eso es cierto sólo en parte. En todos los movimientos hay, desde Túpac Amaru hasta Riva-Agüero, elementos mestizos, criollos, indígenas y hasta peninsulares. Y no fueron precisamente criollos de la alta burguesía, sino mestizos de raigambre y procedencia popular, con una o dos excepciones, los caudillos militares que gobiernan el país los sesenta primeros años de la República. Es cierto que la emergente burguesía criolla desplazó a la nobleza virreinal y a los funcionarios peninsulares, pero no fue ella la única beneficiaria de ese desplazamiento; de todos los grupos étnicos, de todos los sectores sociales, de todos los niveles económicos surgieron elementos en la formación del nuevo Estado, de la flamante República. Hubo un sincero afán de integración nacional; un afán que en parte pudo frustrarse, una tarea que en parte está incumplida. Acaso el hecho de que se produzca una nutrida e interesante literatura en quechua y hasta que se haga uso de sugestivas reminiscencias incanistas, no sólo en el Perú, también, por ejemplo, en el Congreso de Tucumán en 1816, prueba este intento de incorporar a todos a la causa patriota.

En fin, se trata de una verdadera revolución porque se propone un cambio, un cambio profundo, rápido, que incluso por las circunstancias tiene que ser violento, resultado de una guerra cruenta. Se dan, pues, todas las características de una verdadera revolución. El cambio es rápido, no se opera de modo evolutivo, a un **tempo** pausado. Es profundo: se propone la total ruptura del vínculo político con la metrópoli europea; se propone crear un nuevo Estado, independiente, soberano; se propone también, aunque en esto no haya unanimidad, implantar una nueva forma de gobierno, la republicana, que rompe una tradición trisecular; y todo esto dentro de un espíritu, una mentalidad política, también distintas, en el clima de la Ilustración europea y del liberalismo político irradiado por la Revolución Francesa. En este sentido las metas esenciales de la re-

volución de la Independencia se cumplen. Es cierto que en lo que Jorge Basadre llama **la promesa de una vida mejor** estaban contenidos otros elementos: ciertas reivindicaciones sociales, un hondo anhelo de justicia social, un deseo ardiente de mejoras, de cambios que ahora llamaríamos estructurales. En tal sentido la revolución de la Independencia pudo dejar incumplidos algunos aspectos de esa **promesa**; incluso en algunos aspectos, como por ejemplo, la situación legal del indígena, pudo en la práctica operarse una verdadera involución respecto al régimen tutelar español. Pero eso no invalida el hecho de que desde el punto esencial que se proponía la Emancipación no significara un cambio profundo, rápido, violento, una verdadera revolución política. No hubo cambios profundos en muchas estructuras económicas y sociales, pero sí los hubo en otras. La revolución de la Independencia se completa en la revolución liberal de 1854, estimulada por las revoluciones europeas de 1830 y sobre todo de 1848. Fue, pues, una revolución en el orden de las ideas filosóficas y políticas, en el orden de las realidades y estructuras políticas. Cada hora tiene su propio afán. Sería pueril proyectar ahora, hacia 1821, los ideales, la mentalidad, los planteamientos y exigencias de 1971, para medir con ellos el carácter revolucionario de la Independencia o para exigir retrospectivamente metas cuya conquista pertenece a las generaciones posteriores, a nosotros mismos. En tal sentido hay una frase verdaderamente aleccionadora de Nicolás de Piérola: "nuestros padres nos hicieron libres; a nosotros nos toca hacernos grandes".

Celebremos el Sesquicentenario de nuestra Independencia, con lucidez, con grandeza de alma, con ese espíritu constructivo que revela la frase hermosa del gran caudillo demócrata.

Muchas gracias.

Concluida la disertación del Dr. César Pacheco Vélez, se produjo un amplio y prolongado debate con la intervención de varios de los profesores asistentes. En ese cambio de opiniones se trataron, sobre todo, los siguientes temas: fidelismo y separatismo; intervención de las montoneras; significación de Viscardo y difusión de su **Carta**; Mateo Pumacahua y su significación; carácter revolucionario de la Emancipación; interpretaciones del levantamiento de Túpac Amaru; orientación bibliográfica para el estudio y la enseñanza de los movimientos del siglo XIX.

La Marina

Por el Capitán de Navío (r) J. J. Elías

I

Dignísimos miembros del Profesorado Nacional:

Señoras:

Señores:

A modo de iniciación expreso mi saludo mas cumplido a quienes constituyen esta selecta y esclarecida Audiencia; aprecio muy bien cuánto vosotros significáis como pedagogos, en el trato riguroso y fructífero de la educación, de cuyo ideal depende a su vez el ideal de vida de nuestro pueblo y de la presente generación. Vuestra misión es magnífica, puesto que está destinada a la formación del hombre de mañana, frente a una ciencia la cual progresa continua e incesantemente y una Patria cada vez más exigente en labrar su grandeza. Podéis imaginar cuanto representa para mi el compromiso de abordar ante vosotros el tema que me ha correspondido, os pido en consecuencia la mayor tolerancia. Para concluir con el preámbulo debo hacer una advertencia: cómo la duración de esta charla se sujeta a un tiempo bastante limitado, he subordinado su desarrollo a líneas muy generales, subsistiendo los sucesos con muchos vacíos e imperando la manera más sumaria, por lo extenso del argumento.

PRIMERA PARTE

1.—La cadena de los antecedentes

Las épocas históricas no comienzan por los hechos acaecidos en su órbita; aún el acontecimiento culminante y quizá él más que los que los

otros de menor importancia, ostenta raíces fáciles de señalar. Digamos en el proceso que estamos estudiando, el desembarco de San Martín en Paracas o la toma de Lima por el Libertador argentino, obedecen a un cuadro de antecedentes. Todos los oyentes conocen muy bien el problema y han estudiado cuanto debe llamarse el desarrollo gradual de la idea de la independencia en el pueblo peruano; habiéndose fijado un punto de partida por la Comisión Nacional del Sesquicentenario, el cual retrocede en el tiempo hasta la revolución de Túpac Amaru. Sin embargo, la existencia de una complejidad de circunstancias, moviendo a los fenómenos político-sociales que forman la trama de la existencia de los pueblos, no permite señalar con precisión a cuántas causas obedecieron esos fenómenos; siempre nos quedamos cortos en el cómputo de precedentes. Es que la vida de los pueblos es múltiple como los hilos de la más tupida trama. El mismo comienzo con Túpac Amaru a modo de génesis, cae en el terreno de la controversia, porque no hay un punto fijo y determinado a fin de empezar lleno de seguridad el origen de las ideas emancipadoras; solo el requerimiento de una iniciación teórica nos ha llevado a optar por ese varón extraordinario, campeón y mártir de una idea, mostrándonos una claridad en medio de la noche de horror que cayó sobre sus ojos.

Veámos el caso de la Marina. El Perú tuvo por más de dos siglos la hegemonía naval en este lado del Pacífico y, entre las colonias hispanas de América, fue a la cabeza en cuestiones marítimas. La Marina colonial peruana contó en sus naves con muchos Oficiales criollos y casi la totalidad de sus tripulaciones fueron reclutadas en nuestra costa. Del Callao zarparon barcos a navegar los mares poco explorados, visitando la Océanía, el Estrecho de Magallanes, las Galápagos, el N. de Australia, etc. Con nuestro dinero y nuestras naves defendimos estas aguas de corsarios, filibusteros y bucaneros. El Perú presencia todo lo marítimo y toma parte en ello; recordemos esa nomenclatura de naos, galeras, carabelas, galeones, fragatas, corbetas, bergantines, etc., con arqueo de 40 a 900 toneladas y artillería de todos los calibres. Muy dilatado sería la repetición de todas las expediciones de contrabando a grande escala realizada sobre nuestros puertos, ello constituyó el denominado **comercio ilícito**, el cual hizo impacto y fue posible que nos enseñara ciertas nociones de equidad y justicia, por supuesto desde el punto de vista criollo, no siendo extraño al efecto, la influencia de los **navíos de permiso**. Existe otro factor, dándonos un tono especial en América y se basó en la creación de un centro de preparación náutica. El Conde de Alva de Liste en 1657, establece la Academia Náutica en el Hospital del Espíritu Santo (el actual Santuario de Santa Rosa en la Avenida Tacna); el citado Virrey había conocido en Méjico al notable matemático limeño Francisco Ruiz Lozano, a quien protegió, incorporó a su familia y lo trajo al Perú; fue Lozano el primer Director de la citada Academia. No alcanzó a vivir mucho el centro de instrucción abierto por Alba de Liste y en virtud de Real Orden de 1º de noviembre de 1791, siendo Virrey Gil de Taboada y Lemus, se funda en 1794 la nueva Escuela Náutica o Academia de Pilotaje, cuya dirección encomendó al después Capitán de Navío de la Real Armada Agustín Mendoza y Arguedas, natural de Moquegua, Caballero de la Orden de Santiago. El local de la Escuela estuvo en el mis-

mo Palacio de Pizarro y el Virrey Abascal lo extendió y mejoró; al lado de Mendoza y Arguedas, figura como Primer Maestro el notable marino científico Andrés Baleato y como Segundo Maestro, Eduardo Carrasco, más tarde Contralmirante del Perú. De esa Escuela desciende en línea directa, salvo pequeñas soluciones de continuidad, nuestra actual Escuela Naval, con una prosapia que no posee ninguna otra de América.

Una Marina como la nuestra, con tan notables antecedentes, no era posible así por así su decadencia en los momentos mismos de la Independencia. Ya hemos dicho que siempre para tales fenómenos existe una complejidad de circunstancias.

2.—Unas frases respecto a la importancia de la Marina

Durante un largo período colonial, debemos declarar honorablemente, que nuestro pueblo y lo cual es más delicado, las clases conductoras, permanecieron extraños a los problemas marítimos y a su influencia en el desarrollo del país. Y no podían ejercer ellos una influencia duradera en nuestra manera de pensar, porque en realidad era España quien dirigía todo lo marítimo y los criollos solo acompañaban; estábamos ligados al destino de la metrópoli y no se logró nunca formar una visión de conjunto del gran fenómeno, vale decir, del objetivo marítimo. Se entiende por importancia de la Marina, no solo el progreso que acrecienta el poder productor de las Naciones, y el cambio de mercaderías entre los pueblos mediante las embarcaciones que navegan las aguas, sino en la fuerza expansiva con naves comerciales y de guerra, resultado del esfuerzo industrial y científico. Quiere decir que al fijar la vista en la Marina, estamos midiendo el vigor, la potencia y el influjo de una Nación en los destinos humanos, por su capacidad para el cambio, por su poder para el transporte del trabajo, por la Fuerza Naval que desempeña esta función que son las naves comerciales y, asimismo, los buques de guerra, defensores de la continuidad y crecimiento de toda expansión de vida y, del mismo modo, garantía de independencia patria.

Sucedió con España que fue víctima de un verdadero alejamiento del mar y de aquí la pérdida de su dominio y un lento crecer, alternado con períodos de agotamiento de su comercio e industria, vale decir, las fuentes de aquél. España demostraba que la materia naval era noción completamente ajena a su idiosincracia nacional. Había cual una manifestación atávica un despego de las cosas marítimas, no solo de la masa popular sino de los espíritus cultos. Si industria y comercio constituyeron y constituyen el nervio de las Naciones, esto no prospera ni prosperó nunca sin Marina. Ahora bien, en los días coloniales, la situación estratégica del Perú en el continente, sus riquezas y un pasado imperial, preñado de grandeza, nos ganaron el afecto de la metrópoli y un apoyo de una gran potencia debía ponernos en situación de privilegio. Adelantamos mucho con respecto a los otros países limítrofes. Bien dice Riva Agüero: "Herederos del más antiguo Virreynato en la América Meridional, fuimos desde Panamá al Estrecho, el Superior núcleo político y administrativo, cuyo mando solía conferirse como ascenso a los Virreyes salientes de Méjico, el emporio primogénito del Norte. Los siglos XVI y

XVII, de la hegemonía mundial española de los Austrias, fueron muy en particular los del apogeo y opulencia peruanos. Con España florecimos y decaímos, íntimamente ligados con ella". Nada es más significativo de la importancia del Perú, el que San Martín y Bolívar acudieran a las tierras del antiguo Virreinato peruano: los dos Libertadores que por el sur y el norte y en el comienzo como en el fin de las luchas por la emancipación, dieron a este continente su soberanía; es que la tenaz resistencia opuesta por los realistas, instalados en nuestro actual país, a los movimientos subversivos sudamericanos, constituyó algo esencial y concluyente. No se debe olvidar que en los días finales de la Colonia, el Perú era el centro del poder hispano en Sudamérica, con el Ejército realista más poderoso, con la más numerosa agrupación de españoles y, asunto de un peso trascendental, con una de las Escuadras más fuerte de América.

Toda la marcha de la Independencia tuvo estrecha relación con el mar, con su dominio y con la realización de operaciones marítimas. Tan íntimamente como estábamos unidos a España, pudimos defender el comercio nacional y las naves de la matrícula chalaca, mientras la Escuadra española pudo operar; pero no bien se refugió ella en la base del Callao, sólo fuimos espectadores de los actos navales de los patriotas y al nacer una nueva era, el poderío marítimo peruano es reemplazado por otro poderío.

3.—El Poder Naval de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Al ocuparnos del papel llevado a cabo por la Marina en la Independencia, nos vemos precisados a saltar a otro Virreinato, al del Río de la Plata, donde a partir de 1810, se puso en evidencia una idea de irreconciliable repulsión contra la metrópoli hispánica. No es nuestro propósito interpretar hechos de los cuales ya tratamos precisamente hace un año ante vosotros; a duras penas refrescaremos un poco la memoria con generalizaciones. En aquella ocasión, hablamos de la Marina española, cuya Armada tan gloriosa y desgraciada, después de sufrir los desastres del Cabo San Vicente y el de Trafalgar, se redujo más al hallarse el Gobierno en la imposibilidad de construir nuevos buques; entonces se dejaron podrir en los puertos y Arsenales de Mahon, Cartagena, Cádiz, Ferrol y la Habana, los pocos barcos que quedaban. Apenas unos cuantos navíos y algunos barcos menores fue la herencia recibida por Fernando a su ascenso al trono. Frente a la decadencia española, el flujo y reflujo del movimiento revolucionario americano, una vez comenzado, cobija, sin solución de continuidad, como el flujo y reflujo del mar, todo el espacio colonial hispano. Fue, entonces, que Buenos Aires preparado por la heroica y gloriosa campaña contra los ingleses, se lanzó en la lucha separatista con España, junto con las Provincias del Paraguay, Córdoba y Chuquisaca. Prolongada guerra hasta que Gaspar Vigodet, reducido al último extremo, entregó por capitulación la plaza de Montevideo en junio de 1814, con cinco mil prisioneros y un inmenso parque de artillería. Dijimos que las consecuencias de esa rendición, baluarte del poder español en el Río de la Plata, fueron de grandes efectos para el Alto y Bajo Perú y para Chile; por lo pronto, todo el empuje de Pezuela quedó detenido en las altiplanicies bolivianas y la marea cambió de rumbo.

El gran triunfo de Buenos Aires, se debió a una victoria marítima, la de Brown, la misma que produjo consecuencias continentales. Entonces, las Provincias Unidas del Río de la Plata, dieron el gran paso de construir una fuerte Marina.

Desde 1815 hasta 1821, las Provincias Unidas del Río de la Plata aparecen llevando a cabo un dinámico curso, en brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, al decir de Bartolomé Mitre. La bandera de Buenos Aires flameó en casi todos los mares del mundo. Debemos distinguir de inmediato la diferencia existente entre la Armada Argentina propiamente dicha, puesta en pie con el fin de conseguir el dominio absoluto de las aguas del Plata, destruyendo la Escuadra realista cuya base fuera Montevideo, y la institución del curso encargada a cientos de naves de propiedad particular, las cuales se hacían pago de las inversiones efectuadas con el producto de las capturas hechas. La Fuerza que llamaríamos hoy Armada de Guerra, pertenecía al Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata; por la época de este estudio tuvo un desarrollo con grandes dificultades propias de la falta de medios y, más aún, dimanadas de la ausencia de interés tan general en los hispano-americanos por los problemas navales, calificados como pueblos poco marítimos, considerando siempre a la Armada de mero auxiliar del Ejército. Casi ignoraban el acertado empleo de las Fuerzas de mar y tierra, la cooperación coordinada de ambas conduciendo a la victoria, o al desastre si era desdeñada y desconocida la primera. En cambio, nos asombra hoy mismo la extensión adquirida por el curso de Buenos Aires el cual, prácticamente hablando, llegó a todo mar abierto sobre la faz del globo. Las bases de operaciones estuvieron en los Estados Unidos de N.A., en las Indias Occidentales y de menor importancia en Buenos Aires; la venta de las patentes de curso tenían su principal mercado en los puertos yanquis. La acción corsaria revistió a menudo un carácter quasi-pirático, significando en especial para los marinos sajones fructífero medio de ganarse la vida, con el factor dominante de enriquecer en el menor tiempo; junto a la ambición no podemos negar la presencia de un especial espíritu aventurero. Es posible que además y poniendo su grano de arena, existieron razones más allá de las "económicas", digamos un interés por la causa de los patriotas y hasta una pasión vengadora contra España.

4.—El Curso argentino en el Perú: Brown y Bouchard.

En 1815, vencida la revolución patriota en Chile por obra del Virrey del Perú, presentó la reacción realista un aspecto peligroso a través de los Andes para Buenos Aires; de aquí el célebre proyecto de San Martín de cruzar la cordillera y llevar la guerra a Chile. En conformidad con dicho plan, nació un empleo naval considerativo de la ayuda que ofrecería a las operaciones terrestres, pues distraería la atención de Lima de los preparativos llevándose a cabo en Mendoza, sería un medio de ejecutar propaganda patriota excitando a los chilenos a un nuevo levantamiento, averiguando de paso cuanto se relacionaba con las tropas realistas situadas en Chile, asimismo quedarían cortadas las comunicaciones peruano-chilenas, hostilizada la navegación realista entre los puertos chilenos y el Callao. Objetivos tan interesantes han sido aceptados por la mayoría de los historiadores; empero, meditemos un poco más al respecto.

No podemos dudar que, primitivamente el pensamiento del Gobierno de en Buenos Aires, resaltando las ventajas pecuniarias que podrían resultar nír que ese plan constituía una operación de guerra con un enlace total y, en consecuencia, incumbía para dicho fin el despacho de una Fuerza Naval, con Oficiales y marinería militares. Desde el momento que el Gobierno careció de recursos adecuados para movilizar buques de guerra y decidió despachar naves corsarias tripuladas con aventureros extranjeros, varió el plan y las cosas fueron otras. La misma propaganda efectuada en Buenos Aires, resaltando las ventajas pecuniarias que podrían resultar de emprender el curso a una región con un comercio intenso, navegando sus aguas una apreciable cantidad de barcos mercantes, posee un significado muy palmario.

Aclarando lo anterior, recurramos a la obra de José Toribio Medina, titulada **La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas del Pacífico.— Octubre de 1815-Junio de 1816**, donde se puede leer lo siguiente: "Así, pues, digámoslo de una vez y con franqueza: una expedición compuesta de hombres de todas clases y no pudiendo, por consiguiente, tener por objeto operación alguna —según la frase de un español—, "qué apoyase o diese algún ensanche a los insurgentes, y si sólo, robar, aunque fuese a ellos mismos, cuando pudiesen largarse a la mayor distancia". No, por cierto, en términos tan crudos, pero sí que el principal norte de la gran mayoría de los que componían la expedición no podía ser otro que el de enriquecerse con las presas que lograsen hacer, sin incidir por ello de modo alguno en la nota de ladrones con que los por ellos damnificados pretendían estigmatizarlos". Para el historiador Medina los "damnificados", como los titula, eran godos de pura cepa, considerando lo mismo que su paisano Diego Barros Arana, al estudiar la **Gaceta del Gobierno de Lima** de la época, donde las protestas contra los corsarios y los términos crudos publicados en dicho periódico por las autoridades hispanas, acusaban los duros golpes que recibía el Gobierno real; pero, la verdad era bien distinta. Los barcos, caudales, cargamentos, etc., de más de doscientas naves matriculadas en el Callao, pertenecían a familias limeñas, de modo que los continuos infortunios de parte de los corsarios, arruinó a la clase más calificada peruana y cuya catástrofe económica atrasó muchos años el progreso de nuestro país. Por lo pronto perdimos para siempre el comercio de Oriente.

La expedición constó de la pequeña fragata **Hércules**, del bergantín **Trinidad**, del bergantín **Halcón** y de la goleta **Constitución**; comandaba en jefe el Comodoro Guillermo Brown, irlandés de nacimiento, quien había dirigido la Marina Argentina en las campañas navales del Plata, gozando de merecido renombre como héroe del combate naval del 16 de Mayo de 1814. Listos a partir, el Gobierno decidió que Brown no se moviera de Buenos Aires; sin embargo zarpó apresuradamente para evitar su detención y, poco después, puso rumbo al Cabo de Hornos con la **Hércules** y la **Trinidad**. Dos semanas más tarde, el 31 de Octubre de 1815, siguió la **Constitución** para naufragar al doblar el Cabo de Hornos, mientras la **Halcón** mandada por Hipólito Bouchard fue a reunirse con las naves de Brown en la isla La Mocha, al sur de Chile, punto de encuentro convenido antes de la partida de Buenos Aires. De aquí, por separado,

los tres barcos navegaron hacia el norte Cerca del Callao, Brown capturó la fragata mercante realista **Gobernadora**, salida de Guayaquil con destino a Cádiz, llevando un cargamento valuado en un millón de pesos y entre los pasajeros hizo varios prisioneros importantes.

El Virrey Abascal conoció por un bote escapado de la **Gobernadora** el cual fue a dar a Chancay, de la presencia de Brown; entonces, con la actividad que le era tan propia, armó unas cañoneras en el Callao, puso artillería en las playas, movilizó las tropas para evitar un desembarco, todas las naves mercantes recibieron guarnición militar, los fuertes se alistaron y se extremaron las medidas de seguridad. Nada mas se pudo efectuar por ausencia de naves de guerra. Mientras tanto, Brown, mantuvo el sitio del Callao, capturando varias presas entre las que se incluye la fragata **Consecuencia** de Cádiz, con un cargamento que se decía había sido considerado en setecientos mil pesos; además tomó a importantes pasajeros, como ser el nuevo Gobernador de Guayaquil, Juan de Mendi-buru. Brown emprendió varios ataques al Callao, entre los cuales podemos citar los del 21 de Enero de 1816, el 22 del mismo mes y el 27; con ello manifestó su arrojo para no temer batirse con las poderosas fortalezas, prestigiando el pabellón de la flamante República bajo el cual desafiaba el poder real. Por otra parte, Brown quedó desilusionado de la tenaz resistencia del Callao, sobre todo de que en Lima no hubiera un pronunciamiento como se creía en Buenos Aires; entonces, decidió seguir a Guayaquil, plaza que al decir de uno de los prisioneros de las presas, era fácil de capturar. Abascal en Lima, con actividad febril, aprestó seis naves de comercio para armarlas en guerra, las fragatas **Tagle**, **Reina de los Angeles**, **Minerva**, **Comercio**, **Trujillana** y el bergantín **Europa**; esta flotilla dejó el Callao el 14 de Febrero y puso rumbo al sur pensando que los corsarios, bastante maltrechos, tomaban la vuelta a Buenos Aires: así reconocieron La Mocha y Santa María en Chile, y a principios de Mayo tomaban fondo en Talcahuano.

En Guayaquil, Brown ensayó un ataque a la ciudad, maniobrando con su bergantín **Trinidad**, el cual encalló y borbardeado por las baterías de tierra, fue compelido a rendirse él y toda la tripulación sobreviviente de su barco. El resto de naves corsarias, amenazando con un ulterior bombardeo, consiguieron un canje por el cual Brown y sus hombres fueron libertados; entonces entregaron todos los prisioneros en su poder, aceptaron un rescate de 140,000 pesos por las fragatas **Gobernadora** y **Calendaría** y se quedaron en posesión de la **Consecuencia**, la goleta **Andaluz**, el **Hércules** y el **Halcón**. La flota corsaria dejó Guayaquil con Brown y Bouchard en abierta pugna; a continuación viajaron a las Islas Galápagos, donde se repartieron el botín del corso, que era una de las causas de la enemistad y de común acuerdo se separaron. Bouchard tomó la **Consecuencia** y la goleta **Andaluz** y Brown el **Halcón** y el **Hércules**, compensado con un arreglo en dinero por la diferencia. Bouchard rodeó el Cabo de Hornos con la **Consecuencia**, arribando al Plata en Junio de 1816; por su parte, el **Andaluz**, velero poco rápido quedó atrás y solo llegó a Buenos Aires a principios de Noviembre del citado año, habiendo pasado por las aventuras más singulares. Brown, con sus dos naves, puso proa a San Buenaventura en la costa del Chocó pretendiendo reparar

el **Halcón** con tanta falta de precaución que, al descubrirle la quilla se volcó inutilizándose. De allí regresó Brown con el **Hércules** nuevamente a las Galápagos; en el mes de Junio de 1816 tomó su derrota para dirigirse a las Malvinas y como tuviera noticias que el Plata sería atacado por una flota portuguesa, continuó ruta a las posesiones inglesas del mar de las Antillas, hasta llegar a Barbados a finales de Setiembre de ese año de 1816. No le seguiremos en la serie de juicios y de tramitaciones judiciales, lo cual llena un dilatado capítulo, en que Brown defiende como puede el barco y su cargamento valorados en 542 mil pesos, frente a los procesos seguidos por las autoridades británicas. El caso es que Brown recién regresa a Buenos Aires a mediados de 1818, ilustrando su nombre con nuevas hazañas.

5.—El viaje alrededor del mundo de la Fragata “La Argentina”.

Imposible sería silenciar el famoso viaje alrededor del mundo de la fragata **La Argentina**, el más largo de todos los cruceros de corso bajo los colores de Buenos Aires; al respecto gastaremos solamente unas cuantas frases, considerando que dicha nave y su Comandante, entraron más tarde al servicio de nuestra entonces flamante Marina de guerra. Cuando llegó Bouchard al Plata con la fragata apresada en el Perú, **Consecuencia**, declarada buena presa, la adquirió Vicente Anastasio Echevarría y le cambió de nombre por el de **La Argentina**. Esta zarpó en Julio de 1817, bajo el mando de Hipólito Bouchard, enfilando para doblar el Cabo de Buena Esperanza y entró al Océano Indico, con objeto de interceptar las naves españolas de las Filipinas. Entre Setiembre y Diciembre de 1817, tocó en el puerto de Tamatave, Madagascar, cruzó la costa de Bengala, tornó a Java y, después al Estrecho de Macassar; en los primeros meses de 1818, bloqueó a Manila y Luzón, tomando diversas presas. En Agosto de 1818, arribó Bouchard a las islas Hawaii, donde recuperó la corbeta corsaria de Buenos Aires llamada **Santa Rosa de Chacabuco**, cuya tripulación amotinada la llevó a esas islas vendiéndola al Rey de ellas. Con los dos barcos, partió Bouchard para las costas de la Alta California, donde llegó en Noviembre de 1818, se apoderó de Monterrey por cinco días, saqueando la ciudad; hasta final de año actuó en la Baja California; en Marzo de 1819 lo hizo en las costas mejicanas y en Abril se vio a los corsarios en aguas centroamericanas, donde tuvieron por equivocación un combate con el corsario de Chile, llamado el **Chileno**. Bouchard, desde Realejo, envió adelante sus presas a Valparaíso y, luego de algunos días, él las siguió en **La Argentina**; cuando arribó a dicho puerto en Julio de 1819, encontró sus buques apresados por órdenes de Lord Cochrane y él mismo fue acusado de actos de piratería, vale decir que todos los provechos de 24 meses de aventuras estaban amenazados de confiscación. El largo proceso el cual terminó en Diciembre de 1819, no es materia de este trabajo; únicamente agregaremos que Bouchard tomó servicio con San Martín; mientras **La Argentina** y la **Santa Rosa de Chacabuco**, fueron ocupadas a fin de usarlas como transportes de la expedición Libertadora Sanmartiniana.

6.—Chile forma su Marina.—Curso chileno contra el Perú.

Pasemos a tratar de Chile y principiemos por ocuparnos de Valparaíso. Cuando finaliza el siglo XVIII, el citado puerto, tiene un apreciable tráfico e intercambio con el Perú a base de ocho buques grandes, diez fragatas y quince bergantines o pailebotes, cuyos propietarios residen en Lima, mientras no puede citarse sino a un sólo armador importante que vive allá, Gaspar de los Reyes, dueño de la única nave genuinamente chilena, el **Santo Cristo de Lezo**. Valparaíso, entonces, no resiste comparación alguna con el Callao, donde pasan de doscientas las naves que entran y salen anualmente del puerto, habiendo una maestranza con 68 carpinteros de ribera, 107 calafates y 1020 hombres de mar, organizados según una bien meditada matrícula. Ahora debemos saltar algunos años y situarnos cuando el General San Martín con el Ejército de los Andes pasa la cordillera y vence en Chacabuco, marcando el momento en que la causa española empezó a retrogradar en América, según manifestó el propio Virrey Pezuela. A raíz de ese triunfo, los patriotas dominan Valparaíso, de cuyo gobierno político y militar se hace cargo el Teniente Coronel Rudecindo Alvarado: en el puerto no hay un solo buque y ni siquiera en lanchón. Días después largaba el ancla en el surgidero el bergantín español **Aguila**, confiado en la bandera de su nación que, expresamente, se había mantenido enarbolada en el Castillo de San Antonio; las autoridades patriotas se apoderaron tranquilamente del bergantín, fue el primer buque de guerra chileno y así nace la Marina de dicho país.

En 1817 había conseguido el Virrey del Perú formar una Fuerza Naval apreciable, compuesta de las fragatas **Venganza** y **Esmeralda**, las corbetas **Sebastiana**, **Resolución** y **Veloz** y de los bergantines **Pezuela** y **Potrillo**. Con esta Fuerza atendió el Virrey a la plaza de Talcahuano, entonces sitiada por el General O'Higgins; además, practicó el bloqueo de Valparaíso. La reacción patriota se encaminó a organizar una verdadera Marina militar capaz de tomar la ofensiva. No nos corresponde seguir paso a paso ese proceso, que fue llevado a cabo indudablemente con levantados y laudables esfuerzos, coronados a veces por el éxito. Mientras se creaba la Escuadra chilena, los particulares, en especial ingleses y americanos, siguiendo el ejemplo sembrado por los corsarios de Buenos Aires, solicitaron armar naves para hostilizar el comercio marítimo peruano en el Pacífico, capturando o destruyendo las naves mercantes en apariencia españolas y asaltando los puertos de nuestro país. Los móviles eran bastante lejanos a los del patriotismo. El Director Supremo del Estado de Chile principió a expedir los nombramientos de Comandantes en corso, con iguales honores, fueros y privilegios que a los de su clase en la Armada chilena. El capítulo correspondiente a tales expediciones es bastante dilatado y su estudio por nuestros historiadores, podemos calificarlo de casi abandonado. Fue la **Fortuna** a cargo de dos antiguos Capitanes ingleses y un ex-guardiamarina de la Armada británica, el primer corsario chileno que surcó el mar con resultados muy favorables, estimulando a otros en seguir el camino de la riqueza que se había abierto. En efecto, la lista es larga y apenas mencionaremos el bergantín **El chileno**, que durante seis meses recorre nuestras costas y apresa una serie de buques mercantes; la goleta **Nuestra Señora del Carmen**, alias el

Furioso, que tomó la fragata **Nuestra Señora de Dolores** y el bergantín **Machete** de la matrícula del Callao; la goleta **Fortuna**; la cual a su regreso de Valparaíso llevó 22,000 pesos en metálico que había extraído de las presas; el bergantín **Santiago Bueras** que capturó al bergantín **Resolución**; en fin y para no mencionar más, el bergantín **Maipú Lanza Fuego**, la goleta **Congreso**, etc., lucrativo negocio que dejó en ruinas el comercio del Perú, perdiéndose la mayoría de los barcos matriculados en el Callao.

Los dos personajes que crearon la Escuadra chilena fueron O'Higgins y Zenteno, quienes aprovecharon la llegada a Valparaíso de algunos buques capaces de ser armados en guerra e incrementaron su naciente Escuadra. Asimismo, consiguieron el hombre con la capacidad para atender de cerca a la dirección técnica de los asuntos de Marina y dar al mismo tiempo todo el impulso posible a la organización de la flota, Manuel Blanco Encalada, que se encargó de la Comandancia General. Con fecha 11 de Agosto de 1818, decía Blanco Encalada a su Gobierno: "La Escuadra está lista, socorrida de todo, aparejada, envergada, con aguada para seis meses. No falta más que echarle víveres, gente y algunos cañones para que pueda hacerse a la mar. Su fuerza es tal que puede hacerse dueña del Pacífico y frustrar toda expedición ulterior de España. Puede tomarse a Talcahuano, destruir el Callao y dar golpes de tal importancia que admiren a la Europa y aseguren la libertad de América". Esta retórica de fatua supremacía, posee un fondo de verdad, por supuesto relativa. El caso es que a fines del citado Agosto, conocieron en Chile que un riquísimo convoy de transportes cargados de preciosos efectos, procedentes de Cádiz, estaba por doblar el Cabo de Hornos con destino al Callao, sin más escolta que la fragata de guerra **María Isabel**; desde Buenos Aires, de donde se tuvo conocimiento del suceso, también se supo los puntos de reunión del convoy, plan de señales, etc. El Director Supremo O'Higgins pasó a Valparaíso, para dar mayor impulso a los aprestos de la Escuadra y apresurar su salida al encuentro del convoy. El 10 de Octubre de 1818, bajo el mando del Capitán de Navío Manuel Blanco Encalada, se hizo a la vela la Escuadra chilena compuesta del navío insignia **San Martín** de 60 cañones, la fragata **Lautaro** de 46 cañones, la corbeta **Chacabuco** de 20 cañones y el bergantín **Araucano** de 16 cañones, mientras el bergantín **Pueyrredon** quedaba en Valparaíso para atender a las ocurrencias que pudieran ofrecerse. El 17 de Noviembre regresaba a Valparaíso triunfalmente Blanco Encalada, había capturado la fragata española **María Isabel** y cinco transportes. El Director Supremo confería a esos marinos vencedores, que llevarán sobre el brazo izquierdo "un escudo de paño de verde mar, en cuyo centro se verá en bordado de oro un tridente orlado de laurel, y a su contorno este lema: **"Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico"**. Observemos que dicho lema imponía un destino como Nación marítima y abría al sentimiento nacionalista una obligación de establecer su hegemonía en estos mares, la mar del Sud, que tantos siglos había sido **peruviana**.

7.—Primer Corso de Lord Cochrane en aguas peruanas.

El 28 de Noviembre de 1818, cuando aún estaban frescos los agasajos a Blanco Encalada y sus subordinados, llegó a Valparaíso a bordo de la fragata mercante inglesa **Rose**, el famoso marino Lord Cochrane, contratado en Inglaterra a fin de ponerse al frente de la Escuadra chilena; junto con él llegaban, asimismo, varios Oficiales de la Marina británica a tomar servicio bajo sus órdenes. Como Segundo Jefe de esa Escuadra, quedó Blanco Encalada. Deseoso Cochrane de acumular proezas, de destruir completamente el poder naval hispano y de dorar con algunas riquezas sus ilustres blasones, salió de Valparaíso el 14 de Enero de 1819 con la Primera División de la Escuadra, compuesta de la **O'Higgins**, Comandante Forster; **Lautaro**, Comandante Guise; **San Martín**, Comandante Wilkinson; y **Chacabuco**, Comandante Carter; quedaba la Segunda División bajo las órdenes del Contra Almirante Blanco Encalada, con orden de seguir en breve sus aguas, que consistía del **Galvarino**, Comandante Spry; **Pueyrredon**, Comandante Prunier; y **Araucano**, Comandante Ramsey.

Cochrane con la Primera División, se dirigió al Callao, llegando a la altura de este puerto el 10 de Febrero de 1819; proponiéndose engañar a sus enemigos, pintó las fragatas a la manera de buques norteamericanos y agrega el historiador chileno Antonio García Reyes: "con este disfraz la **O'Higgins** debía atacar a la **Esmeralda**, el **Lautaro** a la **Venganza**, y los botes de una y otra apresar en seguida una corbeta que tenía a bordo una fuerte suma, mientras el **San Martín** y la **Chacabuco** voltejaban listos para acudir en su ayuda al primer llamamiento". Varios días la niebla más densa reinó en todas partes y no pudo llevar a efecto su plan Cochrane, hasta el día 28 de Febrero, por la tarde, cuando se produce el ataque al Callao y tiene lugar un espantoso cañoneo por ambas partes. Descubierta la Escuadra chilena, la sorpresa quedaba descartada y, entonces, Cochrane dio aviso al Virrey de quedar abiertas las hostilidades, debiendo considerarse bloqueados los puertos comprendidos desde Atacama hasta Guayaquil; determinó, además, tomar la isla de San Lorenzo lo cual efectuó el 2 de Marzo. Mientras tanto, los buques chilenos se mantenían fondeados en línea en el canal del Boquerón; a veces las fuerzas sutiles realistas amagaban la Escuadra patriota en los momentos de calma y a veces los buques de ésta se introducían hasta el fondeadero para apresar alguna embarcación. Los buques de guerra españoles y las lanchas cañoneras estaban dentro de la bahía, ordenados en forma de semicírculo, tras de ellos seguía, cubriendo los claros una segunda línea compuesta de otras embarcaciones armadas, y a retaguardia materialmente se amontonaban el gran número de naves mercantes: sobre esa masa, unas 200 bocas de fuego de los Castillos la protegía. Mucho han escrito los historiadores chilenos, criticando que las naves realistas no salieran a combatir; veamos este punto. El Virrey Pezuela sólo contaba con dos buques de combate, las fragatas **Esmeralda** y **Venganza** y había dotado de artillería a ocho fragatas mercantes, a lo cual se debía sumar tres bergantines y las lanchas cañoneras que eran como veinte; este poder

naval no podía compararse con el de Cochrane, pues las mismas fragatas realistas estaban dotadas con artillería inferior a los mejores buques patriotas. En cuanto a los mercantes armados hubieran sido fácil presa para oficiales ingleses, veteranos de las guerras europeas.

Encerrado el Poder naval realista en el Callao, toda la costa peruana quedaba a merced de la Escuadra chilena. Es verdad que Pezuela despachó emisarios a todas partes avisando la situación y ordenó alistar las milicias, para rechazar los desembarcos posibles; pero el mar estaba abierto a las operaciones del enemigo. El 22 de Marzo intentó Cochrane un nuevo ataque contra el Callao, que también fracasó. Todo esto iba sembrando el desaliento en la Escuadra bloqueadora. Por entonces la escasez de víveres se comenzó a sentir, lo cual obligó a Cochrane a dejar el Callao, y permaneciendo la **Chacabuco** en observación sobre dicho lugar, los otros buques fueron a proveerse al puerto de Huacho; allí se le juntó el Contra Almirante Blanco con el **Galvarino** y el **Pueyrredón**. Decidió Cochrane dividir sus fuerzas, ordenando a Blanco que volviese al Callao a continuar el bloqueo con la mayor parte de las naves y él con la **O'Higgins** y el **Galvarino**, prosiguió al norte. En Supe, consiguió Cochrane apoderarse de unos caudales que se conducían por tierra; al norte de Huarmey capturó el bergantín francés **Gazelle**, con cajones conteniendo unos sesenta mil duros y Paita fue materialmente saqueada. El Contra Almirante Blanco, al faltarle los víveres, levantó el bloqueo del Callao y se dirigió con la Escuadra a Valparaíso, lo cual lo hizo caer en desgracia del Gobierno que lo obligó a vindicar su conducta en un consejo de guerra. Volvió Cochrane al Callao de su expedición y no encontrando a la Escuadra, la buscó hasta Huacho, y por fin, se hizo a la vela con rumbo a Valparaíso, en donde fondeó el 17 de Junio, después de cinco meses de ausencia. Los propios historiadores chilenos han convenido que el resultado de la primera expedición de Cochrane no fue tan eficaz como se había esperado; más a falta de victorias resonantes, las adquisiciones materiales no pueden calificarse de despreciables. Desde el punto de vista de la libertad, quedó desacreditado el Poder naval realista, permaneció dada la señal de alarma a los patriotas peruanos y en Supe se embarcaron en la Escuadra de Cochrane los patriotas Andrés Reyes, Francisco Vidal, Requena que más tarde sería diputado y Franco que hizo la guerra de guerrillas.

De pasada diremos que mientras Cochrane se encontraba operando con la Escuadra sobre la costa del norte del Perú, salió de Valparaíso la **Rose**, la misma que condujo al ilustre marino británico a Chile y con el nombre de **Rosa de los Andes**, bajo el mando del famoso hombre de mar Illingworth, fue lanzada en calidad de corsario a perseguir las naves mercantes realistas que hacían el tráfico en el Pacífico. La historia ha llenado páginas muy notables con los hechos de ese buque y su Comandante, el cual estuvo después cooperando en la Emancipación de nuestro país.

8.—Segunda Expedición de Lord Cochrane al Perú.

Desde la llegada de Cochrane a Valparaíso, no omitió diligencia alguna el Gobierno chileno para alistar una segunda expedición naval al Perú y así, nueve naves perfectamente equipadas salieron de dicho puerto

el 12 de Setiembre de 1819, entre las que estaban la fragata **O'Higgins** que hacía de almiranta, el navío **San Martín** comandado por Wilkinson, la fragata **Lautaro** al mando de Guise, la fragata **Independencia** con Forster, el bergantín **Galvarino** con Spry, el bergantín **Araucano** con Crosbie y las fragatas apresadas **Victoria** y **Jeresana** en calidad de transportes y destinadas para brulotes. La Escuadra arribó al Callao el 28 de Setiembre; fue, entonces, cuando Cochrane tuvo algo así como un rasgo quijotesco: propuso al Virrey, en un reto singular a sus naves y Castillos, un combate igual de buque a buque y de cañón a cañón: la negativa no podía dejar de producirse. El 1º de Octubre se puso la Escuadra chilena en lugar a propósito, procedió a preparar tres balsas para arrojar los cohetes y bombas que conducía, mientras efectuaba una demostración de ataque al enemigo, el cual rompió el fuego de sus buques y baterías. Fue por la noche cuando, el **Galvarino**, **Araucano** y el **Pueyrredon** avanzaron al fondeadero del Callao remolcando tres balsas donde estaban los mas valientes marineros bajo la dirección del Teniente Coronel Charles, el Mayor Miller y el Capitán Hind, mientras el **San Martín**, la **O'Higgins** y la **Lautaro** se pusieron en forma paralela con las balsas, y la **Independencia** salió a cruzar al frente del Callao a fin de impedir el escape de los buques enemigos. Cochrane estaba seguro de destruir la Armada realista. Era la primera vez en la historia de América que se empleaban cohetes para atacar una plaza fuerte, como arma decisiva. Dice Carlos M. Sayago, historiador chileno, en su obra **Crónica de la Marina Militar de la República de Chile**: "Llegada la hora de romper el fuego con los proyectiles incendiarios, comenzó a lanzar cohetes, pero muy pocos alcanzaban a llegar a los buques enemigos, fallando la mayor parte ya por caer al agua, ya por reventar antes de tiempo, ya por desviarse haciendo giros en el aire; fue inútil toda la habilidad que desplegó el Teniente Coronel Charles para mejor aprovechar sus proyectiles, a lo cual vino a agregarse que lo flojo del viento no permitía avanzar a las embarcaciones; en cambio la balsa del Mayor Miller no cesaba de lanzar bombas dentro del Fuerte del Noreste que franqueaba y protegía la línea de buques realistas los cuales hacían tremendo fuego a los bergantines y a las balsas. Las horas de la noche pasaban y el tiroteo se hacía más y más sostenido, sin que fuese posible al Vice-Almirante maniobrar con el resto de la Escuadra por falta de viento; la situación era desesperante".

Fue menester emprender la retirada en la mañana del día 2 de Octubre; pero volvieron en la noche con una flotilla de botes bajo el mando de Guise, lanzando cohetes que no produjeron resultado. Empecinado Cochrane, hizo atacar el día 5 en la tarde y también los cohetes resultaron tan defectuosos como los anteriores. Dice el antes mencionado historiador Sayago: "Los cohetes, malamente preparados por prisioneros realistas en la maestranza de Santiago, lo tenían irritado a Cochrane hasta no más; habíase encontrado en ellos sustancias extrañas o de tan mala calidad que los hacían inservibles". En esas circunstancias, el 6 de Octubre, avisó el **Araucano** que había avistado una fragata que parecía española; de inmediato se movilizó Cochrane, pero no pudo darle alcance. En fin, el 8 de Octubre, puso proa Cochrane hacia Arica, no obstante que las instrucciones del Ministro Zenteno le ordenaban regresar desde luego a Valparaíso, llegó a fines de mes a aquel puerto para buscar un convoy español y

viendo que no estaba allí, regresó al Callao. Al pasar frente a Pisco, el **Lautaro**, el **Galvarino** y el **Jerezano** recibieron orden de entrar a dicho puerto, bajo el mando de Guise, para proveerse de licores, arroz, y otros artículos. En el Callao, pretendió Cochrane con un ardid hacer salir las naves realistas y pintó el **Pueyrredon** a la manera de los buques mercantes hispanos, haciéndole entrar al puerto con la bandera española izada; tras él marchó el **Araucano** haciendo fuego y dándole caza a toda vela, pero el engaño no resultó. Por su parte, Guise, entró a Pisco y desembarcó tropa a cargo del Teniente Coronel Charles, del Mayor Miller y del Capitán Hind, apoderándose de la ciudad por cuatro días, pese a la resistencia realista. Por culpa de los combates, quedó herido Miller y falleció poco después Charles. En el tiempo señalado, Guise, abasteció a sus naves de los víveres necesarios y notando que las tripulaciones comenzaban a entregarse a la embriaguez y a cometer desórdenes, hizo destruir una enorme cantidad del famoso pisco iqueño que estaba depositado en playa, zarpando el 11 de Octubre con objeto de reunirse con el Vice-Almirante.

Cochrane tomó rumbo al puerto de Santa, donde hizo desembarcar una tropa al mando de Francisco Vidal, el que batió a la guarnición y tomó posesión del pueblo. Aquí se incorporó a la Escuadra la División de Guise. Como Cochrane por sus corresponsales de tierra supo que la fragata española **Prueba** había tomado rumbo a Paita y de allí corrió a asilarse en Guayaquil, en donde la suponían las últimas noticias, sin pérdida de momento se dirigió en su busca, con la **O'Higgins** y los bergantines **Lautaro**, **Galvarino** y **Pueyrredon**, habiendo despachado antes para Valparaíso al **San Martín** y la **Independencia**, cuyas tripulaciones sufrían de enfermedades. Llegó el 27 de Noviembre a la entrada del Golfo de Guayaquil y poco después, en la Puná apresó las dos hermosas fragatas **Aguila** y **Begoña**, cargadas con madera destinada para el Callao. En cuanto a la **Prueba** hubo que abandonar su persecución, pues se encontraba en el fondeadero de Guayaquil bajo la protección de las baterías del puerto. El 20 de Diciembre, ordenó Cochrane el regreso a Valparaíso. Pero, ¿cómo presentarse allí sin grandes triunfos? Todos los historiadores convienen en asegurar que el despecho del famoso Almirante era muy grande, después de tantas halagueñas esperanzas que había imaginado, pesando en su ánimo las expectativas del Gobierno y pueblo chileno. De aquí concibió el pensamiento de obrar sobre la plaza de Valdivia y puso la proa de la **O'Higgins** hacia aquel puerto, desprendiéndose, para que continuaran a Valparaíso, de las naves **Lautaro**, **Aguila** y **Begoña**. La gran hazaña de conquistar Valdivia fue también el pedestal glorioso de Vidal, el que fuera más tarde Primer Presidente de la Sociedad Fundadores de la Independencia.

En Cochrane, en su elogio con juicios tan notables como los de los historiadores Arrunátegui, chileno, Paz Soldán, peruano, y Mitre, argentino, hay que admirar su relevante personalidad que lo lleva a ser calificado con los más brillantes títulos de arrojado y valiente. Asegura Paz Soldán: "olvidemos sus abusos, su altivez, su vanidad, y si se quiere todos sus otros defectos y recordemos únicamente al héroe de la **Esmeralda** y de la toma de Valdivia, hechos que parecen fabulosos y que llenaron

de terror a la Armada Española". Que queden olvidados todos los errores. Pensemos que esos marinos extranjeros, como asegura Humberto F. Burzio: "confundiendo el espíritu romántico de la aventura y sus ideales con el prosaico económico, que suponían le podría dar la campaña del Pacífico por las ricas presas a capturar en las opulentas costas de los Virreinos del Perú y Nueva Granada y aún más al norte con Nueva España. Las reminiscencias de Drake, Cavendish y Hawkins tal vez trabajaban subconscientemente sus ánimos". El Virreinato del Perú éramos nosotros, sus herederos, de modo que las pérdidas tan cuantiosas nos afectaron hondamente al saltar a la República.

Señoras:

Señores:

He terminado la primera parte de mi charla y quedo a disposición de vosotros con objeto de responder a vuestras preguntas. He hablado con devoción y sinceridad; las notas que he preparado para este acto, por tratarse de cuanto se trata, declaro honradamente que no me satisfacen y hubiera deseado presentar a tan calificado Auditorio, algo más profundo. En realidad, me he acercado a la luz de los días primeros de la Independencia, confiado en que "el faro no sabe lo que alumbrá", y que para pintar los verdaderos colores de una Marina que tan altamente merece nuestra atención y nuestro estudio, ninguna voz es inoportuna.

¡Muchas gracias por vuestra atención!

SEGUNDA PARTE

1.—Hemos llegado a un período cuando más nos interesa la verdad de los acontecimientos.

Sobre todo en este interesante período al que ingresamos, interesa grandemente la ausencia de brumas velando la verdad y, si éstas se presentan, hacerlas notar sin rodeos, esperando que pronto sean rasgadas por el trabajo pertinaz de los investigadores. Por otra parte, muy poco sacaríamos con un simple compendio de los principales acontecimientos, los cuales tuvieron una trascendencia capital, si no mostrasen la significación de tales hechos, indicando su relativo valor y las ideas generales resultantes del conjunto de los datos adquiridos. En pocas palabras: la existencia de crítica, considerando lo fácil de referir y lo dificultosísimo de enjuiciar. Por supuesto a nadie se le escapa los tremendos yerros en que se incurre buscando la mayor objetividad al apreciar los hechos pasados, tratando de captar las modalidades internas de épocas lejanas, cayendo en el extremo de querer vibrar con su espíritu. El resultado suele ser un engaño, el cual responde resueltamente con las esencias y los caprichos de nuestro pensamiento. De consiguiente, concibamos la Historia con ciertas limitaciones, recordando que para nuestros juicios no disponemos de los supuestos de antaño, sino de nuestra peculiar ideología y de

las inquietudes actuales de nuestra sensibilidad; vale decir, que identificamos el pasado con el presente.

Se hizo indispensable exponer los anteriores conceptos, porque los sucesos siguientes en nuestra charla, a muchos de ellos aún les rodea ciertas brumas; el valor relativo de esos acontecimientos y las ideas generales que suscitan, han requerido un enjuiciamiento, en el cual y sin quererlo suplanta el pensamiento actual al de ayer, cometiendo el pecado tan corriente de una falsa interpretación.

2.—Preparación de la Escuadra Libertadora del Perú.

Principiemos por rendir nuestro homenaje al glorioso Protector. En 1814, cuando comandaba el Ejército de Salta, ya San Martín ve con claridad que los planes de una invasión del Alto Perú están condenados al fracaso y que la ruta es otra. El 22 de Abril de dicho año, escribirá a Rodríguez Peña: "Ya le he dicho a Usted mi secreto. Un Ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un Gobierno de amigos sólidos para acabar también con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por mar a tomar Lima; es ese el camino y no éste, mi amigo. Convéznase Usted de que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará". La vocación insistente de San Martín era llegar al Perú y por mar. Se trataba del más fuerte bastión del poderío colonial; además, el Hijo de Yapeyú cuando servía en el Regimiento Murcia, revistó en la Escuadra entre la Compañía de Infantería de Marina, participando a bordo de la fragata de guerra **La Dorotea** en la acción del cabo San Vicente y en la de aguas de Cartagena; un año y 23 días sirvió San Martín en la Marina española.

En cuanto a la preparación de la Escuadra para traer a San Martín al Perú, su proceso ostenta circunstancias bien interesantes. Atendamos a lo dicho por Antonio García Reyes en la **Memoria** leída por él en la Universidad de Chile, el 11 de Octubre de 1846, estando presente el Jefe de Estado de ese país. He aquí sus palabras en uno de los acápites de su disertación: "La Escuadra de Chile, Señor, tuvo la fortuna de estar colocada bajo la dirección de un Cochrane, y de reunir a su bordo varios hábiles y experimentados marinos que circunstancias rarísimas habían hecho dejar los buques británicos. Ellos trajeron la preparación de una excelente escuela, la pericia en las operaciones náuticas, la inteligencia en el mando militar, y el conocimiento de las ordenanzas y reglamentos que gobiernan la Escuadra de aquella Nación; de manera que se trasplantó, por decir así, a los buques chilenos una sección organizada de la Oficialidad inglesa. Si hubiéramos de contar con tan ilustres Jefes, si la Providencia hubiera de depararnos en todas circunstancias los recursos extraordinarios con que se contó entonces, podríamos resolvernó a dormir en la confianza; pero si esta confianza es una quimera, si en las cosas humanas todo lo que descansa en la eventualidad de los sucesos es una solemne imprudencia, jamás el ejemplo de la primera Escuadra podrá citarse como argumento para echarnos en brazos de la imprevisión y del descuido.— Los que emprendieron la formación de la primera Escuadra tuvieron inmensas dificultades que superar: fue preciso comprar

a peso de oro buques inaparentes para el servicio, eligiendo en el apuro de las circunstancias los primeros que se ofrecieron en venta; fue preciso confiar los destinos de la Patria a hombres que en su mayor parte no tenían por ella el interés del corazón; fue preciso verter a torrentes los caudales públicos para acallar la grito de un gran número de aventureros hambrientos; fue preciso, en fin, correr los azares que debía traer consigo para el caso de combate una tripulación bisoña, descontenta, compuesta de hombres de todos los países y de todas condiciones, y engreída además por el convencimiento que tenía de que el Gobierno había de solicitar sus servicios. ¿Es cosa tan lisonjera esta posición para que se aconseje que nos volvamos a colocar en ella?"

Consideremos que la Capitanía General de Chile no contaba con fábricas, ni almacenes, ni una numerosa Marina Mercante, ni con gremios marítimos de vieja tradición, ni otros recursos, cómo existieron por entonces en el Perú. Tampoco pudo encontrar Jefes y Oficiales subalternos, de que en cambio disponíamos nosotros, formados unos en España y otros en la Academia Náutica, la cual ya había funcionado por varios años. Chile tenía exhausto el Erario y arruinadas las fortunas particulares con los desastres de una guerra prolongada; mientras aquí, a cada momento se podían conseguir recursos, como se demostró a cada paso desde 1821 hasta 1827. Sin embargo, no negaremos que una decisión robusta se impuso en Chile y obtuvo el triunfo de sus ideas; pero, también recordemos que los caudales se consiguieron a modo de préstamos, a pagar cuando el Perú fuera independiente o con lo extraído de esta tierra durante la lucha. Mayor garantía no existía en América, porque aún resonaba la frase: ¡vale un Perú! Aprovechemos a fin de evitar después un olvido, para decir que al iniciarse los tremendos afanes por constituir una Escuadra, Chile contó al lado de Cochrane y como figura naval de aproximada categoría, con aquél marino que más tarde contribuyó de modo brillante para formar nuestra Armada, me refiero a Martín Jorge Guise. De él ya hemos dicho varias frases en la Primera Parte, pero no está demás repetirnos. El Gobierno chileno compró el bergantín **Galvarino**, un excelente buque de guerra el cual había pertenecido a la Marina británica con el nombre de **Hecate**; Guise lo adquirió de su cuenta y lo trajo para ofrecerlo al Gobierno de Buenos Aires, perfectamente tripulado con marineros y Oficiales experimentados y valientes; el Diputado de Chile en Buenos Aires, Miguel Zañartu, logró atraer a Guise para la Escuadra de su país, quien pasó la cordillera y envió el bergantín al mando de su Primer Teniente Juan Spry, joven Oficial que después de sus desempeños allá, sirvió a nuestra Armada.

Cuando Chile preparaba la Expedición al Perú, pidió Lord Cochrane expresamente para sí el mando en Jefe de toda ella, vale decir, terrestre y naval. García Reyes hace este comentario: "Halagaba en gran manera su genio emprendedor y ambicioso la idea de hacerse el Héroe de aquella empresa gloriosa; y ciertamente que el nombre mágico del Perú, y el concepto que se tenía de sus riquezas y de su importancia continental, eran dignos de encender la imaginación de un ilustre guerrero". Siempre el oro y la plata de nuestro país, de sus riquezas, atrayendo la avidez humana. Era desde todo punto de vista imposible que San Martín

abandonase su gran proyecto y de aquí se originaron los celos cada vez más acentuados entre el Generalísimo y el Almirante, cuyas consecuencias todos conocemos. Apercebido Cochrane de que no mandaría en Jefe la expedición, lanzó una interminable serie de reclamaciones y quejas en un tono cada vez más duro y en ciertos casos podíamos calificarlo hasta de ofensivo para el Gobierno chileno. Uno de los cargos fuertes se basó en el atraso e irregularidad de los pagos a las tripulaciones de la Escuadra, sometiéndolas a constantes privaciones que relajaban la disciplina y fomentaban el descontento; pidió el reparto de las presas con que se había quedado el Gobierno, sobre todo la artillería de la plaza de Valdivia; escribió oficios quejándose de la falta de confianza con que el Gobierno le ocultaba ciertas resoluciones importantes, sobre lo incompletas que eran las instituciones que recibía, sobre la negación de los recursos necesarios para el apresto de las naves, etc. Frecuentemente Lord Cochrane terminaba sus notas haciendo renuncia del puesto que tenía y de sus intenciones de abandonar el servicio. Recurramos a García Reyes, quien expresa: "Más las cosas iban subiendo a tal grado de elevación, que llegaba a ser indispensable contener su vuelo. Con este fin se comenzó a dispensar al Capitán Guise, el más capaz de los Jefes de la Escuadra, en quien concurrían el valor y la pericia de Cochrane, con una natural moderación de carácter, y se hizo entender al Vice-Almirante que si se obstinaba en llevar a efecto su retiro, ya estaba designada la persona que había de sucederle en el mando. A estas demostraciones privadas del desagrado del Gobierno, se añadieron providencias oficiales de un carácter verdaderamente hostil. Se mandó desembarcar de la **O'Higgins**, a pesar de sus solicitudes y empeños, al Coronel Hoyo del Cantabria, que habiendo caído prisionero en Valdivia había obtenido la amistad y la protección de Cochrane. En otro decreto, se nombró Comandante de la **O'Higgins** al Capitán Spry de la parcialidad de Guise, aún cuando el Vice-Almirante había propuesto para este destino al Capitán Crosbie, a quien profesaba un buen afecto: este incidente dió lugar a acaloradas contestaciones y a serios disgustos. Pero lo que encarnizó más los ánimos fue el consejo de guerra que el Vice-Almirante mandó formar al Capitán Guise a quien acusaba de actos de insubordinación y negligencia: el Gobierno vino en ayuda de su protegido y a fuerza de influjo y de la más activa decisión por él, logró que el Almirante cortando el proceso, lo restituyese al mando de su buque".

3.—La Expedición Libertadora

El 19 de Agosto de 1820, estaban listas las Fuerzas navales que debían conducir la Expedición Libertadora; se componían de 16 transportes y de los buques de guerra, los cuales formaban por todo un número de 24 velas. Por disposición oficial del Gobierno de Chile, fue dado a conocer San Martín por Generalísimo de mar y tierra, con objeto que en toda la Expedición no se emprendiese operación alguna la cual no partiese o no hubiese obtenido su orden. El 20 por la tarde zarpa la Expedición de Valparaíso, llevando un Ejército de 4,118 hombres. El Generalísimo y su Estado Mayor se embarcaron en el navío **San Martín**; mientras hacía de fragata Almiranta la **O'Higgins**, montada por Lord Cochrane. Ha sido tan estudiada esta Expedición y tan conocidos son los deta-

lles que le corresponden, que nos bastará decir cómo el 7 de Setiembre de 1820 fue a fondear en la Bahía de Paracas, situada al S.E. de Pisco. Al amanecer del día 8 comenzaron las tropas a desembarcar. Hace una anotación curiosa Rosendo Melo en su obra **Historia de la Marina del Perú**: “Este mismo día, Setiembre 7, tal vez a la misma hora, fondeaba en Arica, procedente de Cádiz, la fragata de guerra **Venganza**. A su bordo venían el General La Serna, su brillante Estado Mayor de Jefes distinguidos y 60 soldados de caballería. La Serna venía a reemplazar a Pezuela en el mando del Ejército del Alto Perú”.

El mismo 7 de Setiembre, poco después de anclar la Flota Libertadora, al avistarse desde Paracas tres buques fondeados en Pisco, salió sobre ellos la fragata **Independencia**; se trataba de los bergantines **Cantón** y **Rebeca**, los cuales estaban dedicados a faenas de carga y fueron capturados; asimismo estaba la goleta **Jesús María**, mercante como los anteriores, pero no fue tomada porque se hundió con los disparos hechos por los propios españoles desde el pequeño fuerte de Pisco. El día 8, una vez que desembarcaron las tropas, pasaron a Pisco doce de los transportes y el bergantín **Araucano**, el mismo que a continuación salió en busca del **Santa Rosa**, que había quedado rezagado. El mismo **Araucano**, el día 11 de Setiembre, se encontró con la corbeta **Zéfiro**, destacada del Callao en observación hasta las islas de Chincha, afuera de las cuales trabaron combate, regresando a Pisco el **Araucano** con un mastelero roto. Por orden del Virrey, también partieron del Callao para el sur la fragata **Prueba** y la corbeta **Sebastiana**, que se dejaron ver de los buques chilenos y desaparecieron. El Generalísimo San Martín, antes de desembarcar para dirigirse a Pisco, estuvo a bordo de la goleta **Montezuma**, voltejeando hasta el norte de Pisco con objeto de reconocer el lugar.

Después de permanecer unos cincuenta días en Pisco, el 26 de Octubre de 1820, la Expedición Libertadora se reembarcó en los transportes; luego de haber hecho fintas frente al Callao y, a continuación de fondear el 29, a una legua del puerto, siguió el convoy con el **San Martín**, **Galvarino** y **Araucano**; mientras Cochrane se acercó al Callao con los buques **O'Higgins**, **Independencia** y **Lautaro** en actitud de bloquear, pero sin notificarlo a la plaza. En la tarde del 30 de Octubre, la Expedición que navegó con San Martín, fondea en Ancón, entonces una caleta con unas cuantas barracas de pescadores indígenas. El 31 de Octubre, en plan de reconocimiento terrestre, San Martín hace desembarcar una Compañía de Infantería y una avanzada de 20 jinetes. Prosiguen otras operaciones militares, entre las que estuvo la ocupación de Chancay por el Mayor Andrés Reyes, de nacionalidad peruana.

4.—José Pascual de Vivero

En la noche del 8 al 9 de Octubre de 1820, se realizó el pronunciamiento de Guayaquil; reunidos los notables de la ciudad en la Casa del Ayuntamiento, suscribieron el Acta de la Independencia y eligieron Jefe Político a José Joaquín Olmedo y al Coronel Gregorio Escobedo como Jefe Militar. Poco después fue formada y quedó constituida una Junta de Gobierno, presidida por Escobedo. Se resolvió comunicar tales noticias a San Martín y al efecto fue designado José de Villamil para que lle-

vara y entregara personalmente las comunicaciones respectivas, siendo conducido en la goleta **Alcance**. El día 4 de Noviembre, en aguas de Ancón, mientras la **Montezuma** recorría las inmediaciones del puerto, avista un buque que resulta ser el citado **Alcance**, el cual se había pasado hasta Pisco y de regreso, por las naves patriotas a la altura de San Lorenzo, averigua dónde está el Generalísimo. Celebrando las noticias que trae, el navío **San Martín** efectúa una salva; pero las músicas y dianas se interrumpen cuando al disparar uno de sus cañones el navío, arma que estaba cargada con bala, siete hombres perecen de ese cañonazo inesperado en la fragata **Mackenna**, según relata el General Las Heras en el **Diario** de la Expedición.

III

Llegaba la goleta **Alcance** con el Capitán Loro, que más tarde serviría en la Armada peruana y Piloto Luzurraga; traía, como hemos dicho a José de Villamil, además al Sargento Mayor Miguel Letamendi y a 15 prisioneros, entre quienes estaban el Brigadier español José Pascual de Vivero, ex-Gobernador de Guayaquil, los Coroneles José de Elizalde y Benito García del Barrio, el Padre Querejazu, Guardián del Convento de San Francisco, y otros. Es notable la escena cuando Vivero fue presentado al General San Martín a bordo de la nave Capitana. Adelantándose con toda dignidad a la par que cortesía, le dijo al Generalísimo: "He sido Presidente **interino** de Chuquisaca, Comandante General **interino** del Apostadero del Callac, Gobernador **interino** de Guayaquil, y ahora tengo el honor de ser prisionero **en propiedad** de V.E." San Martín tendiéndole la mano, le respondió: "Ahora y siempre, General de Vivero, será Ud. un amigo de San Martín". De inmediato Vivero expresó: "Esta tierra, Señor General, es la Patria de mis hijos y de hoy en adelante, será también la mía". Tan hermosa anécdota no es un invento; la consigna el Comandante Vegas en su **Historia de la Marina de Guerra del Perú**; la refirió el gran Juan José Panizo, contemporáneo de Vivero al Vice-Almirante Carbajal y éste heroico marino la transmitió a mi generación por intermedio del ilustre historiador Capitán de Navío Germán Stiglich.

Os ruego reparar en Vivero: fue un ejemplo de honorabilidad y de honradez acrisolada. Durante largos años dirigió nuestra Armada, en su poderío formativo, donde llegó hasta Vice-Almirante, el último de ese grado que hubo en el siglo XIX. Si alguno de vosotros tiene la curiosidad de conocer su rostro u otros detalles, está invitado a visitar el Museo Naval del Perú.

5.—La Captura de la "Esmeralda"

Mucho se ha escrito de la toma de la **Esmeralda** y nadie puede dudar que se trata de una gran hazaña, de modo que este hecho de armas es considerado por varios historiadores navales, entre ellos Rosendo Melo, más brillante que el de la captura de los fuertes de Valdivia. El Almirante Cochrane concibió el designio de penetrar dentro de la bahía del Callao; allí estaba la bella fragata **Esmeralda**, a la cabeza de las Fuerzas Na-

vales, reconcentradas en aquel punto, además en la línea había una corbeta, dos bergantines, dos goletas de guerra, tres grandes buques mercantes; la otra línea estaba constituida por veinte lanchas cañoneras. Ambas líneas caían bajo la protección de la artillería de los fuertes chalacos. Existía una estacada flotante compuesta de perchas de madera y gruesas cadenas de hierro, que rodeando todos los buques, impedía la aproximación de cualquier enemigo, salvo por una abertura pequeña, la cual quedaba hacia la parte del norte para la entrada de los neutrales. Tal era la boca por donde pretendía entrar Cochrane y capturar la **Esmeralda** y cuantos otros buques más pudiese. Fue un plan que acogieron entusiastas las tripulaciones, de las cuales escogió doscientos cuarenta hombres. El 1º de Noviembre de 1820, dirigió Cochrane a los Comandantes de la **O'Higgins, Araucano, Independencia y Lautaro** sus instrucciones: los botes y chalupas avanzarían en dos líneas paralelas; una línea la mandaría Guise y la otra Crosbie. Todos los botes irían bajo la dirección inmediata de Cochrane; los Oficiales y soldados debían llevar chaqueta blanca e ir armados de pistolas, sables, puñales o picas; cada bote debía tener hachas afiladas que los guardas cargarían a la cintura; el objetivo principal era la fragata **Esmeralda** y todas las fuerzas debían atacarla. Esto era lo principal de las instrucciones, a las que se agregaba cómo debían ser atacados los bergantines de guerra por los Tenientes Smond y Morgell. En la noche del 4 de Noviembre, los botes desatracaron de la **O'Higgins**, y se ejercitaron en la oscuridad para la función de guerra de la noche siguiente.

La empresa fue llevada a cabo el 5 de Noviembre de 1820. Véamos cómo la narra Rosendo Melo: "En la tarde salieron los buques mar afuera a cargo del Capitán Foster, quedando sola en San Lorenzo la Capitana, a cuyo costado se habían reunido catorce botes y 180 hombres armados de machetes y pistolas. En la noche salieron esos botes sobre el Callao, divididos en dos grupos, uno al mando de Guise y el otro al de Crosbie y todos al mando del Lord. A las doce llegaron justamente a una abertura que dejaban las berlingas encadenadas unas contra otras, que encerraban a la vez a las naves de guerra y a catorce lanchas cañoneras que rondaban a su alrededor, en previsión de los peligros que pudieran amenazarlas. Una de ellas sorprendió a los excursionistas, pero tan próximo que hubo de acatar el silencio que le impusieron. La fragata fue embestida y abordada por varias partes a la vez y pronto el machete inutilizaba a sus tripulantes, que cedían la cubierta a los asaltantes, como lo hicieron con O'Brien, al frente de Valparaíso. En ese momento la vigilancia a bordo de la fragata era menor, porque habiéndose visto en la tarde salir de la bahía a los buques enemigos, no se temía ningún asedio esa noche. En la Cámara jugaban las cartas Coig, Bañuelos Comandante del **Pezuela** y Madroño, que mandaba el **Maypú**. Al subir la escala de estribor **Cochrane**, el centinela del portalón le dió un culatazo en el pecho que lo hizo caer al bote sobre un tolete, que se le incrustó en la espalda, haciéndole una herida bastante profunda. Subió de nuevo y avanzó hacia el palo mayor, al cual llegaba por el lado opuesto Guise. Los dos rivales estaban emocionados y espontáneamente se estrecharon la mano.

—“Milord! dijo Guise dirigiéndose a proa.

—“Mr. Guise! contestó el Vicealmirante dirigiéndose al puente.

“En el acto de subir este último la escala del puente, recibió una herida en el muslo, que lo hizo caer sobre la cubierta. Sus subalternos lo alzaron y sentándolo en la cureña de un cañón, le vendaron la herida, quedando fuera de combate. Los tripulantes sorprendidos se replegaron unos al alcázar y otros al castillo de proa, descolgándose Bañuelos y Madroño, por una escala de gato, para trasbordarse a sus buques. Una vez en ellos principiaron a hacer fuego contra la fragata, lo que pronto imitaron los fuertes. Ese fuego causó muchos bajas en los tripulantes españoles, que estaban agrupados y el mismo Coig fue del número de los heridos. Guise tuvo el mando durante la acción, que duró quince minutos, resultando once muertos y treinta heridos del lado de los asaltantes. Las bajas de los asaltados pasaron de ciento sesenta. Los habían tomado de sorpresa, desarmados y luego se agruparon en ambos extremos del buque, ofreciendo las masas que formaban blanco más abultado a las descargas y al machete de los asaltantes. Hubo además doscientos prisioneros, y, según Cochrane, un Almirante entre ellos. Para evitar el daño de los disparos de tierra se puso en el palo una señal de luces igual a la que tenían los buques de guerra neutrales, con lo que hubo de cesar el fuego de los fuertes, y cuando los buques neutrales enmendaban su fondeadero, la **Esmeralda** hizo lo mismo y salió del puerto. Esta salida fue prematura, según Cochrane, y en su concepto malogró en parte su programa de esa noche, programa que debía necesariamente variar faltando su organizador. Dice que no debió cortarse los cables sino después de capturar los bergantines **Maypú** y **Pezuela**, de cuya operación debían encargarse los Tenientes Esmond y Morgell, con sus respectivos botes. La captura de la **Esmeralda** facilitó un canje de prisioneros, con lo que recobraron su libertad algunos patriotas, cautivos hacía tiempo”.

6.—Otros hechos de la Expedición Libertadora

Es interesante anotar que el día 6 de Noviembre en Ancón, a bordo del navío **San Martín**, que habitan el Generalísimo, sus Secretarios y el Estado Mayor, el Doctor Bernardo Monteagudo hace imprimir el **Boletín N° 3 del Ejército Libertador**, el cual se distribuye entre los buques y transportes; en dicho **Boletín** está la reseña de los acontecimientos desde el 23 de Octubre de 1820 hasta la descripción del abordaje de la **Esmeralda** y termina así: “La fragata **Esmeralda** monta 40 cañones, tiene a su bordo provisiones para tres meses y repuesto de jarcia para dos años. El 6, a las diez de la mañana, Cochrane envió un parlamentario al Virrey para el canje de prisioneros”. Se entiende de los tomados en la noche anterior. Fue en la tarde del 6 de Noviembre, cuando arribó a Ancón el bergantín **Araucano** con noticias del abordaje; regresó dicho buque al Callao el día 7 con **San Martín**, quien viajaba para felicitar a Cochrane por la captura de la **Esmeralda** y conferenciar con él sobre el avance del Ejército al valle de Huaura. Fue este día cuando el Capitán Francisco Vidal opera la toma de Supe, su pueblo natal. Lord Cochrane pone en sus **Memorias**: “El 8 de Noviembre nos trasladamos a Ancón con nuestra presa”. Y Miller

dice: "El 8 volvió San Martín a Ancón, con Lord Cochrane y toda la Escuadra, incluyendo la fragata **Esmeralda**, que después se llamó **Valdivia**". El 9 de Noviembre de 1820 la Escuadra con los transportes, dan la vela para conducir al Ejército a Huacho, donde principia a desembarcar el 10 y termina esta operación el 12. Sabido es que cuando San Martín expuso a Cochrane su plan de pasar más al norte, éste sugirió con vehemencia el **ataque inmediato a la ciudad de Lima** y cuando se produjo la retirada a Huacho, mostró ostensiblemente su descontento haciendo duras críticas al Generalísimo, lo cual muestra en sus **Memorias**. En su vejez dirá el Protector del Perú: "Nunca entró en los cálculos del General San Martín con las fuerzas de que se componía el Ejército y el estado de su disciplina, ya corrompida por las revoluciones de las Provincias argentinas y los partidos de Chile, atacar a viva fuerza la Capital del Perú".

El 17 de Noviembre los Cuerpos de Infantería y Artillería del Ejército Libertador fueron trasladados al pueblo de Supe, en cuyo valle tomaron acantonamiento, incluso en el fundo San Nicolás y en Barranca hasta el 4 de Diciembre. Dice la tradición que el Lunes 27 de Noviembre, desde el balcón de la Villa de Huaura, expuso el Generalísimo San Martín en arenga viril el ideal de la Revolución Americana, proclamando personalmente la libertad del Perú. No importa que esto se limite al campo tradicional: hay tanta grandeza y tanta belleza que debemos tener el hecho como prenda valiosa que no debe perderse y, por el contrario, celebrarse cada año dignamente.

7.—El resultado de la odiosidad de Cochrane y Guise

Los movimientos que hemos visto del Ejército, dieron ocasión a diversas mudanzas en el destino de las naves; mientras unas se encontraban a órdenes directas del Generalísimo, otras proseguían el bloqueo del Callao y otras comisiones dadas por el Almirante. En estas circunstancias y cuando menos se esperaba, estalló con verdadera furia la lucha entre las parcialidades de Cochrane y de Guise. Es el caso que los Oficiales de la **Valdivia**, a órdenes de Guise, le dirigieron una solicitud para que la fragata no se llamara así sino que tuviera el nombre del propio Guise. Al ponerle a la **Esmeralda** el nombre de **Valdivia**, se efectuó un indudable homenaje a Cochrane; pero al solicitar que se denominase **Guise**, no había duda alguna que se pretendía ofender al Almirante. Cochrane reaccionó violentamente y sometió a los peticionarios a un consejo de guerra formado por amigos de aquél, consejo el cual condenó a unos a ser expulsados de la Escuadra y a otros a ser separados del buque donde servían. Sigamos al historiador chileno Antonio García Reyes, quien dice: "Durante el arresto, Lord Cochrane dió orden al Capitán Guise para hacer un ataque sobre los buques del Callao; pero encontró la más tenaz resistencia en este Jefe que no se prestaba a ningún acto de servicio sino a condición de ejecutarlo con los Oficiales enjuiciados; y como semejante pretensión no le fue concedida, instó repetidas veces para que le admitieran la renuncia del mando de la fragata. La desazón llegó a tal extremo que el Capitán Guise de hecho abandonó el buque, y lo dejó a discreción de un

Teniente. Otro hecho de igual naturaleza ocurrió con el Capitán Spry del **Galvarino**. El Vice-Almirante le había ordenado dirigirse a Chorrillos para cruzar al frente de este puerto; sin embargo, Spry se negó abiertamente a obedecer, fundándose en que se había obligado al Capitán Guise a dejar su buque, y que habiendo él venido a estos mares bajo el patrocinio de aquel Jefe, no podía servir en la Escuadra en que él no tenía colocación. Spry fue sometido a un consejo de guerra que lo privó del mando de su buque, e hizo colocar su nombre el último en la lista de los Capitanes. Guise y Spry con algunos Oficiales de la **Valdivia** que se escaparon del arresto, fueron a ponerse a las órdenes del General San Martín, quien lejos de reprimir con severidad aquel escándalo, colocó a su lado al Capitán Spry con el título de su Ayudante Naval, y se empeñó porque fuesen restablecidos al servicio Guise y los Tenientes Bell y Freeman de la **Valdivia**, que habían dado ocasión a las desavenencias con su imprudente solicitud. El Vice-Almirante estaba dispuesto a aceptar de nuevo sus servicios, dándoles colocación en diferentes buques; pero ellos se negaron a ningún arreglo que no tuviese por base la condición de que todos habían de estar reunidos en un mismo buque. Esta pretensión, como debía ser, fue desechada, y desde entonces Guise y sus parciales dejaron la Escuadra para no volver más a su bordo”.

Reparemos bien en esto, tengamos presente que como consecuencia de la odiosidad entre Cochrane y Guise, éste último se declara libre de sus compromisos con la Escuadra chilena y arrastra junto con él a varios amigos suyos. Pronto ya no vacilará San Martín, asesorado por Montea-gudo, en ver el modo de constituir una Armada propia para un Perú libre y los servicios de Guise y sus partidarios serán importantes.

8.—Algunos sucesos en Diciembre de 1820

El día 1º de Diciembre de 1820, según uno de los artículos por J. Elías Ipinze en la **Prensa** de Lima en 1953, Lord Cochrane remitió este día el buque extranjero **Edward Ellice**, con cargamento español al puerto de Huacho; le escribió a San Martín diciéndole que había sabido de la existencia en Cádiz de un navío de 80 cañones, tres fragatas y tres corbetas, destinadas al Perú y agregaba: “No teniendo a bordo específicos para conservación de los marineros, como zumo de limón, permítame recordar a Usted que es sumamente necesario que el Comisario de Marina mande limones, naranjas, papas, camotes, o de otro modo la Escuadra estará enfermiza en corto tiempo, así como las Escuadras españolas siempre padecen por falta de este cuidado.— **Searle** se hará a la vela en pocos días con todo el dinero que ha sacado de Lima. Ayer tuve comunicación con él, tocante al buque que remití a Usted con arroz...” La **Edward Ellice** era una fragata inglesa, procedente de Cádiz para el Callao con más de 300 mil pesos en efectos a su bordo, la cual fue apresada por los bloqueadores. Pocos días antes habían sido detenidos por la Escuadra y enviados a Huacho, el bergantín **Especulador** y la goleta **Catalina**, procedentes de Pacasmayo con víveres para Lima. El día 2 de Diciembre, llegaron al Cuartel General de Supe las primeras noticias de los notables hechos del General

Alvarez de Arenales y anunciando su entrada en Tarma. Este mismo día el buque **Terrible** arribó al puerto de Supe conduciendo a los prisioneros canjeados por un convenio entre el Virrey y San Martín; se trataba de 22 Oficiales y 85 Sargentos y Soldados que habían estado materialmente sepultados en los aljibes del Real Felipe. Para este día, leemos en las famosas **Memorias** de Lord Thomas Cochrane (cuyo título en inglés es **Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru and Brazil, from Spanish and Portuguese Domination**), lo siguiente: "El 2 de Diciembre, hallándose la **Esmeralda** en una posición más tentadora que de costumbre, las cañoneras españolas se aventuraron a salir con la esperanza de recobrarla, sosteniendo durante una hora un vivo fuego; pero luego que vieron a la **O'Higgins** maniobrar para cortarlas, se retiraron con precipitación".

En la noche del 2 de Diciembre para amanecer el día 3, tuvo lugar el grito de rebelión del Batallón "Numancia" que resolvió unirse al Ejército patriota; fueron enviadas a Chancay las goletas **Minerva** y **Dolores** que transportaron a dichas tropas a Huacho; fue el Capitán Spry quien se encargó de cumplir las órdenes de despachar los veleros, emanada del Generalísimo. Conocedor San Martín de la retirada que los españoles efectuaron desde el valle de Chancay hacia un campo de concentración en Aznapuquio, dispuso mover el Cuartel General a Huaura reinstalándolo en el fundo Ingenio, mientras las tropas se situaban apoyando la derecha en el mar, teniendo a Huacho al frente y a Sayán a la izquierda. El 3 escribió Cochrane desde el Callao a San Martín, diciéndole: "Despaché el **Araucano** para Pisco; como tuve el honor de informar a Usted, cerca de la isla de Asia encontró la preciosa goleta mandada por Pezuela para aguardar las fragatas **Prueba** y **Venganza**, la dió caza y la goleta varó en la playa y se perdió. Pisco está en manos del enemigo y su Alcalde preso. No me queda duda alguna de que las fragatas vendrán por acá y las aguardo por momentos; y si estuviese aquí el **San Martín**, podría vigilar sobre el puerto del Callao". Se lee en el artículo de Ipinze correspondiente al día 14: "En el curso de este día se imprime y distribuye en Huaura y los pueblos aledaños, remitiéndose también al norte, sur y sierra el **Boletín N.º 7 del Ejército Libertador**, en el que se detallan los sucesos de Huamanga, Huancayo, Jauja y Tarma, de la División Expedicionaria del General don Juan Antonio Alvarez de Arenales, coronada por la victoria de Pasco, cuyo parte llegó al Cuartel General el día 10. En dicho Boletín se insertó también todo lo ocurrido desde el desembarco del Batallón "Numancia" en Huacho y su entrada triunfal en Huaura; y publicóse un **Decreto** del General San Martín, refrendado por su Secretario de Guerra Dr. don Bernardo de Monteagudo, con fecha 13 de Diciembre, por el que se otorgaba una medalla a la División de la Sierra, con las armas provisionales del Perú y esta inscripción. **A los Vencedores de Pasco**, debiendo usarla de oro el General de División y los Jefes de ella, y de plata los Oficiales; mientras que a los Sargentos, Cabos y Soldados, se les concedía el uso de un escudo bordado sobre el pecho, con la leyenda: "**Yo soy de los Vencedores de Pasco**". Se lee en el **Diario** del 14: "Se han recibido comunicaciones oficiales de Trujillo, las más lisonjeras; el Intendente Tagle está de acuerdo en hacer la revolución; cuenta con la Compañía del Teniente Coronel Borgoño, con quien está de acuerdo; ofrece mandar 250 caballos y

sólo pide que se le ponga en Santa alguna pequeña fuerza para recibirse los presos que él envía y un buque para conducirlos hasta el Ejército; asegurando que a los primeros que deben prender son el Obispo y todos los europeos, como acérrimos enemigos.— Hoy han llegado de Pasco treinta Oficiales prisioneros de la División de O'Reilly, incluso dos Tenientes Coroneles. Habían salido de Sayán al amanecer". No da el **Diario** la lista de tales prisioneros, ni el nombre de los dos Jefes en iguales condiciones, unos y otros vencidos en la batalla de Cerro de Pasco; pero sabemos que se trata de Andrés de Santa Cruz, más tarde Mariscal del Perú y del que fuera después Coronel español Manuel Sánchez.

Leemos en el **Diario** correspondiente al 15 de Diciembre que fondeó en Huacho el bergantín **Pueyrredon**, procedente de Chocó y Guayaquil, trayendo a su bordo al Coronel peruano Gregorio Escobedo, primer Gobernador de Guayaquil libre y otro Oficial subalterno, de resultados de un movimiento popular que hubiera en el último punto citado; Escobedo desembarcó el mismo día e hizo una visita al Generalísimo en su residencia del fundo Ingenio. Este mismo día llegó el bergantín **Luisa**, procedente de Valparaíso y también el bergantín **Concordia**, del mismo puerto chileno, conduciendo ambos correspondencia. El 16 llegó al pueblo de Sayán el Brigadier español Diego O'Reilly, como prisionero de guerra, para ser conducido a Huaura el día 17; derrotado en Cerro de Pasco, fue perseguido y capturado. También el 16 a solicitud del Marqués de Torre Tagle, San Martín dispuso que zarpase del puerto de Huacho la goleta **Golondrina**, llevando unos 100 hombres escogidos y armamento con el fin de cooperar en el levantamiento de Trujillo. Para el 24 de Diciembre dice Ipinze en sus crónicas: "Rumbo a Chile, llevando oficios y cartas del General San Martín y de sus conmlitones, parte del puerto de Huacho la fragata **Mackenna**, componente del convoy de transportes de la Expedición Libertadora con el fin de traer medicinas que el Gobierno del General O'Higgins debía remitir al Ejército Unido; como días más tarde zarparán la fragata **Minerva**, con idéntico propósito y la goleta **Olmedo**, rumbo a Valparaíso, llevando comunicaciones oficiales y particulares". Fue este día que el Generalísimo decidió el avance del Ejército sobre el valle de Chancay o Pasamayo, cuya orden de movilización la imparte al día siguiente; respecto a tal maniobra, la comenta el General peruano Carlos Dellepiane en los siguientes términos: "El grueso patriota arriesgaba poco, porque podía postergar el empeño tanto como quisiera, esperando que la operación estuviera asegurada; tenía expeditas las comunicaciones con su base y, además, le era fácil defender el terreno en un probable repliegue hasta Huaura. Si hubiera fracasado la operación, la Escuadra apoyaría la retirada por el oeste, proporcionando un magnífico refuerzo de fuegos; por el este, los contrafuertes de los Andes impedirían al adversario todo envolvimiento, por pequeño que fuera el efectivo que se dedicara a defender esa región".

El día de Pascua de Navidad de 1820 todo estaba listo para la movilización general. El convoy de transportes, surto en la bahía de Huacho, zarpó al atardecer del día 25 con rumbo a Ancón; los barcos que componían dicha formación estaban al mando del Capitán Délano y dan escolta militar las naves de guerra que en ese momento están o órdenes directas de San Martín, a saber: la fragata **Lautaro**, el bergantín **Galvarino** y la

goleta **Montezuma**. Esta última, después de la operación, regresa a Huacho. Comentando esta movilización, dice Ipinze que el Generalísimo desconocía el paradero del Almirante de la Escuadra y, al efecto, reproduce unos párrafos de la carta escrita por San Martín el 2 de Enero de 1821 en Retes: "Aunque me es sensible la falta del Vice-Almirante de la Escuadra, quien desde principios del mes pasado se separó del bloqueo del Callao con las fragatas **O'Higgins** y **Esmeralda**, y el bergantín **Araucano**, dejando al **San Martín** e **Independencia** en frente de San Lorenzo; yo ignoro su verdadero destino y sólo infiero que haya ido a la costa de América en demanda de las fragatas **Prueba** y **Venganza**, por haber tomado rumbo de barlovento cuando salió del Callao; pero entretanto no puedo dar a mis combinaciones con la Escuadra toda la extensión de que son susceptibles". Precisamente, el 26 de Diciembre, Cochrane repetía la tentativa de ataque al Callao, que había realizado el 2 del mismo mes. Y para terminar Diciembre, nos referiremos a un enojoso incidente. El día 27 arribó a Huacho la fragata de guerra de los Estados Unidos **Macedonia** al mando de su Comandante John Downes; era la misma que presencié en el Callao la toma de la **Esmeralda**. El antes citado Capitán dirigió una nota a San Martín, reclamando contra la detención del buque americano **Luisa** y exigiendo se le pusiese en libertad; el 28 San Martín en momentos cuando se disponía a partir a caballo hacia Sayán con sus Secretarios de Estado y Edecanes de servicio, concedió una entrevista a Downes y su respuesta fue verbal explicando que arreglaría todo; en efecto, desde Retes mandó una nota oficial, con fecha 4 de Enero de 1821, ofreciendo al Capitán Downes que dentro de unos días sería enviado a Chile el **Luisa**, con arreglo a las leyes del Derecho Internacional Público, por el examen que había hecho de los papeles relativos al caso; pero ya Downes desde el día 29 había actuado llevándose el barco a viva fuerza del puerto de Huacho.

9.—La acción combinada del Ejército y la Marina

En el período materia de esta charla, se hace necesaria una orientación respecto de la labor de las Fuerzas Navales y Militares y las relaciones íntimas existentes entre ellas durante nuestra guerra de la Independencia. La Superioridad de la Marina patriota sobre la realista, en el momento preciso, ejerció una influencia capital en las operaciones terrestres; desde antes y sobre todo después de llegar la Expedición Libertadora, la Escuadra chilena había establecido el bloqueo de las costas peruanas, en especial del Callao, de modo tan estrecho, que el adversario no pudo moverse ni siquiera por medio de destacamentos muy reducidos, los cuales fueran de una playa a otra a bordo de un buque. En cambio San Martín gozó del empleo total de sus barcos, tanto para las necesidades de las tropas a sus órdenes, como para aprovisionarse de elementos bélicos. El efecto de la supremacía naval sobre el curso de las campañas terrestres durante la época sanmartiniana, puede apreciarlo muy bien cualquier estudioso, sin necesidad de poseer el conocimiento profundo de la teoría de la guerra. Quizá es éste uno de los conflictos donde se manifiesta mejor las relaciones que existen entre la Marina y las operaciones militares satisfactorias en tierra. El imperio ejercido por el Ejército Li-

bertador sobre el teatro de la guerra y aún sobre lugares muy distantes de la lucha, fue consecuencia de la supremacía naval y, de no haber contado con ella, la campaña no hubiera podido iniciarse ni mantenerse y menos llevarla a su feliz término. Por lo pronto, la libertad de acción conquistada por San Martín, operando con un Ejército frente a una extensa línea de costas, se la debía a la Escuadra. Había el inmenso factor psicológico, el cual nacía de la firme convicción que tuvo el Libertador que, en caso de sumo peligro, tenía la salvación a la mano. Lógicamente San Martín con su genio militar percibió en todo momento cuánto significaba el Poder Naval, el cual le facilitó constantemente el cambio de base a medida que su campaña progresó, en la extensa línea de costas sobre que maniobraba y conforme a su voluntad. En ningún momento sufrió las molestias, los daños y las ansiedades que hubieran representado los barcos de guerra españoles en oposición. Por supuesto, Cochrane apreciaba también la importancia de la Escuadra, pero él con su espíritu dominante al extremo, se corría en el plan de las valorizaciones al máximo. Al leer sus **Memorias** nos damos cuenta de su inmenso orgullo: creía haberlo hecho todo y que a él se le debía cada uno de los triunfos; además, la odiosidad a San Martín, la cual creció día a día, lo llevaba a exageraciones y empleo de ataques por escrito, realmente lamentables. Así dice en sus **Memorias** que Lima fue tomada por la Escuadra: "cuya vigilancia en mantener el bloqueo y sus anteriores acciones habían desalentado de tal modo al enemigo y reduciéndolo a tales apuros, que el abandono de la Capital era inevitable". En otra parte expresa: "El General San Martín y yo fuimos encargados, cada uno en su respectivo ramo, de libertar al Perú de España, y de dar a los peruanos las mismas instituciones libres de que Chile gozaba. **La primera parte de nuestro objeto se había efectuado completamente por la vigilancia y los hechos memorables de la Escuadra**; la segunda parte se había frustrado por arrogarse el General San Martín el poder despótico, teniendo así en nada los deseos y la voz del pueblo". En cambio, San Martín en la proclama en la **Gaceta Extraordinaria** del 17 de Agosto de 1821, establecía: "**El Ejército y la Escuadra de Chile reunidos, han consumado, por último, la libertad del Perú**, según lo habían jurado y lo han elevado al rango que la justicia y los intereses del mundo reclamaban. Su constancia y heroísmo lo transmitirán a la posteridad con gratitud".

Los desembarcos en tierra enemiga, tal como fue el caso de la Expedición Libertadora, participan en general del carácter de sorpresa estratégica y táctica; en los anales de expediciones llevadas a cabo por quien domina el mar, este es uno de los ejemplos claros probándolo patentemente. Se trató de una operación combinada, con un plan de operaciones fundamentalmente considerado; de suerte que al acometer la empresa bajo las circunstancias que todos conocemos, constituyó un acierto. Sin embargo, la influencia del Poder Naval en la época de la Independencia, pese a su importancia, en el estudio de la mayor parte de los historiadores pasa desapercibida y olvidada, porque se atiende sobre todo a los éxitos tácticos. Asegura el Mayor C.E. Callwell en su notable obra **Importancia del dominio marítimo en las campañas terrestres desde Waterlloo**: "Las Repúblicas del Pacífico del Sur no alcanzaron su libertad, sino tras una lucha desesperada y larga. La narración de los comba-

tes hasta obtener su libertad, está ennoblecida por muchos episodios casi novelescos. Los Jefes surgidos de las filas patrióticas, estuvieron dotados de un verdadero genio guerrero. Fueron ayudados en todas las vicisitudes de la larga campaña con singular lealtad por pueblos de elevado espíritu, nacidos de una raza caballeresca. Hazañas de la más extrema valentía se llevaron a cabo, tanto por mar como por tierra. Pero mirando la guerra solamente bajo el punto de vista del estudio militar, el único hecho prominente que subsiste para dejar oscurecidos a todos los demás, es la suprema influencia que sobre su curso e historia ejerció el **Sea-Power** desde el principio hasta el fin”.

Señoras:

Señores:

He terminado la charla. Pensemos que todas nuestras caídas y errores fueron naturales, al fin y al cabo los pueblos como los hombres tienen infancia. Buscamos nosotros mismos en esos días gloriosos, ciegos de pasión, los caminos de la libertad y la superación, equivocándonos con frecuencia a fuer de hombres. Por lo pronto, hemos tratado de contemplar de lejos a los grandes hombres como a las montañas; pero sin querer nos hemos acercado a ellos más de lo indispensable. El volcán que a distancia era como azul de líneas puras, de cerca resultó abrupta y empinada ladera cubierta de matorrales. ¡No importa! Fueron hombres y las figuras próceres para llegar al conocimiento público necesitan que se haga el balance de su obra.

Nos dieron esta Patria que es la nuestra y por ella la deuda que le tenemos es inmensa y sus hechos asombraron al mundo, porque descansó en su alma una fuerza poderosa a la altura de su misión. Que ella despierte el idealismo latente de nuestro pueblo por un Perú grande y progresista.

¡Muchas gracias por la atención que me habéis prestado!

Clase de Literatura de la Independencia

“REBELDIA E INDEPENDENCIA A TRAVES DE LAS TRADICIONES DE PALMA”

Por el Dr. Augusto Tamayo Vargas

En estas mismas clases que dictamos miembros de la Comisión Nacional del Sesquicentenario a profesores y maestros de la República, el año pasado tuve el gusto de ofrecerles un panorama de la Literatura de la Emancipación, apreciando su proceso desde los inicios del siglo XVIII hasta 1830.

He querido este año presentarles, a manera de una síntesis histórico-literaria, un engarce de “Tradiciones Peruanas” de Ricardo Palma, donde pueda verse aspectos de la rebeldía y posteriormente de la acción de la independencia que culminan en la declaración de la misma y posteriormente en las batallas de Junín y Ayacucho.

Bajo la sombra de Ricardo Palma recordaremos, así, los hechos de nuestra rebeldía americana y de nuestra independencia política nacional.

Si Ricardo Palma es tal vez la figura representativa de la literatura peruana del siglo XIX, la “tradicción peruana” es la más original creación nuestra en la pasada centuria. Porque si bien Palma seguía la corriente romántica de leyendas y tradiciones, dio a las obras suyas una forma especial, única, en la que se mezcló a la “historia poetizada”, la prosa de ficción —las “telarañas de su ingenio”, que diría Porras Barrenechea— con un reguste en el lenguaje hispano-criollo-peruano.

El recuerdo popular del hecho histórico, que asoma en cada tradición está envuelto en cantares, refranes, dichos comunes, retruécanos y su estilo adquiere, así el encantamiento del creador literario y el recurso coloquial y dramático del habla popular, de lo que hablaron las viejas en la cocina, lo que murmuraron los hombres por las calles, lo que chismeaba-

ron las señoras en los salones. Tenemos que repetir lo que ya se ha dicho tantas veces —por nosotros inclusive— que con las “tradiciones peruanas” de Palma se puede hacer la historia caliente, viva, de nuestro país. Por lo menos, un segmento fundamental de lo que es la historia en creación crítica del pasado; hacer revivir la atmósfera impalpable de cada época en el proceso cultural de un pueblo. Y esto no es “pasadismo”, como se desprende de ciertas equívocas interpretaciones. Ni su exposición resulta frenadora del proceso social. Por el contrario, es el producto de un hábil escritor liberal y profundamente compenetrado con su tiempo, como puede apreciarse en su crítica del presente, sin mengua de burla del pasado, que han reconocido críticos de valía, incluyendo a José Carlos Mariátegui, quien muestra la obra de Palma como resultado de su posición de agudo analizador de una cultura en calidad de hombre de clase media del país.

Por ello, alguna vez nos servimos de Palma para hacer una historia de Lima. Hoy utilizamos sus “tradiciones” para apreciar el fenómeno político-cultural que lleva a la rebelión y, luego, a la lucha concreta por la Independencia del Perú que se produce a lo largo del siglo XVIII y en las tres primeras décadas del XIX.

Por 1720, en el Virreinato del Perú se escriben “redondillas” en los salones virreinales, y se repiten composiciones intrascendentes, loas y pánegíricos, que forman un ancho capítulo de nuestra literatura colonial. Pero ya los viajeros franceses y españoles comienzan a mostrar en escuetas memorias el panorama de nuestras ciudades y a hincar sus garras en la sociedad de entonces, mientras la minuciosidad y deslumbramiento de los científicos presentan al mundo los variados aspectos de nuestra “vida natural”. Las citas de investigadores y de viajeros dan una nueva nota y avivan la inquietud; en tanto crece el descontento, primero en los criollos, después en los mestizos y renace la vena popular en medio de la descomposición virreinal.

Los viajeros franceses Frezier, Fouille, La Condamine, al lado del dato científico, estampan observaciones de crítica social, exagerando muchas veces las notas poco edificantes de la sociedad peruana. Los viajeros españoles Juan y Ulloa “renovarán con su espíritu minucioso y descriptivo —dice Porras Barrenechea— las observaciones físicas y sociales de los antiguos cronistas, pero uniendo a sus observaciones de historia natural el espíritu crítico y la filosofía de su época. **El Viaje a la América Meridional** de Juan y Ulloa —continúa— tiene para el Perú del siglo XVIII, el mismo valor histórico y geográfico que la crónica de Cieza en el siglo XVI o **El Perú** de Raimondi en el siglo XIX”. En estos viajeros se esboza ya la protesta, después del cuadro sombrío de las instituciones coloniales que ellos exponen. La sociedad virreinal se resquebraja por variados motivos económicos y sociales. El testimonio de viajeros y observadores es elocuente.

Bajo el Gobierno del Virrey José de Armendáriz, Marqués de Castelfuerte, nos encontramos frente a manifestaciones precisas de esa larga crisis colonial. El ambiente de aquella época: de perturbaciones lo-

cales; de la Rebelión de Antequera en el Paraguay y de los sucesos de Cochabamba, motivos de grave preocupación para el Virrey, están reflejados en tres tradiciones de la época: "Mosquita Muerta", "Pepe Bandos" y "Capricho de Limeña".

En "Mosquita Muerta", perteneciente a la Cuarta Serie de las **Tradiciones Peruanas**, de 1877, se aprecia, a través de una literatura mural, un enfrentamiento entre el gobernante y el pueblo. El virreinato de Castelfuerte —hombre oscilante entre una diplomática conciliación de intereses y una severa y terca mano de ejecutante implacable— queda marcado a través de aquellas inscripciones que, reales o supuestas, aparecen en tres tiempos en aquella tradición; "Aquí se amansan leones".— "Cuando los cogen cachorros"; "Este carnero no topa".— "A su tiempo topará"; y "Este gallo ya no canta// se le secó la garganta":— "Paciencia, ya cantará // y a muchos les pesará"... Si bien en gobiernos como en el de La Palata o en el de Alba de Liste hubo disturbios entre la autoridad política y los religiosos o la Real Audiencia, o bochinchas circunstanciales, en el de Armendáriz hay manifiesto descontento popular y la cabal expresión de insurgimiento con la citada rebelión de Antequera, su derrota y posterior ejecución en Lima, donde el pueblo —que había tomado a aquél por su primer héroe americano, trata de impedir su muerte y las fuerzas virreinales tienen que cargar contra la población semi-alzada. Esta atmósfera cargada de interiores resistencias contra el virrey— a quien se enderezan duros epítetos en las coplas pasquinescas y en el poema satírico "El sueño"— se percibe en la otra tradición mencionada "Pepe Bandos", donde se hace una historia del gobierno de Castelfuerte, culminando con la sedición en Cochabamba del platero Alejo Calatayud, quien fue a la horca con cincuenta de sus compañeros, al decir de esta "tradición", que Palma publicara en su Segunda Serie —superado el plan romántico de la primera— en 1874. Los "bandos" que hacen célebre a Castelfuerte le servirán a Palma para una crítica a la publicación de edictos o disposiciones que no se cumplen —o cumplan— por las autoridades republicanas.

El tercero caso vinculado a esta época, "Capricho de limeña", —típica tradición palmista de la Tercera Serie— nos presenta entre otras dificultades del gobierno de Armendáriz, el de cumplir el derecho de asilo, que tenían como fuero determinadas casas de familias nobiliarias de España. En época inquieta, como la de Armendáriz, el buscar refugio, al amparo de un derecho tal, resultaría caso frecuente y esta tradición es un ejemplo de ello. Pero, también, del atropello indirecto por el Virrey de tal fuero, que hace recordar a Palma el incumplimiento de los derechos individuales de la Constitución por los gobiernos fuertes; y cita el caso de uno —posiblemente en tiempos de Castilla—, cuando ante la protesta del ciudadano que se opone al registro de su casa, a altas horas de la noche, el "esbirro" contestará: —"Constitución y ¿a estas horas? ¡Que lo amarren al señor!"... (1)

(1) NOTA. Se señala la Serie a que pertenece cada tradición para un planteamiento del estilo o carácter que puede acompañar cada una de las épocas de publicación.

El terremoto de 1746, arrasa el Callao y destruye Lima, con consiguientes horas de terror, de enfermedad y de hambre. Indios y mestizos conjuran contra el Virreynato para una asonada que debía cumplirse, para el 28 de setiembre de 1749, en la Pampa de Amancaes; y luego, sediciosos fracasantes de aquella conspiración impulsada por el hambre, organizan bandas que el Virrey de Superunda persigue y destroza, ejecutando posteriormente en Lima a los cabecillas.

En "Conversión de un libertino", Palma nos ofrece en su Tercera Serie un fresco del siniestro de 1746, con aquella introducción de una copla popular: "Un faldellín he de hacerme// de balleta de un temblor,// con un letrado que diga:// ¡misericordia, Señor!"... Tendremos como centro de la misma, una jarana en el Callao interrumpida por el maremoto que produce el sismo, cuando la gente animada cantaba aquello de:

"Levántamelo, María;
levántamelo, José;
si no me lo levantas,
yo me lo levantaré.
¡Que se quema el sango!
¡No se quemará,
pues vendrán las olas
y lo apagarán!"...

Pero es en "El castigo de un traidor", de la Séptima Serie, donde se desarrolla propiamente la referida conjura de indios y mestizos, convertida en cuadro novelable: "Hermanos: —decía en una reunión misteriosa un hombre en quechua— hace cinco meses que en Amancaes proclamastéis por Inca del Perú a mi padre muy amado el noble curaca **Chonqui**", etc. Y líneas adelante se expresa que en el entierro en San Lázaro, el hijo de **Chonqui** daba esta consigna: "Ten presente, hermano, el día de San Miguel Arcángel. Perseverancia y fe. Hasta entonces"... A continuación, Palma entra en los detalles de esa conspiración —de la que hablan asimismo varios romances de la época— que pasa más tarde a hechos de armas con el triunfo del Marqués de Monterrico en Huarochirí. La familia de Juan Santos es la que aparece al frente de la revuelta, en la que intervienen también Ciriaco Flores, Jorge Gobeá... y más tarde en la región, Felipe Túpac Amaru.

El Gobierno del Virrey Manuel Amat —continuador del anterior de Superunda— centralizará, por un lado, la acción reestructuradora de Lima —es el gran Alcalde de la ciudad—, pero también el odio popular por sus imposiciones para el trabajo gratuito de los artesanos y trabajadores en pro de la capital, por sus impuestos, por el supuesto aprovechamiento económico personal y por la expulsión de los jesuitas, quienes habrán de organizar, desde entonces, diversos medios de ataque y desquiciamiento del poder real, que culminan en la extraordinaria **Carta a los Españoles Americanos** de Viscardo y Guzmán. Es motivo, también, de ataque panfletario, el escándalo de sus amores y en particular el más destacado de ellos: el de la actriz Micaela Villegas, la Perricholi.

Palma recoge mayormente de **El drama de los palanganas**, las diatribas contra Amat y La Micaela, pero también de diferentes documentos y aun de citas populares, como aquélla que inserta en la tradición. “De esta capa nadie escapa”: “Juh! Juh! Juh!//Ya se te acabó el Perú”... que el Virrey, a la manera del de Castelfuerte, contesta con: “Jih! Jih! Jih!// Cinco millones me llevo de aquí”. Es en “Rudamente, Pulidamente, Mañosamente de la Segunda Serie de las **Tradiciones Peruanas**, donde encontramos el perfil del gobierno de Amat; y como motivo central el amotinamiento de la tripulación de navíos en el Callao, al grito de “¡Viva el Rey y muera su mal gobierno!” y la muerte de los oficiales cabecillas; y también, en esta larga encadenación de hechos, el ahorcamiento de oficiales y soldados acusados de robo, junto con sus queridas y mancebas. En “Genialidades de la Perricholi”, de la Sexta Serie, se ve más detenidamente a ésta, sus vinculaciones con Amat y la expulsión de los jesuitas, pero también y muy despaciosamente el problema de la defraudación del Tesoro Público por Amat y las funestas consecuencias para la economía del Virreinato.

En la tradición “Los argumentos del Corregidor” nos hallamos en los prolegómenos de la Revolución de Túpac Amaru. La tarea “impositiva” de José Antonio Areche enviado especial por Carlos III para una política fiscal, surge entre la pícara intención de Palma. “Parece que una mañana se levantó Carlos III con humor de suegra”, comienza diciéndonos en esa tradición de la Tercera Serie. Poniéndose en presente, Palma se refiere a un municipio de su tiempo que estableció contribuciones hasta por los perros. También habla de la persecución realizada por Areche contra los malos funcionarios defraudadores, pero de la que él mismo no salió muy limpiamente, —como suele suceder, sería la moraleja— al señalar Palma que el Rey lo destituyó, le confiscó su hacienda y lo condenó a vivir en Madrid. En “El Resucitado” Palma da otra variante del Visitador Areche: “la verdadera misión del enviado regio, era la de exprimir la naranja hasta dejarla sin jugo. Areche elevó la contribución de indígenas a un millón de pesos; creó la junta de diezmos; los estancos y alcabalas dieron pingües rendimientos; abrumó de impuestos y socialías a los comerciantes y mineros, y tanto ajustó la cuerda que en Huaraz, Lambayeque, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Moquegua y otros lugares estallaron sendos desórdenes”. Allí aparece el problema de los aduaneros. La leyenda dice que en Arequipa los chicos mataron en sus juegos a uno que hacía de aduanero. En el Cusco se produjo un prelevamiento que llevó al cadalso a don Lorenzo Farfán y otros. La revolución de Túpac Amaru se presenta allí como lógica consecuencia.

Encadenaríamos aquellas tradiciones con “El Corregidor de Tinta”, que produjera en sus primeros tiempos Palma —2da. Serie— donde tenemos el ajusticiamiento del Corregidor Antonio de Arriaga, en Tinta, por orden de José Gabriel Túpac Amaru, Cacique de la región, quien se proclama Inca del “Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente de los Mares del Sur”, según lo que se pone en boca del pregonero en el relato.

La acción rebelde de Túpac Amaru se cruza en la tradición con la

llegada del Virrey Jáuregui, quien ordenará la tremenda ejecución de Túpac Amaru, con quien ejercieron —según Palma— “los más bárbaros horrores”. Del suplicio también sufrirán Micaela Bastidas, la esposa del Cacique, y numerosos familiares. El sabor novelesco de esta historia, germinadora del espíritu revolucionario aun en los criollos nobles de Lima como Baquíjano y Carrillo, está en el envenenamiento del Virrey Jáuregui, en 1784. Palma epiloga: “Así vengaron los indios la muerte de Túpac Amaru”.

Para la misma época y ambiente antiaduanero, Palma dedica la tradición: “Los pasquines de Yauli” de la Séptima Serie, donde sus tradiciones toman un mayor sentido crítico. El 25 de Diciembre de 1780 —cuenta— apareció un pasquín en la Iglesia de San Antonio de Yauli: “Sepan todos los agraviados de las alcabalas y de los nuevos impuestos cómo el Señor Emperador Túpac Amaru nos tiene notificados a todos sus amigos de esta provincia de Guarochirí como tenemos armas en las pascanas de Chicoxira... Valor amigos, y ¿quién sabe?”... Un espíritu de rebelión parece vivir latente en esa zona —que habrá de ser importante centro de operaciones montoneras— desde la época de los amotinados de Amancaes de 1749; y Palma añade que hubo muchos otros pasquines anteriores; entre ellos uno que rezaba así: “De tripas de negritos //haremos cuerdas,// para mandar chapetones// a la m.”... , atribuido a una muchacha apodada “La Coquerita” que era de las pocas que sabían leer y escribir en Yauli. De las instructivas tomadas entonces resultaba culpable del pasquín citado en primer término un muchacho de Lima, expósito, ex-estudiante de sacerdocio enamorado de “La Coquerita” llamado Pepe Alarcón, hasta que se descubrió la autoría de tres indios cabecillas de motín, vinculados a la acción que en el Cusco desarrollaba José Gabriel Túpac Amaru.

Los pasquines que corrieron por entonces en el Virreinato del Perú volverían a recorrer nuestro país, cuando se inicia la etapa de la Independencia, superado el momento fidelista, desde 1814 en adelante.

En la Segunda Serie aparecerá una tradición de las más conocidas de Palma: “La gatita de Marí Ramos”, (“que halaga con la cola y araña con las manos”). Sirve de escenario, a la narración, el Gobierno del Virrey de Croix, en cuyas tertulias figura Unanue, el P. (mercedario) Calatayud —a quien los carolinos tuvieron por maestro de ideas reformistas, liberales—, el P. Rodríguez de Mendoza, Rector “por treinta años” del Colegio de San Carlos, donde se forja la generación de la independencia: Sánchez Carrión, Mariátegui, Tudela, etc. En la tradición se menciona al religioso agustino Juan Alcedo como autor de una sátira sobre la conducta de los españoles en América, quien por este motivo fue desterrado “a la metrópoli para escarmiento de frailes murmuradores y de poetas de aguachirle”. Aquello está como en paréntesis entre el extenso y agradable relato de esa tradición amorosa, clave en cuanto al estudio literario de Palma. A continuación de ella figura otra, “Pancho Sales, el Verdugo” donde nuevamente vemos a los intelectuales precursores de la emancipación en su tarea de definir el Perú a través de las páginas de *El Mercurio Peruano*, en la época de Gil de Taboada Lemus. Palma recoge

la fundación de **El diario erudito**, el 1º de Octubre de 1792; y, luego, la de aquella revista, así como de la edición de **La guía de forasteros** de Unanue, de 1793. Sería de interés tomar de esta tradición el hecho que a partir del 9 de diciembre de 1824 quedó vacante el cargo de verdugo que se mantuvo a través del período virreinal. Unido a estas tradiciones —en las que aparecen hombres de pensamiento, sobre los que pesa el enciclopedismo y por lo tanto un sentido liberal de la organización de los pueblos— tendríamos el recuerdo propio de Palma del Convictorio de San Carlos, centro de formación de talentos próceres, de figuras intelectuales que dirigirán el pensamiento libertario. Ese recuerdo se hace a través de “Los escrúpulos de Halicarnaso”, en la Sexta Serie.

Diversas pequeñas notas se vinculan a los momentos preliminares a la gesta de la independencia. En “Predestinación” de la Primera Serie, que apareciera en 1872, vemos a Juan Bautista de Lavalle elegido por primera vez en votación popular Alcalde de Lima con la Constitución de Cádiz de 1812. “Cosas tiene el rey cristiano que parecen de pagano” nos ofrece la vida del Conde de la Vega del Ren, —“patriota de camisa limpia a quien costó no poco la independencia del Perú”— activo participante de los actos preparatorios al juramento de la Independencia de Lima, quien fuera conspirador liberal, por sobre su condición nobiliaria, y de quien se afirma llegó a decir en la Plaza de Toros de Acho: “Obedezca usía, que se lo manda el **soberano pueblo**”. Cuando se suprimen los títulos nobiliarios en épocas del Libertador Bolívar, el Conde de la Vega del Ren se apartará “desencantado de la patria, de los patriotas y los patrioter”, dirá Palma en la citada tradición de la Sexta Serie. Pero, particularmente, por la pérdida de su privilegio social.

Tal vez si sólo tenga valor anecdótico, pero nos sirve para encontrar la pista de O’Higgins, de Lord Cochrane, de Stevenson, secretario de ese marino inglés, etc., la tradición “De menos hizo Dios a Cañete”, donde descubrimos que el Virrey inglés Ambrosio O’Higgins, padre del prócer chileno, y el Arzobispo Juan Domingo González de la Reguera, fueron condueños en Lima, antes de llegar a esos altos cargos de una tienda en la esquina de la calle Judíos frente al Portal de Botoneros. Se publicó en la Séptima Serie. Por la misma calle de Judíos aparece como tendero otro personaje con quien Palma vincula una anécdota con la cultura de la emancipación: “Don Tadeo López, el condecorado”, politiquero “de puerta de café”, quien citaba a revolucionarios franceses y a enciclopedistas y que pronunciara algunas palabras en homenaje a Baquijano y Carrillo, en 1813, por haber sido nombrado Consejero de Gobierno. Tadeo López soportó la cólera del Virrey Abascal por haber publicado **El Peruano Liberal** con un artículo de un estudiante de San Carlos en que se hablaba de autonomía, de pueblo soberano, de cadenas y “de águila caudal del pensamiento, y de Roma, y de Esparta, y del buitre de Prometeo, y mucho de repiquetear nombres y símiles mitológicos, y aquello de las furias// del león ibero y de las tres centurias”... , pone Palma, burlándose del dejo declamatorio y demagógico, “pirotecnia patrioter”, añade. Mendiburu le da pie para asegurar históricamente la figura de ese inventor de la “fundición de tipos para imprenta”, que produjera “justo

enojo" del Virrey Abascal, y la supresión por éste de la medalla que le había otorgado el Cabildo por su obra creadora.

Por aquellos tiempos, a pesar del movimiento liberal que ya se producía en España, fue ejecutado en 1810 en La Paz, el caudillo liberal Pedro Domingo Murillo, con ocho compañeros más por rebelión contra el Gobierno metropolitano. El tema le sirve a Palma para "El Corpus triste de 1812", donde se consignan las palabras de aquel prócer: "Compatriotas, la hoguera que he encendido no la apagarán ya los españoles... ¡Viva la libertad!". Goyeneche, enviado como pacificador del Alto Perú, va a destruir los focos de insurrección de esa zona, culminando su acción con la entrada y saqueo de Cochabamba, por lo que Palma termina la tradición, que está ya en la Novena Serie, mezclada a los artículos históricos, con estas palabras: "Así festejó don José Manuel de Goyeneche, primer Conde de Guaqui, el Corpus Christi de 1812".

A la obra de un precursor peruano de la independencia de México y de Hispanoamérica en general, se dedica tributo en las tradiciones de la última época, a Fray Melchor de Talamantes. "El Padre Talamantes", era figura hasta entonces más o menos desconocida y trataba Palma de difundirla en su país, ya que el pueblo de México sí le rendía especial tributo de admiración por sus escritos precursores sobre Texas —que había que defender de la expansión de los Estados Unidos—; por su Constitución para los pueblos Americanos, en otro anteproyecto de confederación de nuestros pueblos; y, en general, por su obra de inmoción a la causa emancipadora. En verdad no se trata de una tradición sino de un artículo a guisa de comentario de la obra del escritor mexicano Manuel Puga Alcalá: **Primeros Mártires de la Independencia**. Está entre las últimas obras de Palma y colocada en la Décima Serie. Como se sabe la vigorosa tarea del P. Talamantes no fue lo suficientemente difundida a pesar del empeño de Palma. Nuestra compatriota Emilia Romero recogió material sobre él y a lo largo de las últimas décadas muchos nos hemos empeñado en colocar su nombre entre las figuras fundamentales de la Independencia.

Estamos ya ante el momento mismo de aquélla. Para el Perú las sublevaciones o conspiraciones bajo el signo criollo de Libertad e Independencia, con los términos de patria y localización regional, se inician con la fracasada revuelta de Aguilar y Ubalde en el Cusco, en 1805. Ricardo Palma se refiere a Gabriel Aguilar en "Loco o Patriota", con cierta ligereza en el trato del personaje, quien aparece allí componiendo algunos poemas de escaso valor literario. Esteban Pavletich ha realizado un minucioso estudio de Aguilar, con una medida diferente. "Loco o Patriota" está entre las tradiciones consideradas en la Octava Serie de 1891, cuando Palma escribiría su despedida. "Esta vez de veras, lectores míos, // no está el tradicionista para más líos, // y eso que de su numen o su meollo // no se ha agotado el jugo para el embrollo. // No son paja picada ni cañamones // ocho series o tomos de Tradiciones".

Una de las tradiciones más ricas en detalle y variedad de circunstancias es la referente a Abascal y que lleva el título de "El virrey de la

adivinanza". No deja de mostrar Palma aquí el desenfado que le es característico. Abascal le resulta simpático y nos lo presenta así a través de una biografía que se ve engalanada con la punta de ficción que el tradicionalista emplea. Aquí tenemos, por ejemplo, aquella improvisada acción del monarca de hacer jefe de regimiento al hasta entonces capitán José Fernando de Abascal, después de verlo adiestrar a un grupo de soldados. Desde allí, hasta Virrey del Perú y Marqués de la Concordia no parará. Años los de su Gobierno donde se hace fuerte el poder español virreynal en el Perú —aun cumpliendo con la Constitución de Cádiz— mientras se debilita sensiblemente en la mayoría de los países hispanoamericanos; pero también vemos como, gastado su poder, tiene que entregarlo al General Pezuela. El acertijo o adivinanza que Abascal debe absolver es aquél que el P. Molero, de los agustinos, le propone al entregarle tres bolsillas conteniendo cada una distinta especie: "Sal-Habas-Cal"... Palma cumple también en esta tradición con uno de sus más frecuentes propósitos: jugar con el lenguaje, como en "la almilla" de "Dimas de la Tijereta" o "Los tres etcéteras del Libertador". La tradición "El virrey de la adivinanza" corresponde a la Segunda Serie y puede completarse con la ya citada "De esta capa nadie escapa", donde vemos el autoritarismo de Abascal pero también la literatura pasquinesca como signo de una época. Esta tradición vino a aparecer en la Sexta Serie que la prologó con el repetido poema "Sinfonía a toda orquesta", firmado en Miraflores en 1880 —que comienza con aquellos versos: "De cuanto y cuanto apollillado infolio// pude hacer monopolio// (afición y tarea de verdugo)// he sacado ya jugo"... En parte central dirá: "¿Los vivientes de ayer fueron mejores// que los de hoy? —No señores.// El hombre es siempre el mismo: cambia el traje// pero no de pelaje"... Y decide dejar —en una de tantas veces— de escribir "tradiciones". En aquel momento con evidente imperativo, ante la iniciación de la desgracia nacional.

En "El Obispo de los Retrúecanos" y en "Asunto concluído" Palma se referirá a la Rebelión de Pumacahua y los Angulo con el triunfo en Picoaga y el desastre en Humachiri. En la primera —que va inserta en la Sexta Serie— pondrá al Obispo de Cuzco, Pérez Armendáriz, haciendo pública ostentación de su simpatía por la causa patriota: "—Dios sobre las causas que protege, pone una mano; pero en favor de la proclamada por el Cuzco (*) ha puesto las dos". En la segunda, expresa que aquella revolución debió acelerar la Independencia del Perú; y tiene por motivo central el triunfo del Cura Muñecas en La Paz y la ejecución en la horca del Marqués de Valdehoyos, quien habría expresado —a pesar de la Constitución de Cádiz— lo que más tarde diría Fernando VII para mal de sus culpas y pérdida de las colonias americanas: "Yo soy aquí la Constitución, yo soy todo y... **asunto concluído**". Sobre su cadáver, en el poste donde pendía, se había colocado un letrero con aquella frase. Igual pudo colocarse sobre el retrato del monarca, después de la Batalla de Ayacucho: "Asunto concluído". Tema es éste para la época de sus "artículos históricos" y de tradiciones más elaboradas que aparecerán en la Novena Serie.

(*) Nota. Se transcribe al ortografía de Palma, porque para nosotros Cusco va con "s".

Si para Abascal tenemos "El virrey de la adivinanza", para Pezuela tendremos "Buena laya de fraile". Recordemos que el hijo de Pezuela, Conde de Cheste, llegó a ser Director de la Real Academia de la Lengua Española. El y Carbajal y Vargas fueron los únicos nacidos en nuestro país que ocuparon el cargo. Surgen como recuerdos de su época el suplicio en plena Plaza de Armas de Lima de los conspiradores del Real Felipe: Alcázar, Gómez, y Espejo; la noticia en Lima del triunfo de Maipú, después del descabro de Cancharrayada; el asedio de la costa por la escuadra de Lord Cochrane; el desembarco de San Martín en Paracas; el paso del Batallón "Numancia" a las fuerzas patriotas de San Martín, con el consiguiente suicidio de su jefe el general O'Relly, quien se arrojó al mar; las conversaciones de Setiembre en Punchauca entre emisarios de Pezuela y San Martín; y, por último, la traición del Mariscal La Serna, acusado primero de liberal y masón y convertido después por los generales realistas en Aznapuquio como Virrey del Perú. Antes de tal acción ya corrían pasquines como "Nació David para Rey, // para sabio Salomón, // para soldado La Serna, // Pezuela para ladrón" ... Palma no mira con simpatía a La Serna, como sí mirara a Abascal, y así nos dirá: "En La Serna veo un virrey de cuño falso; un virrey carnavalesco y de motín... un virrey que, estirando la cuerda, alcanzó a habitar cinco meses en Palacio, como huésped y con la maleta siempre lista a cambiar de posada; un virrey que vivió luego a salto de mata, para caer como un pelele en Ayacucho"... "un santo sin altar y sin devotos".

Mientras que San Martín está acantonado en Huaura, mientras Arenales recorre en campaña patriótica desde Ica hasta Cerro de Pasco y de aquí hacia la costa, nuevamente, muchos señores de las ciudades comienzan a inclinarse al lado patriota como el Marqués de Torrehermosa, dueño de Montalván, hacienda que fue entregada después por el Gobierno a Bernardo O'Higgins, como reconocimiento del Perú a la obra de la Expedición Libertadora. El de Torrehermosa fue despachado a España como insurgente y resulta el símbolo de un grupo de nobles criollos que pretendieron una independencia para mayor y absoluto poder de su círculo.

El espíritu popular de la revolución está en la montonera. En los grupos que en todo el país se forjan para una liberación. Vidal es un montonero típico. Ninavilca y otros que asedian Lima y obligan a La Serna a huir a la Sierra, lo son. Debemos leer "Los brujos de Shulcahuanga" de la Séptima Serie, para ver cómo germina el sentimiento libertario en los pequeños pueblos del Perú. Ricardo Palma comienza su tradición con un destello geográfico: "En la cadena que forma la cordillera que va de Otuzco a Huamachuco se ve un cerro elevado y de forma cónica, el cual desde los tiempos incásicos se conoce con el nombre de **Shulcahuanga**". Hacia fines de 1818 —según Palma— crece el rumor de que hay brujos en su cumbre. Y mientras tanto bajan desde ella —tal vez— proclamas y pasquines en manuscritos que recorren Huamachuco, Uzquil, Cajabamba, Otuzco, Chota. Se acompañan dibujos a los escritos groseros contra Fernando VII a quien se le ve de hinojos ante Túpac Amaru, según reza la tradición. Se habla en ellos de tiranía, se destaca las mitas y la "socaliñas parroquiales" y se incita claramente a la rebelión. "Antes de hacerte

difunto, // godo, regodo, archigodo, // te haremos bailar por junto // y atado codo con codo // el punto y el contrapunto"... Y esta otra coplilla que tiene que ser del 19 y no del 18: "¡Al fin // al fin // va llegarle a los godos // su San Martín"... Las proclamas no eran anónimas como las coplas; aparecían lanzadas por un apóstol de las nuevas ideas: "José Luz de la Verdad, sellador del Real Túpac Amaru, a los pueblos del Perú". De pronto apareció en la cima del Shulcahuanga: "Yo soy José Luz de la Verdad ... Esta tierra es nuestra, muy nuestra, de los peruanos... No toleraremos más tiempo amos que vienen de fuera a gobernar... ¡Abajo la tiranía! ¡Viva la libertad!..." Se produjo el asalto del cerro por las fuerzas del gobierno y murió José Luz de la Verdad, que era José Salinas, un peón de hacienda dedicado al servicio doméstico, que había sido antes "pongo" del cura de Chota. Pero detrás de él, a decir de las murmuraciones de la época, estaba José Faustino Sánchez Carrión, tal vez si el máximo exponente de las ideas liberales y republicanas, entonces desterrado a su tierra natal, Huamachuco; y Luis José de Orbegozo, a la sazón hacendado en Choquizongo y más tarde líder y Presidente de la República. Tan importante fue la acción de Huamachuco, que San Martín y el Congreso de 1823 la declararon "cabeza de provincia" y "fiel ciudad" por la obra emancipadora. Hilvanándose con "Los brujos de Shulcahuanga" estaría "El médico inglés", otro predicador de la libertad por tierras de Cajatambo y Huailas, quien tomando la Biblia como elemento fundamental de sus oraciones patrióticas, comenzaba diciendo: **Yo soy Pablo** o **Yo soy Jeremías**. El apóstol de la democracia produjo tal conmoción que Pezuela mandó gente a perseguirlo. Se decía que era el mismísimo San Martín disfrazado, pero en verdad resultó ser un tal Pablo Jeremías, agente de O'Higgins. Dice José Francisco Mariátegui —en cita de Palma— "De orden de Monteagudo fue fusilado Jeremías en la plazuela de Santa Ana, sin proceso... trataron de deshacerse de un hombre estimado como enérgico enemigo de los planes de la monarquía"... "Tal fue el fin del **médico inglés**, que no pocos dolores de cabeza diera al virrey del Perú", concluye la tradición de la Octava Serie.

El montonero aparece en la figura de **Inocente Gavilán**, joven trujillano, criollo, mayordomo de hacienda, quien partidario de San Martín y perseguido por fuerzas de La Serna reúne un grupo de peones y se convierte en capitán de guerrilla. Se llamaba Inocente Zárate y sus subalternos lo bautizaron con "Gavilán". Conciliaba la acción armada con las chanzas y así, habiendo cogido un piquete de soldados les hizo rapar la patilla derecha y el mostacho izquierdo y los envió donde su jefe Monet. Palma dice haberlo conocido como dueño de una huertecita en el Cercado. Esta historia corre inserta también en la Octava Serie.

Dentro de las más hermosas tradiciones, por la prosa que despliega, por el sucesivo canturrear de pregoneros, por el ambiente local que se percibe, por el diálogo que la convierte en posible pieza dramática, está "Con días y ollas venceremos". Se hallan en ella los elementos clásicos de la tradición palmista: hecho histórico que sirve de pie, capítulo preliminar donde surge la atmósfera del relato y el escenario del acontecimiento; una serie de dichos tradicionales y de cantares que adornan el proceso narrativo con hálito popular y luego, el cuento mismo. En éste

se verá a los patriotas representados por Luna Pizarro —quien aparece de niño en Arequipa en la estampa titulada: “Al rincón. ¡Quita calzón!”— que conspiran en la ciudad de Lima. Son ellos los que significan el espíritu peruano de la independencia y que se comunican con San Martín, preparando el ingreso de éste a Lima. Los que sirven para la conexión son un ollero que pasa pregonando su mercancía y el negro sirviente de Luna Pizarro, que le cambia cada día la olla, por “defectuosa”. Hay un aprovechamiento intelectual y sentimental de lo que llamaríamos la hora de la Independencia, dentro de una efectiva obra de arte que aprovecha generosamente lo que hay que considerar como el plano anecdótico. El final escueto nos lleva al día mismo de la Declaración de la Independencia; “y merced a las ollas que llevaban en el vientre ideas, más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fue tan espléndido, que el 28 de julio se juraba en Lima la Independencia y se declaraba la autonomía del Perú. Junín y Ayacucho dieron el corolario” —termina Palma.

“Con días y ollas venceremos” escrito entre las tradiciones de la Segunda Serie —donde se hallan fundamentales como “El virrey hereje y el campanero bellaco” o “Una vida por una honra”; o “Cortar el revesino”, o las ya vistas en este repaso por la rebeldía y la independencia tales como “El resucitado”, “El corregidor de Tinta”, “La gatita de Mari-Ramos”, “El Virrey de la adivinanza”, etc.— está en el centro del proceso que venimos siguiendo: al final estará otra narración de esta época, también basada en un santo y seña: “Pan, queso y raspadura”, que nos ofrece la Batalla de Ayacucho. El primer santo y seña es de San Martín al leer un mensaje que le envía desde Lima Luna Pizarro; el segundo es de Sucre y saldrá de la frugal comida de la víspera de la batalla, como veremos. La substancia del lenguaje responde en los dos casos a la trascendencia de los dos actos decisivos: la Declaración de la Independencia y la emotiva liberación con la acción de Ayacucho.

Pero debemos seguir a Palma en este juego de saltar hacia adelante y hacia atrás, ya que él escribió sus tradiciones sin ilación histórica y hay que tomar y retomar en su punto histórico el desarrollo que nos hemos propuesto. Por ejemplo, al citar a Luna Pizarro pensamos nuevamente en los próceres peruanos que trabajaron por la idea y realización emancipadora —mayormente política— en toda la América Hispánica. Ya hemos visto que Palma se refirió a los intelectuales de San Carlos y San Marcos, y se encontró —en años avanzados de su vida— con datos sobre la personalidad de Talamantes. Por el mismo tiempo de su vejez, escribió “El primer Gran Mariscal” referente a Luzuriaga en su múltiple papel de héroe en Uruguay, Argentina, Alto Perú, Chile, Guayaquil, y el propio Perú. Palma no se refiere en cambio a Alvarez Thomas, el Director de la Provincia de la Plata, nacido en Arequipa y propulsor de la Expedición de San Martín a Chile; ni a Escobedo, el primer Jefe militar del Guayaquil independiente; ni al limeño Juan de Egaña, el creador de la República de Chile desde el punto de vista constitucional; ni a tantos otros que fueron adalides de la causa independentista. Cuando habla de Sánchez Carrión, lo vemos comunicado en Huamachuco con los “Brujos de Shulcahuanga”, o en la casa que en la calle de San Marcelo tenía Rosa Campusano, la amiga del protector San Martín, en la tradición que a ella

dedica, como "La Protectora"; pero no en la vasta obra que cumpliría aquél desde San Carlos, como se aprecia en la biografía del liberal Larriwa y que podía haberle servido para una extraordinaria tradición con la apasionante vida del líder huamachuquino. Hombre típico de la clase media peruana, entregado por completo a la libertad y la república en jornadas intelectuales y de armas y de administración de justicia y de forjación del país, hasta su muerte por la rotura de un aneurisma en el hígado, en su retiro de Lurín, cuando era el llamado a conducir nuestra república en sus primeros años.

La personalidad severa de San Martín surge en una pequeña tradición "Pico con pico, y ala con ala", escrita ya para la Octava Serie, donde se le verá cortando parcamente la intromisión de su cuñado en el quehacer gubernativo. Desde ese día el cuñado "no volvió a gerundiar a San Martín", dirá Palma. También aparece —en la Novena Serie— en su firmeza, aunque con burlona travesura, cuando Palma nos lo presenta convirtiendo al P. Zapata de Chancay en "P. Pata", vengando así, por resolución, sin ir a mayores y en reciprocidad, la actitud de aquel sacerdote que decía en sus sermones que San Martín no podía ser sino solamente Martín, como Lutero. Pero la tradición central en torno a San Martín es indudablemente la "del Himno Nacional" aparecida en la Séptima Serie. El detalle que centraliza nuestra visión es aquel emocionado ponerse en pie del Protector en el instante en que se terminaba la 6ª ejecución del concurso, la música del maestro Alcedo, y exclamar: "He ahí el himno nacional del Perú"... Después sería estrenado éste la noche del 24 de Septiembre de 1821 y lo cantaría por primera vez Rosa Merino, en el Teatro Principal.

Las dos estampas son fundamentales: San Martín mostrando en un rápido ponerse en pie su entusiasmo; y la famosa cantante, dejando escuchar desde el escenario el "Somos libres"...

Jugando, jugando siempre con las palabras tendríamos los "Veinte mil godos del Obispo", que eran en realidad veinte mil pesos, llamados "godos" por ser de la época virreynal, que se llevaba Monseñor Sánchez Rangel y que se le perdieron entre Tarapoto y Yurimaguas cuando se volcó la embarcación en la que viajaba. Los pescadores que se los encontraron los gastaron rápidamente "como buenos patriotas", haciendo de ellos **chichirimico** y no guardando uno siquiera de prisionero".

Jugando, jugando, siempre con las personas, pasa de "La Protectora", Rosa Campusano, a "La Libertadora", Manuelita Sáenz, nostálgica y escéptica como la encontrara Palma entre las casas del Puerto de Paíta; y, en medio de ellas, María Abascal, esa pícara amante de Monteagudo que al parecer fue causante de su muerte, pues aquél fue asesinado al regresar a Lima cuando la Abascal tenía otro amante. San Martín entrega una condecoración de la Orden del Sol a su "amiga". Bolívar instala la suya en la Quinta de la Magdalena. Y entramos en la vida particular de los grandes hombres, pero también de las grandes de la época, con sus gustos y lecturas, con solo pequeños champones de color entre las páginas de las **Tradiciones Peruanas**. A "La Protectora" la pinta con vesti-

menta a la moda femenina en el centro de un hogar limeño, leyendo a "Abelardo y Eloísa"; mientras Manuelita Sáenz se nos brinda cabalgando "a manera de hombre" vistiendo "dolman rojo, con brademburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca"... mientras por su mente pasaban las estrofas de Quintana, de Olmedo, de Cienfuegos...

Entre San Martín y Bolívar debemos tener un paréntesis, que la historia misma reclama: Congreso Constituyente, campañas a intermedios, desastres patriotas, rivalidades de Riva Agüero y Torre Tagle. Podremos colocar la historia del Padre Terreros, por ejemplo, un mestizo nacido en un pueblecito de la actual provincia de Jauja, quien indignado ante la actitud de Carratalá, de Barandalla, quien fusilara al P. Cerdá en el pueblo de Reyes —en Junín— y de otros jefes realistas, se levanta en Chupaca con un grupo de indios. "Yo jamás hubiera tomado el sable, sino hubiera visto los santuarios servir de pesebreras de caballos... Dejad solos a los contumaces en su desgraciada obstinación". Y firmaba el coronel Fray Bruno Terreros. Es un nuevo jefe guerrillero, como Gavilán, Vidal, Guavique, Ninavilca, "Agustín, el largo" y "Cholo fuerte". Las acciones de Terreros lo hicieron famoso. Consolidado el Perú independiente pidió volver a tener el hábito de San Francisco y, luego, pasó a ser cura del pueblo de Mito, donde naciera. También podríamos colocar aquí la estampa de Miller, huyendo de Arequipa ante el dominio de los realistas y recibiendo en una calle "aguas servidas" que le arrojan tres muchachas no agraciadas, a quienes lanzará aquella maldición: "Permita Dios que siempre duermen solas"... Hermoso en su sencillez es el cuento "A muerto me huele el godó", con cierto encanto de realismo mágico. Es nada menos que sobre aquel cruelismo Barandalla que moriría al año de la profecía, poco antes de la batalla de Ayacucho. Entre "Los jamones de la Madre de Dios", con la dudosa victoria de Santa Cruz en Zepita y "Una frase salvadora", con la acción desesperada de Lavalle para salvar el reducido grupo de hombres que habían combatido a sus órdenes en Torata y Moquegua, tenemos el ambiente indeciso para la causa patriota, que es como un grueso nubarrón realista, cuya figura más importante será Valdez, quien merece con su carácter varios párrafos del propio Palma, en "Un General de Antaño". "El Coronel Fray Bruno" está entre las tradiciones de la vejez de Palma. "La maldición de Miller", ejemplar cuadro plástico, corresponde a la Octava Serie, de la "Despedida", "A muerte me huele el godó" estará entre las de la Sexta; y "Una frase salvadora" en la Cuarta. En cuanto a las "historias" de Valdez están relatadas en la Octava Serie.

Con criterio político analiza Palma la intervención interesada de Inglaterra en la causa de la Independencia de los Pueblos Americanos, en dos de sus tradiciones: "Garantido todo lino", con la intromisión de mercadería inglesa, telas y té, principalmente, que los franceses imitan en competencia comercial; y "El cónsul inglés, "Mister Rowcroft frisaba en los cincuenta años, y era el perfecto tipo del **gentleman** —nos contará el tradicionista—. Acompañábalo su hija, miss Ellen, una de esas willis vaporosas y de ideal belleza, que tanto cautivan al viajero, en un palco de **Convent Garden** o en las avenidas de Regent's Park". Rodil lo haría matar. Y a propósito de Rodil la historia de su tozuda defensa del Castillo del Real

Felipe está vivamente expuesta en "Una moza de rompe y raja", con el personaje de la **Lunareja**, que ha servido, como otras, para la dramatización y aun para guión cinematográfico. Esta última está en la Cuarta Serie, lo mismo que la anterior del Cónsul inglés; en tanto que "Garantido todo lino" pertenece a la Octava.

Cuando suena el "Clarín de Canterac" estamos en la Pampa de Junín. Con dos brochazos se pasa de la derrota a la victoria de los patriotas, con la figura central de Necochea y de los "Húsares del Perú", rebautizados con el nombre de "Húsares de Junín". En cuanto al hombre del clarín —un realista— terminó de sacerdote en vez de ser fusilado, cuando fuera hecho prisionero al final de ese rápido combate de arma blanca que cantara Olmedo en su tan repetida Oda onomatopéyica. Al fondo del cuadro ya está Bolívar.

A pesar de que Palma no guarda por Bolívar la profunda simpatía que le despiertan San Martín y otras figuras, la admiración por el héroe cede a cada paso a cualquier resistencia. Esta era debida a la posición liberal de Palma que, al igual que en otros países bolivarianos, se enfrentó a lo que se consideraba el cesarismo del Libertador. En el Perú, los liberales estuvieron unidos a los conservadores centralistas limeños que vieron en Bolívar al destructor de la corriente monárquica y de los intereses locales; así como podemos decir que los "señores" de provincias, los conservadores del Sur, por ejemplo, que tenían una abierta posición republicana y federalista, se tornaron mucho más empecinadamente bolivarianos que los hombres del centro. Habría que leer los dos artículos de Luis Ulloa comentando la **Historia del Perú Independiente** de Nemesio Vargas, donde se afirma que en el Perú no hubo aversión a Bolívar, sino por el contrario popularidad en las clases que comunmente se llaman bajas, y oposición solo en los retrógrados y en los caudillos a quienes hacía sombra la figura del Libertador. La sentencia contra Berindoaga —motivo de ataque de muchos— fue firmada por Unanuè. La formación de Bolivia era ajena entonces al Perú, pues pertenecía la región del Alto Perú al Virreynato de Buenos Aires; y más bien, cuando se busca la Confederación —10 años después— el grupo centralista se opone a ella en nombre de un nacionalismo curioso, frente a un Santa Cruz, héroe y mariscal peruano. La Constitución Vitalicia de Bolívar fue un medio de establecer un orden frente a la anarquía que se desbordaba y que se desbordó. Todo esto se desprende de la crítica analizadora de la política peruana de Luis Ulloa en los artículos publicados en **Ilustración Peruana**, de 1912.

Y volvemos a Palma. "La justicia de Bolívar", de la Cuarta Serie, nos lo presenta en Ancash, en la ciudad de Carás. Y al final la "goda" señora de Munar, a quien Bolívar reconoció el derecho de salvaguardar su honra exclamará: "Viva el Libertador! ¡Viva la Patria!"... Todo ese momento de recuperación patriota de la que es símbolo el grito anterior se exhibe en el "Origen de una industria", con la captación para el Perú del sector de Maynas, desde Moyobamba; hasta culminar en la batalla de Junín, cuyo episodio está vinculado a un "clarín", como en el poema de Olmedo: "Y el clarín de victoria// que en ecos mil discurre ensordecien-

do// el hondo valle y la enriscada cumbre// proclama a Bolívar en la tierra// árbitro de la paz y de la guerra"... Hay dos tradiciones significativas sobre Bolívar: "Bolívar y el Cronista Calancha", también de la Cuarta Serie, donde lo vemos en ese trance de su personalidad cuando saca luces de los textos literarios o históricos aún para remover a un funcionario; y "La última frase de Bolívar" —escrita ya en la plácida senectud de Palma— con el final en Santa Marta del Libertador, quien susurra murmurante: "Acérquese usted doctor... se lo diré al oído... Los tres grandes majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo".

El sentimiento de admiración por Bolívar no se empequeñece por aquel afán de mostrarlo mujeriego o enamorado; ya en "La vieja de Bolívar", con la Manolita Madroño, a quien conoció el tradicionista de oídas. Vivía para 1898 en Huaylas. En 1824 también cuando por allí pasó el Libertador... "Como está la vieja de Bolívar? —le preguntaba la gente. Y ella respondía con picardía: "como cuando era moza"... Palma lo cuenta entre sus últimas tradiciones. Y a renglón seguido vendrá el consabido cuento de "Las tres etcéteras de Bolívar", que tiene tanto sabor de narración siglo XIX con mezcla de antigua leyenda del XVII, a lo Rodríguez Freile, el de "El Carnero", de Santa Fe de Bogotá. Sólo que en Palma es entusiasmo por el qué del término, por la sutileza del lenguaje. Ese sentimiento amoroso que despertaba Bolívar o que él se encargaba de despertar, se ratifica en aquella carta de Manuelita Sáenz, que Palma convierte en otra tradición y concatenada con las dos anteriores: "La carta de la Libertadora", donde también asoman los dos bandos opuestos a Bolívar, los que rezan "nos diste a Bolívar// gloria a tí, gran Dios"... y los que cantan la copla liberal de 1827, "Bolívar fundió a los godos// y desde ese infausto día// por un tirano que había // se hicieron tiranos todos"... En la "carta" a su esposo; Manuelita Sáenz dirá: "¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro; ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea la Santísima Trinidad?"... "a mí, miserable mortal, que me rio de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua".

Pasando todo aquello que es lo episódico —aunque sabroso— queda como la tradición bolivariana por excelencia: "Pan, Queso y Raspadura", con la presencia de Sucre y Córdoba, por sobre todas las otras figuras. Estará allí también la entrevista de La Mar y Sucre, la víspera de la batalla; el paso de las fuerzas del general Trinidad Morán en Corpahuaico; la proclama del General Lara —famoso por sus palabrotas—: "zambos del ... ajo", etc.— y toda la Batalla misma, con su grandeza, nacida de un santo y seña que es una naturaleza muerta o una oda elemental: Pan, queso y raspadura de chancaca. "Conténtense con mis pobreza —diría Sucre a sus oficiales— que para festines tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello"... Al día siguiente "a la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho" —señala Palma, quien inserta, a continuación, la carta que desde allí enviara el mismo general español a Bolívar, felicitándolo por "haber terminado su empresa en el Perú, con la jornada de Ayacucho.

La extensión del nombre de Bolívar a la libertad de todo el mundo hispanoamericano se vislumbra a través de la carta que le remite el Dictador Francia del Paraguay en una tradición de poco carácter titulada: "Entre libertador y dictador". Y concluiremos este zurcir de narraciones con aquel cuento de "La fiesta de San Simón Garabatillo": escrita en 1871 y que aparece en la Primera Serie de las **Tradiciones Peruanas**. En el pueblo de Lampa, del Departamento de Puno, no había más persona que recordara al Libertador, que el maestro de escuela. De suyo bonachón, un buen día dió soberana paliza a sus discípulos. Asombrados éstos, al día siguiente por que el maestro había vuelto a ser el de antes, se preguntaban la causa de su mudanza. Y él explicó que el 28 de Octubre —la víspera— era Día de San Simón Garabatillo, el santo del Libertador, y que quería que se acordaran toda su vida de esa fecha singular. Esto, a punta no del látigo sino de palabra, sirva de colofón para refrescar la memoria". Decía Palma: "Ahora a estudiar la lección y ¡viva la Patria!".

La Iglesia y la Independencia

Por el R. P. Armando Nieto Vélez S. J.

Características de la Independencia

Estoy muy complacido de volver a participar, justamente después de un año, en otro de los ciclos organizados por la Comisión Nacional del Sesquicentenario y dedicados a los maestros del país. Deseo hablarles sobre "La Iglesia y la Emancipación". Para comprender el tema, hay que tener en cuenta algunos planteamientos generales que están en la base del estudio de la Independencia. Ya los diversos conferenciantes han insistido en que la Independencia es un fenómeno humano complejo, que no se limita a determinados aspectos políticos y militares. Al lado de eso — que es de importancia — hay que colocar también los elementos inherentes a los hechos humanos, como lo social, lo económico, lo jurídico, lo espiritual; para descartar así toda visión fragmentaria y unilateral que pueda disminuir y recortar las verdaderas dimensiones de la Independencia.

Debemos tener también en consideración un segundo punto: me refiero al aspecto personal. Los hombres de la independencia no vieron — ni todos ni de golpe — la emancipación con urgencia imperiosa y claridad meridiana. Vivieron en muchos casos el problema con perplejidad y hasta con desgarramientos de conciencia. Solamente así, con este enfoque, podemos apreciar a los que lucharon decididamente por la Patria y comprender a los que militaron sinceramente en el bando realista.

Un tercer punto: La Independencia no rompe la continuidad histórica del Perú. No rompe la línea histórica de la comunidad peruana; y en esto insisten los historiadores contemporáneos. Basadre, por ejemplo, recuerda que la Independencia no significa comenzar desde cero la historia del Perú (1). Menos aún — añadimos — significa una regre-

(1) Jorge Basadre, *Notas sobre la experiencia histórica peruana*, en su "La promesa de la vida peruana y otros ensayos" (Lima, 1958), p. 55.

sión o un retroceso hacia el incario. Por ello creo que no es feliz la expresión "reconquista" — que he leído hace poco en un diario — para designar la independencia peruana. En la historia de España, la llamada "reconquista", que se inicia en el siglo VIII, sí se interpreta como una vuelta a los valores perdidos con la invasión musulmana. Pero no es éste el caso nuestro.

Otra comprobación de carácter general: la Independencia no nos fue impuesta contra nuestra voluntad. No nos independizan desde fuera. Basta ver los testimonios documentales ya publicados, y los que la Comisión Nacional está editando, para comprobar que la independencia brota de los peruanos y de todos los estamentos nacionales. Las fuerzas militares, las llamadas "corrientes libertadoras" del norte y del sur, coadyuvan, colaboran eficazísimamente, pero no "inventan" la independencia.

Por último, antes de entrar en materia, la Independencia no puede interpretarse con el esquema de la lucha de clases. No es "el pueblo patriota" que lucha contra "la nobleza y la burguesía realista". Hay realistas y patriotas en todos los grupos sociales y étnicos.

Para contestar a la pregunta que quizás muchos de Uds. se están haciendo, acerca de cuál fue la actitud de la Iglesia en la emancipación, tendríamos que dividir la respuesta. Tendríamos que hablar no solamente del clero, sino de la jerarquía eclesiástica americana (obispos y arzobispos), y de la actitud de la Santa Sede frente a los sucesos de América. Quizás esta división de la respuesta decepcione a alguno, pues el maestro — y el alumno — sienten el deseo de encontrar respuestas simples, categóricas, tajantes, como: "La Iglesia se opuso terminantemente a la Independencia" o "La Iglesia fue del todo favorable a la Independencia".

Por exigencia de verdad y honradez, hay que ver los hechos como fueron. En una revista extranjera leo lo siguiente: "En 1960 se publicó un libro titulado **La Iglesia frente a la emancipación americana**, compuesto de dos ensayos escritos hace más de 90 años por los historiadores liberales Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Esta obra denuncia el papel regresivo que la Iglesia y el clero desempeñaron durante la lucha por la independencia de América. La publicación de este libro tuvo un propósito bien definido: con él se deseaba mostrar la orientación antipopular y esencialmente reaccionaria que siempre ha tenido la participación del clero en las diversas esferas o procesos de la vida nacional" (2). Afirmaciones categóricas, tajantes, pero que habría que confrontar con los hechos históricos mismos.

(2) Ramírez Necochea, *Experiencias de la labor ideológica*. "Problemas de la paz y del socialismo", Bogotá, n° 9, set. 1961, p. 70.

Los Obispos

No podemos olvidar que, de facto, los obispos americanos se comunicaban con la Santa Sede sólo a través de la corte de Madrid. La consecuencia era que las informaciones que recibía de estas tierras la Santa Sede llegaban controladas. No existían, como hoy, Nuncios Apostólicos — Embajadores del Papa — en las capitales virreinales hispano-americanas. El Arzobispo de Lima, por ejemplo, enviaba sus informes al Papa por intermedio de la administración peninsular. Ciertamente hoy no se procedería así, pero en esa época estaba vigente el derecho de patronato, derecho que la Iglesia concede al Estado, por el cual, a cambio de ciertas ayudas, un gobernante tiene ingerencia en asuntos eclesiásticos; el nombramiento de obispos, pongo por caso. El Rey de España presenta una lista de candidatos para una sede vacante; la presenta a Roma, y el Papa, a base de esa nómina 'filtrada', efectúa la designación del prelado. Quizás se halle aquí la raíz de por qué algunos obispos sintieron un conflicto de conciencia a la hora de la independencia. Si por una parte se sentían inclinados a pronunciarse por la emancipación, por otra sentían un deber de lealtad frente al monarca que los había presentado.

El problema de la fidelidad de los obispos está, pues, determinado en parte por el Patronato. Admitiendo ese hecho, debemos valorar la decisión del Arzobispo de Lima, Bartolomé María de las Heras, que es el primero que pone su firma en el Acta del Cabildo limeño el 15 de julio de 1821. Pero meses después lo hallamos en España. ¿Qué había sucedido? Un personaje del gobierno de San Martín, el ministro Monteagudo, era sumamente hostil a los españoles — como que expulsó a muchos pacíficos ciudadanos — y no vio con buenos ojos la permanencia de Las Heras en el Arzobispado. Aduciendo acusaciones no probadas debidamente, logró que al prelado se le diese el pasaporte para la Península. Pero objetivamente, repito, Las Heras había suscrito el acta de la independencia.

Otro caso que no citan algunos escritores es el del obispo de Arequipa, José Sebastián de Goyeneche. Su hermano, el Conde de Guaqui, brillante militar y realista a ultranza, lo invitó a retirarse a España en vista del cariz de los acontecimientos. Pero Goyeneche prefirió mantenerse en la brecha, en medio de sus obligaciones pastorales, antes que ceder al reclamo de la comodidad personal. Prefirió quedarse en su diócesis, y así no se produjo el vacío espiritual que representa una diócesis sin obispo. Esto nos lleva a decir que no es exacto que todos los obispos del Perú fuesen contrarios a la Independencia.

La Santa Sede

Hay un problema muy interesante y controvertido. ¿Cuál fue la actitud de los Pontífices? Resumiré brevemente el estado de la investigación.

Es cierto que el 30 de enero de 1816, Pío VII dio una encíclica (llamada en latín "Etsi longissimo") aconsejando a los obispos y demás

clero de América que trabajasen por pacificar las sediciones y alborotos y exhortasen a todos los fieles a someterse "a vuestro Rey Católico". Se trata de una exhortación paternal a la concordia; no hay en ella el tono conminatorio, ni mucho menos sanciones canónicas o excomuniones a los insurgentes. No fue (y esto lo ha probado el P. Leturia, especialista en estos temas) una declaración programática y definitiva en contra de la libertad y autonomía del antiguo Imperio español de América (3). Seis años más tarde (7 de set. 1822), hubo un giro "neutralista" en la actitud del Papa. Comprendiendo el sentido de esa actitud, la *Gaceta del Gobierno de Lima* del 24 de mayo de 1823 la comentaba así: "Insertámosla (la carta de Pío VII al obispo Lasso) para que se vea la distinción que hace Su Santidad entre los asuntos políticos y religiosos, y que, siendo nuestra independencia de la España un asunto meramente político, nada tiene que ver con la religión, contra el dictamen de algunos exaltados que han querido hacer causa común del sacerdocio y del trono".

Sin embargo, el nuevo Papa, León XII, publicó el 24 de setiembre de 1824 el Breve "Etsi iam diu", desfavorable a la Independencia. ¿Qué había ocurrido? Sencillamente que la Santa Alianza — establecida en Europa a la caída de Napoleón — volvía a tener vigencia en España a la vuelta de Fernando VII al trono y la consiguiente restauración absolutista. Fernando VII solicitó de los aliados que le ayudasen a recobrar sus posesiones americanas, y dio instrucciones a su embajador en el Vaticano Vargas Laguna para lograr una condenación global de la Independencia. La carta pontificia ha sido criticada por algunos historiadores como un paso en falso de la política vaticana. (Observemos que sólo faltaba poco más de dos meses para la batalla de Ayacucho, o sea, para la pérdida definitiva de América).

El Breve no tuvo mucha difusión en Hispanoamérica. Muchos pusieron en duda su autenticidad. No tuvo como móvil un sentimiento hostil a los americanos, sino que en el conflicto de intereses, optó León XII por seguir la predominante influencia absolutista, cuya visión de América no era la más objetiva precisamente.

El Clero Diocesano

El clero peruano tuvo en general una actitud favorable a la Independencia. Decimos "en general" para indicar que no todos y cada uno de los sacerdotes estuvieron por la emancipación. Hubo curas realistas que predicaban contra los "insurgentes". Pero fueron numerosísimos los sacerdotes que ejercieron un influjo muy favorable a la causa de la patria. Basta citar al presbítero Pedro de la Hoz, tío del general Francisco Vidal y Cura de Huarney, a quien San Martín desde Pisco el 19 de octubre de 1820 felicita efusivamente por los esfuerzos hechos aun antes de llegar al Perú la Expedición Libertadora, es decir, en pleno gobierno del virrey Pezuela. Y así otros muchos, como se podrá apreciar cuan-

(3) Pedro de Leturia S.J., *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, vol. II (Epoca de Bolívar), (Caracas 1959), p. 116.

do la Comisión Nacional publique los numerosos expedientes de los sacerdotes peruanos de esa época.

Hubo, pues, cooperación sincera a la causa de la independencia. Cuando un párroco proclama, por ejemplo, que la Patria para desarrollarse en justicia tiene necesidad de un ambiente de libertad para sus habitantes, no está haciendo baja política. Prescindo de propósito de casos aislados, de clérigos que tomaron las armas. Las autoridades eclesiásticas del nuevo Estado peruano independiente dejaron en claro, ante tales casos, que en atención a lo sagrado del ministerio evangélico, mejor hubiera sido abstenerse de actuar en dicha forma.

En cambio, el ministerio evangélico no está reñido con los principios básicos de justicia y equidad que debían llevar a la realización de la independencia política. Cuando Viscardo y Guzmán afirma en su "Carta a los españoles americanos": "Tenemos esencialmente necesidad de un gobierno que esté en medio de nosotros para la distribución de sus beneficios, objeto de la unión social" está enunciando una razón justificante de un gobierno propio peruano. De la misma manera, cuando un párroco piensa y dice que la primera obligación del gobernante es el bien común y la justicia no sólo con los individuos sino con la comunidad como tal, no se extralimita. En este sentido, la acción de nuestro clero es acreedora a la gratitud del país.

Reflexión final

Permítanme una consideración con la cual deseo concluir, y que invita a reflexionar. En otros países y otras latitudes la revolución arrasó no sólo con el trono, sino con el altar. Ideólogos y revolucionarios de 1789 identificaron libertad con anticristianismo y anticlericalismo; identificaron Iglesia con opresión. Dejamos a los historiadores de la Iglesia precisar hasta qué punto las culpas de los cristianos pudieron parcialmente explicar tal identificación. Pero en Hispanoamérica, en el Perú, no ocurrió eso. No se dio esa ecuación entre revolución emancipadora y lucha antieclesiástica. ¿Por qué? ¿Acaso no se ha repetido que "la Iglesia y sus hombres fueron el baluarte más firme del despotismo"? Por el contrario, los libertadores y nuestros primeros hombres de gobierno buscaron mantener la vinculación de nuestros países con el Vicario de Cristo. Intuyeron que la religión católica debía seguir siendo — al margen de los errores de los hombres — elemento integrante del nuevo orden de cosas. No creyeron que esa vinculación fuera una solapada amenaza a nuestra soberanía. Y eso, que en el año 1823 dominaban el liberalismo y el republicanismismo, venidos de Francia y los Estados Unidos. Este punto, estimados maestros, merece nuestra reflexión. Sólo quisiera insinuar que hay aquí algo más hondo, que no puede reducirse a meras razones de política y conveniencia oportunista.

Muy agradecido.

Quienes deseen formular alguna pregunta, pueden hacerlo con libertad.

DIALOGO

UN MAESTRO.— Como Ud. acaba de manifestar, la Iglesia en América estuvo vinculada con España, y ésta con Roma, y que el Papa también concurrió con la Santa Alianza en contra de las ideas de la revolución. Quisiera que me indique si con esta actitud de apoyo a Fernando VII se equivocó o no la Iglesia.

P. NIETO.— No tengo inconveniente en repetir que hubo falta de visión política por parte del Pontificado. Esto no compromete por cierto, como alguno pudiera creer, la infalibilidad papal. Son conceptos distintos. En materia política estricta, la Iglesia no podría pedir de los católicos la obediencia que Ella tiene derecho a exigir en materias de fe y moral. La política es el campo de las opciones libres. Otra cosa es cuando están en juego intereses religiosos. Por sus condicionamientos históricos, la Santa Sede actuó de modo inoportuno al aconsejar en 1824 la fidelidad al rey de España. Pero ello ocurrió, no por hostilidad temática contra los americanos, sino por las presiones del absolutismo imperante.

UN MAESTRO.— En conferencias anteriores parece que se dijo que se da una revolución radical. Pero para hablar de una revolución radical hay que hablar de un cambio absoluto, hay que suponer que hubo una ruptura entre España y el Perú de una forma total. Esto no es cierto, puesto que hasta en la actualidad hay una dependencia en el aspecto religioso. No hay una ruptura total. Con esto no quiero decir que no se deba dar una revolución radical, pero a mi modo de ver no se debe emplear este término, sino hablar de una revolución parcial, nada más.

P. NIETO.— Efectivamente, la ruptura con España fue sobre todo política. Los hombres de la Independencia no rompieron radicalmente los lazos que los ligaban al elemento español. Piense, por ejemplo, que las proclamas de los patriotas estaban escritas en castellano... En el ámbito religioso hubo rupturas que a la larga traerían ventajas; una de éstas por ejemplo, la relación directa con Roma. Esto no existía en el régimen colonial. Rupturas más profundas no eran ni convenientes ni deseables. Nadie se escandaliza de que sigamos practicando la misma religión. No sería razonable dejarse llevar de radicalismos extremos.

La Etapa Sanmartiniana

Por el Dr. Gustavo Pons Muzzo

En esta oportunidad nos vamos a ocupar de la organización política del Estado peruano, o más propiamente, de las ideas políticas de San Martín. Al proclamar el sábado 28 de julio de 1821 la independencia del Perú, a San Martín se le presentaba el muy grave problema de la organización política del Perú que nacía a la vida independiente. Dos asuntos tenía que afrontar. Uno era quién iba a gobernar el nuevo Estado y el otro, la forma política que debía tener. No olvidemos que en muchas de las proclamas de la Expedición Libertadora, San Martín y O'Higgins habían ofrecido al pueblo peruano que se gobernaría por sus propios hombres y por sus propias leyes. Aún más. Era ya doctrina en la política exterior argentina que la Expedición Libertadora y el Ejército de los Andes en manera alguna pretendían la dependencia de los territorios que libertaran a las Provincias Unidas. Cuando San Martín estaba preparando su expedición para libertar Chile, Alvarez Thomas, entonces Director Supremo de las Provincias Unidas, le dice en una de sus instrucciones: **"La forma de gobierno la dejará a discreción de ellos mismos, sin promover ni de lejos la dependencia a estas provincias"**. En vísperas de invadir la Capitanía General de Chile, el Director de las Provincias Unidas don Juan Martín de Pueyrredón le dice que una vez que ocupe la capital de Chile "Nombrará el general igualmente con la misma caldad de provisorio un presidente, que reuna en sí la dirección ejecutiva en las cuatro causas e invitará al ayuntamiento para que sin perder momentos proceda a dictar las disposiciones que gradúe necesarias para el restablecimiento del gobierno supremo del país en los términos más adecuados al sentir común de los habitantes, sin que en esta parte tenga el general ni el ejército más intervención pública que la de conservar el orden y evitar de un modo prudente el que la elección sea obra de la intriga de algún partido político contra la voluntad general y la seguridad del ejército". Cuando la Expedición Libertadora llegó a las costas peruanas en plan de ablandamiento de posiciones y de propaganda en 1819, se insiste en lo mismo. En la proclama de San Mar-

tín a los peruanos de 13 de noviembre de 1819 dice que “el resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos sus hijos **eligiendo libremente su gobierno** y apareciendo ante la faz del globo entre el rango de las naciones” El Director Supremo de Chile don Bernardo O’Higgins es copartícipe de los mismos conceptos doctrinarios: “No creáis —dice al pueblo peruano— que pretendemos trataros como a un pueblo conquistado; semejante designio no ha entrado jamás sino en la cabeza de los enemigos de nuestra común felicidad. Sólo aspiramos a veros libres y felices: **vosotros formaréis vuestro gobierno eligiendo la forma** que más acomode a vuestras costumbres, a vuestra situación e inclinaciones: seréis vuestros propios legisladores, y por consiguiente constituiréis una nación tan libre e independiente como nosotros mismos”. Con motivo de la segunda salida de la escuadra en 1819, O’Higgins insiste y dice en otra proclama: “Seréis libres e independientes: **constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes** por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes. Ninguna influencia militar o civil, directa o indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones sociales”. Con tan importantes promesas llegó la Expedición Libertadora a las playas de Paracas y desembarcó el 8 de setiembre de 1820, pero el momento era excepcional y por tanto San Martín se ve obligado a asumir la autoridad que las circunstancias le imponían, pero anuncia que cuanto él disponga tendrá el carácter de provisional hasta que el gobierno definitivo del Perú disponga lo conveniente: “**Revestido de la autoridad suprema por el imperio de las circunstancias** en estos momentos difíciles, y responsable a los ojos de la Patria del ejercicio de ella, me abstendré, por sentimientos y por deber, de ser tirano y de ser débil... Pero en medio de los trabajos de una campaña es imposible dictar nada estable, porque sería muy difícil y moroso conocer la voluntad de los pueblos; así todo cuanto fuere establecido por mí, **se considerará sólo provisional** hasta que concluida la guerra, puedan ellos pronunciarse sobre sus futuros destinos. Un gobierno y sus instituciones no tienen fuerza ni duración sino mientras están sostenidos por la opinión pública”. Siempre sobre la misma doctrina de respeto a la voluntad popular para constituir un gobierno legítimo y soberano por lo cual se luchaba en la guerra de la emancipación, insiste San Martín en su proclama al pueblo peruano, fechada en Pisco el 13 de octubre de 1820, al anunciar el fracaso de la primera negociación sostenida con los emisarios del Virrey en Miraflores para que reconociera la independencia del Perú: “¡Pueblos del Perú! Yo he pagado el tributo que debo como hombre público a la opinión de los demás: he hecho ver cuál es mi objeto y mi misión cerca de vosotros; vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron y **ser gobernados por sus propias leyes**. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones”.

La proclamación de la independencia el 28 de julio traía como consecuencia lógica y necesaria el establecimiento de un gobierno propio; de un gobierno que tuviera la característica de un gobierno nacional y que también se subordinase a las exigencias de la guerra, que en esos momentos presentaba a más de medio Perú en manos del Rey de Espa-

ña. Se necesitaba un gobierno que estuviera de acuerdo con los principios proclamados por el pueblo peruano en la Declaración de Independencia del 15 de julio, pero que también se subordinase a las exigencias de la guerra. Momento grave para un hombre como San Martín, que a lo largo de su carrera pública siempre se mostró respetuoso de la voluntad popular por cuya vigencia en la formación de los gobiernos se lucha en la revolución, y que siempre había mostrado especial repudio al ejercicio de la función pública. Doloroso sería para él comprobar que no le era posible cumplir en esos momentos con las instrucciones que había recibido de los Directores de las Provincias Unidas don Ignacio Álvarez Thomas y don Juan Martín de Pueyrredón y a las que hemos hecho referencia. Tampoco le sería posible cumplir a cabalidad con lo que él y el Director Supremo de Chile don Bernardo O'Higgins habían ofrecido al pueblo peruano en sus proclamas en que anunciaban la pronta partida de la Expedición Libertadora. El momento era pues excepcional y había necesidad de establecer un gobierno personal que las circunstancias imponían, pero transitorio y sin forma política definida para cumplir con el objetivo final que era el terminar la guerra. No sería posible, igualmente, que este gobierno personal estuviera en manos de un peruano. Desgraciadamente en ese momento crucial de nuestra historia no tuvimos un personaje de condiciones excepcionales que lo asumiera. El historiador don Mariano Felipe Paz Soldán nos dice en su magnífica y bien documentada "Historia del Perú Independiente" que no bien San Martín había ocupado Lima cuando empezaron a moverse secretamente los partidos que aspiraban al gobierno; las rivalidades políticas empezaban a surgir en pugna con el interés de unión nacional que era el del momento. También nos dice Paz Soldán que desde que San Martín llegó a Paracas los jefes del ejército le habían exigido que se pusiera a la cabeza de la administración para evitar rivalidades que perjudicaran la buena conducción de la guerra. Además, conveniente es comparar y reconocer que el momento por el que atravesaba el Perú no era el de Chile en 1817 al producirse la victoria de Chacabuco. En Chile los ejércitos del Rey quedaron reducidos a la ocupación de una pequeña parte del territorio chileno en el sur, y además, los próceres chilenos tenían alguna experiencia en el gobierno propio dado que lo habían ejercido con alternativas y vicisitudes, desde el 18 de setiembre de 1810 hasta el desastre de Rancagua en 1814. Los patriotas peruanos, expertos en la conspiración y en la subversión, no tenían experiencia alguna en el gobierno, y además, aquí como en otros lugares de América española empezaban a presentarse los síntomas del caudillaje nativo y las rivalidades entre los hombres dirigentes, que estallarían desgraciadamente con caracteres alarmantes a la ida de San Martín. San Martín con la genialidad de conductor de hombres que lo caracterizaba, comprendió lo difícil de la realidad social en que actuaba y que las circunstancias no habían fundamentalmente variado desde que desembarcó en Paracas y estableció su gobierno provisional en Pisco y Huaura. Veamos lo que dice en los considerandos de su decreto del 3 de agosto de 1821 implantando el Protectorado: "No han variado aquellas circunstancias puestas que aún hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y militar" y luego continúa: "Espero —dice— que al dar este

paso, se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sí solo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada; pero tengo sobre mí una responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis ardientes votos. La experiencia de 10 años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y las Provincias del Río de la Plata, me han hecho conocer los males que han ocasionado la convocación intempestiva de congresos, cuando aún subsistían enemigos en aquellos países; primero es asegurar la independencia, después se pensará en establecer la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído; y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú, que en el momento mismo que sea libre su territorio, haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos mismos tengan a bien elegir”.

A pesar de la sinceridad de sus palabras que el tiempo se encargó de probar, hubieron muchas personas que no le creyeron y pensaron que el fin se presentaba con las mismas ambiciones de poder que otros caudillos americanos, iniciando aquí el hecho social del funesto caudillaje. Veamos lo que dice su más esclarecido biógrafo don Bartolomé Mitre en su ya clásica “Historia de San Martín y de la Emancipación Sud Americana”, sobre tan excepcional momento en la vida de San Martín: “La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y del Perú y fundador de sus respectivas nacionalidades; era por sus grandes planes la campaña continental, por sus convicciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del nuevo mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuinamente americano. Para ser más grande sólo le faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse con la de Bolívar, libertador de Venezuela y Nueva Granada y fundador de la República de Colombia. Bolívar había sido aclamado libertador, y ese título lo investía de la dictadura revolucionaria de su patria. San Martín, sin punto de apoyo en la propia patria, se nombró a sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Cronwell, nadie en el mundo había tomado ese título. La América alarmada, creyó entrever en el libertador de sud, un ambicioso vulgar o un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inculcó el principio de su decadencia política y militar”. El Virrey La Serna, al contestarle la nota por la que le comunicó haber asumido el Protectorado, fue irónico con el Libertador al decirle en su respuesta lo siguiente: . . . y en contestación permítame V.E. le diga: que al haberse V.E. mismo elegido por suprema autoridad del país que llama libre a pesar de que cuanto para ello alega y puede alegar, es mi concepto un acto de aquellos que en un sistema puramente despótico puede ser admitido; que las mismas personas que en esa capital acaban de jurar la independencia libre y espontáneamente

como V.E. dice, puede ser que vuelvan dentro de poco a jurar la constitución de la monarquía española con más libertad y voluntad; en fin que el tiempo hará conocer, si el nuevo título que ahora ha tomado V.E. de Protector del Perú es tan adecuado como el de Libertador". En Chile se tuvo la creencia de que San Martín desoía los ofrecimientos que se habían hecho al pueblo del Perú y que hemos hecho referencia. Sólo su entrañable amigo el Director Supremo de Chile don Bernardo O'Higgins creyó en la sinceridad de sus palabras. En oficio del 6 de agosto de 1821 le comunica haber asumido el Protectorado. Veamos, entre otros conceptos, lo que le dice: "Mas, en el estado en que se hallan las operaciones militares, y a la vista de los esfuerzos que aún hacen los enemigos para frustrar mis planes, faltaría a mis más caros deberes, si, dejando lugar por ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio que ocupo, abriese un campo para el combate de las opiniones, para el choque de los partidos, y para que sembrase la discordia que ha precipitado a la esclavitud, o a la anarquía, a los pueblos más dignos del continente Americano. . . Apoyado en estas razones, en la dilatada experiencia, he reasumido en mi persona la autoridad suprema del Perú con el título de Protector, hasta la reunión de un Congreso soberano de todos los pueblos, en cuya augusta representación depositaré el mandato y me resignaré a residencia". O'Higgins le contesta: "Cuando este Gobierno confió a V.E. las fuerzas que debían libertar el Perú, y asegurar la independencia de Chile, no dudó un sólo momento que V.E. arrostraría toda clase de sacrificios, para dejar airosa la esperanza de la Patria. Los prósperos sucesos de la campaña y la ocupación de Lima, han justificado este concepto, dando al nombre de V.E. nuevos títulos a la gloria y a la inmortalidad. Como uno de esos sacrificios personales, y sin duda el más penoso, ha mirado este gobierno la medida que V.E. tan sabiamente ha adoptado de reasumir en sí mismo el mando político y militar de esos países. La franqueza con que V.E. anuncia a los pueblos la necesidad de esta medida, y los poderosos motivos que fundan su conveniencia y utilidad, no pueden dejar duda de las rectas y benéficas intenciones de V.E., aun en los ánimos más suspicaces y envidiosos. No era bastante para dar libertad al Perú arrojar de su Capital a los funcionarios del gobierno español. Era indispensable poner a esos pueblos a cubierto de la anarquía, preservarlos de la guerra civil, y evitar el desenfreno de las pasiones al tratarse de elegir la autoridad suprema, y adoptar nueva forma de gobierno. Más difícil es conservar la libertad que adquirirla, y es mucho más funesta y ominosa a un pueblo la anarquía que el bárbaro despotismo peninsular".

En el Perú, no obstante un reducido grupo que esperaba obtener provecho personal en una elección, la gran mayoría consideró que la única solución para el buen fin de la guerra, era la permanencia de San Martín en el mando, aunque en algunos hubo la duda si al término de ella, el Libertador cumpliría con dejar en manos del pueblo la elección de su gobierno propio. El inglés William Bennet Stevenson relata en sus memorias no exentas de la influencia de Cochrane, quien como sabemos se opuso a que San Martín asumiera el Protectorado, lo siguiente al relatar la ceremonia de la proclamación de la independencia: "Luego de terminada la ceremonia una comisión del Cabildo fue a ver al general

San Martín para rogarle que se encargase personalmente de la superintendencia política y militar del Perú que tenían el honor de ofrecerle en nombre y en interés de la capital. San Martín contestó, sonriendo, que el ofrecimiento era completamente inútil; que habiendo tomado ya aquel mando, lo conservaría mientras lo juzgase conveniente, y que no habría, sin su beneplácito, ni juntas ni asambleas para la discusión de los asuntos públicos. Esta respuesta —continúa Stevenson— no podía estar en armonía con la manera de pensar de unos hombres que acababan de jurar ante el Ser Supremo el mantenimiento de su libertad e independencia”. De ser cierto el episodio, en él se encuentra implícita una vez más, la sinceridad con que actuaba San Martín; pues en verdad qué gobierno le iban a ofrecer cuando lo había asumido de hecho al pisar tierra peruana y en ese momento no lo había renunciado porque no consideraba terminada la misión libertaria que se había impuesto.

Hace ya más de un siglo, el primer historiador de la República Mariano Felipe Paz Soldán justificó plenamente la actitud que tomó San Martín el 3 de agosto de 1821. En su documentada “Historia del Perú Independiente” aparecida en 1868 aprueba su declaración de que “primero era asegurar la independencia, después se pensaría en establecer la libertad”. “He aquí en dos palabras —dice Paz Soldán— por qué reasumiendo en su persona el mando político y militar, se declaró Protector el 3 de agosto. No quiso valerse de la farsa de las elecciones para revestirse con ese ropaje; obró con la franqueza de un soldado de la libertad; ofreció solemnemente que dimitiría el mando en el momento en que el Perú fuera libre”.

De acuerdo a los documentos que hemos leído, San Martín sacrificó así sus más caros ideales al asumir el Protectorado. No estaba en su línea de conducta desde que asumió su función libertaria tomar un cargo político por su propia decisión al margen de la consulta popular. Lo hizo como un medio necesario para poder terminar la guerra que había iniciado con tan buen éxito. Pero el destino fue cruel con el gran Libertador. No le permitió que su espada victoriosa completara la obra de redención de los pueblos de América que se había impuesto. Fiel a la promesa que había contraído con el pueblo, renunció el mando, no cuando la guerra había terminado, como fue su intención sino cuando considero terminada su acción militar. Entonces, con firmeza de voluntad de héroe que siempre la tuvo, renunció el mando ante los representantes del pueblo peruano reunidos en nuestro primer Congreso Constituyente y se apartó para siempre de las playas del Perú. Pero antes de considerar el tema de su renuncia al mando supremo ante el Congreso, veamos algo sobre las ideas políticas del Libertador como más apropiadas para estos pueblos que estaban consiguiendo su independencia.

San Martín era un republicano por principios. Así lo dijo en documentos concluyentes antes y después de haber estado en el Perú. En una carta fechada en Mendoza el 24 de mayo de 1816, a su amigo el señor don Tomás Godoy Cruz, representante al Congreso de Tucumán, esto es, antes de proclamada la independencia argentina el 8 de julio, le dice, entre otras cosas, lo siguiente: “Si yo fuese diputado me aventuraría a hacer al Congreso las siguientes observaciones; para el efecto haría mi in-

roducción de este modo, propio de mis verdaderos sentimientos: Soberano señor: un **americano republicano por principios e inclinación**, pero que sacrifica estas mismas por el bien de su suelo, hace al Congreso presente": "y enumera cinco cuestiones en que reafirma sus principios republicanos pero con la genialidad de un hombre que comprende los pueblos cuya espada va a libertarlos y aun su propia patria, cuya independencia reclama al Congreso, presenta las dificultades del sistema republicano, para que el Congreso con su augusta potestad, lo resolviera. El Congreso argentino reunido en Tucumán no se decidió en los primeros momentos a imponer el sistema republicano. San Martín era un estadista genial, que así como estudiaba la realidad geográfica de los pueblos para proyectar la estrategia de sus campañas militares, estudiaba también el medio socio-cultural sobre el cual se iban a edificar los gobiernos de América independiente. Sabía que la observancia de los derechos humanos por los gobiernos está en relación directa con el desarrollo cultural de los pueblos. El medio socio-cultural de América del Sur no era el de América del Norte. El, que era un producto innegable del liberalismo español, sabía que la república liberal no era, por el momento, el mejor gobierno para estos pueblos que recién se emancipaban de España y auspició, junto con otros líderes de las Provincias Unidas y de Chile, la **monarquía constitucional**. Entiéndase bien, la monarquía constitucional, pero no la monarquía absoluta. Algunos años después de haber dejado el Perú y haber dejado de ser hombre público, a la vista del resultado de espantosa anarquía en que se debatían los pueblos hispano-americanos, en carta al general don Tomás Guido, que había actuado a su lado a lo largo de la campaña libertadora y en el Perú había sido su Ministro de Guerra y Marina, en carta fechada en Bruselas el 6 de enero de 1827, le dice entre otras cosas lo siguiente: "Cinco años ha estado a mi lado, usted más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin, a todo lo que es aristocracia; **por inclinación y principios amo el gobierno republicano** y nadie, nadie lo es mas que yo. Pero mi afección particular no me ha impedido ver que este género de gobierno no era realizable en América, sino pasando por el alambique de una espantosa anarquía, y esto sería lo de menos si se consiguiese los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado, que sus consecuencias son tiranía de un déspota. Ello lo dirá". Dejo al criterio del ilustre auditorio razonar si San Martín se equivocó o tuvo lamentablemente la razón. Veamos las páginas de la historia de los pueblos hispano-americanos para ver cuántos déspotas los han gobernado desde entonces y hasta ahora. Por eso creo injusta y apasionada la acusación de historiadores bolivarianos que afirman que San Martín trató de "imponer" la monarquía constitucional en el Perú. Que muestren algún documento que así lo afirme. Nosotros en cambio podemos mostrar a la consideración de Uds. el decreto de convocatoria al primer Congreso Constituyente, que tiene fecha 27 de diciembre de 1821. En este decreto se dispone la reunión del congreso general contribuyente para el 1º de mayo de 1822 y se le asigna como únicos objetivos "**establecer la forma definitiva de gobierno y dar la constitución que más convenga al Perú**". También establecía la formación de una Comisión de 7 individuos para que presentaran un proyecto de Reglamento de elecciones y un proyecto de Constitución. Cierto es

que tres días antes, el 24 de diciembre, se había reunido el Consejo de Estado, cuerpo consultivo que asesoraba al Protector en sus funciones de gobierno, para designar a los tan criticados comisionados don Juan García del Río y don Diego Paroissien para que fueran a las cortes europeas en busca de un príncipe para la monarquía constitucional del Perú independiente. Pero esta monarquía constitucional no la pretendió imponer San Martín en ningún momento pues dejaba su elección definitiva al próximo congreso conformado con representantes del pueblo peruano y ser regida por la Constitución que daría este Congreso. Sabemos que para discutir públicamente el tema de la monarquía o la república, se creó el 10 de enero de 1822 la Sociedad Patriótica y que esta institución gozó de la más amplia libertad de discusión según decreto de 5 de marzo de 1822. Por otro lado, la comisión de 7 personas encargada de formular el proyecto de reglamento de elecciones y de Constitución, no estuvo formada a dedo, como se dice, sino con la más amplia libertad de elección. Esta Comisión estuvo integrada por don José Cavero y don Javier de Luna Pizarro, por parte del gobierno; por don Fernando López Aldana y don Mariano Alejo Alvarez por la Alta Cámara de Justicia; por don Toribio Rodríguez de Mendoza, por el gobierno eclesiástico y por don Felipe Antonio Alvarado y don José Freyre, por la Municipalidad. No se trató pues de formar una Comisión formada por elementos monarquistas, sino que también formaron parte de ella prominentes republicanos; hubo pues la más amplia libertad de acción. Creo pues que es injusta la acusación que le hacen los bolivarianos de que San Martín era monarquista por principios. Hemos demostrado que auspició la monarquía constitucional como una medida transitoria, y en ello no hay nada de censurable. El Libertador Bolívar, en el fondo, era del mismo parecer, pues en varios de sus discursos dejó entrever la falta de preparación del pueblo para la república liberal, y por eso auspició la llamada república conservadora o vitalicia. Al final, los líderes criollos se rebelaron contra las ideas de los dos Libertadores, e impusieron al pueblo la república liberal como la solución más en armonía con su libertad y sus derechos. En fin de cuentas, sólo los pueblos son responsables de sus destinos. Si se equivocan, ellos sufren las consecuencias.

Veamos ahora lo que hizo en su breve gobierno protectoral de algo más de un año, en que puso las bases del ordenamiento administrativo, social, jurídico, cultural, económico y militar.

Mención especial merecen sus disposiciones tendentes a borrar las diferencias sociales del Virreinato, incompatibles con el nuevo régimen de libertad implantado. El 12 de agosto de 1821 decretó que los hijos de los esclavos que nacieran después del 28 de julio en todo el territorio del Perú serían libres y gozarían de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos. El 27 de agosto dió el trascendental decreto aboliendo "el impuesto que bajo la denominación de **tributo** se satisfacía al gobierno español" y que en adelante no se denominarían a los aborígenes indios o naturales sino peruanos. El tributo abolido por San Martín, fue lamentablemente restablecido por decreto del Consejo de Gobierno bolivariano el 11 de agosto de 1826 con el nombre de "Contribución de Indígenas" y así subsistió hasta la revolución liberal de Castilla

en 1854 en que fue abolido por decreto dado en Ayacucho el 5 de julio. Al día siguiente, esto es el 28 de agosto, San Martín daba otro decreto declarando "extinguido el servicio de los peruanos conocidos antes con el nombre de indios o naturales, hacían bajo la denominación de mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos y toda clase de servicio personal y que nadie podrá forzarlos a que sirvan contra su voluntad".

La independencia del Poder Judicial fue norma fecunda en su gobierno protectoral y aún antes, desde que estuvo en Huaura. Dijo entonces que si bien asumía el mando político y militar, jamás se mezclaría "en el solemne ejercicio de las funciones judiciares, porque su independencia es la única y verdadera salvaguarda de la libertad del pueblo: y cuando el que hace la ley o el que la ejecuta, es también el que la aplica importa que se ostenten máximas exquisitamente filantrópicas, ca". Por el Reglamento de Huaura había creado la Cámara de Apelaciones en Trujillo. El 4 de agosto de 1821 declaraba abolida esa Cámara para establecer en Lima una Alta Cámara de Justicia.

Convencido de que "la ignorancia es la columna más sólida del despotismo" y "penetrado del influjo que las letras y las ciencias ejercen sobre la prosperidad del Estado", al mes justo de proclamada la independencia decretó el 28 de agosto el establecimiento en Lima de una Biblioteca Nacional. En las postrimerías casi de su gobierno protectoral, teniendo en cuenta de que "sin educación no hay sociedad" y de que "la educación de un pueblo sirve de apoyo a las instituciones que se den", decretó el establecimiento de la primera Escuela Normal, conforme al sistema de enseñanza mutua o lancasteriano, bajo la dirección de don Diego Thomson el 6 de julio de 1822. El gobierno protectoral también reconoció el derecho que tienen todos los hombres de pensar, hablar y escribir, y por decreto del 13 de octubre de 1821 estableció la libertad de imprenta, sin estar sujeta a ninguna censura previa, aprobación o revisión. Por decreto del 7 de agosto estableció la inviolabilidad del domicilio.

Los asuntos económicos también fueron de su incumbencia. Por decreto del 18 de octubre de 1821 estableció el Reglamento Provisional de Comercio y por decreto del 14 de diciembre estableció el Banco de Emisión. Decretó la abolición del antiguo Tribunal de Minería y creó una Dirección de Minería.

También fue preocupación de San Martín el que el Perú tuviera su propia fuerza militar y naval para asegurar la independencia. Por decreto del 8 de agosto de 1821 creó el primer cuerpo de ejército peruano "cuyo eminente servicio sea de servir de modelo a los demás, por su valor en los combates y por su disciplina en toda circunstancia". Le dió por nombre "Legión Peruana de la Guardia" y estuvo integrada por un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y una compañía de artillería volante de 100 piezas. Comandante en Jefe de la Legión fue nombrado el Mariscal de Campo Marqués de Torre Tagle. La marina de guerra también lo tiene a San Martín por su fundador. Con fecha 6 de octubre de 1821 dispuso su status jurídico poniendo en vigencia la Orde-

nanza Naval española de 1802 para regir el servicio de los buques de guerra del Perú. Por decreto del día siguiente, 7 de octubre, dió nombre a los primeros buques de guerra de nuestra marina. El bergantín "Guerrero" pasaba a llamarse "Belgrano"; el "Pezuela", se llamaba bergantín "Balcarce" y al goleta "Sacramento", se llamaba "Castelli".

Así, en forma un tanto sintética, hemos tratado del aspecto político y administrativo del gobierno del Generalísimo don José de San Martín en el Perú independiente. A este respecto conveniente es resaltar, que la autoridad que aquí ejerció el Libertador por cerca de dos años, no se vió empañada en lo menor por ningún exceso de gobierno que llevara en sí la violación de los principios de la Revolución de Mayo que él americanizó en su marcha victoriosa por medio continente. Como gobernante del Perú no lesionó en lo menor la dignidad del pueblo gobernado; seguramente comprendía, que, de hacerlo, se lesionaría él mismo. En el ejercicio del mando político y militar muchas veces fue tildado de débil, más nunca de fuerte. Fue reprochado de falta de carácter; efectivamente no lo tuvo para imponer caprichos o ambiciones a los demás; pero sí lo tuvo para imponer a sus subordinados la disciplina necesaria y para imponerse a sí mismo el estricto cumplimiento de los principios por los cuales estaba luchando. Nunca impuso su autoridad por la fuerza material de los hechos, aunque representara la fuerza, la tuviera en sus manos y la ejecutara. Se impuso por la fuerza moral de su vida ejemplar consagrada al servicio de un ideal que siempre brilló esplendoroso a lo largo de su vida como Libertador. Desengañando a los que dudaban de él, cuando asumió el gobierno del Perú independiente, demostró que no tenía condiciones para ser gobernante opuesto a los sagrados intereses del pueblo. No había nacido para ser dictador ni tirano. Sólo tenía fibra para ser Libertador de los pueblos de América.

Campaña Militar de Bolívar en el Perú

Por el Tnte. Coronel Abel Carrera Naranjo

INTRODUCCION: UNA ESCUELA CHINCHANA

Señoras y señoritas profesoras, señores profesores, muy buenos días. Luego de un largo año de alejamiento, nuevamente me encuentro con ustedes en este Segundo Ciclo de Historia. Veo en la sala buen número de rostros conocidos y estos rostros me recuerdan preguntas muy oportunas e inteligentes que me fueron hechas por ustedes el año pasado.

Realmente, ustedes bien lo saben, no tengo mucha vinculación con el magisterio, con el magisterio civil, para ser más exacto. Sin embargo, debo decirles que en el transcurso del año pasado, con motivo de las ceremonias conmemorativas del Sesquicentenario, tuve la oportunidad de visitar algunas escuelas del Sur Chico y Sierra Central, a lo largo de la histórica ruta recorrida por el general Arenales, es decir, en el rosario de ciudades del itinerario Pisco - Ica - Ayacucho - Huancayo - Jauja - Tarma - Junín - Cerro de Pasco - Canta - Huaral - Huaura. Me referiré a lo visto en una sola escuela de una sola ciudad: Chincha.

Gentilmente invitado por sus autoridades educacionales, a fines de diciembre viajé a esta población con el objeto de dictar a los profesores de la provincia una charla referente a la Expedición Libertadora. Fue ésta la oportunidad de visitar la Escuela de Mujeres "Francisco Corbetto" N° 5644. En esta escuela se instruyen exactamente 551 alumnas. No olvidaré la penosa impresión que me causó la vista de las lamentables condiciones en que funcionaba este ruinoso local. En que **funciona**, diré mejor. Sus alumnas y profesoras permanecen, un día tras otro día, por cinco largas horas cada día, bajo techos que amenazan venirse a tierra en cualquier momento. Es terrible el estado destartalado de las dos viejísimas casas contiguas convertidas en escuela. Su patio, muy estrecho, no permite otra cosa que un "recreo" rotativo, o por turnos.

Mientras un apretujado grupo de niñas juega en ese patio, las otras niñas no pueden prestar la debida atención a las profesoras que continúan dictando sus clases, sencillamente porque el bullicio ensordecedor invade las aulas inmediatas. Y en estas aulas, de paredes cuarteadas hasta lo increíble, pues esas 551 niñas están tan comprimidas en sus "carpetas" multipersonales —"ensardinadas" en sus latas, sería más exacto decir—, que aterra pensar en lo que sucedería de producirse un temblor en horas de clase.

Pues bien, señoras y señores profesores: me conmovió el elevado optimismo de las maestras que trabajan y viven bajo esas paredes y techos —espadas de Democles— que amenazan sepultarlas. Encabezadas por su directora, todas se hallan empeñadas febrilmente en lograr la pronta construcción de un nuevo local. Convencidas de que no todo debe esperarse del Estado —las muletas son para inválidos, no para sanos—, pues todas las maestras han llevado a cabo una meritoria promoción que han denominado "Campaña del metro cuadrado". Consistió ésta en la compra, por padres de familia mayormente, de uno o más metros cuadrados de un terreno en el que piensan levantar el nuevo local. Con los cien mil soles reunidos en esta forma, más los cincuenta mil donados por el Concejo Provincial, se ha comprado un amplio terreno.

Según nos manifiesta la directora, el terreno así adquirido ha sido cedido al Ministerio de Educación. Habiendo cumplido las maestras con su parte de esfuerzo —a Dios rogando y con el mazo dando—, se encuentran ya en pleno derecho de esperar del Estado la pronta construcción de un nuevo local para la Escuela "Francisco Corbetto".

* * *

Pero dejemos ya la escuela chinchana y hagamos una observación antes de entrar en materia.

Probablemente algunos de ustedes han leído una famosa obra de literatura infantil, "**Alicia en el país de las maravillas**". Pues bien, en este hermoso cuento, ya desde sus primeras páginas, se hace Alicia, la heroína, una muy sabia pregunta:

"¿Para qué sirve un libro si no tiene grabados ni diálogos?"

Aunque no estamos ahora contando un cuento sino conduciendo una charla histórica, vamos a seguir el consejo de Alicia, la bien educada niña inglesa, y es por ello que hemos esbozado algunas figuritas (*); y espero y deseo que la segunda parte de su consejo, el diálogo, lo establezcamos con la amable e inteligente cooperación de ustedes, señores profesores.

* * *

(*) Los esquemas no se han incluido en el presente libro.

LAS JUNTAS DE GOBIERNO

Es bien conocido que al producirse la invasión de España por los ejércitos de Napoleón (1808-1814), y remitidos a Francia en condición de prisioneros el Rey Carlos IV y la familia real —las “personas reales”, como entonces se decía—, en la América española se constituyeron Juntas de Gobierno (1809-1810) a imagen y semejanza de las recientemente establecidas en la propia metrópoli. En un principio estas Juntas americanas fueron **fidelistas** o leales a la Corona (1), pero paulatinamente tórnanse en francamente **separatistas**, es decir, de marcada tendencia a cortar todo vínculo político con España. Mejor que nadie, este delicado momento histórico americano lo expresa en México el peruano Talamantes con estas palabras: “Si no hay rey, no hay virrey; y si no hay virrey, pues tampoco hay Audiencia y es entonces que el pueblo recu- pera el ejercicio de la autoridad”.

Como verdaderas enfermedades epidérmicas, las Juntas brotan en forma casi simultánea a lo largo y ancho del continente: en Caracas, Quito, Buenos Aires, Bogotá, Santiago de Chile, México. Es decir, en todas las colonias, excepto el Perú, que por el momento se lame las heridas de 1780-1783, en tanto se prepara para lanzar la terrible explosión volcánica que va a ser la insurrección del Cuzco de 1814 (2). No nos hemos olvidado del Alto Perú, **entonces parte integrante del virreinato de Buenos Aires** (3). A mediados de 1809, en la docta Chuquisaca y en La

(1) De ahí, por ejemplo, el caso de Caracas: depuesto el capitán general Emparán, en abril de 1810, se creó la **Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII**.

(2) Complejas causas —políticas, económicas, sociales— impidieron que sobre el mapa de la América española pudiesen los peruanos clavar el alfiler de su coloreada banderita “Juntista”. Resultaba imposible, en efecto, que en Lima, a dos, cuatro o diez cuadras de la Casa de Pizarro —ocupada por Abascal, a quien obedecían varios miles de soldados, en la propia ciudad—, se instalase y funcionase, impunemente, una Junta de Gobierno, como sucede en Buenos Aires y Santiago, por ejemplo. Por otra parte, ya la sangre había corrido a raudales en nuestra patria —rebeliones y conspiraciones de Santos Atahualpa, Túpac Amaru, Ubalde, Crespo y Castillo, Zela, Pumacahua, Gómez—, lo que no sucede en otras colonias. La extremadamente sangrienta reconquista por los realistas de vastas regiones del territorio peruano momentáneamente perdidas cuando los formidables levantamientos de Túpac Amaru y de Pumacahua, hizo luego sumamente difícil el estallido de una nueva insurrección. Esta evidente dificultad —hueso soldado, hueso reforzado— ya la había observado Maquiavelo tres siglos antes de Abascal: “Bien es muy cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se reconquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles”. (“El Príncipe”, cap. III).

(3) Hemos subrayado esta dependencia territorial de la antigua audiencia de Charcas para llamar la atención de los señores profesores acerca de la false-

Paz, los altoperuanos organizan gobiernos autónomos, que resultan de muy efímera vida. Este movimiento es sofocado por el general realista Goyeneche, arequipeño, y el valeroso caudillo de la revolución, Pedro Domingo Murillo, paceño, muere en la horca. En momentos de serle colocada la cuerda por mano del verdugo, lanza su profética y famosa frase: "La tea que he encendido no se apagará jamás en América".

dad de la tan difundida como ingenua leyenda peruana de que "**Bolívar nos quitó el Alto Perú**".

- I. Quien **realmente** —en la doble acepción de **verdadero** y **perteneciente al rev**, de esta palabra—; quien **realmente**, repito, "quitó" el Alto Perú al virreinato de Lima, para cederlo al de Buenos Aires, fue el rey Carlos III (1716-1788), mediante un simple plumazo estampado nada menos que cuarentisiete años antes que Bolívar pisara playas peruanas. ¡Y nada menos que siete años antes de que naciera el Libertador! Esta transferencia de jurisdicción fue dispuesta, efectivamente, en 1776, en tanto que Bolívar vio la luz en 1783 y vino al Perú en 1823.
- II. Para convencerse de lo infundado de la fábula antibolivariana, será suficiente consultar la cartografía histórica colonial. Así, en un mapa de América Meridional que tenemos a la vista —mapa oficial español, de 1777, mapa que reproducen todos nuestros textos escolares de Historia del Perú—, se nos muestra en toda su inmensa extensión el virreinato de Buenos Aires, como que sus fronteras encerraban los territorios de las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay, Uruguay y ¡**Bolivia!** Algo más, como yapa: ese virreinato tenía salida al Océano Pacífico por la desértica región de Atacama.
- III. Diremos, de paso, que el primer virrey de Buenos Aires —primer gobernante del descomunal territorio de esas cuatro repúblicas de hoy—, fue Pedro de Cevallos, que lo rigió muy corto tiempo (1777-78). Lo siguen, Juan José Vértiz (1778-1784), Nicolás del Campo (1784-1789), Nicolás de Arredondo (1789-1795), etc., etc.
- IV. Algo más: la Intendencia de Puno perteneció al virreinato de Buenos Aires desde 1776 hasta 1796, fecha en que por real cédula fue reincorporada al virreinato de Lima.
- V. Si se tomaran ustedes la molestia de leer documentos coloniales sobre la insurrección de Túpac Amaru (1780-1783), encontrarán múltiples referencias de que los rebeldes cuzqueños penetraron al virreinato de Buenos Aires **apenas** iniciado el movimiento, pues el virreinato de Lima terminaba entonces —como se dijo en el párrafo IV— en la región de La Raya (actual límite entre los departamentos de Puno y Cuzco).
- VI. Todavía más. En setiembre de 1822 llegan a Londres los comisionados de San Martín, García del Río y Paroissien, encargados de concertar el primer empréstito peruano. Al solicitarles el ministro inglés de Relaciones Exteriores, Jorge Canning, cierta indispensable información nuestra,

A poco descubre España que está a punto de perder sus extensos dominios coloniales. ¿Qué hace para combatir estos movimientos de independencia, para aplastar a estos "insurgentes", como oficialmente los denomina?

Madrid y Lima

Observemos el mapa de América del Sur, pero imaginemos cómo lo vería desde la propia España el asendereado gobierno de la metrópoli que ha reemplazado al rey cautivo (4). El inmenso Brasil, con su punta de Recife, semeja un gigantesco tajamar que, acercándose al Africa, divide en dos sectores el Océano Atlántico. Este mismo Brasil, con su prolongación occidental, el Perú, aislan, de océano a océano, del Atlántico al Pacífico, las dos secciones en llamas de su imperio colonial: el bloque Venezuela-Colombia, al norte, y el bloque sur, Chile-Buenos Aires (este último con sus provincias altas o Alto Perú).

Conocen bien los bomberos que un incendio se combate aislando sus varios focos y concentrando luego, en forma sucesiva, medios suficientes de lucha contra cada uno de ellos. La dispersión es enemiga de la eficacia. Pues exactamente de este modo es como actúa el gobierno español.

entre ella la de señalar los límites del Perú en un mapa de la América del Sur que tenía en su despacho —situado ya en el Dawning Street 10, que luego hiciera famoso Winston Churchill—, los agentes del Protector le entregan un extenso informe escrito, el 5 de noviembre del mismo año. En este documento, cuyo original existe en Londres, se precisa, por ambos delegados de nuestra patria, que la línea demarcatoria entre la naciente república peruana y las Provincias del Río de La Plata (República Argentina) "**pasa por la laguna de Titicaca**". Tengamos presente, señores profesores, que en este momento —año 1822— ¡todavía Bolívar no ha puesto los pies en suelo peruano!...

No obstante estos hechos evidentes acreditados en documentos históricos de valor irrefutable, subsiste aún la paparrucha aquella de que la malquerencia de Bolívar a nuestra patria era tan grande, que cierto día, sulfurado, descolgó del clavo el mapa del Perú que tenía en su despacho, cogió una tijera... y ¡zás!, de un tijeretazo ¡pues nos despojó del Alto Perú!

- (4) Este gobierno —la Junta Central— cumple su delicado cometido en forma realmente paradójica: **es un gobierno en el exilio dentro de su propia patria**. Recuérdese, en efecto, que José Bonaparte —al que los madrileños apodan Pepe Botellas y Rey Plazuelas— ha sido impuesto como soberano de España por mandato de su poderoso hermano, contando, no obstante, con la aceptación y colaboración de buen número de influyentes peninsulares —intelectuales y políticos, mayormente—, los famosos "afrancesados", como despectivamente los ha bautizado la oposición española. Igual que el Perú de 1823— Torre Tagle **versus** Riva Agüero, Lima **versus** Trujillo—, España tiene en estos difíciles días de los levantamientos de sus colonias, un gobierno bicéfalo: José I **versus** Junta Central, Madrid **versus** Sevilla.

Para suerte de la Corona, en esta delicada coyuntura el Perú desempeña el papel de espléndido cortafuego: elevado y sólido muro que impide que la América española, íntegra, se convierta en una sola, rugiente y gigantesca hoguera, desde las cálidas orillas del Caribe hasta las frías pampas de la Patagonia.

España envía a Venezuela —foco el más peligroso y más cercano a la metrópoli— fuertes y repetidas expediciones militares al mando de valerosos jefes experimentados en la lucha contra Napoleón en la dura y sangrienta guerra que termina con la expulsión del intruso rey José Bonaparte. Es así cómo enfrenta al precursor Miranda, primero y por breve tiempo; más tarde, y ya por trece años, a Bolívar. ¿Y qué hace España para sofocar el fuego en el sector sur del continente meridional? No fue necesaria su intervención, si exceptuamos el envío de cierto número de excelentes jefes y de muy cortos efectivos de tropas. Abascal, virrey del Perú, obrando con celeridad y patriotismo encomiables, acude **motu proprio** a aplastar las rebeliones porteña, chilena y quiteña.

Graficando la situación del imperio español, como observamos en la figura (*), se montan dos poderosos grifos contra incendios, para combatir el voraz fuego de la insurrección americana: uno en Madrid, el otro en Lima. Y en tanto que Madrid envía a Venezuela grueso torrente de soldados, españoles, desde luego, Lima cumple con lanzar a Quito, Chile y el Alto Perú, otro poderoso torrente de soldados, peruanos, claro está, en su gran mayoría.

Pero existe diferencia entre el elemento humano que España envía a Venezuela y el elemento con el que acude Abascal a sofocar la rebelión de los territorios vecinos. El español es hombre plenamente consciente de la causa por la cual lucha y muere, en tanto que el peruano, enrolado por la fuerza en el ejército realista, ignora por qué se le arranca de su escondida querencia andina y se le lleva a combatir sin entusiasmo contra sus hermanos del Río de La Plata y del Mapocho.

El español que obedece a Monteverde, a Morillo y a Boves, y que en los llanos del Orinoco enfrenta a Bolívar, a Páez y a Ribas, tiene la íntima convicción de que lucha y muere por su rey por su patria. El campesino peruano que resignado sigue a Goyeneche, a Osorio y a Marcó del Pont, y que en el Desaguadero, en Rancagua y en Chacabuco enfrenta a Castelli, O'Higgins y a San Martín, sabe solamente que debe disparar y cargar a la bayoneta cuando se le ordena hacerlo contra otros hombres de uniforme apenas diferente del suyo propio. La elevada calidad del soldado realista que combate en Venezuela, obliga a Bolívar a llevar adelante una guerra prolongada y sangrienta en extremo. En ese territorio ambos bandos proclaman, oficialmente, y llevan a cabo, con salvaje encarnizamiento, la "Guerra a muerte". Tan tenaz es la lucha en el norte del continente, que Venezuela ve reducida en un tercio su población y convertidas en ruinas sus ciudades.

(*) No se incluye ningún esquema en este libro, ya se ha dicho.

El terreno endurece la raíz de la planta

Así como la raíz de una misma planta se endurece extraordinariamente si tiene que atravesar terrenos muy resistentes, o se conserva blanda si la tierra es suelta o húmeda —la función crea al órgano—, en igual forma los ejércitos que obedecen a Bolívar se hacen más aguerridos y tenaces en proporción a la resistencia opuesta por sus adversarios españoles. Si comparamos las muchas campañas libradas por Bolívar en Venezuela, con la de San Martín en Chile, constatamos que el número de acciones libradas por el primero es inmensamente superior a las del segundo, e igualmente el número de bajas producidas en las batallas del venezolano es considerablemente mayor que en las del argentino. Esta marcada diferencia queda confirmada por los propios protagonistas españoles. Son muchos los jefes y oficiales de esta nacionalidad que han consignado en su correspondencia el marcado temor que les inspiraba el tener que luchar en Venezuela, y no así en las regiones meridionales del continente (5).

- (5) Veamos, por ejemplo, lo que escribe un oficial peninsular, el capitán Rafael Sevilla, que forma parte de la expedición del general Pablo Morillo, enviada por España a América en el año 1815: "A las 8 de la mañana del 17 de abril, un espectáculo conmovedor, análogo al de Trafalgar, se presenciaba desde las murallas de Cádiz. Dieciocho buques de guerra y cuarentidós transportes, 60 naves en total, levaban anclas obedeciendo la señal del navío "San Pedro", poniéndose en marcha... Cuando ya no veíamos más que la mar y el cielo, presentaba aquella formidable escuadra un aspecto imponente. Desde el descubrimiento de América, ninguna tan numerosa había cruzado el Atlántico".

"Sin novedad navegamos hasta el día 23, en que al asomar la aurora, dio la señal el navío de estar **al paio** (maniobrar las velas para detener la marcha de una nave, en espera de órdenes posteriores). En seguida se puso **en facha** (maniobra algo semejante a la anterior) y echó al agua un bote con dos oficiales de a bordo, que empezaron a recorrer todos los buques, **tra-yéndonos la infausta noticia de que no íbamos al Río de La Plata, como se había dicho, sino a Costa Firme** (antiguo nombre del litoral de Venezuela y Colombia). Así lo preceptuaban los pliegos reservados de Su Majestad que se acababan de abrir a aquella altura".

"General consternación causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos Aires (no se refiere el autor a la ciudad, sino al virreinato de este nombre, que entonces se extendía —como se ha dicho en la nota N° 3— desde el lago Titicaca y río Desaguadero, hasta la Patagonia) y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que uno de sus bandos esperaba las tropas del Rey, para pasarse a ellos y auxiliarlos, y que en la Costa Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad".

Comprendiendo el general Morillo el mal efecto que el cambio de destino había producido en sus tropas, "nos mandó una proclama entusiasta, recordando los laureles que habíamos obtenido en la campaña contra el francés (Napoleón) y manifestándonos que debíamos alegrarnos de ir a un país más cercano al nuestro". **"Memoria de un oficial del ejército español"**.

(El subrayado y los paréntesis son del conferenciante).

En conclusión, la diferencia de resistencia del adversario obliga necesariamente a ambos generales —como las raíces al terreno— a adaptarse al medio. Al soldado expedicionario español, que engraido de sus victorias sobre las tropas napoleónicas llega a Venezuela, Bolívar no puede vencerlo sino mediante la destrucción física, es decir, por la derrota en el campo de batalla luego de tenaz y sangrienta lucha. En consecuencia, Bolívar seguirá en el Perú su mismo sistema de guerra ya largamente experimentado. Al soldado peruano que desganado obedece a los jefes españoles, San Martín, a su vez, piensa que es posible, y económico en vidas, más que derrotarlo, ganarlo a la causa mediante una eficaz prédica revolucionaria, es decir, sin que fuera indispensable llegar a la lucha misma (6). Están así esbozadas las formas diferentes como Bolívar y San Martín proyectan llevar a cabo sus campañas en el Perú, uno y otro en los momentos que el destino les señaló actuar: en 1820, 1821 y 1822, el argentino; en 1824, el venezolano.

Sine sanguine ha de ser la acción libertadora en el Perú, se dice a sí mismo San Martín. Para dar libertad al Perú debo hacer una **guerra de aniquilamiento** de las fuerzas que lo sojuzgan, resuelve Bolívar. Largo tratamiento médico recomendará el primero; certera y veloz técnica quirúrgica será la intervención del segundo.

Dice Maquiavelo que para apreciar la majestuosidad de las montañas, debemos situarnos en la llanura que se extiende a sus pies; así como para contemplar en toda su amplitud y belleza una dilatada llanura,

(6) Esta propaganda, orientada en el sentido de ganarse los corazones peruanos, se lleva a cabo por diversos medios: agentes, proclamas, cartas... Esta difusión de proclamas se inicia desde Chile, varios años antes de la llegada de San Martín. Según refieren oficiales integrantes de la división del general Arenales, ya en la primera campaña a la Sierra de este jefe (1820) pudieron constatar que numerosos campesinos, aun en los más apartados caseríos andinos, conservaban esas proclamas con conmovedor cariño, largo tiempo después de haberlas recibido. En algunos casos, incluso, estos impresos fueron utilizados a manera de salvoconductos por sus entusiastas poseedores. Las proclamas las hizo imprimir el gobierno chileno, en idiomas castellano y quechua, y fueron distribuidas profusamente en nuestro litoral por la escuadra de Cochrane, en sus varias incursiones llevadas a cabo en los años 1819 y 1820, antes de la llegada de la Expedición.

Desde Chile, en cierta ocasión solicita San Martín a agente suyo en Lima un informe sobre el estado de ánimo de los muchos oficiales peruanos que sirven en el ejército real. **“Los oficiales peruanos —se le responde— se encuentran en un estado de indecisión, tristeza y turbación, preguntando a todos qué harán. Calculo, pues, que su resistencia será débil”**. El mismo informante desliza un consejo al general: que las fuerzas libertadoras obtengan desde el primer momento algunas victorias, aunque pequeñas: **“para decidir a estos oficiales y otros muchos que se mantienen en la incertidumbre”**.

conviene subir a una elevada montaña. Es por ello que para mejor comprender la campaña llevada a cabo por Bolívar en el Perú —tema de esta charla de hoy—, estimamos oportuno echar antes una ojeada a la empresa cumplida por San Martín en nuestra patria. Sólo en esta forma, sobre un mismo teatro de guerra y frente al mismo adversario, podremos apreciar debidamente las maneras de actuar de uno y otro generales.

SAN MARTIN EN EL PERU

...“Como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo las puede disputar palmo a palmo, y por otra parte, la terquedad de los españoles es bien conocida, **creo que el modo de negociar la paz con ellos** es llevarles la guerra a la misma España; por lo tanto, estoy resuelto... que las fragatas Prueba y Venganza... salgan de ésta a principios de agosto con destino a Europa”.

“Si usted puede unir a estas fuerzas algunas de Chile, la expedición tendría los mejores resultados. Contésteme sin perder momento”.

SAN MARTIN a Bernardo O'Higgins (Santiago de Chile), Lima, 26 de junio de 1822 (dieciocho días antes de viajar a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar).

Llegué, vi, vencí, debió ser el informe que San Martín pudo remitir a O'Higgins, acaso a los seis meses de pisar suelo peruano. Es lo cierto que salió de Chile contando con fuerzas suficientes para lograr una pronta culminación de la empresa libertadora de nuestra patria, y no es menos cierto que el poder realista en el Perú pasaba entonces por gravísima crisis. Crisis múltiple: económica, política, moral. De haber procedido el general argentino con audacia y celeridad —como las operaciones previas a Chacabuco—, el Perú habría conquistado su independencia en 1821, y no sólo a fines de 1824, con Bolívar, luego de pasar por las derrotas y zozobras del año 23. Señalamos a continuación algunos de los hechos en que basamos nuestra afirmación. Pero antes, en veloz desfile cinematográfico, veremos el desarrollo total de la acción de San Martín en nuestra patria, utilizando esquemas que hemos preparado (Son los mismos que, mejorados y en colores, se incluyen en la obra “Antología de la Independencia del Perú”, 1972, de la Comisión Nacional del Sesquicentenario).

Ni tantos, ni tan pocos

Se hace mucho hincapié en que San Martín, en audaz alarde, “con menos de 5,000 soldados enfrenta a más de 20,000 aguerridos y gallardos peninsulares” que obedecen al virrey Pezuela. Aunque documentos de valor inobjetable asignan a los realistas cifra muy inferior a la antes expresada, aceptemos ese efectivo de tropas. Tengamos, sí, en cuenta que esa relación de fuerzas no representa, en ningún momento, cantidades constantes. Para explicarnos mejor, recurramos a una analogía gráfica. Imaginemos, para ello, dos vasos comunicantes, sistema hidráulico constituido por recipientes unidos por un tubo inferior. Instalada sobre este tubo, una llave permite el paso del agua de uno a otro vaso. Pues bien, si su-

ponemos que uno de nuestros vasos contiene 5,000 litros de agua y 20,000 el otro, éste sería el estado relativo de fuerzas al producirse el desembarco de la Expedición Libertadora, enviada a nuestra patria por el gobierno chileno que preside Bernardo O'Higgins. Debemos tener presente que en el momento preciso de pisar tierra peruana, el general San Martín abre la llave que pone en comunicación nuestros vasos. ¿Y qué sucede, de inmediato? Al llegar a Guayaquil la esperada y muy agradable noticia, su guarnición realista, íntegra —1,500 soldados, cuzqueños muchos de ellos—, se pasa a la patria. En otras palabras, esa llave deja pasar 1,500 litros del vaso de nivel alto, que ingresan, claro está, al otro vaso.

Con este solo trasiego, la relación de fuerzas, que era de 4 a 1, ya no alcanza a ser de 3 a 1. Continuemos abriendo nuestra llave: 996 realistas del regimiento Numancia, que cerca de Chancay imitan a sus camaradas de Guayaquil; de los 800 "aguerridos y gallardos" soldados realistas, que en Pisco y a órdenes del coronel Manuel Químper, peruano, tenían por misión oponerse al desembarco de la Expedición, ninguno hace un solo disparo al avistarse en tierra los "invasores", y más bien, pocos días después, algo más de 200 se pasan también a los patriotas, haciéndose humo los 600 restantes luego de simples simulacros de resistencia; en tanto que en Cerro de Pasco 750 realistas huyen de las bayonetas de los soldados chilenoargentinos de Arenales, 250 de sus camaradas optan por seguir la moda imperante: cambiar de bandera; en Lambayeque y Trujillo, unos 380 hombres imitan a sus otros compañeros "cambistas", en tanto que en Huaraz, el coronel Borgoño, enviado por San Martín desde Huaura, recibe 400 entusiastas reclutas; los 1900 hombres de la guarnición del Callao, con su jefe el general La Mar, se pasan a la patria perdiendo con ello España las fortalezas más poderosas del Pacífico; 30 oficiales y 500 soldados realistas, de la división Canterac, enviada por el virrey desde Jauja, precisamente en socorro de La Mar, pues también cambian de bandera; en Pisco se incorporan a las filas patriotas 650 esclavos, sobre los que San Martín escribe a O'Higgins que serán muy pronto excelentes soldados, capaces de competir con los más veteranos; etc., etc.

Como infantil castillo de arena barrido por la ola, el aparentemente poderoso ejército realista del Perú —coloso de hierro con pies de barro—, no puede resistir la sola presencia de las huestes libertadoras. El pueblo peruano —civiles y militares, hombres y mujeres— estaban virtualmente **revolucionado**, en espera de sus hermanos, que venían del sur, para conquistar su propia independencia. Razón asiste al historiador español, general Mariano Torrente, contemporáneo de las guerras de la emancipación americana, al escribir: "Cuando un edificio comienza a desmoronarse, no bastan puntales para sostenerlo. Así sucedió en esta desgraciada época. Introducido el desaliento en el ejército real y en igual proporción la creencia en el pueblo de que iban a triunfar las armas de San Martín, era consiguiente en unos y otros olvidarse de sus deberes, y dirigir todas sus miras a prestar servicios a los que eran ya considerados como nuevos dueños, para conservar sus empleos, y aun para ganar mayores grados y distinciones".

Si hacemos los trasiegos respectivos, veremos, señores profesores,

que los vasos están muy próximos a alcanzar un mismo nivel, si no es que ya lo alcanzaron (7). Esto en cuanto a cantidad. Pero...

¿Cantidad o calidad?

Reflexionando en Santa Helena sobre sus primeras campañas, dictaba Napoleón: "En Italia fuimos siempre uno contra tres, pero los hombres tenían confianza en mí. La fuerza moral, más que el número, es siempre la que decide la victoria". El 17 de agosto de 1820, es decir, tres días antes de zarpar de Valparaíso la Expedición, un inteligente oficial español, el teniente coronel Andrés García Camba, alarmado ante la anunciada "invasión chilena" —así denomina la documentación realista a la Expedición Libertadora—, dirige un informe confidencial al virrey Pezuela (8). Recomendando a los señores profesores la lectura de este documento. Agrada la franqueza, la valentía, casi, de sus expresiones. Espiguemos unos cortos pasajes del sustancioso documento:

... "Suponiendo que nuestro ejército fuera cual dice Vuestra Excelencia en su bando del 11 del corriente, ¿habrá quien asegure a V.E. la victoria contra otro ejército de igual fuerza? Claro que no, y lo contrario sería una temeraria presunción"... "La caballería se halla en peor estado que la infantería; la multiplicidad de armas con particular manejo cada una, y el uso de todas ellas sobre un bruto, que es el mayor enemigo cuando no se sabe montar, hace que la que mantenemos sea nula de hecho"...

(7) El historiador peruano, general Dellepiane, aunque al mencionar el plan de invasión del virreinato del Perú, desde Chile, dice ser San Martín el "primer estratega" sudamericano, posteriormente, al estudiar las operaciones del año 1821, en capítulo elocuentemente expresivo, "Inacción de San Martín", se ve obligado a reconocer: "Las operaciones de guerra que conducía en el Perú el general San Martín entraron por el año de 1821 en un período de manifiesta inactividad"... "Las negociaciones diplomáticas y demás procedimientos que existen para retardar los acontecimientos, pueden emplearse para preparar un teatro de operaciones, como en 1820, o para engrosar las fuerzas a fin de equipararlas con las del enemigo. Pero, en 1821 todas las ventajas se hallaban del lado de los patriotas y, sin embargo, San Martín continuaba postergando indebidamente la decisión final; con este proceder prolongó la guerra, sin necesidad, como lo demuestran los hechos que siguieron"... "Si al tocar en Ancón, y aun antes, los jefes patriotas instaron a San Martín para que ordenara el ataque directo a Lima, que juzgaban posible realizar en ese entonces, con cuánta mayor razón se hubiera podido intentarlo en 1821, cuando casi todo el Perú sentía anhelos de libertad"... (por esos días) "el efectivo de los soldados libertadores excedía en más de un tercio al de los realistas".

(8) "Los papeles públicos de Chile no cacarean otra cosa que la expedición, y la proclama de San Martín de 13 de febrero (1820) a los chilenos, los inquieta a correr en auxilio del Perú". Así se expresa el virrey Pezuela, en su *Diario* (19 de marzo de 1820).

Sobre el enemigo se expresa en esta forma: "Debemos concluir que la calidad de sus tropas excede a la mayor parte de las nuestras"... "Nuestra situación es incontestablemente mala". Previendo acertadamente que el pueblo peruano no cooperaría en el rechazo de la invasión, sino todo lo contrario, sentencia: "No debe mirarse aquí la pérdida de una batalla como en España; perdida por nosotros, en el día se decide probablemente la suerte del Perú para siempre" (9).

En el acápite anterior hemos visto cómo se cumplen los tristes vaticinios de este oficial español. Las fugas —que no combates— de Pisco, Ica, Nazca, Acarí, Atumpampa, puente de Máyoc, Jauja Tarma, igual que la escasa resistencia opuesta en Cerro de Pasco, demuestran que ni contando con apreciable superioridad numérica les es posible a los realistas vencer a los soldados patriotas. "No es el número de soldados lo que proporciona solidez a un ejército, sino su lealtad y estado de ánimo", nos recuerda Napoleón.

Dispersión

Hay otro aspecto que debemos tener en cuenta: la peligrosísima dispersión de los débiles núcleos de defensores realistas. Mil quinientos soldados en Guayaquil, 300 en Trujillo, 500 entre Huaura y Supe, 6,500 en Lima y Callao, 800 en Pisco, 450 en Huancavelica, 1,500 en Arequipa, 300 en Arica... , se hallaban, pues, todas estas guarnicionse, condenadas por despiadado **Mane, Thecel, Phares**, al aniquilamiento sucesivo, y sin esperanza de ser socorridas a tiempo por las más inmediatas. No se olvide algo terrible para los realistas: Sus guarniciones estaban separadas, unas de otras, no únicamente por muchas decenas de leguas de desiertos y abruptas cordilleras. También se hallaban aisladas, incomunicadas, casi,

(9) Así sucederá con Bolívar, efectivamente. Vencida la caballería realista en Junín, la infantería y artillería de Canterac, meras espectadoras de la acción, se ponen en precipitada fuga, no deteniéndose hasta alcanzar las infranqueables márgenes del río Apurímac. Es decir, que ceden, absolutamente sin lucha, los extensos territorios que hoy abarcan los departamentos de Junín, Huancavelica, Ayacucho y Apurímac. Como dirá luego el Libertador, todas estas veinticinco provincias se conquistaron sin gastar una sola onza de pólvora. Lograda luego la victoria de Ayacucho, también sin consumo adicional de un grano de pólvora cambian automáticamente de dueño los departamentos del Cuzco, Puno, Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá, además de la totalidad de la hoy república de Bolivia. ¿Y los varios millares de "aguerridos y gallardos" soldados realistas que guarnecían estas vastísimas regiones? Pues con más entusiasmo que tristeza depusieron tranquilamente las armas, cambiando de bandera la mayoría de ellos. Es esta la razón por la cual decíamos, unas páginas más arriba, que las palabras de Julio César al Senado romano (**Veni, vidi, vici**) —al anunciar su fácil victoria sobre Farnaces— pudieron perfectamente ser repetidas por San Martín al dirigirse a O'Higgins para dar cuenta del cumplimiento de la misión que le señaló el Senado chileno, de haber querido obrar el general argentino con la rapidez y audacia a que obligaba la profunda desmoralización y debilidad material de las fuerzas realistas.

por una población marcadamente hostil, pronta a prestar todo género de auxilio a sus libertadores y a combatir, por todos los medios, al enemigo (10). Citemos un solo caso de ayuda peruana. El teniente Vicente Suárez, paraguayo —oficial de la división patriota del general Arenales—, que puso en fuga a gruesa columna realista en Acarí, al sur de Nazca, refiere: “Sólo pudo sacarme de este embarazo (espesísima niebla) la destreza de los excelentes guías que dirigieron mi marcha, y a cuyo comportamiento me hallo obligado”. No olvida a las hijas de Nazca este oficial: “Tuvimos la complacencia de ser recibidos en Nazca con repiques de campanas, tañidas por mujeres que no quisieron retardar ni ceder a nuestro sexo”.

El tridente de Neptuno

En razón de la profunda simpatía que el general San Martín despertó en la mayoría de nuestros compatriotas, los escritores peruanos, al reseñar las operaciones de la Expedición Libertadora, se limitan a ponderar los éxitos logrados por el ejército, dejando en humilde penumbra las muchas victorias ganadas por las naves que obedecen a Cochrane. A más de injusto, resulta demostración de ignorancia el olvido, puesto que en un antiguo escrito atribuído nada menos que a Jenofonte (Siglo IV antes de Cristo), ya se ponía de relieve la incontrastable influencia del poder naval en la guerra: “Los amos del mar se hallan en situación de devastar el territorio de una potencia mucho más fuerte. Pueden, sin ningún peligro, ir costeándolo hasta un lugar donde no se encuentren apostadas fuerzas terrestres enemigas, o donde éstas sean débiles, y pueden perfectamente volver a embarcarse y alejarse ante la proximidad de fuerzas superiores”.

Contando con la abrumadora superioridad que le proporcionaba la escuadra chilena, dueña del Pacífico, disponía, pues, el general San Martín de poderosos medios materiales y morales capaces de triunfar fácilmente, y en corto plazo, sobre el débil, disperso y desmoralizado ejército realista (11). Sorprende, por ello, que a lo largo de dos años de per-

(10) En comunicación al Ministro de Guerra de España, escribe desde Puno el general peninsular Ramírez (1º de enero de 1821), refiriéndose a la **“propensión de la mayor parte de la población al sistema revolucionario”**: “No es, Señor Excelentísimo, San Martín y sus satélites los únicos enemigos que tenemos. Son mayores y de más consideración los que por desgracia de esta guerra abundan ya en todas las capitales, pueblos y aun en las aldeas más pequeñas”... “Por lo expuesto formará V.E. un concepto bastante exacto de la **crítica, lastimosa y peligrosa situación del Perú**”.

(11) Muchas páginas podrían llenarse con documentos referentes al enfermizo temor que a las autoridades españolas inspiraba la presencia de las invencibles quillas que mandaba Cochrane. Para mejor aquilatar los singulares méritos del marino inglés, recurrimos intencionalmente no a un escrito favorable a él, sino otro dedicado a levantar algunos cargos suyos, contrarios a determinados personajes del gobierno chileno. El coronel José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de O’Higgins, en su **“Refutación a las Memorias de Lord Cochrane (Santiago de Chile, 1861)**, se expresa en esta forma, no obstante

manencia en nuestro país, no se decidiera, siquiera una vez, por una ofensiva que tuviese por objetivo la destrucción de las fuerzas militares de su adversario. Estudiando en Santa Helena las guerras de Julio César, hizo Napoleón este comentario: "El tridente de Neptuno es el cetro del mundo". ¡Cómo se advierte en esta observación del Emperador el doloroso recuerdo de su derrota final ante el poderío naval británico.

Oportunidades perdidas

Por no extendernos demasiado nos vemos imposibilitados de referir las muchas y óptimas ocasiones que se le ofrecen al general San Martín de destruir al ejército realista. Nos concretaremos a señalar tres casos.

1. Luego de permanecer alrededor de cincuenta días en Pisco, se embarca el general y después de hacer con la escuadra ostentosa demostración de poderío en la bahía del Callao, continúa a Ancón. **"No es posible pintar la confusión y atolondramiento de los españoles la primera noche que supieron que los patriotas principiaron a desembarcar por Ancón.** La tropa que salió de Lima más parecía ir en derrota que en busca del enemigo; los cañones iban por un lado, las cureñas y municiones por otro; las compañías perdidas, sin conocer el camino que debían tomar; todos mandaban y nadie obedecía, porque faltaba un centro de unidad que dirigiera con firmeza las operaciones y a quien respetaran todos". Son palabras de nuestro historiador Mariano Felipe Paz Soldán, quien,

el carácter de su escrito: "Desde los primeros cañonazos que los buques de Cochrane dispararon en las aguas de Chile y del Perú, los bajeles españoles, como bandadas de pájaros extraviados, volaron a buscar refugio bajo los fuertes del Callao. **Quedó así abierto a San Martín el camino del Perú**".

Convencido el virrey Pezuela, a mediados de agosto de 1820, que la expedición chilena al Perú era un hecho, dispone que los barcos realistas, "a favor del mucho andar de nuestros buques, muy superior al de los enemigos", se situasen a retaguardia de la escuadra patriota, en su marcha al Perú, para hacerle todo el daño posible. Dada la orden —dice Pezuela—, "no encontré para esta maniobra toda aquella disposición que yo esperaba y me malicié que sería eludida mi intención a pretexto de no estar corrientes dichos buques de guerra, sin embargo de haberles facilitado cuantos auxilios me pidieron"... "por lo que **me propuse desarmarlos todos si no salían a la mar** en una ocasión en que podían con sus maniobras hacer un servicio importante, que en parte resarciese más de dos millones de pesos que en los cuatro años de mi mando ha costado la Marina del Callao". Esta nota del **Diario** de Pezuela fue registrada el 20 de agosto de 1820, por coincidencia el mismo día que la Expedición levaba anclas en el puerto de Valparaíso, enderezando sus proas rumbo al litoral peruano. Si, como se dice, la historia se repite, este temor que la escuadra chilena inspiraba a la marina española del Callao, tiene mucha analogía con el apocado ánimo de la flota italiana frente a la escuadra inglesa, en aguas del Mediterráneo, durante la Segunda Guerra Mundial. Disgustado Mussolini con sus almirantes, tiene para ellos frases que recuerdan las del virrey Pezuela.

como nacido en 1821, tuvo oportunidad de escuchar de boca de numerosos partícipes estos y otros pormenores. Testigos y partícipes tanto patriotas como realistas, subrayamos. Pues bien, este escritor concluye así el episodio de Ancón: "Si San Martín hubiera conocido en tiempo (oportuno) semejante confusión, pudo haber entrado a Lima con mil hombres, y quizá entonces queda terminada la campaña. **Estas escenas de espanto se repetían a cada amago que se hacía sobre la capital**".

2. Es sabido que entre la última semana de junio y la primera de julio de 1821, el virrey La Serna abandona la capital del virreinato. Las tropas realistas se retiran en deplorables condiciones sanitarias y con la moral verdaderamente por los suelos, en tanto que literalmente pisándoles los talones, hacen su ingreso a Lima los patriotas. Refiriéndose a esa penosa evacuación, escribe en sus **Memorias** el hijo de Arenales: "El ejército realista habría tocado al fin su completo exterminio, si hubiera perseverado el ejército libertador con actividad y constancia en perseguir a los españoles, sin permitirles cobrar aliento en parte alguna de la Sierra". Y el general Miller, muy amigo de San Martín, no puede menos de estampar en sus **Memorias**: "Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones (establecerse) en la disipada ciudad de Lima, como lo hizo, hubiera secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados (los famosos montoneros peruanos) apenas puede dudarse que se **habría terminado la guerra en pocas semanas**".

3. En tanto San Martín ingresa ufano a Lima en la firme convicción de que ello le reportaba la conclusión de la guerra, ¿qué sucede en la Sierra con el general Arenales? Encontrándose este hábil jefe en la región de Huancayo —cumpliendo su segunda campaña a la Sierra, iniciada en Huaura—, en ansiosa espera de los desmoralizados y raleados batallones que materialmente empujados por el virrey marchan de Lima al interior, para destruirlos fácilmente en los ventajosos desfiladeros andinos, recibe repetidas y perentorias órdenes de San Martín de abandonar la Sierra y constituirse en la capital. En la primera de sus cartas, lleno de júbilo, el general en jefe le relata a su subordinado el ingreso de los independientes a Lima. Arenales le contesta: "Mi amadísimo general: A las cinco de la mañana, con el pie en el estribo (para marchar) en alcance del enemigo, recibo la de usted del día seis"... **"Hablo con franqueza. ¿Qué ganará nuestro ejército** (el grueso del ejército, al mando directo de San Martín) **con entrar a Lima y apestarse** (enfermarse de peste) **y acabar de destruirse?**... ¿Qué sucederá con esta división (los batallones del propio Arenales) con mil y quinientos reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa retirada donde le esperan los hospitales y el sepulcro? ¡Doloroso se tener que hablar en estos términos!"... "La división va a perderse en su retirada a la Costa"... **"me impulsa** (a hablarle en esta forma) **el dolor y el sentimiento de que nuestra empresa en el Perú va a postergarse incalculablemente**"... "Sea lo que Dios quiera".

Por todo comentario a esta carta, dice con parquedad el historiador argentino general Bartolomé Mitre: "**Arenales veía más claro que San Martín**". Y más adelante, agrega: "Arenales hablaba como un profeta".

La Sierra

Como lo han demostrado las muchas guerras nacionales, la Sierra, y no la Costa, es el verdadero corazón del Perú. Con suma facilidad Lima y la Costa han caído en poder de diversos invasores. Convencido Pizarro de lo precario de su situación en el litoral, como paso **previo** a la fundación de Lima, procede a ocupar Quito y el Cuzco, vale decir, se aferra sólidamente con ambos brazos en la Sierra. En 1821, San Martín ingresa a la capital del virreinato sin que su ejército tuviera que disparar un solo tiro de fusil, es muy cierto, pero la guerra prosigue hasta fines de 1824—batalla de Ayacucho—, porque la Sierra continuaba tranquilamente en manos españolas. Caso análogo se da en 1839. La capital es ocupada por los “restauradores”, pero la lucha persiste en la Sierra hasta que se libra la sangrienta batalla de Yungay. Una vez más se repite el mismo hecho en enero de 1881. Pero Cáceres mantiene en alto la bandera nacional a lo largo de dos años y medio de lucha, lucha —no lo olvidemos, señores profesores— sostenida exclusivamente en la Sierra. En los Andes.

El general San Martín no cruzó nunca los Andes peruanos. Sin embargo, cuando menos una vez parece que pensó marchar a la Sierra, y ello fue al impartir sus instrucciones al general Arenales, en Pisco, en octubre de 1820, poco antes de iniciar este jefe su primera campaña, precisándole que desde algún punto del norte (Huacho) el general en jefe se internaría a la cordillera para darle el encuentro a su hábil subordinado. Y son varias las veces que no atiende las reiteradas solicitudes del mismo Arenales, que le aconseja llevar el grueso del ejército, que se diezma con las epidemias de Huaura, a reponerse en el magnífico clima de la Sierra y aumentar sus efectivos con los numerosos y entusiastas voluntarios del valle del Mantaro, anhelosos de ingresar a las filas independientes. De esta manera, **un poderoso ejército** —poderoso por el número, pero más poderoso aún por su moral—, perfectamente instruido y disciplinado, **metido en el corazón de la Sierra, mandado por el propio general en jefe**, y lanzado arduosamente sobre las débiles y aisladas divisiones realistas, ninguna duda puede haber de que **hubiera logrado en muy corto tiempo la independencia peruana**. Pero en vez de seguir el proyecto al que lo insta Arenales, San Martín y su ejército permanecen largos meses en esa malsana comarca, con un tercio de sus soldados perdidos en los hospitales y cementerios. Muy otro es el proceder de Napoleón: “La enfermedad es el enemigo más peligroso de un ejército. Es mejor librar una sangrienta batalla que situar las tropas en una localidad insalubre”.

Al ocupar la capital el ejército libertador y rehuir la búsqueda del enemigo en la Sierra, el general se metía en un callejón sin salida. Bartolomé Mitre, ilustre historiador, general y expresidente de la República Argentina, puntualiza en su magistral biografía de San Martín: “Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima, sin más objetivo que el Callao, **por efecto del abandono de la campaña de la Sierra** y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arena-

les, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. **Lima se había convertido en la Capua de los libertadores**... "Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la Sierra con su tesón que hace grande honor a los jefes que los dirigían".

Monarquía

Según un patriota peruano de destacada actuación en la independencia, Francisco Javier Mariátegui: "La monarquía fue el pensamiento central de San Martín, trabajó para ella, y ese pensamiento y esos trabajos, lo perdieron". Efectivamente, olvidando por completo que había venido al Perú a destruir el poder militar español, el otrora glorioso vencedor de Chacabuco agotó sus energías en obstinados esfuerzos por lograr el establecimiento de esa forma de gobierno, para lo que debía vencer la resistencia de muchos peruanos contrarios a la impopular idea de la erección de un trono en nuestra patria.

El historiador Paz Soldán, por lo común muy favorable en sus juicios al Protector, señala no obstante al respecto: "Ideas muy aristocráticas o monárquicas abrigaban San Martín y sus Ministros para que olvidaran las reglas del ceremonial de una Corte. Por ello, en medio de la multitud de atenciones que les rodeaban, cuidaron mucho y ocuparon gran tiempo en arreglar el uniforme que debía llevar el jefe del Estado, los Ministros, Ayudantes, y hasta los conductores de pliegos (15, 20 y 23 de agosto de 1821), los Consejeros de Estado, los jefes de Correos (5 de noviembre de 1821). Se determinó las personas que podían usar bastón con borlas; los tratamientos y ceremonial en las funciones públicas, días de asistencia a la Catedral; y se nombró un Maestro de Ceremonias". Da remate a este párrafo subrayando el historiador: "Quien leyera tales decretos y reglamentos juzgaría que el Perú tenía consolidada su independencia y que habían desaparecido los enemigos de su libertad, y sin embargo existían en mayor número y poder".

¿Protector o Libertador?

El hijo de Arenales, varias veces citado por nosotros, nos da en breves y apretadas líneas las consecuencias que se siguieron en el Perú al no buscar el general San Martín —con indesmayable ahinco, como se lo pedía su padre— la independencia peruana en una batalla librada resueltamente en la Sierra, "granero de hombres" y de recursos de todo género para los empecinados jefes realistas: "Si los sucesos pueden servir para decidir cuestiones de esta naturaleza, es oportuno recordar, que desgraciadamente no tardaron en venir a comprobarse los justos presentimientos del general Arenales (véase página 140). Ello es que los españoles se rehicieron en la Sierra, sin que nadie los molestara; volvieron a los arrabales de Lima (setiembre de 1821) **antes de dos meses de su salida;** pudieron retirarse sin ser batidos (aunque no sin enormes pérdidas) (12)

(12) Estas pérdidas consisten en los 30 oficiales y 500 soldados que se pasan a los patriotas, según mencionamos en la página 135. Abundan documentos que cons-

y poco después atropellaron y deshicieron la nueva división situada en Ica (abril de 1822) a las órdenes del bisoño general Tristán. Sucesos de mayor bulto continuaron el desenlace de estos antecedentes: la guerra del Perú no terminó hasta principios de 1825, después de tremendas alternativas”.

Ya que no las destruyó antes, en las inmediaciones de Lima, ¿por qué no se lanza San Martín, luego, sobre las fuerzas realistas dueñas de la Sierra? ¿Es que no contaba con los medios necesarios? ¿Cuáles son los efectivos de ambos adversarios poco antes de abandonar San Martín el Perú? Frente a 9,530 realistas dispersos a lo largo de más de dos mil quinientos kilómetros —de Jauja a Potosí, al sur del Alto Perú—, San Martín dispone, según sus propias palabras, de “11,000 veteranos en el mejor estado”, concentrados y en sus manos. Como se observa, los “vasos comunicantes” de los que hablábamos (página 134) han cambiado de signo, podemos decir. La superioridad numérica la tienen ahora los patriotas. Y aunque así no fuera, debe recordarse que en Ayacucho, con sólo 5,780 hombres y un cañón, Sucre derrota y obliga a capitular a 9,310 soldados y once cañones. No es pues carencia de medios lo que impide a San Martín lograr la independencia de nuestra patria.

Hasta el último momento de su permanencia en el Perú, es la verdad, el general argentino persiste, una y otra vez, en su búsqueda de una **victor sine sanguine**. Ya hemos hecho hincapié en esta característica suya de llevar la guerra. Es así que el 14 de julio de 1822, horas antes de partir para Guayaquil a entrevistarse con Bolívar, escribe al virrey La Serna (establecido entonces en el Cuzco), insistiendo una vez más en **negociar con los españoles antes que resolverse a derrotarlos**: “No quiero detallar la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear para conquistar la paz del Perú”. . . “Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer al guerra” (13).

tituyen elocuente evidencia del ningún espíritu combativo del soldado realista de esta época (1821), y, por consiguiente, de lo fácil que resultaba una victoria decisiva de los independientes, por poco que así lo hubiese deseado el general San Martín. Citaremos un fragmento de la carta que dirige al general Arenales un entusiasta patriota peruano, el teniente cura de Matucana, José Herrera: “Ayer a las tres de la tarde pasó por acá Canterac y Carratalá con las tropas siguientes: Cuatro regimientos de infantería, que se componen de 700 hombres; la caballería, de más de 700; la tropa de Carratalá, entre infantería y caballería, 1,000 hombres. **Es indecible los muertos, enfermos y con mayor número desertores que han tenido**. Sé que desde los altos de Chongos (cerca de Huancayo) acá, se le han desertado más de 500, y más adelante serán más, según la disposición y la gente tan disgustada que camina. He hablado con varios desertores y me dicen que **todos desean tener una acción para pasarse a la patria**”. (Véase el último párrafo de la nota 6). Por lo demás, esta carta demuestra la eficacia del servicio de espionaje peruano en favor de la independencia.

- (13) Rogamos a los señores profesores una cuidadosa lectura de tres documentos salidos de la pluma del general San Martín: 1) La carta a O'Higgins (26 de

Conocedor personal de la indomable tenacidad ibérica en las luchas contra Napoleón —“la terquedad de los españoles es bien conocida” escribe O’Higgins (pág. 134)—, ¿cómo podía esperar San Martín que los heroicos generales españoles abandonaran voluntariamente el rico y extenso territorio que Pizarro conquistara para su Rey tres siglos antes? ¿Mediante conversaciones y negociaciones con el enemigo, podría inducirlo a desistir de la lucha y entregar las armas? Muy oportuno resulta traer a la memoria de los señores profesores las palabras que Hitler pronunciara en situación análoga a la vivida por el general argentino en el momento que analizamos: “No se trata, ya —dice el Führer—, de entablar conversaciones de ninguna especie con los enemigos del Reich. Esta guerra no se resolverá por negociaciones. Es una lucha a muerte en la que uno de los adversarios debe necesariamente sucumbir, sin remisión”.

Perfecta razón asiste al hijo de Arenales al dar remate a sus anteriores líneas con frase definitiva: “El mismo general en jefe, San Martín, en vainó el sable, rehusó sostenerse en el teatro de la guerra y volvió la espalda a una eminencia donde estaba la palma que supo conquistar Bolívar”.

Es, pues, el general San Martín, por propia y deliberada elección, que se fija a sí mismo el título con el que desea aparecer en las páginas de la Historia: No Libertador del Perú, sino tan sólo su Protector.

junio de 1822):... “como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo las puede disputar palmo a palmo”... (véase página 134); 2) Carta a nuestro compatriota Toribio Luzuriaga (setiembre de 1822): **“Dejo en sólo la capital 11.000 veteranos en el mejor estado”** (pág. 143); 3) Carta al virrey La Serna (14 de julio de 1822):... “la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear”... **“Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer la guerra”**...

Implícita la idea de superioridad de medios de los patriotas en la primera misiva, sin poder ser más explícita la misma idea en las otras dos, los tres documentos afirman de modo irrecusable que San Martín dispone de fuerzas militares —terrestres y navales— y económicas más que suficientes para vencer decisivamente a su adversario. Por lo demás, y esto es particularmente importante, el examen sereno, **in extenso**, de estas tres cartas (escritas en 1822), echa definitivamente por tierra declaraciones interesadas muy posteriores (1827), destinadas, **ya**, exclusivamente a coonestar errores o debilidades pasadas. En efecto, cinco años después de los hechos, ya no hablará de superioridad suya frente a los españoles, sino de impotencia: “En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el reclamar al general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú” (carta de San Martín al general Guillermo Miller, Bruselas 19 de abril de 1827).

Esta última carta fue escrita en respuesta a un largo cuestionario de preguntas que el jefe inglés le remitiera, solicitándole la aclarase diversos acontecimientos históricos de que el general argentino fuera partícipe.

BOLIVAR EN EL PERU

"No hace un año que salí de Lima a tomar quince provincias que estaban en manos de los disidentes (Riva Agüero), y a libertar más de veinte que estaban en poder de los opresores (españoles). He **logrado todo sin un tiro de fusil** (batalla de Junín, inclusive). Desde Tumbéz al Apurímac, el Perú se ha librado de la anarquía o de la tiranía".

"A principios del año que viene, la paz nacerá del último tiro de cañón y no habrá más españoles en América".

BOLIVAR a José Manuel Restrepo (Bogotá), Chancay, 10 de noviembre de 1824 (veintinueve días antes de la victoria de Ayacucho).

Con la sola excepción de las pocas semanas inmediatas a su arribo a Lima —perdidas en el inevitable intento de llegar a un arreglo pacífico con el rebelde Riva Agüero—, toda la acción de Bolívar en el Perú se desenvuelve, como si dijéramos, a caballo. De noviembre de 1823 a noviembre de 1824, su ímproba y gigantesca labor puede representarse con la gruesa línea roja de un itinerario dibujado sobre el mapa del Perú. Estos son los hitos de su recorrido: Lima—Pativilca—Marca—Recuay—Huaraz—Yungay—Pallasca—Huamachuco—Cajabamba—Cajamarca—Trujillo—Pativilca—Trujillo—Otuzco—Santiago de Chuco—Huamachuco—Caraz—Huaraz—Huánuco—Hariaca—Cerro de Pasco—Junín—Jauja—Huancayo—Huamanga (Ayacucho)—Vilcashuamán—Huancaray—Andahuaylas—Abancay—Río Apurímac—Abancay—Andahuaylas—Challhuanca—Sañayca—Andahuaylas—Chincheros—Ocros—Tambillo—Huamanga—Huanta—Luricocha—Paucara—Huancavelica—Huando—Izcuchaca—Huancayo—Jauja—Tarma—Marcapomacocha—Canta—Llanga—Caballero—Palpa—Chancay—Lima.

Todo esto, antes de la batalla de Ayacucho. A lo largo de estos cientos de leguas, su actividad es asombrosa. Con energía sobrehumana, con paciencia, con previsión, jornada a jornada va forjando el arma formidable de Junín y de Ayacucho. Soldados, armas, dinero, vestuario, caballos, recursos de todo género, "los saca hasta de las piedras". Dice de él quien fuera en Venezuela su más tenaz y valeroso adversario, el general español Pablo Morillo: "Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerle a la cabeza de la revolución y de la guerra. Bolívar es la revolución".

Analizaremos, a continuación, algunas de las facetas de su acción en el Perú, utilizando, de manera preferente, sus propias palabras, tomadas de su copiosa correspondencia.

"¿Quién llamó a Bolívar?"

De cuando en cuando se suscitan, entre algunos de los gratuitos destructores del Libertador, estas preguntas: ¿Quién lo llamó? ¿Para qué vino al Perú, si no era necesaria su presencia, si ya la independencia peruana estaba prácticamente lograda? Con estas preguntas se pretende dar

a entender que Bolívar se metió al Perú, como si dijéramos, de rondón, impulsado por su sola y descomunal ambición, contra la voluntad toda del pueblo peruano. Veamos qué hay de cierto en estas tácitas acusaciones.

Recordemos que al salir del Perú el general San Martín, el 21 de setiembre de 1822, hace entrega del mando del ejército —ejército peruano— chileno—argentino— a su compatriota el general Rudecindo Alvarado. Este jefe sale del Callao con sus tropas, desembarca en Arica y a poco sufre doble y catastrófica derrota en las batallas de Torata y de Moquegua, 19 y 21 de enero de 1823, en la denominada Primera Campaña a Puertos Intermedios. Tímido, irresoluto, lento y carente de don de mando, Alvarado es en buena parte responsable de la destrucción de las fuerzas que con poco acierto se pusieron en sus débiles manos. No obstante, en descargo suyo podemos decir que ya en Arica, en diciembre anterior, poco antes de marchar a Moquegua al encuentro del enemigo, en carta a San Martín —a la sazón en Chile— nos descubre que el mal que aquejaba al organismo militar era muy hondo y antiguo: “Nuestros amigos los jefes del ejército de los Andes (jefes argentinos) inmediatamente de la separación de usted empezaron a producirme sentimientos de bastante consecuencia. Me representaron (reclamaron) deseaban ser mandados por Martínez (Enrique, general) y lo nombré de acuerdo con los amigos, jefe del estado mayor del ejército de los Andes. Esta providencia será de muy poca duración y los males inevitables. En mucha parte es usted responsable de ello y los grados (ascensos) concedidos al tiempo de su separación han sido un buen agente para una feroz anarquía que nos amaga. Yo sin duda usaré de cuantos medios dicte la prudencia”... “y **abandonaré la empresa porque no bastan mis alientos al remedio de tales males**”.

Con este antecedente, fácilmente se comprenderá por qué algunos jefes, argentinos y chilenos, sacudiéndose aún el polvo de esas terribles derrotas, se dirigen al Libertador, solicitándole su inmediata venida al Perú.

Así, el general Martínez —al que acabamos de aludir— escribe a Bolívar, en mayo de 1823, en vísperas de marchar nuevamente los patriotas al encuentro del enemigo (Segunda Campaña a Puertos Intermedios) y con el marcado pesimismo que se transparenta en sus palabras: “Yo no puedo, por más esfuerzos que hago, hacer nada en el estado en que se encuentran las cosas, y sólo usted es el único que podría dar un impulso a la guerra. **El que usted nos mande es en mi opinión el único medio de salvar al país**”. Otro jefe argentino, el coronel Juan Lavalle, jefe de Granaderos a Caballo, dice al edecán de Bolívar, Diego Ibarra, en carta del mismo mes y año: “**Si el Libertador no viene, el país se pierde**: la fortuna le brinda ocasión de agregar a sus títulos inmortales el de Libertador del Perú”. Esta Segunda Campaña, mandada por el general Santa Cruz, termina en derrota aún más aplastante que la Primera. Los realistas, vencedores, la bautizan, por ironía, con el nombre de “Campaña del Talón”, porque el ejército patriota se desintegró en una simple retirada en el territorio del Alto Perú.

Y el propio San Martín, entonces en Mendoza —Argentina—, once meses después de salir de nuestra patria, el 3 de agosto de 1823, escribe a Bolívar: "Amigo querido: . . . Deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace". Obsérvese que en momentos de dirigirle esta carta, Bolívar se encuentra en Guayaquil, esperando la autorización del gobierno colombiano para marchar a nuestra patria. El Protector conoce esta situación, y por ello sus palabras significan, realmente, su deseo de que el Libertador pase al Perú.

¿Y qué piensan los peruanos de 1823? Podríamos transcribir documentos oficiales peruanos, pero estimamos más conveniente recurrir a un muy documentado historiador, compatriota nuestro, quien, a más, conoció a muchos de los políticos y jefes partícipes de los hechos. Mariano Felipe Paz Soldán, no obstante su escasa simpatía por el Libertador, condensa en pocas pero muy expresivas líneas el sentir nacional del momento: "Es cierto que la presencia de Bolívar en el Perú era reclamada por todos los partidos políticos, exigida por la opinión, por el Congreso y por todos los hombres que influían en la suerte del país. Jamás fue tan deseada la venida de un hombre".

Y dando cuenta el mismo escritor del inmenso júbilo despertado por su presencia entre nuestros compatriotas, reconoce: "Su solo nombre valía todo un ejército".

Así pues, la pregunta "**¿Quién llamó a Bolívar?**" puede, con entera verdad, contestarse, por peruanos y sudamericanos, con las mismas palabras de los vecinos de Fuenteovejuna: "**Todos a una**".

Bolívar y Lima

Existe la creencia popular de que Bolívar, por su afición a los bailes y demás reuniones sociales —así se dice—, tenía muchísimo apego a vivir en Lima, capital famosa por lo fastuoso de los saraos y otras fiestas que con excesiva frecuencia ofrecía su manirrota aristocracia criolla. Nada más alejado de la verdad. Muchas son las referencias del propio Libertador que echan por tierra esa idea equivocada. ¡Y eso que en absoluto le desagradaran Lima y las limeñas!

A los diecinueve días de su llegada a nuestra capital escribe al general Santander, vicepresidente de Colombia: "Yo cada día más contento en Lima, porque hasta ahora voy bien con todo el mundo: los hombres me estiman y las damas me quieren. Esto es muy agradable. Lima tiene muchos placeres para el que puede pagarlos. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero; coches, caballos, paseos, toros, Te Déums, nada falta, sino plata para el que no la tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados".

Pero desde el día de su arribo a nuestra patria, se fijó una meta de la que jamás se apartará: He venido al Perú a darle la independencia, y estamos en guerra. Antes de alcanzada esta meta, huiré de Lima, para vivir con mis soldados.

Desde Trujillo, el 25 de diciembre de 1823, escribe a Sucre, que se

encuentra en Huánuco: "Mañana parto para Lima a disponer la defensa del Callao"...: "Dentro de 40 días estaré con usted en Huánuco, o en donde quiera que esté. **Sólo 20 días estaré en Lima; ojalá pudiera estar menos**, porque fuera del ejército estoy fuera de mi centro". No llega a viajar a la capital, y poco después, encontrándose en Pativilca gravemente enfermo, escribe a Santander, el 7 de enero: "Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como ésta, represento la senectud"... "Si me voy a convalecer a Lima, los negocios y las tramoyas me volverían a enfermar". Al coronel Heres, también desde Pativilca, le comunica el 15 de enero: "Yo, definitivamente, **no vuelvo más a Lima, porque nada tengo que hacer allí**. Trujillo será por ahora mi residencia. Allí debo estar para atender a 12.000 colombianos que espero de refuerzo"... "Medina, pues, va a buscar mi caballo, mi silla, mis libros y cuanto exista en Lima mio, sin exceptuar una paja".

Un día más tarde escribe a Sucre, desde la misma pequeña villa: "**No iré a Lima a perder el tiempo y la paciencia**. A fines de este mes me iré a Trujillo a darles dirección a las tropas que vengan de Colombia"... "Después seguiré a la Sierra"... "Pérez (secretario de Bolívar) y el general Alvarado han estado aquí y me han afirmado del estado de las cosas en Lima"... "**Mucho me han instado a que fuese a la capital; pero yo no he querido ir**". Por lo que vemos, Bolívar parece huir de Lima como José, hijo de Jacob, huía de la mujer de Putifar.

Dos meses después de la batalla de Junín, desde Huamanga —antiguo nombre de la actual ciudad de Ayacucho— escribe al general La Mar estas líneas que hoy destilan profundo significado geopolítico: "**Lima está a cien leguas del Perú, y el gobierno es muy inferior a la nación**".

Las frases que hemos copiado, referente a los toros, paseos y lindos ojos de las limeñas, no constituyen tema principal de aquella carta. Estos aspectos agradables de Lima aparecen recién en su último párrafo. El meollo de la carta va en el primero: "Todo esto quiere decir que **debemos apresurarnos mucho para ganar terreno y muy particularmente el de la Sierra de Jauja y de Pasco**, que son muy interesantes a esta capital".

Estas líneas también son, podríamos decir, proféticas: a medio camino de Pasco a Jauja queda la pampa de Junín...

La Sierra

Al ocuparnos de la empresa de San Martín en nuestra patria, mencionamos el hecho de que el general argentino no dio a la Sierra su verdadero valor militar. Muy otro es el criterio de Bolívar. Con certero golpe de vista descubre de inmediato que en esa región se encuentra la clave de la victoria, e impaciente por culminar su obra, se prodiga, él personalmente, en llevar a los Andes las tropas nacionales y las auxiliares a medida que llegan a nuestros puertos.

A la semana de su arribo al Perú, 8 de setiembre de 1823, escribe desde Lima al general Santa Cruz, que por entonces se encuentra en la región de Oruro, en el Alto Perú, en muy difícil situación frente a las victoriosas fuerzas realistas. "Yo saldré con 6.000 a 7.000 hombres dentro de un mes, sin falta ninguna, sea como fuere y cueste lo que costare. Cuente, general, con esta seguridad. **Aun no sé por qué punto me decida a penetrar en la Sierra**, pero puedo asegurar a usted que mi plan es apoderarme, por lo pronto, de todo el país comprendido desde Pasco hasta el Apurímac". En el último párrafo de la misma comunicación, subraya: "Vuelvo a repetir a usted que en todo el mes que entra estará sobre Jauja, y tal vez sobre Huamanga, porque **estoy impaciente por posesionarme de la Sierra**. Como con la diaria salida del sol, cuente usted con esto".

Tres días más tarde, dirige comunicación a John Parish Robertson, británico encargado por el gobierno peruano de contratar un empréstito en Londres: "**La ocupación de la Sierra de Huamanga será de un precio infinito**, y esta operación será emprendida con solidez dentro de treinta días, **marchando yo a su cabeza**". Pero sus jubilosos proyectos de fulminante ofensiva son contenidos por violento frenazo. El Congreso declara a Riva Agüero traidor a la patria, por sus tratos con el enemigo, y ordena a Bolívar —entonces sólo primera autoridad militar, no política— la captura del rebelde.

Poco después, reducido ya el caudillo norteño, en su marcha de Huaraz a Cajamarca se detiene el Libertador en Pallasca y escribe a Santander, el 8 de diciembre: "Salí de Lima a interponerme entre Riva Agüero y los godos (españoles) de Jauja"... "Los facciosos (partidarios de Riva Agüero) fueron embarcados para Chile; sin embargo, les quedan dos batallones y un escuadrón fieles a su causa, que han marchado hacia el Marañón, hasta donde tengo que perseguirlos"... "En fin, dé usted por concluida la guerra agüera". Continúa: "**Esta marcha nos ha hecho algún perjuicio, porque nos ha impedido ir al Cuzco**". Siempre optimista, aun en los momentos de mayores complicaciones y peligros, no falta la nota de humor: "En un año o tenemos paz o hemos vencido, o nos ha llevado Caplán". La victoria no la obtiene en un año, sino en un año más un día.

Desde Cajamarca, a Heres (14 de diciembre de 1823): "Como **mi intención es que toda la expedición chilena se interne en la Sierra** para preservarla del contagio de las enfermedades de la Costa y para suministrarle víveres en abundancia, insto a usted para que tome el mayor interés en que así se haga luego que llegue la tropa de Chile a cualquier punto que aborde y en cualquier número" (14).

(14) Por estas líneas se observa la doble preocupación del Libertador: preservar la salud de las tropas y aclimatarlas a la región donde él sabe se decidirá la guerra y se ganará la independencia peruana: la Sierra. "¿Qué ganará nuestro ejército con entrar a Lima y apestarlo?", escribía alarmado Arenales (pág. 140).

No obstante encontrarse enfermo y reconocer que la Sierra peruana le ha afectado la salud —“la Sierra de Huaraz es más Sierra que todas las Sierras de Colombia”, escribe a Santander—, como nada lo arredra y la impetuosidad de su carácter lo aguijonea a hacerlo todo, desde Pativilca escribe a Sucre, entonces en Huánuco (16 de enero de 1824): “Si usted se fastidiare, como es regular, de esos miserables lugares, avísemelo con anticipación, para ir a reemplazarlo, pues yo veo de la mayor importancia que uno de los dos estemos al alcance de observar al enemigo de cerca, para dirigir oportuna y prontamente nuestras operaciones”. Dos días más tarde, al Director Supremo (Presidente) de Chile: “Con 3.000 chilenos y los refuerzos que yo espero de Colombia, **el Perú quedará libre el año 24**. Yo lo ofrezco a V. E. y a la América entera. Suplico a V. E. con encarecimiento, que se acelere la venida de dicha expedición a las costas del Norte del Callao, donde será recibida personalmente por mí y conducida a la Sierra de Huaylas”. Las tropas chilenas no llegaron, y tampoco las colombianas en la cantidad esperada. Y fueron soldados peruanos, por el contrario, quienes cubrieron las muchas bajas de los auxiliares extranjeros, además de constituir los batallones íntegramente nacionales.

Desde Huaraz escribe a Sucre, que se halla en Oyón (9 de junio): “El coronel Althaus, que le acompañe para que levante croquis del país y nos dé relaciones geográficas del territorio que hemos de atravesar. Lo que más deben investigar es el estado de las fuerzas enemigas y sus posiciones; los pasos del río de Jauja (Mantaro) que son vadeables; las posiciones fuertes que puede tomar el enemigo; y los rodeos que nosotros debemos seguir para evitar estas posiciones a derecha e izquierda del río de Jauja”... Realmente, señores profesores, cuando se leen decenas y decenas de páginas de su correspondencia, todas nutridas de mil y mil pormenores, consejos y previsiones de carácter militar, no puede uno menos de pensar: Así, ¡cómo no iba a triunfar!

Terminemos este apartado, “La Sierra”, con un ardid ideado por Bolívar cuando se encontraba sobre el lomo de la cordillera. En la carta últimamente citada, desde Huaraz, repetimos, señala a Sucre la forma de inducir a error a los realistas: “Haga usted correr el rumor que yo digo que voy a Huánuco, para engañar a los enemigos. En efecto, yo parto de aquí el 15 o 16 para Cajatambo con ánimo de dar dirección a las tropas de Córdoba y a las que vienen de Colombia a Supe”... “A fines de este mes estará todo al otro lado de la Cordillera Blanca”.

Por un clavo...

“En el paso alpino de San Bernardo —refiere Thiers en su “Historia del Consulado y del Imperio”— había llevado Napoleón la previsión hasta el extremo de mandar establecer al pie del desfiladero talleres de guarnicionero o talabartero, para componer los atalajes de la artillería. Sobre asunto tan baladí en apariencia, escribió por sí mismo varias cartas”. Al igual que todos los grandes capitanes, en su campaña peruana evidenció Bolívar un cuidado extremo por los detalles. Su espíritu previsor es asimismo notable. Parece, en efecto, que se hubiese guiado

siempre por la antigua quisicosa aquella de que por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un jinete, por un jinete una batalla, y por una batalla un reino.

De Cajamarca, el 14 de diciembre de 1823, escribe al coronel Heres, que se encuentra en Guayaquil: "Necesitamos, entre otras cosas, miles de miles de herraduras y herradores numerosos, que deben venir a Trujillo, de grado o por fuerza, y embarcados, pues **tenemos buenos caballos pero sin patas por falta de herraduras**". De Pativilca, al mismo el 15 de enero de 1824: "Castillo dice que no hay botones ni paño encarnado para las vueltas de los uniformes en Guayaquil. El tiene orden de construir cuatro mil vestuarios, y está parado por falta de estos artículos". De Otuzco, el 14 de abril, a Sucre: "No permita usted que los caballos se hierren con las herraduras que se han mandado, porque los clavos no valen nada, nada. Que se vayan adobando (preparando) entretanto las herraduras, mientras se consiguen buenos clavos, que yo los mandaré de hierro de Vizcaya, grandes y buenos. Los herradores y herreros, que adoben perfectamente las herraduras, para que no se pierda el tiempo"... "Los caballos buenos, útiles, que se vayan engordando con cebada, que deberá conseguirse a todo trance, aunque sea comprándola a cuenta de cuentas, o por dinero si no hay otro partido". Después de ocuparse de quince o veinte otros asuntos, continúa: "Tenemos 1400 hombres de caballería, por lo menos; cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo de diestro (de la brida); pero esto no bastará. El parque y el bagaje nos ocuparán mil mulas y debe llevar reemplazo. Diez mil reses de respuesto (de provisión) serán pocas. El pan y la menestra serán muy difíciles, aunque haya granos. Se debe mandar labrar (fabricar) galletas. Debemos pensar en que lleve cada hombre sacos de maíz, o cebada cocida o tostada; también mucha cebada para los caballos, que deberán llevar en dos sacos de dos arrobas, cada caballo"... "Nos sobrará dinero para la campaña: quince mil duros están marchando hacia usted, en plata; después irá más"... "Haga usted que a los caballos de la Costa se les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándose con planchas de hierro caliente, y bañándolos con cocuiza (cuerda decha de la planta cocui), que se mandará a buscar dondequiera que la haya".

Nunca satisfecho —como siempre insatisfecho ha sido todo gran capitán—, al día siguiente vuelve a decir a Heres: "Necesitamos, pues: 1º Infinitas herraduras con sus clavos. 2º Mulas y caballos"... "6º Dinero y botiquines"... "Desvélese usted por los clavos y las herraduras, y después por lo demás". Cuatro días más tarde, ya desde Santiago de Chuco —porque Bolívar está en continuo movimiento—, escribe al mismo Heres: "**Por los malditos clavos se han perdido todas las herraduras, una gran parte de los caballos y alguna gente**"... "Los clavos solos han destruido este cuerpo (regimiento peruano)"... "¿Ha de creer usted que no podamos ejecutar el movimiento general por estos malditos clavos? Ruego a usted, por Dios, que haga examinar el hierro de Vizcaya, si es dulce o no"... "**que se solicite a precio de oro el tal hierro de Vizcaya**"... "A Cajamarca mande usted hierro de Suecia para que hagan herraduras sin clavos, según el modelo que va ya adobado. En Tru-

jillo y Huamachuco se harán los clavos, y en Cajamarca sólo las herraduras”.

Desde Huamachuco, el 28 de abril, insiste ante Heres: “Los clavos ingleses que ha traído López son muy delgados y se doblan”... “por estos malhadados clavos, y tantas dificultades, va a perderse el Perú: vele usted sobre esto mucho, mucho. Que los clavos sean igual, igual que el modelo que llevó López”. Desde la misma población, el 6 de mayo, escribe a su secretario Pérez: “Debe, pues, marchar a Nepeña todo el hierro posible y acero, el plomo, el papel, las telas, las agujas, el hilo, las suelas, los aceites, los mixtos (pólvora) y la cera. En fin, todo lo necesario para continuar los mismos trabajos que estaban establecidos en Trujillo” (15).

No debe sorprendernos que todas estas medidas las tomase Bolívar llegado ya a territorio peruano, teatro de su próxima campaña. Tres meses antes de salir de Guayaquil rumbo a nuestras playas, escribe a Sucre, a la sazón en Lima (24 de mayo de 1823): “(las tropas) siempre estarán mejor disciplinándose y viviendo de cualquier modo hasta que yo vaya a darles dirección, advirtiéndole a usted, de paso, que yo mismo no emprenderé nada si no tenemos medios de movilidad y caballos robustos para la caballería”... “que se mantengan bien con un cuidado esmerado, con herraduras y repuestos de ellas; **que no se permita que nadie monte un caballo, y que estos caballos se cuiden por personas que los quieran como si fuesen sus propias mujeres**”.

La guerra es dura

“De Pradt dice, con mucha razón —escribe Bolívar al Presidente Torre Tagle—, repitiendo a los maestros de la guerra, que el alma de ésta es el despotismo; es decir, mando sin límites y obediencia sin examen”. En esta carta, fechada en Pativilca, el 7 de enero de 1824 —menos de un mes antes de la traición del sargento Dámaso Moyano, del regimiento Río de la Plata—, y como presintiendo lo que pronto sucedería en el Callao, hay estas líneas admonitorias: “Tenga usted la bondad de decirle al general Martínez, de mi parte, que yo celebraría mucho que, que por el honor de las armas de su país (Argentina), se hiciese un castigo ejemplar con los cómplices de este suceso, que si fuesen de Colombia, él vería si yo los castigaba como he mandado juzgar rigurosamente a los autores de un tumulto de armas que hubo en Trujillo, entre los coraceros del general La Fuente y los húsares de mi escolta, pocas horas después de mi salida de allí”.

Un mes después (8 de febrero), desde la misma población, recién

(15) A mediados de abril deja Trujillo Bolívar, y por Santiago de Chuco y Huamachuco se encamina a Huaraz, para proseguir luego a Huánuco y Cerro de Pasco. Realmente, resultaba serio el problema de transporte de los numerosos talleres ya instalados en Trujillo: talabartería, sastrería, armería, herrería, fundición, hojalatería, además de imprenta y otros elementos difíciles de trasladar.

enterado de la insurrección de las tropas argentinas de guarnición en el Callao, escribe a La Mar, señalándole las urgentes medidas a que obliga la gravísima situación: "Necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo, y no se hace por el amor de Dios, no ahorre usted nada por hacer, despliegue usted un carácter terrible, inexorable"... "si no hay fusiles, hay lanzas"... "haga usted construir mucho equipo, muchas fornituras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre, sirve para alguna cosa: **pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes**. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre"... "No le escribo al general La Fuente por separado porque no haría más que repetirle estas ideas"... "Dígale usted de mi parte que **el tiempo de hacer milagros ha llegado**".

A Sucre, que se halla en Huánuco, le escribe (13 de febrero): "Yo me voy a Trujillo a declarar la ley marcial"... "**Estoy resuelto a no ahorrar medida ninguna y a comprometerme hasta el alma porque se salve este país**". Al día siguiente, a La Mar: "Dé usted las órdenes más terribles para aprovecharlo todo en favor del ejército". Al general Ne-cochea, en cambio, le dice cosas de otro tenor (27 de febrero): "Todo el mundo está encantado con usted, y yo, si me permite usted la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su parsimonia. La guerra no vive sino de actos de violencia y de destrucción; no se hace por el amor de Dios". A Sucre (21 de marzo), le cuenta las dificultades económicas por las que pasa: "Hemos sacado cerca de cien mil pesos de los particulares y de las iglesias, de los cuales he mandado veinte mil al almirante; y en medias pagas de oficiales; cuarta de tropa, compra de vestuario y maestranza, ya no quedan más que veinte y tantos mil, sin haber podido pagar las libranzas que hemos mandado a usted"... "así va todo, y para el mes que viene no tendremos qué comer, si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes".

La guerra es dura y no se hace por el amor de Dios. La necesidad de mantener una moral elevada en oficiales y tropa, indispensable para lograr la victoria, obliga muchas veces al jefe a recurrir a medidas en extremo rigurosas. "He fusilado a cuatro oficiales de los más cobardes, para animar a los otros", dice al general Santander, a propósito de la derrota sufrida por el coronel Urdaneta en La Legua, a medio camino entre Lima y el Callao. Este hecho doloroso le merece, pues palabras que tienen mucha semejanza con otras de Voltaire respecto de Inglaterra: "En este país, es conveniente fusilar de vez en cuando a un almirante, para animar a los otros" (16).

Viveres y movilidad

Anota Vegecio, tratadista militar de los primeros siglos de nuestra era: "Asunto capital en la guerra es proceder de modo que nunca nos

(16) Dans ce pays-ci (Inglaterra) il est bon de tuer de temps en temps un admiral pour encourager les autres.— **Cándido**, capítulo 23.

falten los víveres, y que les falten al enemigo". Veamos cómo cumple Bolívar con este precepto, según órdenes que imparte a Sucre desde Pativilca: "Los enemigos estarán reunidos para marchar a Trujillo dentro de 30 o 40 días, a más tardar; esta cuaresma, pues, debemos consagrarla toda entera a la **recolección de toda cosa útil para el ejército**". ¿Cómo proceder para cumplir esta delicada operación, difícil por la inevitable dispersión y desorden? Prosigue la carta: "Para este fin, el mejor método es emplear en guerrillas todos los cuerpos de nuestro ejército, encargándoles a los comandantes la más grande exactitud y orden en las exacciones, y **que no dejen rincón que no visiten y examinen escrupulosamente**". Esta carta, muy larga y repleta de minuciosas instrucciones, concluye así: ... "y lo dicho, dicho. Bolívar".

Aunque una vez dijera "Dios no me ha prestado su palabra mágica", la verdad es que "ajustando convenientemente las clavijas", sabía él alcanzar metas que a otros resultaban imposibles. Para mejor comprender estos logros, trasladémonos, como si dijéramos, al campo realista. ¿Cómo ven éstos su llegada al Perú? Dice un historiador español: "Hizo su entrada pública en Lima en medio de las mayores aclamaciones de los abatidos sediciosos, que se figuraban ver en aquel caudillo al salvador de su ilegítimo partido". ¿Y qué dicen de la aparición en escena del ejército que creara el Libertador? El mismo historiador, el general Torrente, ya conocido nuestro, escribe: "Como las tropas realistas no se movieron de sus cantones de Jauja, pudo Bolívar organizar su ejército, completándolo hasta el número de 11.000 hombres, entre ellos 6.000 colombianos, y darle una **asombrosa movilidad**". Reconoce el citado autor grande mérito al adversario al estampar estas palabras: "Inconcebible parece cómo en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de transporte y cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña".

Por las líneas trascritas se reconoce, en efecto, el milagro obrado por la dura mano del caudillo venezolano. Sin embargo, no es en absoluto fácil imitar su ejemplo. Inducir al ciudadano a la entrega voluntaria de los elementos que requiere la patria, es difícil, lo dice la experiencia. Proceder a la exacción o requisición, presenta serios inconvenientes: el ocultamiento; quejas de los perjudicados respecto de algunos privilegiados; despierta la idea de que la patria se encuentra en situación angustiosa acaso más grave de la real... Los serios obstáculos por superar inhiben a un jefe de "calibre" normal, lo dice la historia. Citemos un caso nuestro, peruano.

Lima. Últimas semanas del año 1880. Se sabe que el enemigo está a punto de emprender la marcha sobre la capital. Como no es verosímil un desembarco en el Callao, bien artillado, se ejecutan obras de fortificación en Ancón, pero el tiempo no permite construir ninguna en Lurín. En determinando momento el comando peruano comprende que la suerte de la capital peligraría gravemente si el enemigo logra poner pie en el valle de Lurín. Para impedirlo, se ordena ocuparlo, preventivamente,

al coronel Andrés Cáceres. Parte Cáceres lleno de ardor... , pero será mejor que cedamos la palabra a un diario limeño que narra la maniobra.

...“la sed agotaba a sus soldados, las municiones eran escasas, la tropa caminaba con tan limitados elementos como si marchase a una parada. Fue necesario contramarchar y se contramarchó. ¡Fuerza del destino!”

“Pero, ¿por qué carecía la división de Cáceres de los elementos de movilidad indispensable, bestias y vehículos? ...

“¿No se habían dado las órdenes para empadronar y requisar los medios de movilidad que en la capital existían? ¿Por qué pues, faltaron? No queremos dar otras razones que la consecuencia para con los interesados en retener aquellos objetos útiles para sus propias industrias; y también el deseo, muy plausible pero inconveniente en esa emergencia, de no hacer sentir a la población los efectos anticipados de la guerra”.

“¿Por qué el gobierno no acudió a los particulares? ¿Qué razón impedía al gobierno tomar de hecho cuanto hubiere necesitado? Provisto nuestro ejército de las acémilas y vehículos que había menester, una división, un ejército entero, pudo llegar a Lurín, cuando el invasor apenas tenía una diminuta fracción de sus tropas en tierra, y entonces... los resultados hubiesen sido distintos” (17).

Al meditar en los desastres de esta guerra y en lo mucho que pudo hacerse de haber contado nuestra patria con un conductor de mano dura, no podemos menos de lamentar: ¡Cómo no tuvimos entonces un pequeño Bolívar!

Sistema de guerra bolivariana

Dada la finalidad de esta charla, no podemos, en razón del tiempo disponible, ni debemos, en razón del carácter del amable auditorio, tratar este asunto en otra forma que no sea una exposición muy sencilla y alejada de toda técnica militar.

Contemplada en su conjunto la campaña militar del Libertador en el Perú, podemos compararla con una ola. En ésta observamos tres momentos: (1) Una masa de agua que retrocede tumultuosa, de tierra hacia el mar; (2) Esta masa que retrocede, se encuentra con otra mucho mayor que avanza, y al unir sus caudales ambas corrientes, se arremolinan y forman una elevada montaña líquida, que por un instante parece mantenerse en equilibrio, sin avanzar ni retroceder, solo hinchándose y creciendo en altura; (3) Tomando impulso en este previo choque —cachascanista que se arroja de espaldas sobre las cuerdas, para golpear con mayor ímpetu a su adversario—, la enorme masa resultante inicia su carrera hacia la costa, con velocidad que va en rápido aumento, hasta formarse la poderosa cresta que rabiosa se lanza sobre la roca, estallando en atronador ruido. Estas tres fases de la ola se corresponden exactamente a las

(17) “El Comercio”, de Lima, enero de 1884.

sucesivas operaciones llevadas a cabo por Bolívar: (1) Abandono de Lima por Trujillo, como nueva capital del Perú y base de operaciones; (2) Organización de poderosas fuerzas militares; (3) Fulminante ofensiva.

Antes de ocuparnos de estas etapas, en forma gráfica daremos, en dos o tres minutos, una visión total de la campaña bolivariana en nuestra patria. (Estos croquis aparecen en la obra, ya mencionada, "Antología de la Independencia del Perú", 1972).

(1) Trujillo, capital del Perú

Antecedentes. Parece como si la ocupación por los patriotas de la ciudad de Lima —ensangrentada túnica de Neso— hubiese atraído funestas consecuencias a sus envanecidos poseedores. Desde principios de julio de 1821, hasta fines de marzo de 1824, en que Bolívar transfiere a Trujillo la capitalidad de la república, todos los gobernantes independientes —San Martín, la Junta Gubernativa, Riva Agüero, Torre Tagle— llevan vida en extremo azarosa frente al creciente poderío militar realista (18).

(18) Ya hemos mencionado —con palabras de los propios partícipes— las graves consecuencias derivadas de haber permitido San Martín la tranquila reorganización de las fuerzas españolas en la rica región de Jauja, a las puertas mismas de Lima. Reconstituídas física y moralmente, no se hace esperar la repentina "vuelta de la tortilla". A cinco semanas escasas de la solemne proclamación de la independencia, amenazan ya a los ocupantes de la "disipada" —palabra de Miller— capital. Baja de la Sierra, por la quebrada del río Lurín, una división con el general Canterac, pasa por Cieneguilla y La Molina, desfila por San Borja y la Huaca Juliana —a tiro de fusil del ejército independiente, tres veces más numeroso, mandado por San Martín en persona—, y continuando a Maranga, hace su ingreso al Callao, cuya guarnición, a órdenes de La Mar, realista hasta ese momento, recibe triunfalmente a los audaces expedicionarios, con alegre quema de fuegos artificiales y bulliciosas retretas.

En junio de 1823, ya la cosa no queda en mera amenaza. El mismo Canterac, alentado con el recuerdo de la increíble pasividad de sus adversarios, ya no satisfecho con ostentoso desfile, marcha rectamente sobre la capital, y —a la manera de San Martín en 1821— la ocupa sin disparar un tiro. Lima es, pues —por lo que se ha dicho y por lo que se dirá luego—, bien mostrencó a disposición del audaz —o incauto— que a su posesión aspira. ¿Y el gobierno, y el ejército, qué hacen? Las escasas fuerzas que la guarnecen en esos momentos, con el gobierno y sus órganos en pleno, buscan oportuno refugio tras las sólidas murallas de las fortalezas del Callao. Para colmo de males, durante el forzado encierro estalla la discordia en el puerto. Riva Agüero marcha a Trujillo a establecer su propio gobierno. Torre Tagle hace otro tanto en Lima... una vez voluntariamente desocupada por sus momentáneos dueños españoles.

En febrero de 1824, en fin, se produce la catástrofe. Una vez más, tropas realistas marchan sobre la capital. Al gobierno no le queda ya, como en el susto del año anterior, el seguro burladero del coso representado por el Real Felipe. Viéndose entre dos poderosas mandíbulas realistas: las tropas de Mo-

Establecidos éstos en Jauja desde julio de 1821, por tres veces llevan el terror a la capital: setiembre de 1821; junio de 1823; febrero de 1824. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde 1820! Decíamos, no hace mucho rato, señores profesores: "Estas escenas de espanto se repetían a cada amago que se hacía sobre la capital", refiriéndonos a la angustia española vivida en Lima en octubre de 1820 (ver. pág. 140). En 1824 se produce terrible convulsión político-militar comparable a una explosión volcánica: a principios de febrero se inicia rosario de infaustos sucesos que pone en peligro de muerte a la revolución peruana. Sus principales hechos son estos: sublevación de las tropas argentinas del Callao, que a poco izan en las fortalezas del puerto la bandera española; pánico en la capital ante la aproximación de las divisiones realistas de Monet y de Rodil, que en operación concéntrica marchan desde Jauja e Ica, respectivamente; sintiéndose impotente, el Congreso entrega a Bolívar la totalidad del poder dictatorial, declárase a sí mismo en receso, y depone a Torre Tagle; descubrimiento de tratos de éste con el enemigo; atemorizado el expresidente, opta por cobijarse bajo el sol que en el momento le ofrece más calor: los españoles; para hacer méritos a los ojos de éstos —¿traición, cobardía, atolondramiento?—, Torre Tagle lanza una proclama de total apoyo al enemigo: "Unido ya al ejército nacional (espa-

net y Rodil, por un lado, que tocan ya las goteras de la ciudad, y por el otro la fuerte guarnición del Callao, en cuya fortaleza se ve izada la bandera de España desde la reciente traición del sargento Moyano, del regimiento Río de la Plata, ¿qué hacer? Algunos funcionarios y vecinos logran escapar, pero los más, en vez de emigrar al norte, como lo ordena Bolívar y lo indica el sentido común, se pliegan a los vencedores.

García Camba, jefe español ya conocido nuestro, luego de nombrar a varios de estos que podríamos llamar "hombres de poca fe", refiere que también se sometieron: "crecido número de personas distinguidas y muchos de los llamados cívicos, con los cuales se formó un batallón de voluntarios para auxilio de la guarnición (realista) de la capital, y el que antes del 17 de marzo contaba más de 600 plazas útiles".

Dice Paz Soldán: "La traición de Moyano fue imitada pocos días después por los pérfidos escuadrones Granaderos de los Andes, que avanzados de Cañete recibieron orden de replegarse sobre Lima (para evitar el contagio originado por la defección de Moyano) y se levantaron contra sus jefes en la Tablada de Lurín, y, apresándolos, proclamaron la causa del rey y pasaron a unirse con los traidores del Callao". Una vez más, señalamos el "cambio de moda" experimentado y cómo el paso del batallón realista Numancia a los independientes, en 1820, tuvo su contraparte en 1824.

En esta la hora gloriosa de Bolívar. Hombre nacido para vencer las mayores dificultades, en estos momentos se agiganta su figura hasta convertirse en sólida roca que resiste los más furiosos embates de la tempestad, y que en corto plazo conduce sus tropas a la victoria. Y así como Inglaterra se apretó con fe alrededor de Churchill en hora de angustia, en igual forma un selecto grupo de peruanos rodea a Bolívar en la crisis más aciaga de la revolución americana. "Las circunstancias son horribles para la patria: vosotros lo sabéis, pero no desesperéis de la república. Ella está expirando, pero no ha muerto aún", dice el Libertador en proclama destinada a inspirar fe a los vacilantes.

ñol), mi suerte será siempre la suya"... "Hombres de todas las clases que habitáis el Perú, seguid el ejemplo de un honrado ciudadano".

Su llamado encuentra eco. Algunas unidades del ejército y partidas de montoneros, íntegras, se pasan a los realistas. Igual camino siguen muchos funcionarios públicos, jefes y oficiales del ejército, vecinos distinguidos. Entre los "peces grandes" figuran el vicepresidente de la república, Aliaga; el presidente del Congreso, Galdiano; el ministro de Guerra, Berindoaga; el jefe del estado mayor. Para impulsar más el torrente de trásfugas, el general Monet publica un decreto de amnistía. Entre militares y civiles, alrededor de 400 personas se pasan al campo contrario.

Al referirnos al momento de la llegada de San Martín al Perú, subrayábamos de cuán favorable se le ofrecía la situación. Decíamos que los "trasiegos" del campamento realista al de los patriotas se repetían a diario (pág. 135). La moda de 1821, en efecto, impulsaba a los individuos a cambiar los colores rojo y gualda por el rojo y blanco (pág. 134). Ahora, en 1824 —días de Bolívar—, pues la moda ya cambió: el rojo y blanco es reemplazado por el rojo y gualda (19).

El que la corriente general fuera contraria, amerita aun más al grupo selecto de patriotas peruanos —los "emigrados"— que abandona Lima para unirse a Bolívar en Pativilca: Sánchez Carrión, Unánue y otros resueltos e inteligentes ciudadanos, cuyos servicios van a ser pronto de primera importancia. Si hacemos un paralelo del Perú de febrero de 1824 con la Francia de junio de 1940, aplastada por Alemania, descubrimos estas coincidencias: Sánchez Carrión es De Gaulle; Pativilca, la Gran Bretaña; y Bolívar es Churchill.

(19) En parte, al menos, explica este colapso peruano —lo reconoce hidalgamente el historiador español García Camba—, el desmoralizador ejemplo dado por algunas unidades del ejército: "A los independientes acabó de confundirlos la conducta decidida de los Granaderos montados de los Andes que —luego de pasarse a los traidores del Callao, según se señala en la nota 18, en palabras de Paz Soldán— continuaron haciendo frecuentes correrías sobre la capital y sus contornos". Estos malos elementos llegaron en su atrevimiento a acuchillar a soldados leales "hasta dentro de la misma capital". De esta manera, el temor por sus vidas y propiedades, la desaparición por varios días de todo vestigio de autoridad, el crimen y el saqueo al que impunemente se entregan muchos individuos de tropa, aterrorizó a los débiles, que se ven precisados a acudir, afligidos al único poder constituido: las divisiones de Monet y de Rodil. Como botón de muestra veamos qué sucede en el Callao, dentro del Real Felipe, nada menos, según relato del citado Torrente: "(Monet y Rodil) Llegaron a tiempo para afirmar el dominio del rey, pero llegan cuando ya se habían perpetrado las más horribles tropelías, cuando los feroces negros habían saqueado todas las riquezas y preciosidades depositadas en aquel recinto y cuando su vandálico espíritu de devastación había inutilizado cuanto estuvo al alcance de su furor, sin que Moyano, Casariego y Alaix se atreviesen a corregirlos, porque seguramente les habría sido hartamente toda providencia que hubieran querido adoptar para remediar aquel desorden".

Trujillo. No sabemos si algún historiador haya enfatizado el carácter verdaderamente decisivo que para la independencia peruana representó la conversión de Trujillo en capital de la república. En ese cambio va la diferencia que media entre derrota y victoria. El abandono de Lima fue salvadora amputación de un miembro totalmente gangrenado. Tantas son las ventajas que Trujillo tiene sobre Lima, desde 1821, que asombra cómo a lo largo de los treintidos meses que van de julio de 1821 a marzo de 1824, ningún gobernante tomara tan trascendental decisión. Con Lima capital y las mayores fuerzas realistas en la cercana Jauja, los independientes vivían en la permanente angustia de contemplar sobre sus cabezas una espada suspendida de débil crin... Tras los murso de cuarteles y conventos, bajo el mismo techo hogareño, sentados alrededor de una mesa de café, entre los muchos genuflexos "besamanos" que frecuentan la casa de "los Pizarro" —que decía San Martín—, conviven estrechamente mezclados patriotas y realistas, resultando imposible, por ello, montar ninguna operación militar, sin que los numerosos y diligentes espías trasmitiesen la noticia al virrey. No se olvide que las murallas de Lima cobijaban a numerosa población española, y también criollos, partidarios del mantenimiento de la situación colonial de nuestra patria. Y hay algo más, sumamente grave. El acantonamiento de las tropas independientes en una ciudad grande y con los placeres que ofrecía Lima, resultaba contrario a los más elementales principios de la disciplina. Ya lo decía un ilustre tratadista militar, el primero en estudiar las campañas napoleónicas: "Es preciso endurecer a los ejércitos con los ejercicios y los trabajos; no dejarlos holgar jamás en la molicie de las ciudades" (Jomini). Véanse las opiniones coincidentes que al respecto expresaron Miller y Arenales (pág. 140), y Mitre (141, 142).

Al declarar a Trujillo capital, Bolívar imita al Pizarro de la isla del Gallo. Los débiles, los indiferentes, permanecen en Lima. Quienes prefieren la lucha —"lágrimas, sudor y sangre"—, lo siguen al norte. Convertida en capital la ciudad norteña, ya Bolívar podrá disponer de libertad de acción, del suficiente espacio que le permita la seguridad: protección contra la información enemiga y la sorpresa estratégica. Así contará, además —y esto es fundamental—, con poblaciones **políticamente sanas**, con provincias abundantes en recursos de todo género. **"Replegando nosotros al norte aumentaremos nuestras fuerzas y nuestros recursos** —masa de agua que retrocede, en busca del embate que impulsa con violencia hacia la playa—, **en tanto que ellos (el enemigo) disminuyen sus tropas y sus medios"**, escribe Bolívar a La Mar, el 8 de febrero, desde Pativilca, al recibir las primeras noticias de la insurrección de Moyano.

(2) Organización del ejército.

Dispersos a lo largo de nuestra charla hemos mencionado diferentes aspectos relacionados con la organización de las fuerzas armadas en la región norte del país. Ahora tocaremos, ordenadamente, los principales asuntos que caracterizan la labor militar del Libertador. Estos elementos son los siguientes: a) Unidad de mando; b) Comando en jefe; c) Tropas; d) Plan de operaciones; e) Movilidad; f) Recursos. (Por razón de brevedad omitiremos algunos de estos).

Unidad de mando. Reza un antiguo refrán que cuando los capitanes son varios, el barco zozobra. Esta idea, de simple sentido común, la expresa Napoleón en esta forma: "El mando único es la primera necesidad de una guerra". Diseminada a través de la correspondencia de Bolívar, hallamos múltiples manifestaciones de que esa misma necesidad la exigía en todas sus empresas militares. "Si el Congreso manda por una parte, y yo por otra al mismo ejército, tendremos un monstruo que devorará al Perú", escribe desde Pativilca al Presidente Torre Tagle, en enero de 1824. Respecto del desorden y caos —en el fondo, ausencia de unidad, nada más y nada menos—, expresa: "Podemos contar con 15 o 16.000 hombres disponibles, si vienen los de Chile, **pero sin pies ni cabeza**; sin pies por falta de movilidad y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos". Recomendamos a los señores profesores revisar lo ya expresado por el Libertador a propósito de movilidad (pág. 152 y 154). "El gobierno de Riva Agüero es el gobierno de Catilina unido al de un caos", escribe a Sucre, antes de venir al Perú (4 de agosto de 1823).

Comando en Jefe. Decía Napoleón: "Un general que tenga que ver las cosas a través de los ojos ajenos, nunca podrá mandar un ejército como debiera". "La voluntad, el carácter y la audacia me han hecho lo que soy". A través de esta charla hemos hecho numerosas referencias de cómo Bolívar se desplaza continuamente, y cómo todo lo hace y lo ve personalmente, sin economizar esfuerzos. Mitre, historiador argentino, dice de él: "Poseía en alto grado las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe en su escala al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar, competían con su fortaleza y su ímpetu heroico para ir siempre adelante. Poseía el arte de imponerse al enemigo y de infundir confianza a los suyos". Téngase en cuenta que estas palabras aparecen nada menos que en su "**Historia de San Martín**", obra que en parte es un estudio paralelo del Protector y del Libertador.

Plan de campaña. Aducen algunos historiadores que han estudiado sólo superficialmente sus campañas, que Bolívar no preparaba seriamente éstas, sino que actuaba por impromptus, movido por la vehemencia e inquietud de su temperamento. Dicho en otras palabras, se afirma fue genial repentista. Nada más alejado de la verdad. En el Perú meditó **largamente** sus operaciones militares, dentro de lo relativo que fueron las suyas realmente campañas relámpago. Es aleccionador observar a través de su correspondencia cómo madura sus planes. Cómo les introduce las modificaciones que la cambiante situación propia y del enemigo así lo exigen. Desde Pativilca, el 26 de enero de 1824, expone a Sucre —situado a la sazón en Huánuco— su plan de campaña. Este es un documento admirable, a la verdad. Contiene todas las posibles hipótesis de guerra, es metódico, lleva las medidas de previsión necesarias. Nada le falta. Igual que un arquitecto que antes de levantar elevado edificio, completa minucioso cálculo que le permite determinar las dimensiones y profundidad de los cimientos capaces de soportarlo, exactamente procede el Libertador. Por ello su plan, netamente defensivo en esos momentos,

aparece quizá hasta tímido. Ello se debe a que no dispone por entonces de los elementos necesarios para tomar resuelta ofensiva. Pero, aún así, dicho plan defensivo contiene medidas ofensivas a corto radio, a manera de certeros zarpazos de felino acosado por varios enemigos poderosos.

“Al comienzo de una campaña —afirma Napoleón— se debe considerar cuidadosamente si se debe o no avanzar, pero **una vez decidida la ofensiva, ésta ha de realizarse hasta el límite**”. El plan de Bolívar parece estar inspirado en este consejo del corso. Pocos días después de remitir a Sucre dicho plan, solicita el parecer de su lugarteniente (4 de febrero): “(mis pensamientos) esperan por usted para recibir su último toque. Véngase usted, pues, volando, a verme aquí; dejando antes todas sus órdenes dadas para que nada falte a la ejecución de mis primeras y últimas disposiciones, y de aquellas más que usted haya determinado. Aquí tendremos una conferencia extensa, y tranquila. **Usted hará el papel de fiscal, y yo el de abogado de mi opinión. Ojalá tuviéramos un juez imparcial que acordara lo mejor**”.

(3) Ofensiva

Decía Napoleón: “**En la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca**”. Aunque por lo risueño parezca un dicho sin importancia, este pensamiento contiene, realmente, toda la esencia de la ofensiva estratégica. Acaso no pueda expresarse en forma más comprensible y condensada la necesidad de tomar resueltamente la ofensiva en una y otra actividades, si se desea cantar pronta victoria. Si no, imaginemos lo que sucedería de aceptarse la esteril defensa pasiva.

La adopción de una resuelta ofensiva o de una prolongada defensiva es, en el fondo, asunto de temperamento personal del jefe. Así como no se concibe un Grau cruzado de brazos sobre el puente del Huáscar, en aguas del Callao, en pacífica espera de un eventual ataque enemigo; así como tampoco es imaginable un Cochrane, en las afueras de la misma bahía, viendo transcurrir días y días de aburrida vigilancia de los barcos españoles protegidos por los cañones del Real Felipe; si resulta difícil suponer a Rommel establecido a la defensiva en Africa, como lo estuviera antes su antecesor el italiano Graziani; en igual forma, no podemos figurarnos a Bolívar, sea en Lima, sea en Trujillo, aguardando, indolente, una ofensiva realista. Ya hemos visto (pág. 149) cómo desde su llegada a nuestra patria tasca impaciente el freno a que lo obliga la abierta rebelión armada de Riva Agüero. “Casa dividida” es la casa peruana.

La ofensiva, para tener éxito, exige ciertos requisitos, de los que mencionaremos algunos: a) Elevada moral; b) Plan simple; c) Concentración de esfuerzos; d) Rapidez; e) Sorpresa.

Moral. Cuando en Santa Helena madame Montholon pregunta al Emperador cuáles tropas eran las mejores, Napoleón le responde: “Las mejores tropas, madame, son las que ganan batallas”. Claro está que para ganar batallas se requiere de una moral muy elevada, particularmente en los momentos críticos de una campaña. No menos evidente re-

sulta que la moral de la tropa es, en buena parte, resultado de una paciente y tesonera labor del jefe. Quien siembra, cosecha. Como vasos comunicantes, esa moral la transmite el jefe a sus hombres. Veamos la fe absoluta que Bolívar tiene en la victoria que sabe le proporcionarán los soldados por él cuidadosamente preparados y por él firmemente imbuidos de elevada mística.

El 10 de noviembre de 1824 —29 días antes de Ayacucho—, al dar a conocer a su amigo el general Montilla (en Colombia) todo lo que ha logrado hasta el momento, en lo referente a valiosas ventajas sobre el enemigo y puntualizar sus próximos pasos, le dice: “(estamos a punto de) dar un golpe final que ya no puede disputarse. Y sepa usted, de paso, para que no se asombre de nuestras ventajas: no somos superiores al enemigo sino en valor y disciplina”... “En el día son, poco mas o menos, iguales a nosotros en número; pero este número no vale cosa, porque no tiene moral ni disciplina”.

Dos semanas más tarde, enterado por carta de Sucre de que los realistas, marchando desde el Cuzco hasta Huamanga —es decir, describiendo un semicírculo—, han aparecido a retaguardia del ejército patriota, estacionado en la región de Andahuaylas, cortando, con ese audaz movimiento, sus comunicaciones con Lima, escribe al general Santa Cruz: “tomarle la espalda a nuestro ejército es una imbecilidad; pues por tomarle la espalda a nuestros soldados no se dispersan, y al contrario, se les obliga a batirse a la desesperada”. Es decir, a luchar con redoblado ardor.

¿Y qué dice el propio Sucre respecto de esta —en teoría— magnífica maniobra realista? Desde Andahuaylas, escribe al Libertador (13 de noviembre): “Cuando supimos ayer que los españoles iban a llegar hoy a Andahuaylas, no puede usted pensar el contento del ejército juzgandõ ya que una batalla iba a terminar la campaña; algunos que decían “**estamos cortados**”, eran contestados por la tropa: “**mejor, pues estamos ciertos de que nos esperan**”.

¡Cuánta verdad hay en las palabras que siguen inmediatamente a las anteriores: “**Con esta clase de gente no dudo que batimos en cualquiera parte a los enemigos**”! Podemos agregar: de tal jefe, tales soldados.

Plan simple. “Siendo la guerra un arte de ejecución, deben excluirse de ella todas las combinaciones complicadas. La primera condición de todas las buenas maniobras es la sencillez”. Si con esta máxima de guerra napoleónica como cartabón, medimos o calibramos el plan de ofensiva seguido por los patriotas en las dos campañas a Puertos Intermedios (1822, 1823), descubriremos la razón de sus sucesivos fracasos. En efecto, resultaba sumamente difícil, por no decir imposible, conducir y coordinar —en el espacio y en el tiempo— sus tres divisiones concurrentes, destinadas a operar a varios millares de kilómetros de distancia una de otras: una, el grueso, que partiendo del Callao embarcada en la escuadra, debía tocar tierra en uno de los puertos intermedios entre dicho puerto y Valparaíso —de ahí la denominación de esas expediciones—, para des-

truir a las fuerzas realistas de la zona Arequipa-Puno; **otra**, que desde Lima debía marchar a la Sierra, por Matucana, sobre el agrupamiento enemigo de Jauja-Huancayo, en misión de **fijación**, es decir, impedir a este agrupamiento acudir en socorro de sus camaradas de la zona amagada (Arequipa); **una tercera**, procedente de Argentina, avanzaría hacia el norte, en dirección a Puno, también en misión de fijación respecto de los realistas del Alto Perú. Con la primera división (el grueso) debían cooperar, a su vez, otras dos divisiones: una, **colombiana**, que se embarcaría en el Callao **rumbo al sur**; otra, **chilena**, que haciendo **rumbo al norte**, se le incorporaría en uno de los puertos de Iquique o Arica. Y es lo curioso, que el grueso zarpa del Callao sin haberse asegurado previamente de la partida de las tropas chilenas. En maquinaria tan complicada era de temer que el entorpecimiento de una sola ruedecilla echaría a perder el funcionamiento del conjunto. Así sucedió, en efecto.

Esta maniobra —pulpo de cinco tentáculos—, ideada y preparada en sus pasos preliminares por San Martín, adolecía de grave pecado original, por lo que dice de ella el historiador peruano general Dellepiane: “El plan era muy complicado y su ejecución presentaba serias dificultades”.

Siguiendo el citado precepto napoleónico de la **sencillez**, Bolívar —a diferencia del Protector, siempre inclinado al empleo de destacamentos y divisiones aisladas: 1a. y 2a. campañas de Arenales, mayor Reyes, Miller, Alvarado, Bermúdez, Aldao, Tristán, etc.—; **Bolívar**, repetimos, **va a maniobrar teniendo la totalidad de sus tropas en la mano, bajo su mando personal y directo**. Reunidas, apretadas en sólido haz —“concentración de fuerzas”—, con ellas va a golpear con el máximo vigor a su adversario. Pesado martillo accionado con la mayor potencia.

Al conocer el virrey La Serna la rebelión de Olañeta en el Alto Perú, dispone que el general Valdés, situado en Arequipa, parta de inmediato a aplastar al disidente, para reunir luego todas sus fuerzas —división Canterac (Jauja) y división Valdés— contra la seria amenaza que representa la presencia del activo Bolívar en la región de Trujillo-Huaraz. En estos momentos, junio de 1824, la situación político-militar realista es, pues, análoga a la de los patriotas en setiembre-diciembre de 1823, al arribar el Libertador al Perú. En este último caso, a Bolívar le tocó, por disposición del Congreso, el mismo papel que a Valdés le señala ahora el virrey: la represión de un rebelde (Riva Agüero).

Pero el Libertador —“con rapidez para concebir y audacia para ejecutar”, virtudes que le reconoce el argentino Mitre— no deja escapar la brillante ocasión que le ofrece esta “casa dividida” del enemigo. Apliquemos a esta situación político-militar una muy clara definición de estrategia que nos da un famoso mariscal de Napoleón, y se comprenderá perfectamente la habilidad y agresividad con que actúa Bolívar: **“La estrategia tiene un doble objeto: 1º Reunir todas nuestras tropas (ejército patriota), o el mayor número posible de ellas, sobre el teatro de la lucha (zona Cerro-Jauja), cuando no tiene sobre él el enemigo más que una parte de las suyas (Canterac solo, por ausencia de Valdés);**

2º **Cubrir y asegurar las comunicaciones propias, amenazando a la vez las del enemigo**" (Marmont). (Nos adelantaremos en decir que fue precisamente la amenaza de la línea de comunicaciones de Canterac —ruta Jauja-Junín-Carhuamayo-Cerro—, por acción sorpresiva de Bolívar sobre la retaguardia de este jefe, que obliga a las fuerzas realistas a ejecutar un precipitado retroceso, para escapar angustiosamente por el cuello de la botella —Junín—. Es en esta situación de honda depresión de la moral realista que se libra la batalla).

Comprende Bolívar que es peligroso penetrar demasiado profundamente en un territorio extenso, topográficamente difícil y fuertemente ocupado por el enemigo. Observemos este diagrama. Pero también sabe que lograda una victoria decisiva sobre Canterac en la región Cerro-Jauja, la independencia peruana estará asegurada. Acaso sin necesidad de empeñar otra batalla. Por ello, confiado en la elevada calidad de sus tropas, **se lanza velozmente adelante** —resorte comprimido puesto en libertad—, **firmemente resuelto a ganar la guerra en la primera batalla**. Dice el reputado crítico militar Jomini, ya conocido nuestro: "La guerra ofensiva de invasión obliga a veces a alargar demasiado la **línea de operaciones** (itinerario Trujillo-Huaraz-Cerro-Huancayo-Huamanga-Cuzco), sobre todo en medio de **obstáculos de todo género** (cordilleras, desoladas punas, quebradas profundas: Mantaro, Pampas, Pachachaca, Apurímac) favorables al defensor (realistas); pero en caso de éxito (Junín, Ayacucho), **hiere al enemigo en el mismo corazón, y pone término a la campaña**".

Siguiendo tal precepto —lo haya leído o no el Libertador—, inspirado en la audacia, no debe sorprendernos que la campaña de 1824 sea realmente una auténtica **blitzkrieg**, una guerra relámpago. Nuestros diagramas son suficientemente claros y explícitos, señores profesores.

Aunque escapara la infantería y artillería de Canterac a la **batalla de aniquilamiento** que buscaba Bolívar en Junín, la sola derrota de su caballería tiene ya decisiva trascendencia (20). "La derrota de Junín

(20) A punto estuvo el Libertador de ganar la independencia peruana, probablemente en Junín, probablemente el 7 de agosto, aniversario de su victoria de Boyacá, 7 de agosto de 1819. Escribe Santa Cruz, Jefe de Estado Mayor, el 7 de agosto, dando cuenta de la acción del día anterior: "El ejército libertador, reunido en las cercanías del mineral (centro minero) de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 del corriente, a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos (éxitos), dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

"Mientras que el ejército español marchaba por el camino de Reyes (Reyes, antiguo nombre del hoy pueblo de Junín; camino de Reyes, el que de Jauja pasa por Junín, Carhuamayo y Cerro, es decir, al este del lago de Junín, o de Chinchaycocha, como antes se llamaba), el ejército unido (ejército libertador, formado por los ejércitos **unidos** del Perú y de Colombia) se movía por la derecha del río Jauja (Mantaro), con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada, después de dejado las cercanías del mineral de Pasco, se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y no

—confiesa el español Torrente— tuvo la mayor influencia en la suerte del Perú". . . . "No fue la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas la parte más sensible para el celoso general que los mandaba, sino **la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad y firmeza en sus contrarios**". Este mismo autor, que muy pocos meses antes escribiera: "El aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas a fines de este año (1823). **Desde la jornada feliz de Ica** (desbande de Macacona, abril de 1822) **habían corrido una carrera de triunfos y glorias. Los enemigos habían sido batidos cuantas veces habían tenido serenidad para ponérseles al frente** (Macacona, Torata, Moquegua, Zepita, El Talón)"; ahora, al ocuparse de Junín y sus consecuencias, afirma sin ambages: "Si esta acción se hubiera ganado habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reverses".

Concentración. En determinado momento de la guerra que los franceses sostienen en España, escribe el Emperador a su coronado hermano José: "Tu ejército se encuentra excesivamente disperso; **debe marchar de forma que pueda reunirse en un solo día sobre el campo de batalla**". Trece días antes de la batalla de Ayacucho escribe Bolívar a Sucre: "**Usted debe tener reunido su ejército y marchar con él siempre unido sobre el enemigo**". Unas pocas líneas más adelante, insiste: "Digo a usted rotundamente, que no creo conveniente la operación que usted me ha indicado". . . . "Si usted la ha ejecutado, habrá usted obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: **la unión hace la fuerza**" (26 de noviembre de 1824; el último subrayado es del Libertador).

¿A qué obedecen estas repetidas advertencias? En los primeros días de noviembre, encontrándose el ejército patriota estacionado en la región sur de Andahuaylas, Sucre es informado de que los realistas efec-

obstante se continuó la nuestra con la mira de interponernos, en caso de que contramarchase, informado de nuestra dirección.

"S.E. (Su Excelencia) el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña al mando del general Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S.E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos habían de tocar en su retirada, **pensando celebrar el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú**, porque S.E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la provocaba. Por precipitado que fue nuestro movimiento, **no pudimos lograr esta ventaja, ni satisfacer los deseos del ejército**: los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible. Al llegar a la altura que domina estas llanuras, observó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma (sin hacer frente a los patriotas, quiere significar Santa Cruz), hallándose aún nuestra infantería dos leguas (10 kilómetros) distante del campo de Junín. En consecuencia, **trató de retardarles la marcha, presentándoles algunos cuerpos de caballería**. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido general Necochea, comandante general de la caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde se hallaba el enemigo". . . (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

túan una rápida y amplia maniobra de envolvimiento que amenaza la seguridad de sus tropas (página 162). Pero dejemos, mejor, que el propio general explique a Bolívar los sucesos: "En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: "está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto" (21).

Guerra y opinión

Se han puesto, frente a frente, dos grandes figuras americanas, San Martín y Bolívar. Hemos dicho que el primero parece haber buscado la independencia peruana —sin hallarla— mediante una **solución no sangrienta**, fórmula que acaso lo arrastrara a su tan anhelada monarquía. El segundo, por temperamento hecho a los métodos drásticos, **buscó** nuestra independencia —y la halló— en la **solución militar**: la batalla. Un trono, una espada.

(21) Juzgamos conveniente presentar estas líneas dentro del contexto general de las ideas de Sucre, hechas conocer a Bolívar en su carta del 7 de noviembre, fechada en Pichirgua: ... "Resolví, pues, aquel día (2 de noviembre, fecha de la llegada de una del Libertador) verificar nuestra marcha para Andahuaylas, y por esta y otras razones me vine para el ejército. En el tránsito a Lambrana recibí el parte del general Miller, de que todas las fuerzas enemigas se movían sobre nosotros y que tendríamos que batirnos al día siguiente, 3. Este aviso me causó a un tiempo sorpresa, disgusto y placer. Sorpresa, porque siempre conté tener avisos más anticipados del general Miller, disgusto, porque nuestra primera división estaba a 7 leguas (35 kilómetros) del enemigo, mientras nuestro ejército, extendido en 20 ó 25 leguas (100 ó 125 km.), no podría reunirse adelante; y placer, porque veía que si los enemigos venían, teniendo reunido el ejército, ya contábamos un triunfo. Nunca he dudado de la victoria.

"En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: 'está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto. Sin embargo, yo pienso ser algo disculpable si se atiende a que en la posición del enemigo no había peligro en esta colocación de tropas.

"Tomé, pues, las disposiciones que digo oficialmente, y me he venido aquí con todo el ejército, porque hay pastos, y no falta qué comer a la tropa, a lo menos carne y mote. Si usted hubiera estado en el ejército, la operación más natural, más en orden y más provechosa era haber marchado a Mamara y buscar al enemigo en cualquier parte; pero yo no soy ni puedo ser jamás resuelto como usted, mucho menos en este caso que no convenía con las opiniones de usted tan repetidas de venir a Andahuaylas"...: "Entretanto, si los enemigos nos buscan, esta posición es la mejor de las que hemos encontrado en un país (región) tan quebrado, y tiene la ventaja de cubrir en cierto modo el flanco por Challhuanca, y nos hemos quitado de la espalda un obstáculo como el (río) Pachachaca.

"En cuanto a que los godos (españoles) vengan o no, no sé qué decir a usted"... (Los paréntesis son del conferenciante).

Frente a un mismo problema, en el mismo teatro, dando cara al mismo enemigo, los caminos elegidos son diferentes: dos hombres, dos sistemas. La raíz de tan opuestos procedimientos acaso radicara en el diferente concepto que el argentino y el venezolano tienen de la opinión pública y de su influencia en el problema que el destino pone sucesivamente en manos de uno y otro. Uno trata de desatar el nudo; lo corta el otro.

En horas difíciles de la Segunda Guerra Mundial, expresa Eisenhower, generalísimo de las fuerzas armadas aliadas: **“Es con la opinión pública que se ganan las guerras”**. No obstante, Montgomery, subordinado suyo, piensa de otra manera: **“Dadle victorias al pueblo, que poco le importará saber quién se las proporciona”** (22).

A lo largo de sus dos años de gestión peruana, con la sana paciencia de su proceder, sus muchas conferencias y armisticios, e incansables propuestas de paz, todas infructuosas **pero todas bien intencionales**, San Martín demuestra compartir el punto de vista de Eisenhower. En los escasos cuatro meses de febril actividad que emplea Bolívar en forjar la espada de Ayacucho, no deja ninguna duda de que razona y obra como Montgomery.

Médico el argentino, cirujano el venezolano: grandes los dos.

Esfuerzo peruano

Los nombres de Cangallo, Concepción, Reyes (Junín) y Chupaca, bastan, ellos solos, para ilustrar la historia heroica de cualquiera nación. Desde hace siglo y medio, en la ciudad de Buenos Aires existe una hermosa e importante avenida que lleva el nombre de Cangallo, en justo homenaje al valor de los habitantes de este pueblo, auténtica ciudad mártir de la guerra de la independencia peruana, tal como lo fuera la aldea checoslovaca de Lídice en la Segunda Guerra Mundial, sacrificada por la saña de Hitler. De Reyes —pueblo al que el hijo de Arenales dedica muy emotivas páginas— se expresa el historiador español Torrente, al narrar la ofensiva de Bolívar inmediatamente antes de la batalla librada en su famosa pampa: **“Los montoneros de la laguna de Chinchaycocha o de Reyes, cuyos habitantes han sido de los más obstinados y animosos contra los realistas, llamaban la atención de éstos por varias partes, formando una especie de cuerpo de vanguardia, desde que el inglés Miller pasó del cuartel general a ponerse a su cabeza”**.

La mujer peruana no estuvo ausente de la guerra. Como consecuencia de la enconada lucha partidista Riva Agüero—Torre Tagle, los habitantes de la región Ancash-Cajamarca llegaron a odiar el servicio militar, cualquiera que fuese la bandería de los caudillos. Por ello, en no-

(22) “Eisenhower: “C’est avec l’opinion publique qu’on gagne les guerres.— Montgomery: Donnez des victoires aux gens et ils ne s’inquiéteront pas de ceux qui les ont remportés”. De la obra **“Le dernier coup de dé de Hitler”**, por Jacques Nobécourt.

viembre de 1823, al internarse Bolívar "en cuña" —entre el enemigo "interno", Riva Agüero, dueño del norte, y Canterac, enemigo "externo", dueño del centro—, encuentra que se le hace el vacío: los habitantes abandonan sus pueblos y caseríos, llevándose consigo todo elemento de vida y movilidad. En esta difícil situación, el Libertador se ve precisado a recurrir a las mujeres campesinas para organizar el indispensable servicio de "propios" o mensajeros. Y, en esa ocasión, todos los jefes patriotas reconocen esta invalorable ayuda de la mujer peruana.

Hemos escuchado manifestar al general español Torrente, con desagradable sorpresa, cómo en muy breve tiempo, como brotado de las entrañas de la tierra, surge en el norte un magnífico ejército patriota, totalmente equipado y de muy elevada moral. Y claro está que una máquina de guerra de su magnitud y calidad no se hace sin inmensos sacrificios. Dice Bolívar, desde Pativilca, a Santander: "La marina de Colombia y del Perú nos cuesta más de lo que valemos, porque son ingleses los oficiales y marineros, y porque ganan de 18 a 20 pesos los de última clase, **mantenidos a la inglesa, y costando todo tres veces más caro que en Inglaterra.** Agregue usted que **tres o cuatro provincias de Colombia y del Perú no pueden hacer la guerra solas, manteniendo, a la vez, gobiernos, ejércitos y marina.** La guerra de Pasto (sur de Colombia) sola consume más de lo que da el departamento de Quito. Quiere decir que **Guaquil y Trujillo han de hacer milagros**" (25 de febrero de 1824).

Y es la verdad que, como con varita mágica, en brevísimo tiempo, el pueblo peruano, impulsado y guiado por el Libertador, obró el milagro. Poco después escribe al general Salom: "**El ejército del Perú se ha reorganizado a mi lado**, y esperamos, dentro de poco, estar en estado de derrotar a los godos" (Trujillo, 9 de abril de 1824). Antes, previendo un posible ataque del enemigo, había dicho a Sucre: "...de ningún modo dejará usted de acercar a su cuartel general el regimiento de Húsares que está en Moro, a ocho leguas distante de Nepeña, al pie de la serranía. Sin este regimiento no dé usted acción alguna, porque se pierde por falta de caballería. **A este propósito mandaré a usted el escuadrón de lanceros del Perú, que es excelente**, y está en Huaraz, y marchará inmediatamente hacia Cajatambo"...

En la batalla de Ayacucho intervienen dos divisiones colombianas de infantería y una peruana. Así lo señala el orden de batalla. No obstante, se sabe que las divisiones colombianas estaban integradas en no corto número por soldados peruanos, mayormente procedentes de las provincias del norte. En cuanto a la contribución en medios materiales, el muy documentado historiador venezolano Vicente Lecuna, el que mejor ha estudiado los archivos bolivarianos, rinde homenaje al patriotismo peruano, al enumerar brevemente los esfuerzos realizados. "En las tres provincias de Huamachuco, Conchucos y Cajamarca, en el centro de la Cordillera, se fabrican en telares de mano, pañetes muy buenos, color mercilla, propios para pantalones y capotes. En marzo (1824) se encargaron a estas provincias 8,000 varas"... "De Lambayeque se sacaron zapatos, sillas de montar, pieles de lobo y cordobanes (piel de cabra). Cajamarca dio telas de lana y algodón. En Trujillo se fabricaban cantim-

ploras, lanzas, clavos y suelas y se adobaban las herraduras. De las minas de Huamachuco se extrajo plomo. En Huaraz se hacían bayetas de lana y se teñían de diferentes colores. En esta misma ciudad se fabricaban espuelas con hierro viejo y morriones con correas de cuero bien curtido. En Yungay y Carhuaz, donde pastaba la caballería en abundantes alfalfares, se construían herraduras y clavos, sillas y correas” . . .

Pero la verdad es que la independencia peruana era empresa americana, además de peruana. Y así como con duros sacrificios de Chile se organizó la Expedición Libertadora que O’Higgins puso en manos de San Martín —soldados, barcos, armas, dinero, poderes para pactar con el virrey del Perú—, en forma análoga, diversas regiones del continente colaboran en la gigantesca empresa de Bolívar. Continúa Lecuna: “A Guayaquil pidiéronse lanzas largas y fuertes al estilo apureño (de Apure, región de los llanos venezolanos); también suelas, pitas, hierro de Vizcaya, pólvora, plomo y fusiles. En este importante departamento, fuente principal de recursos de la campaña del Perú, se construyeron además vestuarios y capotes con paños de Quito”.

Ya en fulminante marcha sobre el enemigo iniciada en Huaraz, al llegar a Huariaca (norte de Cerro de Pasco) escribe a La Mar: . . . “Todo está preparado para completar la destrucción de los enemigos” . . . “nosotros no dejaremos de llevar 9,000 hombres, **contando con las guerrillas, que en mi opinión valen mucho para todo**” (9 de julio de 1824). No necesitamos repetir el conocido decreto suyo por el que los Húsares del Perú, luego de su exitoso bautismo de sangre, se convierten en Húsares de Junín, justo premio a su oportunísima y brillante intervención en la batalla del 6 de agosto.

Terminaremos con palabras del Libertador, definitivas y consagradoras en el reconocimiento de la valía del esfuerzo peruano en pro de la independencia de la patria. En carta a su amigo Restrepo, al darle cuenta de la triunfal marcha cumplida hasta noviembre de 1824 (ver página 145), concluye en estos términos:

“Estos prodigios se han logrado con el patriotismo de los pueblos y el crédito del ejército”.

Libertador

De hecho, de derecho y según el consenso de entendidos en achaque histórico, Bolívar es el Libertador del Perú. Y no lo es ni puede serlo ninguno otro.

Pocas cosas hay que satisfagan más al espectador de competencias deportivas, que contemplar cómo apenas finalizado reñido encuentro de fútbol en que se disputó con ardor la conquista de preciado trofeo, en medio de los aplausos del público se acercan los vencidos a abrazar y felicitar a los triunfadores. Aun sangrantes las abiertas heridas de los combatientes de Ayacucho —lo valiente no quita lo cortés—, el general

Canterac, general en jefe del ejército real del Perú, escribe estas nobles palabras:

“Excelentísimo Señor Libertador D. Simón Bolívar. Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos de felicitar a Vuestra Excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor que su mano besa.— José Canterac. Huamanga, a 12 de Diciembre de 1824”.

Esta carta demuestra, mejor que ningún otro documento, ser Bolívar nuestro Libertador de **hecho**. Dos meses después de la acción, el Soberano Congreso del Perú expide un decreto que señala:

“Artículo 1º — Se abrirá una medalla en honor del Libertador, que lleve por el anverso su busto con este mote: “**A su Libertador Simón Bolívar**”, y por el reverso las armas de la República con este otro: “**El Perú restaurado en Ayacucho año de 1824**” (12 de febrero de 1825).

Como vemos, también lo es de **derecho**. Ahora, daremos a conocer algunas opiniones valiosas. El último día del año de Ayacucho, refiriéndose al Libertador expresa una muy ilustre figura peruana de destacada participación en la victoria, José Faustino Sánchez Carrión:

“Su prepotente brazo cortó de raíz la biforme anarquía de las provincias del norte; ha vencido y humillado, por el sud, veinte mil soldados españoles, arrancándoles las dos terceras partes del territorio que dominaban, y salvando todo el Perú del yugo colonial”.

Dice un eminente sociólogo y diplomático peruano, Francisco García Calderón:

“Bolívar es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio... Fue el genio de la Revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí el “demonio de la guerra”... “Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior... Pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César. Sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington”.

¿Qué dice de él el Gobierno argentino de los días de Ayacucho? Cuando en octubre de 1825 llega a Potosí, en viaje triunfal iniciado en Lima, las Provincias Unidas del Río de la Plata le envían una delegación que lo saluda oficialmente con estas palabras:

...“Numerosos laureles y palmas de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante Vos, Señor, el Padre de cinco naciones, que

venís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo. El nombre de Vuestra Excelencia es el más precioso tesoro que el presente siglo legará a los siglos venideros”.

Y San Martín, ¿expresó algo sobre su interlocutor de Guayaquil? En la intimidad de una carta dirigida a su viejo y entrañable amigo, Tomás Guido, su Ministro de Guerra en el Perú, le confía noblemente su pensamiento respecto del hombre que pone punto final al tricentenario capítulo de la historia colonial de todo un continente:

“Los éxitos que yo he obtenido en la guerra de la independencia son bien subalternos en comparación de los que el general Bolívar ha prestado a la causa general de América” (Bruselas, 18 de diciembre de 1826).

El ariete y la puerta

Tal fue la obra de Bolívar, que él mismo resúmela cuando al retornar a la patria exclama ante una asamblea puesta de pie para escucharle: “En cinco años de ausencia el mundo americano ha dejado de ser español”.

Los peruanos debemos eterno reconocimiento al genio venezolano que nos dio libertad y patria en los campos de La Quinua. Pero no debe ser menor nuestra gratitud a la memoria de los Viscardo, Túpac Amaru, hermanos Angulo, Micaela Bastidas, Zela y Melgar, que con su prédica, unos, y su sangre generosa, otros, prepararon la simiente que fructificó con Bolívar, Sucre, La Mar, Castilla y cientos y cientos de anónimos soldados peruanos, en Junín y en Ayacucho.

Pensemos que no es el último golpe del pesado ariete, **ese solo golpe**, el que derriba la sólida puerta de la fortaleza enemiga. También contribuyen a debilitarla, desarticulando sus piezas y preparando su caída final, los primeros golpes, generalmente los más peligrosos, nunca tan espectaculares como el último, siempre sin premio inmediato...

Alicia

Al comenzar esta charla, decíamos que el consejo de Alicia se refería a dos cosas: las figuritas y el diálogo. Como ya hemos terminado con el último diagrama, es hora de iniciar la segunda parte del consejo de la inteligente chiquilla. Al diálogo están pues ustedes invitados, estimadas señoras profesoras, estimados señores profesores.

* * *

Acto seguido se desarrolló muy animado diálogo, que trató sobre los siguientes tópicos: 1) ¿Cuál es la responsabilidad personal de Bolívar en la entrega del precursor Miranda a los españoles? 2) ¿Cuál es la verdad: Riva Agüero, prócer de nuestra independencia o traidor a la pa-

tria? ¿Cuál es su punto de vista personal? 3) ¿Cuál es la responsabilidad de Bolívar en el fusilamiento de Berindoaga? 4) Bolívar nos quitó Guayaquil, ¿no es así, señor? 5) ¿Cuál era mejor forma de gobierno para el Perú de la época: la monarquía que propugnaba San Martín o la constitución vitalicia que ideó Bolívar? 6) ¿En qué forma se estableció la monarquía en el Brasil, y cómo este país se convirtió en imperio? ¿Cuánto tiempo duró? 7) ¿Es cierto que el Libertador hacía excesivo consumo de agua de colonia, con dineros del Estado? 8) ¿Qué nos puede usted decir sobre el Bolívar erótico? 9) Me parece que ha incurrido usted en un error, señor, al manifestar que San Martín no atravesó la cordillera de los Andes. ¿Cómo fue entonces que llegó a Chile? 10) ¿Cuál fue la razón de que Bolívar no estuviese presente en la batalla de Ayacucho? 11) ¿No es cierto, señor, que Bolívar, para evitar que el Perú fuese más poderoso que la Gran Colombia, debilitó intencionalmente a nuestra Patria, despojándola del Alto Perú? (la respuesta a esta pregunta aparece como nota 3, página 128). 12) ¿Cómo realizó Bolívar la venta de las joyas de las iglesias de Trujillo y cuál fue el destino final de estas alhajas? ¿A qué suma ascendió su venta? 13) ¿Qué nos puede usted decir respecto de la orden que Bolívar dio a Sucre, de convertir el Perú en un "campo rozado"? 14) ¿No podrá usted negar, señor, que Bolívar fue más ambicioso que San Martín! 15) Si Bolívar fue todo lo "bueno" que usted acaba de referirnos, tanto en la charla como en sus respuestas a las preguntas de mis colegas, ¿cuál es, entonces, la razón de que no se le quiera en el Perú?

OMISION

(Las líneas que siguen debieron aparecer inmediatamente después de la nota 13 y formando parte integral de esta misma. Véase pág. 144).

Existe testimonio documental de autenticidad inobjetable que demuestra los siguientes hechos: a) Que en su entrevista de Guayaquil, San Martín no solicitó auxilio militar alguno a Bolívar; b) Que el Libertador, aun sin tal solicitud del Protector, ofreció espontáneamente al Perú fuerte contingente de tropas colombianas, para **más asegurar** el éxito de la expedición a puertos intermedios, que San Martín sí comunicó a Bolívar (en Guayaquil) estaba ya a punto de zarpar del Callao, rumbo al sur; c) Que el Gobierno peruano desestimó el auxilio militar ofrecido por Bolívar. En síntesis, que en julio-octubre de 1822 disponía el Perú —y por consiguiente, el Protector— de las tropas, juzgadas suficientes por el propio Gobierno de Lima, para vencer a los realistas en esos momentos dueños de la Sierra.

He aquí los documentos pertinentes.

Ofrecimiento de Bolívar:

"Cuartel General de Cuenca (hoy Ecuador), a 9 de setiembre de 1822. A los Señores Ministros de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú y de Chile. S.E. (Su Excelencia) el Libertador me manda dirigir a V.S. (Vuestra Señoría) la presente comunicación, que por su importancia es remitida por un extraordinario"...
"Aunque S.E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no hubiese manifestado (no ha manifestado, ha querido señalar) **temor de pe-**

ligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas, que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S.E."... "El Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y de Chile, y aún al del Río de La Plata, y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú. **S.E. se propone**, en primer lugar, **mandar al Perú 4,000 hombres más de los que se han remitido ya**, luego que reciba la contestación de esta nota, **siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo**"... J.G. Pérez (Secretario General)".

Respuesta del Gobierno del Perú:

"Señor Secretario General de S.E. el Libertador: La Suprema Junta Gubernativa del Perú, en virtud de la resolución del Soberano Congreso, me manda conteste a V.S. con respecto a su nota de 9 de setiembre anterior, sobre planes de guerra, manifestándole **el reconocimiento del Perú a las generosas ofertas de S.E. el Libertador de Colombia, de que se hará uso oportunamente**, y que entretanto podría S.E. auxiliar a este Estado con el mayor número posible de fusiles"... "Tengo la honra de ofrecer a V.S. los sentimientos de mi consideración y aprecio.—Lima, octubre 25 de 1822.—Francisco Valdivieso". (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

CLAUSURA

Al clausurar el Segundo Ciclo de Conferencias, no sólo quiero expresar mi felicitación más sincera a los señores conferencistas, sino mi complacencia a las señoras, señoritas y señores profesores, que con inquietud profesional y actitud infatigable, han seguido fielmente este ciclo, demostrando encomiable esfuerzo, justificado interés y celo profesional, que son garantía del alto espíritu de responsabilidad que os anima.

Vaya, pues, a todos y cada uno de vosotros nuestras más cálidas expresiones de felicitación por vuestra participación activa en esta etapa de nuestra historia.

Ahora, antes de clausurar este curso, quiero adelantarme a invitaros al desarrollo del Tercer Ciclo de Conferencias correspondiente a la segunda parte de la campaña libertadora, llamada también **etapa Bolivariana**, que se realizará en febrero de 1974.

Estos ciclos de conferencias se desarrollan en el sentido de una total integración de esfuerzos; recogiendo una amplia valoración de los diversos sectores de la opinión americana, desde los márgenes del Caribe hasta las del Río de La Plata, para comprender mejor el sentir de los pueblos y la reacción de los próceres, precursores, libertadores y hombres importantes de la universidad, del campo, del clero, del comercio, y diversas actividades de la vida, que no sólo habían adquirido conciencia de la libertad, sino que sentían y comprendían su responsabilidad, pensaban en el porvenir de sus hijos y comenzaban a inquietarse por el futuro, por el destino de la tierra que los vio nacer, que siendo su propia patria debían afirmarse y ahondar raíces para poner atajo al abuso y a la injusticia, cortando los lazos del sometimiento y poniendo término a los últimos baluartes del poder realista dondequiera que se encontraran esas fuerzas.

Así se explican no sólo Chacabuco y Maipú, Boyacá, Carabobo y Pichincha, sino Junín y Ayacucho, que son las más expresivas demostraciones de madurez y de solidaridad americana, en la lucha por la libertad y la independencia.

Recibid, pues, señores profesores, junto con mi saludo cordial y mi felicitación por vuestra participación activa, mis mejores votos por vuestra fructífera labor en las aulas que, no lo dudo, ha de proyectarse con vigor cívico sobre la sociedad.

Queda clausurado el Segundo Ciclo de Conferencias para profesores.

Lima, 28 de Febrero de 1971.

CRÓNICA

Al comenzar el segundo Ciclo de Conferencias, no sólo quiero expresar mi gratitud por haberme invitado a los señores conferenciantes, sino mi confianza en los señores organizadores y señores profesores, que con iniciativa profesional y actitud responsable, han seguido fielmente este ciclo, dándonos también un excelente ejemplo, justificado interés y celo profesional, que son garantía del alto espíritu de responsabilidad que os anima.

Veréis, pues, a todos y cada uno de vosotros nuestras más cordiales expresiones de felicitación por vuestra participación activa en esta etapa de nuestra historia.

Ahora, antes de comenzar este curso, quiero agradecer a invitadores al desarrollo del Primer Ciclo de Conferencias correspondiente a la segunda etapa de la campaña libertadora, llamada también etapa Bolivariana, que se terminó en febrero de 1974.

Entre estos dos conferencias se desarrollan en el sentido de una total integración de esfuerzos, recordando una amplia valoración de los diversos sectores de la opinión americana, desde los indígenas del Caribe hasta las élites de la Plata, para comprender mejor el sentir de los pueblos y la realidad de los procesos, precursoros, libertadores y bolivarianos, de la independencia del campo, del claro, del comercio, y diversa realidad de la vida, que no sólo hablan adaptado conciencia de la libertad, sino que sentían y comprendían su responsabilidad, querían en el momento de las ideas y concretaban a iniciativas por el futuro, por el destino de la tierra que los vio nacer, que siendo su propia patria, debían defender y abandonar, para poner al servicio al pueblo y a la justicia, corrigiendo los fallos del sometimiento y poniendo término a los últimos momentos del poder feudal-boltoniano que se encuentra en sus raíces.

Entre quienes no sólo Charabuco y Maitín, Hoyas, Carabobo y Pinar, sino también y finalmente, que son las tres expresiones dramáticas de la lucha y de la solidaridad americana, en la lucha por la libertad y la independencia.

Finalmente, señores profesores, junto con mi saludo cordial y mi felicitación por vuestra participación activa, mis mejores votos por una gran historia, en las aulas que, no lo dudéis, se proyectarán con algún otro sobre la sociedad.

Queda cambiando el segundo Ciclo de Conferencias para profesores.

1 mayo, 28 de febrero de 1974

Indice

	<u>Pág.</u>
1.—Presentación	Gral. de División Juan Mendoza R. 5
2.—Palabras de Inauguración del Ciclo	7
3.—El Tiempo Precursor	Dr. José Agustín de la Puente C. 9
4.—Viscardo y Guzmán, Precursor Ideológico	Dr. Guillermo Durand Flórez . . . 35
5.—Túpac Amaru, Revolucionario	Dr. Carlos Daniel Valcárcel 41
6.—Planteamientos Generales y Trascendencia de los movimientos precursores de la Independencia en el siglo XIX	Dr. César Pacheco Vélez 47
7.—La Marina	Capitán de Navío Julio J. Elías . . 64
8.—Literatura de la Independencia: Rebeldía e Independencia a través de las Tradiciones de Palma	Dr. Augusto Tamayo Vargas 93
9.—La Iglesia y la Independencia	Armando Nieto Vélez S. J. 110
10.—La Etapa Sanmartiniana	Dr. Gustavo Pons Muzzo 116
11.—Campana Militar de Bolívar en el Perú	Tte. Coronel Abel Carrera Naranjo 126
12.—Palabras de Clausura	Gral. de Div. Juan Mendoza R. . . 175

Index

1- Introduction

2- The first part of the book

3- The second part of the book

4- The third part of the book

5- The fourth part of the book

6- The fifth part of the book

7- The sixth part of the book

8- The seventh part of the book

9- The eighth part of the book

10- The ninth part of the book

11- The tenth part of the book

12- The eleventh part of the book

13- The twelfth part of the book

14- The thirteenth part of the book

15- The fourteenth part of the book

16- The fifteenth part of the book

17- The sixteenth part of the book

18- The seventeenth part of the book

19- The eighteenth part of the book

20- The nineteenth part of the book

21- The twentieth part of the book

22- The twenty-first part of the book

23- The twenty-second part of the book

24- The twenty-third part of the book

25- The twenty-fourth part of the book

26- The twenty-fifth part of the book

27- The twenty-sixth part of the book

28- The twenty-seventh part of the book

29- The twenty-eighth part of the book

30- The twenty-ninth part of the book

31- The thirtieth part of the book

32- The thirty-first part of the book

33- The thirty-second part of the book

34- The thirty-third part of the book

35- The thirty-fourth part of the book

36- The thirty-fifth part of the book

37- The thirty-sixth part of the book

38- The thirty-seventh part of the book

39- The thirty-eighth part of the book

40- The thirty-ninth part of the book

41- The fortieth part of the book

42- The forty-first part of the book

43- The forty-second part of the book

44- The forty-third part of the book

45- The forty-fourth part of the book

46- The forty-fifth part of the book

47- The forty-sixth part of the book

48- The forty-seventh part of the book

49- The forty-eighth part of the book

50- The forty-ninth part of the book

51- The fiftieth part of the book

Esta obra fue impresa en los
talleres de Artes Gráficas
de Editorial Jurídica S.A.,
Prolg. Loreto 1736
Breña, Lima-Perú

157	14	de la educación	de la educación
158	11	del 10 de junio	del 10 de junio
159	41	de la ley	de la ley
160	41	del 10 de junio	del 10 de junio
161	41	del 10 de junio	del 10 de junio
162	41	del 10 de junio	del 10 de junio
163	41	del 10 de junio	del 10 de junio
164	41	del 10 de junio	del 10 de junio
165	41	del 10 de junio	del 10 de junio
166	41	del 10 de junio	del 10 de junio
167	41	del 10 de junio	del 10 de junio

EMENDAS

Idem

Idem

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
17	13	colonización (16) en	colonización en
127	12	empeñadas febrilmente	febrilmente empeñadas
128	14	enfermedades epidérmicas	enfermedades epidémicas
128	antepe- núltima	"El Príncipe"	"El Príncipe"
140	41	¡Doloroso se tener que hablar	¡Doloroso es tener que hablar
157	41	En esta la hora	Es esta la hora
159	11	Tras los murso	Tras los muros
160	14	lo ya expresao	lo ya expresado

BIBLIOTECA NACIONAL
Oficina de Procesos Técnicos

61 JUN. 1976

985.04

154

21

il

P(7904)



biblioteca
nacional
del Perú



0000324702

BNPCBN

PRECIO S/. 40.00

Editorial Jurídica S. A.